

Gaston Leroux

Rouletabille y los gitanos

Rouletabille - 8

PRIMERA PARTE
EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL CUAL, POR PRIMERA VEZ, SE TRATA DE «EL PULPO»

JUAN de Santierne subió la escalera que conducía al piso de Rouletabille con tal rapidez, que a pesar de su juventud y del hábito de los *sports*, se detuvo jadeante un momento ante la puerta. El célebre repórter del diario *La Époque* habitaba hacía dos años en la vieja casa del barrio Poissonière, en la cual vino a refugiarse después de la muerte de su mujer, acaecida en circunstancias trágicas, que no hemos de recordar aquí. Huyendo de toda frivolidad humana y sin más trato que el de contados amigos, entre los cuales y en primer lugar hay que citar a Santierne, marchóse cerca del gran diario al cual consagraba, al parecer, todas sus horas, dispuesto a olvidar.

Juan llamó. Se tardó un poco en abrirle la puerta. Al fin un criado de faz achatada, siempre melancólico y taciturno, que Rouletabille se trajo de los Balcanes, y hombre sólo atento a la consigna de su amo, manifestó que «el señor» no estaba.

—Vamos, Olajai —dijo muy nervioso Santierne en tono de protesta—. Sé que está en casa... ¡Déjame pasar!

—El señor no recibe... —repuso el criado.

Pero el joven, atropellándole, abrió autoritariamente la puerta del despacho de Rouletabille.

Apenas hubo penetrado, cuando lanzó sorda exclamación y balbuceó vagas excusas. Una mujer estaba allí, en aquel cuarto que parecía haber sido entregado al saqueo: montones de libros aparecían esparcidos por la alfombra; en ella yacían legajos a medio abrir; los cajones de la mesa revelaban señales de violencia, y sin embargo, más que de aquel singular desorden, Santierne se sorprendió de encontrar allí la mujer que parecía presidirlo. No era hermosa, sino peor como suele decirse... Muy joven aún, rayana en los treinta años, su

rostro tenía cierta rareza bajo los cabellos cortados, que caían rectos sobre la frente, cubriéndola hasta la altura de los ojos, que contraía como los miopes y cuyo fulgor inquietante deslizaba sobre personas y cosas con aparente indiferencia; vestía traje sastre de color gris claro, muy sencillo, pero de indudable elegancia. ¿Qué estaba haciendo cuando él penetró tan bruscamente? Muy difícil le fuera decirlo, pero seguramente la había molestado.

La joven le lanzó una mirada hostil, y volviéndose de pronto, se deslizó por detrás de la mesa y desapareció por una puerta que comunicaba el despacho con la alcoba de Rouletabille.

No se esfumó, sin embargo, tan rápidamente la joven que Santierne no pudiera reconocer su silueta, cuya visión le dejó como clavado en el suelo.

—*¡El Pulpo!* —murmuró anhelante—. *El Pulpo* aquí. ¡Oh! ¡cuántas cosas explica esto!

Repuesto de la emoción, salió al vestíbulo y llamó a Olajai:

—¿Cómo se halla así el despacho? ¿Se muda de casa tu amo?

—El señor viene al instante —contestó escuetamente el criado, alejándose.

Casi al mismo tiempo, Rouletabille se reunió en el despacho con su amigo, tendiéndole la mano algo febril, y después de percatarse del cierre de las puertas le preguntó afectuosamente el motivo de su visita. Tanta tranquilidad era sólo aparente. Santierne no cayó en el engaño.

—Hablemos ante todo de ti —le dijo—. ¿Qué ocurre aquí? Dispénsame que haya franqueado con violencia el dintel.

—Querido Juan, voy a decirte una cosa que quisiera ocultar a todo el mundo y sobre la cual te suplico, hasta nuevo aviso, el mayor secreto. Pasa sencillamente que Rouletabille acaba de ser atracado.

—¡Tú!

—¡Yo!

—¡Atisbo que ya sabes por quién y por qué!

—Nada sé y nada comprendo.

—Rouletabille —murmuró Juan en voz baja—, cuando entré aquí hace un instante, me encontré con una mujer, a la cual enojó sin duda mi presencia.

—Olvida que has visto a esta mujer —repuso el periodista con voz clara y mirando de hito a hito a Santierne—. ¡Es preciso! ¡Nadie ha debido ver a esta mujer en mi casa!

—Y por mi parte, lamento sobre todo haberla encontrado aquí —replicó Juan con voz apagada.

—¿Por qué lo lamentas?

—Por ti... ¡La señora de Meyrens aquí! ¿Sabes cómo llamaban a esta mujer?

—¡Sí! —respondió el periodista con sonrisa que desagradó a Juan—. ¡Ella misma me ha contado sus desdichas!

—Quieres decir las desdichas de los demás... Nosotros la llamábamos *El Pulpo*. Creo que soy bastante amigo tuyo para poder decirte: Rouletabille... no te fíes. Doquiera se ha presentado esta mujer, no ha habido más que desastres. Siempre ha dejado tras sí la desesperación y la ruina... En Viena, en Petersburgo, en donde todas las puertas se le abrían, pues contaba con apoyos oficiales, se la consideraba como agente de la más encopetada policía... Después de la guerra, desapareció. Algunos hasta sostenían que había sido fusilada en uno de los fosos de Schlussembourg... ¡Y yo la encuentro aquí en esta casa, como si fuera la suya, en tu intimidad!... Oye, Rouletabille... ya sabía que andabas enzarzado de unos meses acá en una intriga... pero no podía sospechar... ¡Y ahora que acabas de decirme que te ha ocurrido una desgracia, ya nada me asombra!...

—¿A ti, personalmente, nada te ha hecho?

—¡Nada!, pues mientras estuve agregado a la embajada, él embajador solía decirme: «¡Cuidado!»... Además, sus maneras me inspiraron siempre recelo. No me hacían gracia sus modales de chico ni su mirada harto inteligente en el preciso momento en que trata de seducir con la más inocente familiaridad... Desconfía, te digo, y no me salgas con que te sirve para el conocimiento del mundo, de todos los mundos. Es ella la que te tendrá «cogido»... En todo caso no la quieres, ¿no es eso? ¡Dime que no la quieres!

—En cuanto a mí —replicó Rouletabille—, tranquilízate: la detesto.

—¿Y ella?

—Y ella a mí...

—¿Esas tenemos?

—Sí, pero hablemos de otra cosa... Dime, ¿qué te trae?

—Dime tú primero cómo te atracaron...

—Avergüenza referirlo... He aquí el hecho: Ya sabes que acostumbro a permanecer en la redacción hasta muy tarde... No entro nunca en mi casa antes de las dos de la madrugada... Anoche, casualmente... me acosté a las diez. Me sentía fatigado, rendido inexplicablemente. Llegué incluso a pensar si me habían hecho tomar, sin que lo adivinara, algún narcótico.

—¿Dónde cenaste y con quién?

—¡Tranquilízate! Cené aquí, pero no con ella.

—¿Estás seguro de tu criado?

—En principio, de nadie, pero razonablemente he debido rechazar la idea del narcótico. Aun admitiendo que mi criado estuviera de acuerdo con mis atracadores, es lógico pensar en que tuviesen interés en verme salir cuanto antes, y no en retenerme, ni aun dormido, en mi casa. ¡No! Ellos se pasmaron tanto de hallarme en mi casa como yo de verlos. Estaba, pues, ya acostado, cuando a las doce y media o una de la madrugada, abrí los ojos: un ruido singular, un rechinamiento insistente como el de la lima en una cerradura, me sacó de mi amodorramiento, y de pronto un crujido... luego, nada. Me pareció que acababan de violentar un mueble con ganzúa. Ello quizá fue sólo ilusión y el ruido natural del maderamen que se raja. Me levanté bastante atemorizado. Sabes que soy animoso; pues bien, esta noche sentí zozobras como un niño ante el estruendo inexplicable que producen las cosas en las tinieblas.

»Angustiado y bañadas en sudor las sienes, alargué la mano hasta el cajón de la mesilla de noche. No estaba allí mi revólver. Me acordé de haberlo dejado en un compartimiento de la mesa del despacho; precisamente el crujido procedía del gabinete. Volvía a sonar; rechinaba de nuevo y con mayor precisión, y ante tal seguridad recuperé súbitamente toda mi sangre fría...

»Me deslicé del lecho y cautamente entreabrí la puerta de la alcoba. Vi que un rayo de luz ribeteaba la parte inferior de la puerta del despacho recayente al vestíbulo. Recordé que tenía una porra en el paragüero. Me armé con ella y adosé la oreja a la puerta del despacho.

»Oí voces que cuchicheaban palabras en lengua para mí desconocida. Mi criado duerme en el piso de arriba, y yo me hallaba solo ante una cuadrilla que no repararía, ciertamente, en el daño que pudiera causarme; resolví, pues, salir del cuarto sin pérdida de tiempo e ir a avisar al portero; pero de pronto la puerta del despacho se abrió, oí algunas exclamaciones rápidamente ahogadas y tres hombres se echaron sobre mi cuello.

»En un relámpago —continuó Rouletabille—, fui tendido, amordazado, transportado a mi alcoba, atado con mis ropas, reducido a la impotencia. Naturalmente, habían apagado todas las luces; pero yo los sentía revolverse en torno mío. ¿A qué misteriosa labor se entregaron?

»De pronto, suena el timbre de la puerta de entrada y desaparecen como bandada de asquerosos pájaros nocturnos.

»Fuertes puñetazos cayeron sobre la puerta, y oí el vozarrón de mi compañero La Candeur, que me gritaba: «Soy yo; ¡abre, Rouletabille!... Te

necesitan en la redacción... No es posible telefonearte. ¿Por qué has descolgado los auriculares? ¡El director está furioso!...»

»Por mi parte, me esforzaba inútilmente en desasirme y hacerme oír... La Candeur bajó la escalera vociferando juramentos. Bien considerado, no me supo mal que no llegara a verme en tal coyuntura. ¡Yo, Rouletabille, haberme dejado sorprender así! Estaba avergonzado, anonadado. ¡Este es el sentimiento que aún me domina! Mi criado me desató esta mañana. Le he amenazado con enviarle a presidio, si llega a decir una palabra, y en cuanto a ti espero confiadamente en que no tratarás de deshonrarme.

—Pero, en fin, ¿qué significa esta agresión? —preguntó todavía Juan de Santierne, olvidado de sus propias preocupaciones por el relato de esta singular aventura.

—¡Ah! —repuso Rouletabille señalando con un amplio gesto su despacho revuelto—. Lo he repasado... Han venido con toda seguridad a robarme documentos... Pero ¿cuáles? Hecho el inventario, no me falta ninguno. He creído un momento que había una relación entre el acontecimiento de esta noche y mi artículo de anteayer, acerca de los escándalos de la «Sociedad de Bengala»; pero mi archivo está completo... ¡Misterio!...

—Tú al menos debes tener alguna sospecha... Les viste las caras...

—Sí, un segundo; pero al punto apagaron las luces...

—¿Y qué facha tenían tus ladrones?

—De ladrones... demasiada facha de ladrones. Trazas horrendas de ladrones... Con exceso... Muy sucios sus trajes... ¡Muy espantables sus gorras!

—¿Por dónde entraron?

—Por el balcón... El piso contiguo está vacío... Entraron por la escalera de servicio... Aquí se limitaron a cerrar la madera de la ventana, saltaron un cristal... Nada más sencillo.

—Y ¿no vas a avisar a la policía?

—No.

—Rouletabille, ¿no sospechas de nadie?

—¿De quién?

—De la policía. ¡Es posible que busque algo que no hallará aquí! Pronto sabré a qué atenerme.

Juan, entristecido, reflexionaba.

—Rouletabille, te lo repito; no te fíes de *El Pulpo*.

—¿No me has dicho —contestó irónico el repórter— que era de la policía?

—Así se me ha afirmado.

—Pues bien —repuso el periodista encendiendo la pipa—, por ella sabré si es la policía la que ha dado el golpe.

Juan se levantó.

—Ea —suspiró—, veo que no queda nada por decirte. ¡Adiós!

Y agregó con intención un poco solapada:

—No quiero molestarte más.

Rouletabille no le contestó en seguida, pero cogiendo su junquillo y su sombrero:

—Te acompaño —repuso—, pues veo que te repugna hablarme de Odette, bajo el techo que guarece a Mme. de Meyrens.

—¿Cómo sabes que quiero hablarte de Odette?

Rouletabille levantó los hombros y le impelió hacia la escalera:

—Tú has recibido noticias de Camargue, malas noticias... Hubert no deja a Odette; cada día está más imperioso, casi amenazador.

—¿Quién te ha informado tan bien? —preguntó Juan estupefacto—. ¿Quién te ha dicho...?

—¡Tú! Lo llevas escrito ahí...

Rouletabille pasó el dedo por la frente...

—¿Qué opinas de Hubert?

—¡Le creo capaz de todo! Pero he de confesarte que no es él el que me desasosiega en cuanto a ti concierne.

—¿Has hablado a Calixta?

—No; precisamente he venido para que tú le hables, tú en persona.

—Encantador —exclamó el repórter, que parecía querer ocultar bajo aquella traza jovial el disgusto que le acarreaba tal comisión—. ¡Encantador! ¡A poco me estrangulan anoche, y esta tarde me van a arrancar los ojos!

CAPÍTULO II

CALIXTA

NO sé ciertamente cómo anunciar a Calixta mi casamiento con Odette». Rouletabille se repetía esta frase de su amigo Juan, mientras Juan vertía en el piano un pasaje de Beethoven, y en la alcoba danzaba Calixta, desnudas las piernas, bajo el tul de velos negros guarnecidos de oro. Estaban además el osezno y el loro.

La escena era sorprendente. La envolvía la penumbra. El mismo Juan estaba enteramente sumido en la sombra. Se le oía, pero no se le columbraba. Se oía también el tintineo de los brazaletes de Calixta cuando el ritmo se acentuaba. Los tres espectadores, Rouletabille, el osezno y el loro, estaban tan circunspectos como las imágenes de sombras chinescas que sus perfiles dibujaban sobre la pared. Los iluminaba la roja luz de una lamparilla, protegida con pantalla de papel de seda y colocada en bandeja de plata, en la cual yacían rabiosamente dispersos unos naipes, y entre ellos la reina con el corazón descuajado (la mujer rubia a trozos).

Naturalmente Calixta era morena; pero en aquel momento se veía tan sólo sus piernas deslumbrantes, que corrían como llamaradas por la alfombra. Al punto las piernas se eclipsaron bajo los velos, la mujer se desplomó, y encuadrado en la voluta feroz de la suelta cabellera, apareció su rostro de belleza y dolor salvaje.

«Nunca ha bailado tan trágicamente —pensó Rouletabille—. Diríase que prevé la catástrofe. ¡Vamos a pasar momentos difíciles!»

Pero por un milagro de aquella fisonomía tornadiza, la imagen de la desesperación que se arrastraba a la luz de la lámpara se esfumó casi instantáneamente, bajo la más traviesa y apasionada de las sonrisas, y luego

Calixta se irguió mostrándose a la vez fiera y dulce, amorosa y discreta, tímida y burlona.

Finalmente prorrumpió en carcajadas. Su danza fue cosa de un demonio, de una gracia, de una musa, de un ángel, de un duende.

Y Rouletabille se acordó de la primera vez que la vio danzar. Hacía dos años. Fue en Camargue, en los alrededores de las Santas Marías del Mar, adonde fue a cazar, con su amigo Juan, pájaros trashumantes. Había salido danzando de un carromato de bohemios encajado entre dos tamarindos, y ellos se detuvieron por el placer bíblico de esta escena al aire libre. Silenciosa, acurrucada en torno de la bailarina, la tribu extática y desarrapada contemplaba a la bella moza de divinos gestos, mientras un varón de sombría belleza, sentado junto a las brasas que se extinguían, arrancaba a su guitarrillo un ritmo milenario.

Fueron vistos y todo paró; sintiéronse arrojados por el silencio hostil de todos. Al día siguiente, almorzando en grupo (hay que decir que el grupo era de felices mortales) en un pequeño hotel campestre de la vecindad, a dos pasos del río, vieron aparecer en medio de sus juegos civilizados (quién tocaba un *shimy* en el piano) a una náyade morena perseguida por un fauno. Reconocieron en aquella joven casi desnuda a la bohemia del día anterior, y en el fauno al hombre del guitarrillo. El hombre terrible había ya atrapado a la niña, que se defendía gritando y mordiéndole. Y ya se la llevaba, cuando Juan y Rouletabille, seguidos de sus amigos, cayeron sobre él. El bohemio hubo de ceder al número. Se alejó lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia la joven, que seguía imprecándole.

Esta, suspirando, se acogió a la protección de Juan:

—Me llamo Calixta, y este hombre, Andrés. Es un gitano, pero no de mi tribu. Como mi padre ha muerto, trata de lleváseme. No es nada mío.

Una hora más tarde, para evitar nuevos incidentes, Juan montó a Calixta en su auto, vitoreado por sus amigos. He aquí, pues, cómo Calixta y Juan se enamoraron, y por qué Calixta le amaba aún.

Aparentemente la joven se había civilizado con ardor de neófita a la cual se descubren los goces de una religión de dulzuras insospechadas. Aunque su alma continuó siendo salvaje, por fuera se había trocado en una parisien elegante y muy moderna.

Se dijo que quería hacer olvidar su origen. Sólo para Juan y para Rouletabille bailaba alguna vez en la intimidad danzas gitanas, y ya hemos visto que Juan mezclaba con ellas trozos de Beethoven.

Ahora, pues, Calixta reía, pero su risa estremecía a Rouletabille. Él loro y el osezno también se echaron a reír.

—Esta casa de muecas me espanta —se dijo el repórter, tratando de sacudir el entorpecimiento morboso que le invadía—. ¡Ah! ¡esos perfumes de Armenia! Por mucho que haga esa mujer, olerá siempre a bazar.

Juan cerró el piano y trató de explicar a Calixta la necesidad que tenía de dejarla pronto aquella tarde.

—Rouletabille te hará compañía.

Ella no respondió. Ofreció a su beso una frente de mármol... Juan se puso en salvo, balbuceando excusas. Rouletabille hubiera dado cualquier cosa por seguirle.

Calixta se sentó en el diván. Quedó inmóvil y rígida como una reina de Egipto. Veíase brillar en su desnudo brazo enorme anillo de esclava. Era menester decidirse. Rouletabille tosió. Teníase por ridículo, por antipático, y maldecía a Juan, que había echado aquella carga sobre sus hombros. La joven fue la que rompió primero el silencio:

—Quiere dejarme, ¿no es eso?

Rouletabille tosió de nuevo; creía aquella tos elocuente; y Calixta, que no carecía de inteligencia, con pequeño esfuerzo que hiciera, la comprendería seguramente. Y en realidad la comprendió y se lo probó sin más tardanza. Vino a plantarse ante el joven, y elevando su brazo desnudo a la altura del rostro, le enseñó el arete de oro, en el cual estaba trazado un signo misterioso, combinación del choque y de la mezcla de dos religiones: la cruz y la media luna, cuyo conjunto tenía la forma de puñal.

—Rouletabille —le dijo—, repite a Juan esto: las jóvenes gitanas que llevan este arete en el brazo y este signo en el arete... son auténticas jóvenes de Bohemia, que saben guardar fidelidad en el amor y el recuerdo de las injurias... Y ahora márchate... Ve, te digo; ve a reunirte con tu amigo.

Los tres se pusieron a echarle, pues el osezno y el loro no se habían separado de Calixta, y el loro no era de los tres el menos temible...

CAPÍTULO III

OLAJAI

ROULETABILLE, después de hojear la guía tirada sobre la mesa del despacho, fue a ver un mapa de las carreteras de Europa que ostentaba entre el bosquejo de la biblioteca sus abigarrados jeroglíficos.

En el despacho se había ya restablecido el orden. Cada libro había recuperado su sitio. El cristal del balcón, repuesto. Borradas las señales del saqueo del día anterior; nunca el dueño de la mansión se manifestó tan tranquilo.

Con seguro ademán, su dedo, posado sobre la palabra «Aviñón», recorrió un momento una ruta descendente; y a seguida se volvió a llamar al teléfono:

—¿El señor de Santierne no ha vuelto a casa?

—No.

—Le espero aquí una hora: necesito verle con gran urgencia. Dentro de veinte minutos, si no ha llegado aún, telefonaré a usted para comunicarle mis últimas instrucciones.

Colgó los auriculares, tranquilos los nervios.

Iba enfundado en un temo a cuadros y tocada la cabeza con un casquete, uniforme peculiarmente suyo, célebre en el mundo entero; una maleta cuidadosamente enfundada en tela gris delataba inmediato viaje. Sacó del cajón la browning, comprobó su funcionamiento, se la metió en el bolsillo, se sentó y cerró los ojos.

Para todo aquel que conociese a fondo a Rouletabille, su habitual buen humor, su natural efusión que frecuentemente velaba las más serias inquietudes, su constante afán de moverse, de «hacer algo», aquella actitud era hartamente elocuente.

Jamás Rouletabille trabajaba tanto como cuando no hacía nada. Nunca la naturaleza sufre cargazón tan temible como en el momento en que se dispone a arrollarlo todo. ¿Qué nueva aventura rumiaba el pensamiento de Rouletabille? Columbraba, sin duda, su magnitud, cuando tanta sangre fría recogía... ¿Qué graves peripecias vislumbraba tras el telón de sus párpados cerrados?

Súbitamente abrió los ojos. Se levantó: había reconocido el paso de Juan. Este se abalanzó gritando alegremente:

—Esta noche me despido de mi vida de soltero. Quedas invitado. Ya sabes qué admirablemente he zanjado esto con Calixta. ¡Palabra! Pero no sé qué te ocurre de algún tiempo a esta parte, que todo lo tomas en trágico.

Es Mme. de Meyrens la que te inspira negras ideas. ¡Desde que tratas a esa mujer estás desconocido! Pero volviendo a Calixta, querido, ha estado idealmente correcta. Yo también, a mi vez, lo he estado: «¡Ya sabes cómo te he querido! ¡No te olvidaré nunca! Pero la vida... la necesidad de casarme... de colocarme... En fin, un buen acomodo y buenos títulos de renta.»

—¿Y ella ha tomado el dinero?

—Le he dejado el paquete en la chimenea; espero que esto la consuele...

—Es posible que esté aún en la chimenea tu dinero.

—Enhorabuena, querido; no iré a verlo. Podría aún hallarle allí y ya no quiero pensar sino en Odette, en la señorita Odette de Lavardens, que pronto será señora Juan de Santierne...

—No tengas cuidado de encontrar a Calixta en su casa —dijo fríamente Rouletabille—, porque ya no está allí.

—¿Dónde, pues?

—En Lavardens.

Juan dio un salto.

—¿Qué me dices?

—Si no está en Lavardens, no andará lejos. Ha salido para Santas Marías del Mar.

—¡Calixta en Santas Marías! Pero ¿estás seguro?

—Una llamada de teléfono a su camarera me ha cerciorado...

—Y ¿cuándo lo has sabido?

—Hace veinte minutos.

—Y me lo dices con una calma... con una calma que me espanta...

Juan reparó en la maleta, en el terno a cuadros...

—¿Te vas de viaje? ¿Y me dejas en estos momentos?

—A fe mía... sí... Dejo que te despidas de tu vida de soltero...

—¡Ah! ¿Te callas? ¿Quieres decirme adónde te vas?

—No tengo secretos para ti. ¡Me voy a Lavardens!

—¡Rouletabille!

Juan se echó a sus brazos y le abrazó, pero Rouletabille, desasiéndose:

—No nos enternezcamos —dijo—. Hagamos lo que hagamos, iremos sobre sus pasos con un retraso de veinticuatro horas... ¡Si pudiéramos llegar a tiempo!

—No desechemos la esperanza... —suspiró Juan—. ¡A toda costa hay que evitar el escándalo!

—¡El escándalo! —subrayó Rouletabille con inquietante sonrisa—. ¡Ah, querido! Si tú la hubieras oído escupirme al rostro esta frase: «Ve y di a tu amigo que las hijas de Bohemia que llevan esta señal...»

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tienes razón! Hay que temerlo todo; ¡me vuelvo loco!...

—No es esta coyuntura, si quieres salvar a Odette.

—¡Salvar a Odette! Pero ¿estamos allí?

—Ante todo es preciso no perder el tren de las dos y diez. Llegaremos a Aviñón esta noche a las dos cincuenta y un minutos de la madrugada. Allí cogeremos un auto, y al clarear el día llegaremos a Lavardens... Y ahora vete a arreglar la maleta... Acude a la estación... Yo dispongo aún de una hora... Tengo tiempo de pasar por la prefectura...

—¿Qué asunto te lleva a la prefectura? ¿Lo ocurrido la otra noche?

—¡Quizás!... A propósito. ¡Ya no tengo criado!...

—¿Lo plantaste en la calle? Has hecho bien; no me hizo nunca gracia la pinta de ese muchacho.

—No, no lo he despedido. Anoche, al volver a casa, hallé en la portería las llaves de mi cuarto y sobre la mesa del despacho esta misiva. Lee.

—Pero tu salvaje escribe muy bien el francés.

«El señor me disculpará que abandone tan bruscamente su servicio. Quizás no le vuelva a ver más, señor, pero nunca olvidaré las bondades que el señor me ha prodigado.—OLAJAI.»

¿Y un nombre en el respaldo?

—Sí, la firma de Olajai —replicó Rouletabille con voz apagada—. Y ¿sabes qué significa en el lenguaje de su país esta palabra? Quiere decir: ¡Maldición!

—¡Es impresionante! —manifestó Santierne dirigiéndose hacia la escalera...

Rouletabille le detuvo con un gesto:

—Sí —repuso—. ¡Es impresionante! Y más sabiendo que Olajai tomó también el tren anoche para...

—¿Para...?

—Para Santas Marías del Mar...

Santierne miró a Rouletabille con ojos desmesurados.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto? —balbuceó—. Ello no puede ser mera coincidencia. ¿Qué hay aquí encerrado?

—No sé lo que hay encerrado —replicó el repórter sin abandonar su calma imperturbable—, pero todo ello nos revela al menos, querido Juan, que nos impele a todos hacia allá una fuerza desconocida y fatal, y que nos revolvemos en el oscuro torbellino en que se entremezclan tus asuntos y los míos de modo bien extraño. ¡*Olajai!* Este Olajai es un bohemio de los Balcanes, y no creo que haya ido a Santas Marías para rezar a Santa Sara.

Rumiando esta lúgubre palabra, se separaron los dos jóvenes.

Tres cuartos de hora más tarde, Rouletabille, ya en el andén de la estación de Lyon, vio llegar a Juan, más pálido y congojoso que lo había dejado. Llevaba una carta en la mano.

—¡Ah! ¡querido, lee! ¡Todo se precipita!

Era una misiva de Odette:

«Ven pronto, Juan; ven pronto. ¡Tengo miedo por ti!... ¡Lo tengo por mí! ¡Si fuese cierto que no me quieres! ¡Que amas a otra! ¡Ah!, me da miedo este Hubert... Y papá está también amedrentado. ¡Ah!, ¡ven, ven! No puedo decirte más...»

—¡El miserable!... —susurró Juan, que a duras penas se contenía—. No cabe ya duda... Le ha hablado de Calixta...

Rouletabille arrastró a su amigo hacia el coche. Cerró la portezuela. Estaban solos.

—¡Es preciso que me digas todo cuanto sepas de Hubert!

Juan le contestó con el ceño fruncido y mal talante:

—Tú le viste un día a la hora de la siesta en su marco; tú sabes de él tanto como yo. ¡Has visto bestia mayor!

—Eso es poco —replicó Rouletabille...

—No se puede comparar más que a sí mismo... —replicó Juan...

—¡Oh!, perdón... —subrayó el repórter—; le creo un poco más complejo de como acabas de pintarlo.

—Para aplicar los medios de llegar a su fin, quizá...; pero te juro que cuando se ha visto a este mocetón a caballo entre los boyeros y blandiendo su tridente tras los rebaños espantados, se guarda de él, no sólo el recuerdo de la

imagen física, sino también del fondo de su psicología. Quizá él también sea un artista «a su modo».

Y Santierne prorrumpió en una risa dolorosa.

Rouletabille no se equivocaba. Tenía ante sí a un hombre celoso, celoso hasta derramar lágrimas. Cabalmente, Juan, bajo el velo de la risa, contenía el llanto, pues era un sensible... Al revés del otro... de Hubert, y bajo la capa de aparente *snobismo*, cultivaba un alma delicada, de sensibilidad casi enfermiza. Rico, muy entrenado en profundos estudios políticos por mero capricho, dado a todos los *sports* para amoldarse a los gustos del día, adscrito a una «carrera», porque un hombre del nacimiento, educación y simpatía de Santierne tiene consigo el deber de haber estado más o menos agregado a una embajada, la verdadera personalidad de Juan se reveló, no obstante, cuando penetró en la esfera del arte, en la de la música principalmente, a la cual se entregó como a delicioso filtro.

Mozart y Beethoven fueron los que desposaron a Juan y Odette de Lavardens; pero Santierne no ignoraba que antes de su conocimiento con esta encantadora flor de la Camargue, Odette recibió, niña aún, otras impresiones, que por ser más rústicas, no eran quizá menos formidables. Hubert fue el que enseñó a Odette a montar a caballo. Y ¡qué amazona estaba hecha!

—Atiende —decía Juan a Rouletabille—; también el viejo Lavardens por este tiempo andaba enamiracado de él. Pero cuando este hidalgo de aldea (me refiero a Hubert), que por toda fortuna tenía una alquería y su rebaño, pidió que se le reservase la mano de Odette (hace unos cuatro años), Lavardens le replicó: «Haz primero fortuna, y hablaremos de eso cuando Odette sea mayor...» Pues bien, hoy Odette es una moza, Hubert ha hecho fortuna, pero Odette y yo nos queremos. Yo acaricié la idea del duelo, pero no parece que quiera aceptarlo. El cobarde ha preferido contar a Odette mi enredo con Calixta. ¡Es un infame!

—¡Pobre chiquilla! —repuso Rouletabille—; entre Hubert y Calixta... la compadezco...

—Odette te estima mucho —insinuó Juan, apretando la mano de Rouletabille.

—Y yo siento hacia ella sincero afecto, *pues será tu mujer*.

Callaron un momento. Luego Juan agregó:

—Escucha, allá bajo, yo me las entenderé con Hubert; tú te encargas de Calixta.

—Valdrá más que yo apechugue con todos —replicó el repórter.

Y como Juan hiciera un mohín...

—¡Ah! te lo suplico; tú harás al pie de la letra cuanto te diga. Te aseguro que no hay momento que perder; al menor traspies estamos perdidos.

—Es igual —vociferó Juan—; no van a asesinarme.

—No, pero temo que los acontecimientos se precipiten.

Y tanto se precipitaron, que lo mejor que podemos hacer para fijar la rápida sucesión de los hechos es transcribir en toda su concisión las notas del cuaderno del repórter, escritas en aquella misma noche trágica.

Cuaderno de Rouletabille— Las once cuarenta. Lyon. Juan plantea si no será mejor bajar aquí y abreviar la jornada en auto. Aleatoria ganancia de tiempo. Decido que nos atengamos a mi primera idea. Juan se pone inquieto y pesado. Las dos cincuenta de la madrugada. Aviñón: auto. Juan guía como un loco; nos va a hacer cisco. Le exijo que me ceda el volante. Las cuatro de la madrugada. Mansión de Lavardens.

Despertamos al jardinero. Todo reposa. El señor de Lavardens y su hija se acostaron muy temprano. Las cuatro y diez. Dejo a Juan en Lavardens y lanzo el auto camino de Santas Marías. Cuatro y treinta y cinco; suena un tiro. Ha estallado el pneuma trasero.

Un hombre se yergue ante mi, con la carabina al brazo. *Reconozco en él a Olajai*. Jadea y me mira con ojos hechos brasa: «*El señor no parezca por Camargue; el señor no se mueva de Lavardens.*» Dicho esto, se internó en el bosque de tamariscos. Mientras cambiaba la rueda, rumié lo que acababa de decirme Olajai. El consejo me parece excelente. Vuelvo a Lavardens. Las seis.

Momentos después de haber llegado, veo una turba de aldeanos amotinada en torno del cadáver del señor de Lavardens, recién hallado en la espesura de su parque cerca de la puerta medianera con la propiedad de Hubert. El señor de Lavardens presentaba las sienes horriblemente machacadas. *No tuve necesidad de examinar largo rato el cadáver para saber con certeza que nunca se aprehenderá al asesino.*

Las siete. Se ha detenido a Hubert. En esto se descubre que la señorita de Lavardens ha sido raptada aquella noche. Juan está completamente loco. «*Querida Odette, yo te salvaré.*»

CAPITULO IV

EL MEDIODÍA SE CONMUEVE Y LA CAMARGUE TAMBIÉN

ALGUNAS líneas apresuradamente trazadas por Rouletabille en su cuaderno de notas referían en substancia, descarnadamente, un hecho trágico que la justicia por una parte, y por otra el periodista, iban a tratar de reconstituir en sus menores detalles. Si Rouletabille este día fue conciso en comentarios, sin duda ello se explica porque tenía demasiado que hacer.

¿Preveía ya que este asunto, a primera vista con caracteres de un aciago e impreciso hecho, iba a tomar pronto las proporciones de un acontecimiento de alcance europeo? Lo cierto es que, fiel a un instinto seguro adocinado por una lógica habitual (lógica que en su lenguaje emblemático solía llamar «la buena contera de la razón»), el repórter presintió de pronto que bajo el drama de Lavardens palpitaba otro drama formidable, del cual el primero podía muy bien ser la llave.

Veámosle, pues, proceder cautelosamente desde que fue desviado de modo tan extraño del camino de la Camargue por la aparición fantástica de Olajai.

Entra en Lavardens. No se descubre el drama en el preciso momento en que llega, sino, como dice en sus notas, instantes después.

Juan le esperaba en las gradas del «*Viei Castonnou*», en el antiguo Castillo nuevo, como se denominaba en la comarca a la vasta mansión de estilo provenzal que los Lavardens se construyeron a principios del siglo anterior en la calzada de Arlés, al Norte de la Camargue, en un paraje muy fresco y umbroso, que, al margen de una albufera límpida como deslumbrante espejo, sorprendía, cual otra Normandía, con sus sendas cubiertas de césped, con sus trigales y sus árboles de copioso follaje y recio y musgoso tronco. Allí se había cobijado la santa hospitalidad. Allí el viandante o el simple *guarda*

que iba en busca de sus rebaños, era siempre recibido con afables palabras y con un vaso de selecto vino «alegre como la gaita».

Rouletabille vio al punto que Juan ofrecía un aspecto muy sereno. No así él, aún bajo la impresión del singular incidente de la carretera, pues distaba mucho de estar tan tranquilo como su amigo. Se dejó conducir a una salita, en la cual un criado, el viejo Arari, servidor de los Lavardens hacía treinta años, tenía dispuesto el desayuno...

—Estamos locos —decía Juan—. Todo reposa aún en la casa. He interrogado minuciosamente a Alari. Hubert cometía muchas extravagancias, y comprendo que Odette se asustara...

—Es igual —repuso Alari, servido ya el café—; yo, en su lugar, señor Juan, estaría ojo alerta. Hay días en que ese mozo *est tan qu'un bregand dans lou forest* (es como un bandido en el bosque).

El viejo criado salió de la sala meneando la cabeza y repitiendo:

—*Tan qu'un bregand dans lou forest.*

Cuando ya hubo partido, Juan repuso:

—Otra cosa: ya sé ahora por qué Calixta ha venido a Santas Marías...

—Habla, amigo, habla —indicó Rouletabille, que a toda hora estaba pensando en Olajai.

—Pues es muy sencillo: ya sabes que Calixta, bajo su barniz parisién, continúa siendo gitana con todos los prejuicios y todas las supersticiones de su raza.

—Demasiado gitana... demasiado, querido Juan, para la tranquilidad de todos...

—No nos entendemos...

—Esto es, no me entiendes, lo cual no es lo mismo.

—Pero escúchame, te ruego; tú te escuchas siempre y nunca escuchas a nadie.

—Te crees eso, Juan. *Pero yo, para escucharte* —repuso Rouletabille—, *no necesito que hables...*

—¡Ah! ¡qué bien lo has dicho! ¡Acentuándolo! En fin, te chaceas..., nuestros asuntos van mejor...

—No..., no van mejor. No me decías que Calixta...

—Es supersticiosa —replicó Juan un poco aturdido—. Ya conoces su devoción por Santa Sara...

—¡Cáspita! Es la patrona de esta gente...

—Sí, pero no sabes hasta dónde llega esta devoción de Calixta...; figúrate que hizo incrustar un icono en la madera del lecho y más de una vez la

sorprendí rezando ante esta horrible imagencita...

—Y ¿qué?

—Ya sabes que todos los años, el 24 de mayo, los gitanos celebran la fiesta de Santa Sara, en Santas Marías, en la cripta de la iglesia erigida en el mismo sitio en que desembarcaron, según la leyenda, las Santas Marías y Lázaro y su doncella Sara...

—¿Y qué, qué?

—¿Te fastidio?

—No; me haces perder tiempo con tu curso de historia. Esto lo sé tan bien como tú... ¿Dónde vas a parar?

—A esto. Alari acaba de decirme que nunca la Camargue en esta época estuvo tan infestada de gitanas, de cingaras y de gipsias. Han venido de todas partes: del Norte y del Mediodía, de Italia, de España y de más lejos aún. Corre el rumor en la comarca que el 24 de mayo de este año se cumplirá una profecía, de la cual espera toda la raza grandes cosas. Teniendo en cuenta esto, comprenderás que una fanática de Santa Sara, como lo es Calixta...

Pero Rouletabille parecía no escucharle. Había rechazado su taza e ídose a la ventana meditabundo, rellenando la pipa.

Una espléndida mañana de Provenza doraba ya la campiña (*l'auba cargat sa bella rauba-pér saluda lou Diéu dou jour*), brisa sutil traía perfumes de espliego y de arrayán; pero si bien el repórter sabía como otro cualquiera apreciar los sencillos goces que brinda la naturaleza, en aquel momento Rouletabille no veía el campo, ni gozaba, al parecer, de la aptitud de sentir los aromas... Sin duda, estaba ocupado *en escucharse*, como decía Juan, el cual, cada vez más tranquilo, continuaba el sobrio desayuno, obsesionado con su idea.

—Alari me ha dicho que no se ha visto tal concurrencia desde el año famoso en que fue consagrada la Reina del Sábado.

Sin volverse, Rouletabille dijo con esa voz lejana que alguna vez emitía como si hablase desde el *interior de otra sala*, en la cual sólo él tuviese el derecho de entrar y en ella, al parecer, se hubiera refugiado con el lastre de sus cautivos pensamientos:

—Hace unas semanas escribí un artículo a propósito del proceso de los Romanichels (feriantes), curiosa asociación de ladrones «a la cita». Artículo en el cual hablaba del singular destino de esta raza y lo terminaba anunciando que el pueblo de la Ruta, en efecto, no había perdido toda esperanza...

—Y ¿dónde lo has publicado? ¿Cómo no lo he leído?

—Ha visto la luz en la Revista de la lengua de oc y en provenzal: juzgué el asunto de actualidad... —contestó el repórter siempre con aquella voz lejana, con *aquella su voz que venia de otra sala...*

Súbitamente se volvió, y encarándose con Juan, repuso:

—Dije en este artículo que Santa Sara había prometido a su pueblo, y al parecer *en términos formales...* no te sonrías, que en fecha próxima recuperaría su antigua prosperidad. Por lo demás, no he de ocultarte que adquiriré todos estos preciosos detalles del propio Olajai.

—Pues bien, querido: Calixta ha venido a Camargue sin más objeto que rendir culto a Santa Sara... Hemos hecho mal, pues, en perder la cabeza...

—También mi criado, querido Juan, ha venido a Santas Marías a cumplir con sus devociones... y no por ello me ves tranquilo... A propósito de mi criado, acabo de encontrarle...

—A Olajai.

—Sí, a Olajai. Me reventó de un tiro un neumático buscando la coyuntura de aconsejarme que regresase aquí cuanto antes y no me moviera de Lavardens.

—¿Qué significa esto? —exclamó Juan, levantándose de la mesa.

Rouletabille se encogió de hombros.

—¡Ah! ¿Qué querrá decir esto si no significa que alguna amenaza pesa sobre Lavardens?

—¿Qué amenaza? Lavardens nada tiene que ver con los bohemios.

—No; pero Calixta sí que tiene que ver con los Lavardens y quizás de eso sepa algo Olajai...

—No creo que Olajai abrigue malas intenciones contra mí; sin embargo, no dejan de inquietarme algunos puntos oscuros de su conducta... Ha poco le salvé la vida allá, en los Balcanes... pero *si no están de acuerdo, hay algo peor*: una coincidencia que *por donde vuelvo los ojos* me espanta...

—Y ¡tú también me asustas! —exclamó Juan—. Vámonos, vámonos pronto... Vámonos todos... ¡Alejémonos de los bohemios... y de Calixta... y de Olajai! ¡Y de ese bribón de Hubert!

—¡Vete, pues, y cuanto antes mejor! —repuso Rouletabille...

—¿Y tú?

—Yo me quedo.

CAPÍTULO V

LOU CABANOU

JUAN miró con asombro a Rouletabille:

—¿Puede saberse qué te retendrá aquí una vez que nos hayamos ido? —preguntó.

Rouletabille, sin duda, no tuvo prisa en contestar, pues a su vez preguntó a continuación al viejo Alari, que entraba:

—¿Qué ocurre en Santas Marías?

—¡Ah, *señors!* Dios solo lo sabe; pero no sin motivo se llama su misa la misa del diablo.

—Sepas, buen amigo, que los bohemios son excelentes católicos.

—¡Eh! ¿*Ques aço?*(Bueno, ¿y qué?). Eso no impide que digan la misa al revés en la cripta...

—¿Cómo?

—Pues bien: su vicario les da la cara en vez de darles la espalda y el altar también está trocado; pero esto es nada... le digo... ¡Lo que pasa luego...! ¡Ah! Mal haría en pasar un *rumí* cerca de sus manos en ese momento...

—¿Se lo comerían?

—No; pero la fiesta en la cripta se aguaría *si no corriera la sangre*.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe en Camargue...

Juan levantó los hombros.

—¡Ah, señor! —repuso Alari—. Sin ir más lejos, ayer por la tarde, abordé a uno de esos malditos y le pregunté: *Ounte vas boun grand coutère?* (¿Adónde vas con tan descomunal cuchillo?), y me contestó mirándome con saña: *Coupá di besto: sien bourrêre* (A cortar cabezas: soy verdugo).

—¿Y qué estaba a la sazón cortando?

—Mimbres para tejer sus cestas.

—¿Lo ves, mi buen Alari? Eres un poco pobre de espíritu... bien lo sabes...

En este momento se oyeron voces en el vestíbulo y Alari fue a ver lo que ocurría. Volvió estupefacto y blandiendo una gasa avellanada que enseñó a los jóvenes, diciéndoles:

—Es el tío Javán, que ha hallado la bufanda de la señorita en el cercado del señor Hubert.

Juan palideció horriblemente. Rouletabille iba de un lado para otro fuera de la sala. En el vestíbulo topó con Estefanía, la camarera, una arlesiana que hacía poco servía a los Caston-Nou, y le preguntó secamente si la señorita Odette estaba en su cuarto.

—¡Ah! Yo creo que sí está en su cuarto... He bajado por su desayuno — repuso la joven algo confusa por la actitud del repórter.

Este aún le preguntó:

—¿La señorita Odette fue ayer a casa del señor Hubert?

Estefanía, que parecía cada vez más turbada por este brutal interrogatorio, empezó a sonrojarse y estalló de pronto:

—Ea, ¿es que yo he de saber si la señorita fue ayer a casa del señor Hubert? Es horrible. ¿Acaso mi misión es vigilar a la señorita? Déjeme pasar. *Ques aço?*(¿Qué es esto?).

En este momento Juan apareció en el vestíbulo, seguido de Alari, y dijo a Estefanía:

—Lleva a tu señora su bufanda, que acaba este hombre de encontrar en el jardín del señor Hubert...

—¿En el jardín? —repitió la criada visiblemente turbada.

—Sí, en el jardín del señor Hubert —insistió el tío Javán, un jornalero que solía trabajar a ratos perdidos para los Lavardens, pero más frecuentemente para Hubert.

—¿Y tú trabajabas esta mañana en casa del señor Hubert? —preguntóle Rouletabille.

—Sí... Al ponerme al trabajo —respondió Javán— vi la bufanda en el suelo en el sendero. Al punto la reconocí. La señorita la llevaba ayer en el cuello. Llamé a la puerta de la casa del señor Hubert, pero nadie me contestó. Así traje aquí la pañoleta...

—¡Ah! Javán —dijo Alari—. ¿Dónde viste que la señorita llevaba ayer al cuello la bufanda? No, seguramente, en casa del señor Hubert...

—No, sino cuando paseó con su padre por la senda, a las cinco...

—Entonces —dijo Rouletabille— perdió la prenda durante el paseo. El señor Hubert la encontraría, la recogió y sin duda la perdió a su vez al entrar en su casa...

—A menos —repuso Alari— que el señor Hubert, reunido con el señor y la señorita durante el paseo, gastase la broma de hurtar la bufanda...

—¡Chusca broma! —dijo Juan con amarga sonrisa—. El señor Hubert ya nos informará mejor. Gracias de todos modos, Javán, y que Dios te guarde.

Durante este tiempo, Rouletabille acechó minuciosamente el juego de todas las fisonomías... Estefanía se había eclipsado, bajando a la cocina... Javán tenía aspecto de viejo aldeano cazurrón, de esos que procuran ocultar verdadera astucia so la capa de una simpleza problemática...

—Me voy con Javán —dijo el repórter—. Quiero que me enseñe el sitio donde encontró la bufanda.

Juan les siguió en lamentable estado de espíritu.

Alari iba a la zaga del grupo.

Descendieron por la senda que termina en la pequeña posesión de Hubert, una modesta quinta colindante con el parque de los Lavardens, y a la que Alari nombraba siempre despectivamente con el mote de *Lou Cabanou*, aunque Hubert gastó en ella todo lo preciso para darle aspecto moderno, y la había amueblado con relativa elegancia.

Llegados al cercado, Javán indicó el sitio en donde había hallado la bufanda. Rouletabille, dejando la avenida, se echó a andar a gatas tras la huella recién impresa en la blanda tierra del jardín, huella que le condujo hasta la cerca de la quinta.

Alari, que contemplaba con admiración cuanto hacía Rouletabille, murmuró entre dientes esta antigua tonadilla:

—Un día que será noche —llevarán los hombres cola— y en la cola un ojo que hará mil piruetas, y que a diez pasos verá las venas de una pulga.

El muro que cerca la huerta de Hubert es muy bajo en este punto. Súbitamente, en dos brincos, Rouletabille lo escaló y cayó en un camino hondo que allí acababa como callejón sin salida. Los demás iban a seguirle, cuando de pronto reapareció con la frente pensativa y una palabra en los labios:

—¡Auto!

—Ea —le preguntó Juan—, ¿qué ocurre?

—Aléjense ustedes un poco —ordenó el repórter a Alari y a Javán—; he de hablar con el señor de Santierne.

Y cuando se distanciaron unos pasos...

—Pues bien —repitió Juan.

—¿Qué? ¿Odette vino aquí? ¿Odette vino a casa de Hubert?

—Sí.

—¿Sola?

—Dios mío, si, sola. Pero lo que me confunde no es que viniese, *sino que no columbro cómo salió...*

—¡Tú sueñas! ¿Dónde has visto las huellas de Odette? Enséñamelas, quiero verlas.

Rouletabille le llevó al sitio designado por el jornalero como punto donde encontró la bufanda... Allí, en efecto, estaba impresa la huella de un zapatito puntiagudo..., huella que de pronto desaparecía. Esta huella iba camino de la casa de Hubert, y luego nada.

—Luego... nada... —mascullaba Rouletabille—. Esta huella va, pero no vuelve... Y allí coincide con pasos de hombre... Con pasos de hombre que van hacia el muro.

—Y ¿no sabes lo que había detrás del muro? Había oculto en la hondonada un auto esperando. ¡Ah!, si a esa hora Odette no estaba en su cuarto, podría suponerse lo peor...

—Lo peor que puede suponerse —susurró Juan sometido a un martirio— es que Odette haya venido aquí sola... Lo demás no tiene valor... No se le ha raptado ni tratado de raptar... Si no, ¿a qué se quejó? En fin, tú la conoces.

—Sí —repuso gravemente Rouletabille—, la conozco.

—¿Y tú ves que Odette vino de noche a casa de Hubert? Pero ¿te has propuesto enloquecerme?

—Calma, Juan, calma... Odette es un ángel y tú un poeta... Déjame cumplir con mi deber, que es ver las huellas que dejan al pasar hombres y cosas en la tierra...

CAPITULO VI

UN TROZO DE TELA DE COLOR AVELLANADO

Y ¿qué prueba todo esto? —susurró Juan, con la cabeza baja y la frente sombría—. ¿Por qué quisieras que no hubiera en este jardín huellas de mujer? ¿Acaso sabemos quién vino ayer a casa de Hubert? Y ¿por qué pretendes que esta huella sea precisamente la del zapato de Odette?

—Por tres razones —replicó Rouletabille enjugándose la frente primero —, porque la veo al lado de la bufanda; luego, porque corresponde a la horma de Odette... y en fin, porque viene de allá. —Y el repórter señaló con el dedo una puertecilla en el muro, bastante bajo, que separa la propiedad de Hubert de la antigua quinta.

—Por el postigo —dijo en tono de burla Juan—. Creí esa puerta medianera condenada desde mucho tiempo atrás...

—Pues bien, lo vas a ver... —repuso Rouletabille, y sin más que empujar un poco, la abrió.

—¡Oh! —sollozó Juan—, me ahogo...

Y volviéndose dio unos pasos amenazadores hacia la casa de Hubert; pero Rouletabille le paró, señaló a Javán, que solapadamente estaba a corta distancia, observando cuanto allí ocurría...

—Te lo ruego, ¡modérate!

—Ese Hubert —masculló Juan apretando los dientes y convulso—: he de matarle...

Rouletabille alzó los hombros, y con un gesto indicó a Alari que se acercara.

Bastó señalarle la puerta para que lo comprendiera todo el viejo criado.

—Puedo asegurar al señor que anoche aún estaba cerrada con llave y echados los cerrojos... Y no es herrumbre lo que les falta precisamente...

Hace años que no se recorren... Muy sencillo... Desde la muerte del padre del señor Hubert...

—¿Dónde está la llave de esta puerta?

—¡Ah!, eso no lo sé, señor, hay que preguntárselo al señor o a la señorita...

—Bien, Alari, bien; vuelve a la casa, y estoy seguro, pues te conozco bien, de que no dirás palabra acerca de todo esto...

—Ciertamente, señor...; pero es que el tío Javán...

—El tío Javán; ya haré con él lo que deba...

Empujó al viejo Alari hacia el parque y él también echó a andar, seguido de Juan. Por la parte de acá vio la llave en la cerradura... Comprobó al mismo tiempo que fue preciso hacer grandes esfuerzos para lograr el juego expedito de los cerrojos... Juan, anonadado por la idea de la visita voluntaria de Odette a casa de Hubert, realizada la noche anterior, miraba con aire estúpido y atontado cuanto hacia su amigo.

Resonaron de pronto gritos siniestros, entre los cuales era claramente perceptible la voz de Alari.

Rouletabille y Juan se abalanzaron, y dando la vuelta a un recodo de espeso matorral vieron un corro en torno de Alari, al cual se le divisaba arrodillado.

Aquel grupo, formado por los que diariamente traían provisiones al *Viei-Caston-nou*, vociferaban lamentaciones y frases como «*bon Dios* y abominación», augurio de una gran desdicha.

Los dos amigos, abriéndose paso entre aquel pequeño tropel enloquecido, se hallaron ante un cadáver con la faz ensangrentada. Juan lanzó estentóreo grito:

—El señor de Lavardens, asesinado.

Alari lloraba. El tío Javán, que había también acudido allí con presteza, declaraba que «el infeliz» estaba ya frío.

Rouletabille le separó, prohibiendo tocar el cadáver. Sólo él tenía a ello derecho. Al punto comprobó una horrible herida en las sienes, hecha, al parecer, con arma de filo. Al mismo tiempo advirtió en la víctima señales de lucha, que debió de haber sido encarnizada...

Veíase los vestidos en desorden, arrancado el cuello de la camisa, y la mano crispada asía aún un trozo de tela de color avellanado.

En cuanto Alari reparó en el cacho de tela, exclamó:

—Pero si es la corbata del señor Hubert.

Y otros del grupo repitieron:

—Si, sí; es la corbata del señor Hubert.

—¿Estáis seguros? —preguntó Juan con voz enronquecida.

—¡Ah!, seguro estoy, seguro —repitió Alari levantándose—. Y el tío Javán está también seguro. ¿Cómo no dices nada, Javán?

—*Porque esto va siendo una de esas cosas que no me conciernen.*

—¿Qué te concierne, pues? —preguntóle bruscamente Rouletabille.

—¡Mi jardín! —repuso aquél—; seguramente hubiera hecho mejor esta mañana permaneciendo en mi jardín.

—Esto no hubiera evitado que tu amo cometiera un asesinato —rugió Juan.

Y todos se echaron tras de Juan hacia la propiedad de Hubert; se destacaba entre todas la voz del viejo Alari, que repetía:

—Bien lo dije, bien lo dije. «¡Como un bandolero en el bosque!»

Rouletabille no siguió a aquel tropel. Al contrario, una vez examinado rápidamente todo en torno del cadáver, echó a andar en dirección opuesta, esto es, 'por el lado de *Caston-Nou*.

En el vestíbulo topó con Estefanía, la camarera, que subía de la cocina llevando en una bandeja el almuerzo de su señora, pues todo lo que acabamos de referir transcurrió en un cuarto de hora.

Estefanía, al ver de nuevo al repórter, no pudo disimular un gesto de inquietud:

—¿Qué nuevas hay, señor, que viene usted desencajado?

—Sube; voy contigo.

Ella levantó los hombros animada y siguió subiendo:

—Vas a decir a tu señora que es menester que le hable en seguida.

La criada iba a responder, pero Rouletabille la miró de un modo que le cerró la boca.

Llamó la sirvienta a la puerta del cuarto y entró. Salió al instante muy pálida; pero tratando de dominar su emoción, harto visible, y esforzándose en serenar su voz, dijo:

—La señorita le verá dentro de poco; la señorita no puede recibirle en seguida.

Rouletabille, atropellándola, abrió la puerta autoritariamente y entró en el cuarto de Odette.

Estaba vacío; la cama, sin deshacer.

El repórter de un salto volvió junto a Estefanía, que quiso huir, pero asiéndola de la muñeca y cerrando la puerta, le dijo:

—Ahora ya estamos solos los dos.

CAPITULO VII

ESTEFANÍA

QUÉ he hecho yo? ¿Qué he hecho yo? —gritó la artesiana llena de espanto.

—Te juro que me lo vas a decir —le espetó al rostro Rouletabille—. En primer lugar, ya sabías que tu señora no estaba en su cuarto. ¡No mientas! ¡Tú nos has engañado!

—Juro, Dios mio, que creía que la señorita estaba en su cuarto. ¡O *Segnour! bias-me la pas* (¡oh Señor! concédeme la paz); ¡lo juro, Dios mío; lo juro, Dios mío!

La criada levantó hacia él grandes ojos suplicantes.

Rouletabille clavó en ellos los suyos y luego la soltó aparentemente calmado. Trató de tranquilizarse y de tranquilizarla, a cuyo efecto le habló en el lenguaje de su terruño:

—*Four a l'ouero; de quei que t'avié troubalado!*

—¿Qué sé yo? —repuso la criada—; sus ojos me amedrentan.

—Mientes, Estefanía; tú sabes algo que no quieres decirme; pero sepas que han raptado a tu señorita esta noche, que han ido ya a llamar al juez y vas a ser detenida como cómplice.

—¡Raptada! ¡raptada! —gritó y se desplomó deshecha en llanto al pie de la cama de la señorita de Lavardens—. ¡Ah! —suspiró—, *perqué té síes envoulado?* (¿por qué echaste a volar?).

—Estefanía, te creo una joven honrada —repuso Rouletabille—, pero puedes haber cometido alguna imprudencia, que se te perdonará si hablas con sinceridad. ¿No trabaste ayer conversación con personas que no hay costumbre de ver en *Viei-Caston-Nou* ni en los alrededores?

—¡No, señor; no, señor! ¡Con nadie! ¡Ah!, aguarde, aguarde... Ayer por la mañana la reja estaba abierta...; yo aseaba el cuarto de la señorita, cuando vi ante la reja a un hombre de mala catadura. Acertó la señorita a pasar y vi que aquel tunante hasta se atrevió a llamar a la señorita...

—Y la señorita ¿qué hizo?

—Acudió y estuvo hablando con él un rato, por cierto con gran afabilidad... La señorita es demasiado buena con todos los viandantes; demasiado, sobre todo, con los que tienen, como éste, facha de auténtico bandolero; ¡con qué endiablados ojos miraba a la señorita!

—Cuando volvió de hablar la señorita, ¿no te dijo nada?

—¡No! Pero yo le pregunté... Ardía en deseos de saber qué*quería aquel hombre... La señorita me contestó: «Es un esquilador de perros: me ha preguntado si tenía algún perro que esquilar...» Esto fue todo lo que me dijo la señorita. Entonces volví a la ventana y vi que aquel hombre se había marchado. No importa: su facha no me gustó; él es seguramente el que ha dado el golpe... ¡Ah! Pobre señorita —sollozó de nuevo Estefanía—; la pobre, tan confiada, tan buena con todo el mundo...

En este momento, Juan venía hacia allí como una tromba. Resonaban sus saltos en la escalera y su grito:

—¡Odette, Odette!

Rouletabille encerró a Estefanía bajo llave en el contiguo cuartito, espetándole:

—Eres mi prisionera: aún no hemos acabado los dos.

Después franqueó la puerta de la alcoba a su amigo, y bastó enseñarle la cama sin deshacer para comunicarle la nueva desgracia que le hería y que él temía por encima de todo.

Juan rugió:

—¡Ah! ¡El miserable!

—¿A quién te refieres? —le preguntó fríamente Rouletabille.

—¿Me preguntas a quién me refiero? ¿A quién ha de ser? —vociferó Juan—; al asesino del señor de Lavardens y al raptor de Odette. ¡Ah! ¡Rouletabille, Rouletabille!

Sabes que han robado a Odette y no estás sobre la pista...

—¿Quién te ha dicho que no estoy sobre la pista? —subrayó el repórter, ya impaciente—. ¿Quién te ha dicho que no corro tras ella en este cuarto, más velozmente que en un auto que devorase el camino? ¡Desgraciado! —agregó, aproximándose—, tú corres tras Hubert... por ahí te alejas de Odette tanto como pasos das.

—¡Tú defiendes a Hubert! —espetó roncamente Juan—. Pues bien; toma, lee... esto he encontrado en casa de Hubert, en un cuarto asolado por el drama desarrollado esta noche... ¡Lee! Vamos, lee...

Rouletabille empezó a leer una carta atrozmente arrugada:

«Señorita: La acogida que se me ha dispensado en casa de usted, con desprecio de la palabra empeñada; la actitud de su padre y de la suya con relación a mi persona, ¡ay de mi!, me llenan de indignación. Es preciso que le vea: la espero esta noche, a las diez, en el jardín, junto a la puerta medianera. Si no acude usted, ya no respondo de mi. Su desesperado, HUBERT DE LAURIAC.»

—¿Comprendes ahora? —exhaló Juan acongojado—. Te juro que no es preciso andar a gatas para comprender. Odette recibe la carta, quiere evitar una desgracia. Acude al jardín. El miserable la arrastra hasta su casa. La infeliz grita. La oye su padre, descuelga la trailla —y Juan pone ante las narices del repórter el látigo del señor Lavardens, que acababa de recoger también en casa de Hubert— y se abalanza contra el miserable. ¡Terrible escena! Quiere recuperar a su hija... La escena continúa en el jardín..., en el parque, y no retrocede ante el crimen con tal de hacerse con Odette... Y ahora, ¿dónde está ella, Dios mío? ¿Adónde correr para salvarla?

Rouletabille estuvo mordiéndose los labios hasta derramar sangre por no interrumpir a Juan. Sabía que su amigo, blando ordinariamente como una chiquilla, pero impulsivo como un artista y testarudo como un poeta, no atendía en las primeras descargas de su charla sino a los latidos de su corazón... Era menester que se desahogase primero para que en él hiciera huella el frío lenguaje de la razón... Rouletabille, tomándole amistosamente las dos manos, que eran brasas, le dijo:

—Querido Juan, te lo ruego: no perdamos el tiempo en divagaciones de este jaez... Repara en que no es Odette la que primero fue a casa de Hubert...; fue el señor Lavardens... Y la carta que acabo de leer me lo prueba y viene a corroborar lo que voy columbrando del drama...

—Pero ¿olvidas que la carta va dirigida, no al señor de Lavardens, sino a Odette?

—Me vas a obligar a decirte que conozco a Odette mejor que tú —replicó Rouletabille con triste sonrisa—. Estoy seguro, ¿lo oyes?, estoy seguro de que en cuanto Odette recibió la carta se la enseñó a su padre... ¿Comprendes ahora por qué el señor de Lavardens fue el primero en entrevistarse con

Hubert y por qué Odette, asustada de no verle volver, marchó a reunirse con él?

—Y ¿qué me importa todo eso? —replicó Juan alucinado—. Lo cierto es que Hubert ha dado el golpe... ¡Ah! Voy a verle, a hacerle trizas... Te lo juro...

Rouletabille quiso detenerle:

—Juan, no es Hubert el que ha dado el golpe.

—Rouletabille, tú no eres amigo mío.

Y se desprendió de las manos del repórter y echó a correr como un loco en busca de los magistrados, que estaban ya llegando.

CAPÍTULO VIII

EN EL CUAL APARECE DE NUEVO EL SIGNO FATAL

EL repórter fue en busca de Estefanía, la llevó al cuarto de Odette y le dijo: —La señorita de Lavardens recibió ayer una carta del señor Hubert y tú la trajiste.

—Juro que no he entregado carta alguna a la señorita Odette.

—No te digo que se la entregaste; digo que la trajiste.

—Yo no traje nada, no traje nada.

Y se retorció las manos con desesperación no fingida, provocada sin duda por el remordimiento del embuste. Rouletabille no se equivocaba. Se decidió a utilizar un golpe de gran efecto: le hizo ver desde la ventana a los magistrados, que empezaban las diligencias:

—Mira —le dijo—. He ahí los jueces que vienen a detener al señor Hubert, porque se le acusa del rapto de Odette y del *asesinato del señor de Lavardens*.

Estefanía se irguió galvanizada:

—¡El señor de Lavardens, asesinado! —y se tambaleó. Rouletabille la sostuvo y evitó que se desplomara.

—¡Sí, asesinado! ¡Y mal lo han de pasar los que no digan toda la verdad!

—Pues bien, voy a decírsela, voy a decírsela —susurró con voz ronca la desdichada—; no debí, no, tomar dinero del señor Hubert... de haber sabido... ¡Ah, Dios mío, si lo hubiera sabido...!

—¿Por qué te daba dinero?

—Por decirle lo que hacía la señorita Odette... Si recibía cartas del señorito Juan... y hasta de usted, señor Rouletabille... en fin, todo... Fue un error... ¡Dios mío! Si hubiera sabido... A la postre no tuve más remedio que obedecerle... Ayer iba yo por la vereda, cuando él saltó el muro y me entregó

una carta para la señorita Odette; yo no la admitía, pero me dijo: «No tienes más que dejar esta carta en su cuarto... no podrá averiguar quién la ha dejado allí», y me dio de nuevo dinero... En fin, hice lo que quería y dejé la carta ahí, en ese bargueño.

La desgraciada pasó un instante ahogada por los sollozos.

—Vamos... vamos... —remachó Rouletabille—. ¿Qué ocurrió después?

—Después me preguntó qué ocurriría cuando la señorita leyese la carta... ¡Dios mio! La vio por la noche al entrar en su cuarto... Yo la espí encaramada en la escalera... Leída la carta, fue al cuarto de su padre para hablarle... (—¡Cáspita! —masculló Rouletabille.) Yo esperé a que me llamasen... Estaba muerta de miedo... Pero instantes después volvió la señorita a su cuarto y... ya no vi más... Entonces subí a acostarme... pero no he pegado los ojos esta noche...

—¿Qué hora sería?

—Las nueve y media, poco más o menos.

—Y puesto que no dormías, ¿no has oído nada esta noche?

—Sí —confesó—. Estaba estremecida... Oí un grito y me pareció reconocer la voz de la señorita...

—¿Y entonces...?

—Entonces... hundí mi cabeza bajo la almohada... Luego supuse que había soñado. No podía creer que la señorita saliera de su cuarto... no. Así también si esta mañana andaba azorada, se debió a que era ya tarde y la señorita no me llamaba pidiendo el desayuno... Bajé a verla, porque me angustiaba el temor por el grito de la noche... ¡Ah! Cuando vi la bufanda se heló la sangre en mis venas y bajé a la cocina. Pero mis piernas flaquearon; carecían de fuerza para volver a subir... En fin... me tranquilicé; les he visto y comprendido que todo iba a descubrirse... ¡Ah! ¡Cuando vi el cuarto vacío! ¿Cómo tuve valor para salir y para mentirle? ¡Pero era preciso! ¿No? Quería informar en secreto al señor de Lavardens.

—El señor de Lavardens ha sido asesinado a consecuencia de esta carta —exclamó Rouletabille con acento muy lúgubre—. Y no digamos que a estas horas habrá probablemente muerto también la señorita Odette...

—*Moun Dieu, tu me fai mouri.*

—La mayor culpable de estos dos crímenes eres tú. Acuérdate, Estefanía, *que di grand crime lou sang seco pa* (La sangre de los grandes crímenes no se seca).

Estefanía le observó con hosca mirada y le preguntó resoplando:

—¿Se me va a encarcelar?

—No —repuso Rouletabille—, si continúas diciéndome siempre la verdad, sobre todo lo que te pregunte, porque no has acabado de decir la verdad...

—Pero, a los señores jueces —hipeó la infeliz—, a los señores jueces, ¿qué he de decirles?

—¡Ah! A los señores jueces no dirás palabra, porque ten por seguro que te meten en la cárcel, no lo dudes... Pero a mí, Estefanía, a mí, que no te llevaré a la cárcel si me dices la verdad, has de decírmela, vas a decírmela...

Y se inclinó hacia ella quemándola con la mirada:

—Has de decirme de dónde procede esta alhaja.

Al mismo tiempo blandía y agitaba ante sus ojos una rara joya que en las pesquisas halló en el cajoncito entreabierto de un bargueño, echada allí entre cintajos y bolsitas. Su atención, siempre en acecho, aun cuando al parecer se daba enteramente a un interrogatorio tan minucioso como el que se hacía sufrir a aquella camarera, quedó prendida en la romántica extravagancia de un ferroñé oriental que representaba el signo fatal de los Romanés, la media luna y la cruz en forma de puñal, que él viera una tarde en cierto anillo de esclava.

—Sí, ¿de dónde procede? —repitió, blandiendo el collar hallado en el cuarto de Odette, que venía a corroborar todas sus sospechas y confirmaba tan bien sus pesquisas, que ya podía, decir con plena seguridad: «Calixta ha pasado por aquí...»

—Es un regalo hecho a la señorita Odette —respondió Estefanía.

—¿Y quién ha hecho este regalo a la señorita Odette?

—*El señor Hubert...*

Rouletabille se sobresaltó. No pudo disimular el azoramiento que le produjo esta respuesta.

Con esta fecha hallamos las siguientes líneas en su cuaderno de notas:

«Estefanía no me ha mentado... No puede mentirme... Pero su respuesta referente a Hubert ha echado por el suelo toda mi obra... No comprendo nada... a no ser que... Pero en ese caso, ¿dónde vamos a parar? ¡Ojo con *El Pulpo!*»

CAPITULO IX

HUBERT DE LAURIAC

UNA feliz casualidad quiso que los magistrados que se dirigían a Santas Marías con objeto de practicar unas diligencias, pasasen cerca del *Viei-Caston-Nou* en el preciso momento en que acababa de descubrirse el crimen. Fueron los primeros en enterarse, y apenas informados volvieron sobre sus pasos.

Cuando Rouletabille volvió a bajar al parque, se vio entre gentes que ya tenían una opinión cerrada. Como se dice en aquella comarca, ya se habían cantado las vísperas. El joven Santierne reforzaba la convicción de cada uno, proclamando el rapto de Odette. El juez, que había encauzado diligentemente la información y ultimado las primeras pruebas, tenía entre las manos la bufanda de la señorita de Lavardens.

—Así, pues —decía—, ni el señor Lauriac (Hubert), ni la señorita Odette, han dormido esta noche en su cuarto... Esta bufanda, hallada en el jardín del señor de Lauriac, prueba que él y la señorita Odette se entrevistaron... Todo confirma que el señor de Lauriac es culpable del rapto de la señorita Odette, y todo corrobora que lo es del asesinato del señor de Lavardens. Ya no nos queda otra tarea que la de disponernos a detener al señor de Lauriac. ¿Qué piensa el señor de Rouletabille? —acabó diciendo el juez, satisfecho de exponer conclusión tan clara, basada en argumentos tan sólidos, ante el célebre repórter, harto conocido por todos en Arlés y en Santas Marías.

—*El señor Rouletabille* piensa —replicó el repórter— que usted podrá quizá detener al señor Hubert de Lauriac, pero *¡nunca detendrá al asesino!*

—¿Cómo? ¿Que no detendremos nunca al asesino?

—No, no le detendrá de ningún modo, pues de ningún modo le descubrirán ustedes.

—Según usted, ¿no lo es el señor Hubert?

—¡Usted dice que todo lo prueba! El pedazo de corbata en las manos crispadas de la víctima no prueba que el señor de Lauriac sea el asesino, como la bufanda hallada en su jardín tampoco prueba que haya raptado a la señorita de Lavardens...

—Rouletabille está loco —gritó Juan—; pero, en fin, ¿a qué defender a ese miserable, acusado por todo el mundo?

—Precisamente porque todo parece delatarle.

Pero Juan, exasperado:

—Tú —le dijo— no quieres nunca compartir el parecer de nadie. Ello te ha dado algunos éxitos; pero esta vez el orgullo te pierde y te conviertes en defensor de un asesino.

—Y a ti, Juan, el amor y los celos te ciegan.

—Pero, en fin, explíquese usted —prorrumpió el juez—. El señor de Santierne tiene razón; explíquese usted, explíquese.

—Las explicaciones —respondió el repórter— hay que pedírselas ¡a ése, a ése! Tras de mí, amigos, tras de mí...

Y púsose a dar grandes zancadas hacia la puerta medianera. Todos corrieron tras él y penetraron en el jardín de Hubert, y apenas llegaron vieron ya a Rouletabille enzarzarse fieramente con Lauriac, en el momento en que éste, como un ladrón, con el traje desabrochado, sin cuello y sin corbata, penetraba subrepticamente en su casa, saltando el muro por el punto en que Rouletabille, poco antes, saltara también tras el rastro que venía a parar en el camino hondo detrás de la alquería.

Juan, que fue el primero en llegar después de Rouletabille, pudo oír cómo éste decía con voz apagada a Hubert:

—Acaban de asesinar al señor de Lavardens. Sólo tiene usted un camino de salvación: decir toda la verdad.

Al mismo tiempo el repórter se echó sobre él para sujetarle. Juan se abalanzó en seguida, y a pesar de Rouletabille, le hubiera seguramente estrangulado, si los gendarmes no corren y a duras penas le separan de su presa.

Escupíales al rostro.

—Miserable, ¿dónde está Odette? ¿Qué has hecho de Odette? ¿Dónde la has escondido?

Pero los magistrados ordenaron que todos se apartasen, y se dispusieron a proceder al primer interrogatorio. Rouletabille insistió en calmar a Juan, que

tras el primer choque con su enemigo, lloraba amargamente en desahogo pasajero.

—¿Por qué —decía al repórter— le haces retener? ¿Por qué tú mismo le prendes, si le crees inocente?

—Para que se justifique —respondió Rouletabille.

El juez andaba ya enzarzado con Hubert.

—Para que usted haya vuelto aquí, señor, en tal estado, cuando podía suponer que estuviese ya descubierto el cadáver del señor de Lavardens, es preciso admitir que le impulsasen muy fuertes motivos... No se los pregunto... Los conocemos ya. Son las pruebas de su crimen, que usted dejó al descubierto en el primer momento de desvarío y vino luego a buscar: este látigo, que pertenece al señor de Lavardens, y esta carta dirigida a la señorita Odette... También tenemos la bufanda de la señorita Odette... Todo ello se encontró en su casa, señor, con otras pruebas de su crimen... Confiese usted; la pasión le enloqueció, ¿no es eso?

El detenido, que presentaba el horrible aspecto de una bestia acorralada, balbuceó estas concisas palabras:

—¿Han raptado a Odette?

—¿Nada sabe usted? —subrayó el juez levantando los hombros—. ¿Ni sabía usted siquiera que el señor de Lavardens ha sido asesinado?

—El señor me lo ha dicho —susurró Hubert, señalando con un gesto de la cara a Rouletabille, que se lo comía con los ojos...

—En fin, usted lo niega todo...

—¡Ah!, si, ¡todo lo niego! —gritó echando literalmente espumarajos de cólera.

—¡Que se le lleve ante el cadáver de su víctima! —ordenó el juez.

—¡Señor juez, señor juez! —exclamó Juan—, por favor... ¡Preocúpese ante todo de Odette! ¿Dónde la llevó el miserable? ¡Esto es lo más urgente!...

El detenido dirigió a Juan una mirada fulgurante de odio.

—No sé dónde está —expuso con voz ronca—, pero esté donde esté, ¡me alegro de que no esté a tu lado! Y si he de ser condenado por un crimen que no he cometido, ¡ojalá no se la encuentre ya más!

Tal invectiva se compaginaba bien con el carácter de Hubert, tal como Juan lo había descrito, sin omitir detalle de su salvaje rudeza, en dos frases que, moral y físicamente, pintaban el tipo auténtico del mayoral enamorado de su caballo y pica en ristre a galope tras los rebaños o en días de fiesta, *héroe del herradero*. Los Lauriac, hidalgos arruinados, vinieron a refugiarse en remota fecha en la Camargue, donde se dedicaron a la cría de caballos y de

toros, destinados a las corridas que se celebraban todos los domingos en la Provenza hasta los confines del Languedoc. Hubert, padre, logró reunir una pequeña fortuna y se retiró cerca de Arlés, a Lavardens, a *Lou Cabanon*, que decía el viejo Alari, dejando a su hijo la dirección del «mas», que erguía allá abajo, en el confín del término y de las lagunas, sus muros blancos, que se veían de lejos como imagen fantástica, como falaz espejismo en la transparencia del aire.

Los Lauriac y los Lavardens intimaron como vecinos: el castellano era muy aficionado a la caza y a la pesca y pronto trabó amistad con el joven Hubert, que aprovechó toda coyuntura propicia para ir a buscarle...

Odette, criada muy libremente (la señora de Lavardens murió siendo muy niña aún su hija), sufrió también el influjo rústico de aquel corpulento mozo que le dio las primeras lecciones de equitación; los domingos, en la temporada de las corridas, la joven aplaudía frenéticamente cuando Hubert, con sus formidables brazos, asía los cuernos del toro, retorció a la bestia, y con titánico empuje le hacía morder el polvo...

Ahora bien; Hubert se encariñó pronto con la niña. Nada había en Camargue comparable con Odette. *¡O! n'ero qu'uno enfant, e n'ero que mai bella.* Aunque parecía muy frágil, nada más intrépido que aquella niña.

Esta contradicción era constante en ella y en toda su manera de ser. Ya tenía la altivez y arrogancia de una pequeña reina, ya era familiar y gustaba, sobre todo, al parecer, de mezclarse con las niñas aldeanas, cuyos juegos dirigía...

Era rubia como el trigo y la única que en la comarca tenía ojos glaucos como el mar, cuyos párpados, además, cuando sonreía o guiñaba, alargaban de modo raro, dándole, de pronto, el aspecto de muñeca oriental... *Mai l'enfant venié filho, e chasque an, chasque jour, la fasié pu grande e pu gento...* (Pero la niña se hacía moza, y cada año, cada día, crecía en estatura y en gracia.) Hubert no esperó más, y como su padre acababa de morir, pidió, sin más preámbulos, al señor de Lavardens la mano de su hija. El señor Lavardens, que no esperaba ni remotamente tal propuesta, no supo al principio qué contestar. Se echó a reír al ponderar los pocos años de Odette (que acababa de cumplir los catorce).

—¡Oh! —repuso el mocetón—, dígame usted que espere diez años y esperaré diez años y aún más. Lo importante es que sepa que será para mí.

—Sí que eres atroz, buen muchacho, pero yo lo voy a ser tanto como tú... No creo que convengas a Odette ni creo que Odette piense jamás en ti.

—Consúltela usted —replicó Hubert.

El señor de Lavardens se fue levantando los hombros y refunfuñando:

—A lo más, serviría para ser su criado.

Pero él cambió de tono cuando refirió a Odette este raro cuento. La joven contestó inmovible:

—Preciso será que un día me case y Hubert es el más valiente de la Camargue: no hay mayoral que con él compita en las herradas, ni toro que pueda con él.

Cuando el señor de Lavardens volvió a ver a Hubert, le dijo:

—Nada has hecho por merecer a Odette, y... eres pobre.

—¿Es preciso que me haga rico? —replicó Hubert.

—En Camargue no harás fortuna —dijo el señor de Lavardens—. Es mejor que la intentes en otra parte, después de lo que acabamos de hablar.

—Y si vuelvo rico ¿me concederá la mano de Odette?

—Si vuelves rico y Odette consiente en ello, serás el marido de Odette...

—¡Está bien! No pido otra cosa. ¿Me permite despedirme de Odette?

—Sí, hijo mío.

El día de su partida hasta los dejó solos un momento. Odette lloraba. El joven exigió su palabra.

—Papá me ha hecho jurar por las Santas de no dársela, Hubert; pero vea usted mis lágrimas... Hay que esperar al regreso.

Hubert partió animoso, dispuesto a amasar una fortuna cuanto antes y por todos los medios.

Ahora bien; Odette no amaba, no podía amar a Hubert. Todo lo que había en ella de delicado, su fino espíritu, insospechado por Hubert, fueron apareciendo a compás de la mocedad, esto es, después de la partida de Hubert; y en ese momento apareció Juan de Santierne en las Camargues.

Vástago de antigua familia provenzal, acababa de heredar extensas heredades colindantes con el pequeño Ródano y en los alrededores de Santas Marías y prodigó las visitas atraído por el encanto de Odette. Rouletabille, como amigo de su confianza, le acompañó muchas veces y fue también, como él, comensal del señor de Lavardens. Este veía con alegres ojos el sentimiento de amor que empezaba a brotar entre Juan y su hija.

Aquél, poeta y artista, pronto logró que Odette se descubriera a sí misma. Esta se sentía transportada. Hubert se había limitado a mostrarle proezas; Juan le trajo el soplo que transforma a un ser y le revela un mundo más allá de las cosas visibles. Y, además, le hablaba como a nueva Mireya, mirándola tan tiernamente: «Alegre el sol abrió el capullo —su rostro lleva en las mejillas dos hoyuelos— y en su mirada rocío que el dolor ahuyenta —mirada retozona

y vivaracha... y un poco bravía—. ¡Ah! si vierais tanto encanto dentro de un vaso de agua, al punto lo sorbierais.»

Hubert apuró las heces del dolor cuando volvió rico. Para el padre Lavardens, que conocía el carácter del mozo, la vuelta fue una centella, y con razón temía cualquier catástrofe. En cuanto a Odette, no experimentó emoción alguna. Le había casi olvidado al cabo de cuatro años, y, además, adoraba a Juan, prometido suyo hacía poco.

El señor de Lavardens rogó a los jóvenes que ocultasen momentáneamente el noviazgo...; pero ya estaba informado Hubert por toda la comarca.

También él apeló al disimulo: hizo algunas visitas correctamente, reanudó sin segunda intención, al parecer, la vida de antaño, y hasta invitó a pasar a su masía a los novios y a Rouletabille.

Pero cuando Santierne y el repórter regresaron a París, él empezó su ataque. La embestida fue brutal como siempre. La fortuna no le había cambiado al parecer. Tanto como cazurro se mostrara durante la estada de Juan, se reveló sin tapujos después de su partida. Hubert averiguó la vida de Juan.

Habló a Odette con desprecio de aquel joven de costumbres fáciles, que en París vivía con una bailarina llamada Calixta. Odette, enloquecida, se separó de él. Dejó a su padre, que le era ya insoportable la presencia de Hubert, y le suplicó que la dejase ir con la antigua criada a Aveyron, a casa de una de sus tías. El señor de Lavardens acogió con júbilo la idea, y aquella misma tarde Odette tomó el tren. Dos días después, con gran asombro de su padre, volvió, acusándose de haber procedido como una tonta. Ya había reflexionado, daba como explicación. No quería que Hubert se imaginase que le tenía miedo. La misma tarde del regreso, después de una conversación que el señor de Lavardens tuvo con la antigua criada que había acompañado a Odette, la doméstica fue despedida y marchó a Beaux, su país.

Todo ello fue tan inesperado que nadie en el *Viei Caston-Nou* se explicó la partida. Y denso misterio flotó sobre este singular viaje.

Días más tarde, Hubert se dio a cometer extravagancias. Poníase a beber en medio de un corro de guardas por él convidados en la hospedería de las Santas, y vociferaba que Odette de Lavardens sería su mujer o bien pronto habría novedades en Camargue. Tales murmuraciones llegaron a oídos de Odette y motivaron sus cartas, sus misivas angustiosas a Juan.

Decidido a echarlo todo a rodar, la antevíspera del crimen, Hubert se presentó en casa del señor Lavardens, y aquí entramos de lleno en el drama, y

hay que ceder la palabra al acusado.

Digamos antes que la confrontación de Hubert ante el cadáver del señor de Lavardens no alteró un ápice la manera de ser del mocetón. Contempló secamente, y hasta con hostilidad, aquel cuerpo ensangrentado, reconoció sin dificultad su corbata en el trozo de tela de color avellana, pero declaró que era inocente.

—Voy a contarles —dijo— todo lo que ha pasado hasta donde llega mi conocimiento. Cuando acabe, sabrán tanto como yo..., pero no aquí. Aunque permaneciera mil años ante este cadáver no diría que he sido yo el autor de su muerte. Les repito que soy inocente; sépase esto para siempre.

Instantes después relató al juez, en un cuarto del castillo, adonde fue trasladado, lo siguiente:

—Anteayer vine al *Viei Caston-Nou*; me entrevisté con el señor de Lavardens y la señorita Odette. La señorita Odette quiso retirarse. Le rogué que se quedara, porque traía una cosa para ella, y le pedí que tuviera a bien aceptar un recuerdo de mis viajes... Era una joya bastante rara, un collar de motivo oriental que suscitaría la admiración del señor de Lavardens y de su hija. Pero no me incitó a venir esta fruslería.

»Ha cuatro años dije al señor de Lavardens, cuando le pedí la mano de la señorita Odette: «Me dijo usted que ella era muy niña y yo muy pobre; pero, después de consultarla, acabó usted diciéndome que si en el término de cuatro años volvía rico y la señorita Odette me aceptaba, sería mi mujer. Los cuatro años han pasado..., he vuelto rico... Estoy dispuesto a demostrar mi fortuna, y amo a la señorita Odette como nunca.»

»Al oírme hablar con tal franqueza, la señorita Odette no esperó señal alguna de su padre para levantarse y desaparecer, pero oyó lo que yo quería que oyese, esto era lo principal, y me quedé solo con su padre, que empezó a echar mano de evasivas. «Nos ha sorprendido su brusca intimación... Usted comprenderá que el asunto exige alguna reflexión... tiempo», y otros titubeos por el estilo. No era la primera vez que se trataba así después de mi regreso; yo no estaba satisfecho del modo como nos dejó la señorita de Lavardens, teniendo en cuenta lo que tratamos en otro tiempo. Yo no tengo la costumbre de andarme con rodeos; así le confesaré de plano que mi paciencia se había agotado... Y le dije al viejo resueltamente: «Me he expatriado..., he hecho fortuna..., exijo lo que se me debe...» Se irguió el padre con mal talante y me manifestó:

»—Nada se le ha prometido a usted; debo decirle que mi hija es novia del señor de Santierne.

»Fue aquello una estocada en el pecho. Era duro... Aunque no esperaba otra cosa hacía tiempo. Saludé y lavanté el campo. No quiero decirle las horas que pasé luego...; bástele saber que no estaba dispuesto a continuar arriba...; entonces se me ocurrió enviar a Odette la carta que usted conoce. Me enloquecía pensar que acudiría a mi cita. La esperé un rato, y luego entré en mi casa. De pronto oí un ruido en el jardín... Sacudieron la puerta..., la abro, y me veo ante una auténtica bestia salvaje.

»El señor de Lavardens —continuó diciendo Hubert— llevaba mi carta en la mano. Me la echó al rostro y me dijo, echando espumarajos:

»—¿Usted se ha atrevido a escribir esto a mi hija? ¿Por quién ha tomado usted a Odette? —Y salpicó esta pregunta de villanas injurias. Viéndole en tal estado, me esforcé cuanto pude en conservar mi sangre fría, y le contesté al punto:

»—Mal hice, en efecto, en pedirle una cita... Pero hay que disculpar a un mozo que ustedes han exasperado, que adora a su hija y a quien ustedes no han cumplido a palabra.

»Me replicó que debí haber comprendido desde el primer día que no me concedería jamás la mano de Odette, de la cual era indigno, pues yo era tan sólo un palafrenero, etc. En una palabra, fue tan lejos en este género de lindezas, que no pude contenerme más tiempo, y me abalancé contra él para echarle de mi casa. Él vino provisto de una trailla con la cual pretendió herirme; en seguida vinimos a las manos del modo más salvaje. En ese momento debió arrancarme la corbata. En fin, yo tenía razón y le eché al jardín con violencia, pareja del furor con que se arrojó sobre mí.

»En seguida cerré mi puerta. Le vi cómo se alejaba, sin cesar de injuriarme; en cuanto a mí, estaba abrumado, deshecho, menos por la brutalidad de esta escena que por la certeza de haber perdido a Odette para siempre. Quedé largo rato inmóvil. Al salir de esta especie de letargia, que duró horas quizás, salí veloz de mi casa como un loco y eché a correr por la campiña. ¿Cuánto anduve? ¿Adonde fui? ¿Por dónde pasé? Me sería imposible decírselo. Al amanecer empecé a recuperar la razón, a darme cuenta del estado lamentable en que me hallaba, y así me iba ocultando de cuantos hallaba al paso para ahorrarme explicaciones, y traté de entrar en mi casa sin que nadie me viera para cambiarme de ropa y meditar sobre el acuerdo que habría de tomar. En ese momento usted me detuvo, y me enteré del asesinato del señor de Lavardens y del rapto de Odette.

Hecha esta confesión, calló y no pudo el juez arrancarle ese día una palabra más. En vano se intentó que se contradijera; en vano se le subrayó

que, a pesar de la habilidad de su relato, los hechos le desmentían de la manera más evidente; si, por ejemplo, el señor de Lavardens, después de aquella acalorada discusión, hubiese directamente ido al Antiguo-Castillo-Nuevo, no hubiera dejado de cerrar tras sí la puerta del parque; ahora bien, la llave estaba aún en la cerradura y ello probaba que el señor de Lavardens fue herido en casa de Hubert y a rastras y de prisa fue hacia su casa, para pedir auxilio. En el trayecto sucumbió, sin duda, mientras que Hubert raptaba a la señorita de Lavardens, desvanecida, sin duda, y en todo caso reducida a la impotencia y ¡quién sabe si herida también! —agregó el juez.

—¡Porque, en fin, ya que usted se empeña en no decirnos dónde se halla, nos vemos obligados a imaginar lo peor! ¿Se llevó usted a la señorita de Lavardens muerta o viva?

Hubert se limitó a contestar a esta pregunta que obstinadamente le repetía el juez, alzando los hombros y espetándole una mirada diabólica.

Aquella misma tarde se le llevó a la cárcel por atajos, con propósito de hurtarle a la ira del populacho, muy conmovido y excitado contra él. Hubert se había creado en Camargue numerosos enemigos, que, desde su regreso, propalaron malévolos rumores acerca de él y del origen de su nueva fortuna.

Lo cierto era que en cuatro años nada se supo de este mozo; él mismo hablaba con vaguedad de un comercio de cabotaje por el extremo Oriente y desviaba la conversación cuando se intentaba encarrilarla hacia este asunto. Se limitaba a decir que los primeros tiempos fueron muy duros y hubo de sufrir no poco.

Cuando se vio encerrado en el calabozo, como término y postre de tantos esfuerzos, sacudióse bravamente las espaldas, como si quisiera descargarlas del peso de su infortunio, y su garganta enronquecida susurró un resoplido de bestia acorralada. No probó bocado de la comida que se le llevó, pero de un trago apuró un botijo de agua. Luego se sentó en el taburete, apoyando los codos en las rodillas y en las manos la cabeza.

De pronto, despertó su atención un ruido insistente que venía de fuera, un sordo rumor que culebreaba al pie de los muros que le retenían prisionero. Hasta pudo percibir algunas palabras de aire extranjero... Se levantó e irguió la cabeza: por encima de ella, desde la altura, el descolorido cristal de estrecha ventana le enviaba reflejos de la macilenta noche; puso el taburete sobre el catre y así pudo izarse hasta llegar al vano cruzado por una reja.

La vidriera no estaba cerrada con llave: la abrió; entonces las voces de fuera llegaron más claras. Entre chasquidos de látigos y crujidos de sandalias volaron hasta él palabras finales de frase, que no eran provenzal, sino puro

romance de Valaquia... Así la voz de un niño gimoteando fuerte repetía el estribillo: *Mec naxim tegalitsia* (yo no he comido) y su *raya* (su madre) enviábalo al *Beka*, esto es, al diablo. Luego se sucedieron cantos, una dulce invocación a *debía* (al sol) y, por fin, injurias entre las cuales mezclaba una voz imitada: ¡*Ushela, ushela!* (perra, perra). Hubert comprendía este lenguaje. Al mismo tiempo su mirada se perdía en la lejana carretera blanca de luz de luna, salpicada de sombras de la caravana andrajosa que se dirigía hacia el Norte en carretas chirriantes tiradas por caballos éticos, nunca fatigados, muchedumbre hecha a andar por todos los caminos del vasto mundo... Más cercanas, sombrías siluetas volvían el rostro por última vez hacia Santas Marías (de donde procedían) impelidas por un sueño quizás realizado y tan cercanas, que se percibía el negro fulgor de sus ojos de jade y a Hubert pudo parecer que no desconocía aquellas caras...

Una palabra repetida con alegría le sumió de nuevo en el lóbrego abismo de su cárcel:

—*Lever-Jurn.*

Entonces sobre el muro opaco que había levantado con obstinada voluntad entre el pasado y el porvenir, empezaron a correr rasgos, rasgos azufrados que pergeñaron imágenes de desgracia, de ruina y de devastación, entre las cuales se arrastraba una condensada sombra, que se parecía a Hubert como su hermano... Al fondo, las ruinosas torres de una ciudad maldita devastada por catástrofes seculares..., invasiones, peste, cólera... *Lever-Jurn, Lever-Jurn...*

Después de la ruina de Babilonia, el pueblo gypsio (así en egipcio se llamaba), el más antiguo del mundo» fugitivo de la prehistórica Atlántida, y regresando a Occidente, de donde había partido, halló un refugio en Lever-Jurn; pero a partir del primer desastre que sufrió la ciudad en los días de la Egiiia y por el cual los gypsios huyeron llenos de espanto, ya no hallaron en la tierra techo que los abrigase, siendo llamados despectivamente por los demás países pueblo bohemio, cuando jamás habitaron la Bohemia.

Si los bohemios, incesantemente despedidos de unos pueblos a otros, no saben en vida dónde reposar la cabeza, puede preguntarse igualmente dónde descansan sus muertos, pues jamás se vio tumba de bohemio, si bien cuenta la leyenda que desvían el curso de los arroyos para sepultar en el cauce los cuerpos, que quieren hurtar a la profanación de los rumies.

A través de los siglos, los mayores siempre sostuvieron que tantas desdichas eran el castigo de su cobardía... Jamás debieron abandonar la ciudad sagrada; ¡allí solamente, allí radica aún la salvación! Por lo demás, algunas familias permanecían a la sombra del templo, en aquel país tan

desolado y malsano, que nadie soñaría jamás en disputárselo. Otras, creyentes en los augurios, volvieron allá y así vióse a comienzos de siglo la reconstitución de este patriarcado de Transbalcania, que al margen de todos los grandes caminos del mundo y encerrado entre abruptas montañas, ha conservado hasta nuestros días leyes y costumbres, cuya antigüedad puede compararse a las de la misteriosa Albania, patria primera de los Pelasgos...

¿Qué hacía aquella condenada sombra de Hubert arrastrándose a través de aquel país asolado una vez más por la peste, en estado también lamentable, devorado por la fiebre y disfrazado de bohemio para escapar a la ira de aquel pueblo que en su desgracia acusa a los extranjeros? Veámosle como él se ve a dos años de distancia, sacando fuerzas de flaqueza para montar un caballo robado y huir de aquel país de la muerte. Pero de pronto un brazo se yergue en el camino, un brazo que le llama... Es de un viejo ricamente vestido, como van los sacerdotes que offician en los templos ortodoxos o bizantinos, que allí agoniza, víctima de la peste. Se tiende encerrado en funda de cuero un objeto que llevaba guardado en el pecho. Recoge su último soplo para decirle:

—Tú eres de la raza; baja y toma: éste es el *Libro de los Antepasados*.

Según práctica antigua, un viejo al efecto designado solía llevar el *Libro* a las tribus vecinas para hacer frente al contagio por medio de fervorosas plegarias... Y el viejo, antes de expirar, expuso a Hubert:

—El mal me ha herido de muerte. Es preciso llevar el libro a cuatro verstas de aquí, al jefe del próximo pueblecillo.

Hubert tomó lo que se le daba. Cuando vació el libro de la funda, vióse en posesión de un verdadero tesoro.

Cuanto el arte de los monjes del monte Athos pudo agregar a un misal o a un icono —toda la ciencia y toda la riqueza bizantinas transmitidas a los joyeros de Lever-Jurn— se puso a prueba para hacer de aquel libro una maravilla. Las joyas que lo decoraban eran preciosísimas, sobre toda ponderación. Ya era rico Hubert, o más bien tenía lo preciso para llegar a serlo. Se apresuró, pues, dueño de aquel tesoro, a abandonar un país, verdadera plaga enraizada en el planeta.

¿Cómo fue a parar allí? Su padre le había dicho en otros tiempos que los Lavardens no fueron siempre tan ricos; que el viejo Lavardens había realizado numerosos viajes en su juventud antes de topar con la fortuna, cuya base, según rumores, fue la compra de unos terrenos petrolíferos colindantes con el patriarcado de Transbalcania. A una pregunta que en cierta ocasión hiciera el padre de Hubert al de Odette contestó vagamente que se limitó a atravesar el país, pero que el aislamiento de aquella comarca, la dificultad de los

transportes y la hostilidad de los habitantes hacían la explotación casi imposible...

Hubert, que, agotados casi los recursos y en todo fracasado, acababa de atravesar Hungría, se desvió para ir a comprobar sobre el terreno lo que hubiera de cierto en el rumor general que pintaba esta silvestre comarca rezumante de nafta a ojos vistas. Mas para penetrar en la zona vedada, le fue preciso vivir en el país meses y meses, adaptarse a las costumbres de los antiguos cingaros de la montaña, aprender su lengua... y, por fin, hubo de renunciar a la empresa por el azote de la peste y escapar, como hemos visto, de aquella tierra maldita. Pero ¡se llevó el Libro de los Antepasados!

¿En qué estado se encontraba ahora este libro, odiosamente despojado de su antiguo esplendor?

En las tinieblas de la cárcel Hubert le veía resplandecer, tal como lo recibiera antaño, como ígneo libro. Las amatistas, los topacios, los berilos, los crisoberilos, las esmeraldas, los rubíes, de que estaba sembrado el libro y como salpicado de sangre, chispeaban hasta quemarle la piel.

Lo que le deslumbraba más en esta fantasmagoría evocadora no era precisamente la magnificencia del ropaje del texto, sino más bien las primeras líneas que se leían al abrir la cubierta:

*Todo el que respete este libro
Se salvará si corre algún peligro.
Volverá al buen camino, si anda descarriado.
Alcanzará envidiable recompensa...
El que le robe
O le destruya,
Será castigado con pena de muerte!*

Supersticioso como todo buen mayoral que se respeta, Hubert no había podido lograr el olvido de estos versículos. A veces, cuando menos lo esperaba, brotaba el recuerdo de estas líneas del fondo de su memoria harto tenaz, y al conjuro de una fuerza sobrenatural salían como lanzadas de su espíritu, para que las viera con mayor brillantez, y danzaban, como aquella noche, ante sus ojos deslumbrados y *el espanto de su rostro*; porque aquella noche había oído el nombre de la ciudad maldita, había visto de nuevo a la gente de «Lever-Jurn», sus caras sombrías, sus ojos de jade, sus gestos de maldición y ¿acaso aquella noche se estaba ya cumpliendo la profecía? ¿Acaso caminaba ya por la senda del castigo, cuyo término sería *la muerte*?

Ciertamente, ciertamente esa tropa había suscrito un pacto con el diablo... ¡con su *debía!*

Todo lo que le había ocurrido no tenía nada de natural, nada ciertamente...

Primero le habían cambiado «a su Odette». No la conocía. ¡Era suya cuando se fue, «suya»! ¿Por qué maleficio no puso en él los ojos después del regreso? ¡Y cuánto luego hubo acontecido! ¡Todo se revolvía contra él de modo extraño! ¡Y esta noche condenada en que en vez de Odette apareció el padre! ¡El padre, hallado muerto al día siguiente! Asesinado, ¿por quién? ¿Por quién? ¿Por quién? Por él... por él quizás... ¡*No sabia de ello nada!* Negaba con toda la fuerza de su ser, negaba con todo su deseo que hubiese matado, pero no con toda su convicción... ¡*Nada sabia de ello!*...

Él, tan listo, tan astuto, que a fuerza de manía tranquila y modosa llevó a no pocos al atolladero, veíase de pronto como poseso. Y vio visiones... esto es, no vio nada de nada... ¿Cómo pudo olvidar que, a pesar de todo, no debió nunca levantar la mano contra el padre de Odette? Y se cegó e hirió ¡y quién sabe si mató! Y cuando su contrincante echó mano del látigo, quién sabe si él no cogió de su mesa-escritorio un puñal que le servía de cortapapeles... pero Hubert no acostumbraba a leer. Ese puñal servía sólo de ornato ridículo, si bien con su puno podía seguramente matarse una persona... ¿Qué hizo con ese puñal?... *Nada sabía de ello...* Su memoria quedaba al margen de todo... A partir de cierta hora, se hundió en negro abismo, y al salir vióse errante como un loco por la campiña, al clarear la aurora. ¿Qué fue de aquella chuchería de bazar, de aquel insignificante cortapapeles con forma de puñal? ¿Qué hizo de él? ¡Nadería y maleficio! Nada. *Mai chaurico* (pero presta atención). ¡Ah! ¡venjanço! (¡Ah! ¡venganza!). ¡Orro enjamço! ¡orro enjanço! (¡Horrible raza, horrible raza!).

Así, en su monstruosa confusión, Hubert revolvía con sus catástrofes actuales la «mala suerte» de que a su antojo disponía el pueblo a que pertenecía aquella caravana, para vengarse de un *rutní*, que posó su mano criminal sobre el *Libro de los Antepasados*.

Su tosquedad, ya audaz, ya medrosa, hízole siempre creer que aquel libro, base de su fortuna, se revolvería fatal contra él, acarreándole males sin cuento. Los que sufría ahora servían de patrón. Pudo esquivar los otros golpes con el talante del señor que desprecia indigna acusación, pero ante sí mismo y ante el *Libro de los Antepasados* no era más que bestia acorralada por el feroz destino. ¡Ser acusado de un crimen y no saber si uno lo ha cometido, he aquí

un tormento del infierno! ¡En cuanto a Odette, en cuanto a Odette! La idea de no verla más sacudió de pronto su alma con risas salvajes...

CAPITULO X

OJO A «EL PULPO»

EN este lapso de tiempo, ¿qué hacía Rouletabille? Está fue la primera pregunta que se formuló Juan a raíz de quedar encarcelado Hubert. Mientras permaneció allí Hubert, hubiérale sido a Juan imposible salir del *Viei-Caston-Nou*. Esperaba la palabra reveladora de la traición de su rival, quizás la confesión del crimen, y en todo caso, el indicio que le pusiera sobre la pista de Odette. Después de la partida de Hubert, Juan reparó en que Rouletabille estaba ya ausente varias horas. El repórter, hecha rápida pesquisa en Lavardens, subió al auto que trajo a los jóvenes desde Aviñón, y se encaminó hacia Santas Marías. Juan, sabido esto, echó mano del torpedo del castillo, y al azar se fue al encuentro de Rouletabille.

La marcha fue lenta: a cada momento se detenía a preguntar a los aldeanos, a husmear con la mirada en inmenso círculo del horizonte de la Camargue. ¿Dónde estaba Odette? ¿Dónde estaba Odette?

Si Hubert no la había matado, como mató al padre, ¿dónde la dejó oculta? ¿A qué choza resguardada por la ciénaga llevó a la pobre niña? ¡Ah! Hubert conocía todos los rincones de la Camargue; la comarca tan bella como traidora, por momentos había servido de cómplice a aquel miserable. Hubert había husmeado todos los torbellinos tras los sauces de altos tallos y de lisos troncos, recorrido surco por surco el terreno, por la parte del Ródano sembrada de islotes. ¡Ay, pobre de mi! ¿Por dónde buscarla?

Pocas veces se vio atardecer tan bello entre Arlés y la costa. Las aguas reflejaban la placidez del crepúsculo que descendía sobre la tierra envolviéndola en dorados vapores. A lo lejos, las campanas de Santas Marías desparramaban su tañido por la campiña aquietada tras la gran fiesta. Más cerca, los hortelanos en rápido vuelo huían lanzando alegres trinos... Juan, de

pie en el carruaje parado en una encrucijada, se planteaba una vez más el problema de su alma tendiendo al horizonte desesperadamente los brazos y gritando: «¡Odette, Odette!...», y se desplomó echándose a llorar...

Luego Juan se avergonzó de su debilidad. Con lágrimas no iba a hallar o a vengar a Odette, y lanzó a toda velocidad el auto camino de Santas Marías.

Pronto surgió la antigua basílica de la laguna, irguiendo sus ennegrecidos torreones al borde del mar, recortando en el horizonte sus almenas y su camino de ronda cual una fortaleza; su ábside es una verdadera torrecilla que pudo antiguamente resistir el asalto de los sarracenos. Ahora cobija bajo su sombra a la turba andariega de los bohemios...

Juan vio de pronto en la carretera y en dirección contraria a la suya el frente de la caravana. Eran cíngaros que vinieron de Alemania y cíngaros que vinieron de Puertas de Hierro y ahora son los primeros que regresan a su lejano país. Este año los *misterios* se efectuaron muy de prisa. Hay años como éste en que los romanches dejan el país antes de que empiecen las fiestas provenzales, años en que no quieren para nada mezclarse con los rumies, y al salir de la cripta, cumplidas sus extravagantes devociones a Santa Sara, huyen como si hubieran cometido un crimen.

Estos son más alegres que feroces. Se canta en todas las carretas; muchachas con ojos de cigarra y viejas con facha de brujas saludan gesticulando alegremente. Juan se dice: «He aquí la turba de donde salió Calixta y entre la que debí dejarla. ¿A qué volvió a mezclarse con esta horda? Rouletabille tiene quizás razón para preocuparse de ello.» Pero como este pensamiento le alejaba de Odette en alas de la lógica que le conducía a Hubert, Juan presto dejó de pensar ya en Calixta.

Llegó a Santas Marías cuando empezaba la danza al son de guitarras y acordeones. La calle Mayor, tan estrecha que no permitía el paso simultáneo de dos carros, estaba iluminada con lamparillas. Toldos extendidos de techo a techo y que durante el día habían cobijado bajo su sombra aquel pasadizo, ahora pesaban inmóviles sobre la densa atmósfera empapada de vapores del vino que las criadas iban escanciando por todas las mesas colocadas en la acera.

Doquiera reinaba la alegría y excelente buen humor. Mucha algazara y pocas disputas. Carcajadas, bromas de paso, música, y de vez en cuando el estrépito atronador de algún petardo que los muchachos arrojaban solapadamente a las piernas de los comensales.

Pocos bohemios había en esta calle; los que no se habían marchado aún acampaban en los aledaños, en las dunas y hasta en la playa; además, entre

aquella muchedumbre de marineros, guardas y tenderos, discurrían hermosas señoritas, ataviadas con el majestuoso traje de las arlesianas. A su paso todos se deshacen en cumplidos, pues son harto conocidas sus virtudes domésticas y su intrepidez de Amazonas.

En los mesones, los corros comentan en voz baja el atroz acontecimiento del día. Las siniestras nuevas venidas de *Viei-Caston-Nou* han arrugado más de un ceño. El suceso es tan raro que a duras penas alguno se atreve a aventurar algún comentario. Y, además, Hubert, si tenía pocos amigos, era, en cambio, temido por todos.

Juan se apeó del auto y penetró en la calle. Todos se descubren sin decirle palabra: le compadecen. Se le abre paso para que llegue al vestíbulo del hotel de Santas Marías. El dueño, un viejo lobo de mar convertido en posadero, le acoge con tristeza; pero tiene buen cuidado de no dirigirle la menor alusión. Juan le pregunta: ¿Ha visto usted a Rouletabille?

—Sí, señor; hace un momento estuvo aquí.

—¿Dónde podría hallarle?

—A fe mía, no lo sé, señor; supongo que se ha vuelto a marchar ahora mismo.

—¿Qué le hace suponerlo?

—Pues véalo. Al llegar me preguntó si le esperaba una señora... Le digo esto a usted, porque sé que son ustedes carne y uña. Le contesté que no había venido nadie... Salió hacia allá y volvió al poco rato. Parecía muy preocupado; me preguntó de nuevo si la señora ya estaba aquí... Le respondí que no. Entonces se puso a escribir unas líneas, las metió en un sobre y me dijo: «Ya no creo que venga ahora; pero si viniere le entrega usted esto.» Salió hacia allá arriba y no le he vuelto a ver; esto me ha incitado a decirle que ha debido de marcharse ya de Santas Marías.

—Y esa señora, ¿no ha venido? —preguntó Juan.

—Sí, señor; vino al poco rato y le entregué la carta... Pareció muy contrariada porque no la esperó Rouletabille.

Juan pensó: «Ha querido entrevistarse con Calixta.» En el fondo se hubiera él alegrado de verla siquiera para disipar en parte la incertidumbre. Después de la última entrevista que tuvieron, en la cual Calixta se manifestó muy resignada con esa especie de fatalismo común a todos los de su raza, no podía abrigar la idea de atribuirle la comisión de un atentado tan odioso como el que Rouletabille por sospechas le achacaba. No era posible que olvidase cuanto Juan hiciera por ella, y, en suma, después del último regalo que le aseguraba el porvenir, y *que había aceptado*, ya no tenía de qué reprocharle.

Calixta vino a Santas Marías sin ocultarlo y comunicando de antemano a sus criadas el objeto de su viaje. Cuanto Rouletabille se imaginaba era pura novela. Juan hizo la descripción de Calixta al hostelero, el cual repuso a Juan, dejándole asombrado, que aquellas señas concordaban con las del visitante. En primer lugar, la señora de que hablaba era morena, y la que había venido, rubia.

Juan, pasmado, se abstraigo un momento, y súbitamente pasó un pensamiento cual rayo por su espíritu.

—¿Esa señora tiene los cabellos cortados y caídos sobre la frente?

—Sí, señor; esta vez acierta.

Juan se aproximó al hostelero.

—¿Llevaba la carta sobrescrito? —preguntó.

Como el posadero parecía acogerse a la discreción, Juan le dijo de rondón:

—¿Esa carta iba dirigida a la señora de Meyrens?

El hostelero dijo con un gesto que sí.

Salió de allí Juan con el espíritu cada vez más conturbado.

—¿No es posible ya zafarse de esta terrible mujer? —se decía—. ¿Qué podemos esperar de ella en tales momentos? Y ¿cómo piensa en citarla si no la quiere, como dice?

Dejando este asunto, fuese a buscar a los guardias habituales compañeros de Hubert, pues' llevaba su idea; pero al salir de la gran claridad de la calle e internarse de repente en la semiobscuridad de la duna, atrajeron de pronto su atención dos siluetas que pasaron no lejos de allí, y que no le parecieron desconocidas.

Un hombre y una mujer se deslizaron a lo largo del muro, y luego atravesaron rápidos un espacio yermo, emborronado de sombra, y reaparecieron en la claridad oscilante del fuego que ardía ante una carreta.

A lo largo del arenal brillaban numerosos fuegos que formaban como un semicírculo en torno de Santas Marías; los encendían las tribus de bohemios venidos de Beziers y de Pézenas, que permanecían en Santas más tiempo que las demás, porque al cabo estos cingaros estaban en su país, y era corto el camino para volverá sus habituales hogares.

La mayor parte de estos vivaques estaban solitarios; los jóvenes se marcharon a danzar, y cocía la cena bajo los auspicios de algunas viejas con facha de aquellarre...

Juan no pudo contener una sorda exclamación al reconocer en las dos sombras, que seguía avizor, a Olajai y a *El Pulpo*. Ambos fueron a sentarse al

lado de una vieja, que al verlos se levantó, mirando hito a hito a *El Pulpo* con cierto recelo.

Pero Olajai habló, la vieja meneó la cabeza y pudo verse que ahora acogía con agrado a la recién llegada.

Los tres se agruparon, y la conversación entablada en voz baja les tenía de tal modo suspensos, que Juan pudo acercarse algunos pasos sin llamar su atención.

Le hubiera gustado oír lo que allí se decía, pero ello le fue imposible.

Después de esta carreta, Olajai y *El Pulpo* visitaron otras, y luego, de repente, desaparecieron como por encanto, y Juan ya no volvió a verlos.

Muy pensativo y emocionado regresó de aquella aventura a la luz de la calle Mayor, y allí se le avisó que los mayores acababan de reunirse en el hotel del Pequeño Ródano.

Cuando entró en él, el grupo, que al parecer mantenía animada conversación, calló de repente.

La mirada de Juan revisó atenta aquellas rudas caras de frente estrecha y ojos hostiles, y les dijo:

—Ya sabéis lo que ha ocurrido. ¿Creéis que ha sido Hubert el asesino?

—¡Ah, no, no! —respondieron unánimemente—. No lo creemos.

—Pues se le ha encarcelado por eso. Si alguno de vosotros le ha visto la pasada noche, esto puede aprovecharle... hay que decirlo...

Todos guardaron silencio.

—No veo aquí a *Lou Rousso Fiamo* (La Roja Llama) —dijo Juan—; quizás pudiera darnos algunos informes...

Lou Rousso, un lebrél con cabellos encendidos, fue en otros tiempos jefe de los mayores de Lauriac... Harto conocidas eran su fuerza, su brutalidad y su ciega adhesión al joven.

Uno contestó:

—*Lou Rousso Fiamo* marchó anteayer con cuatro toros a la herrada de Beaucaire...

—Es la primera vez que *Lou Rousso Fiamo* no asiste a la fiesta de las Santas...

—Estará enfermo —observó Juan.

Y se fue, no insistiendo más al ver que todos se reprimían y no podría sacarles nada. Su viaje a las Santas, sin embargo, no había sido inútil; no le urgía volver a ver a Rouletabille.

Hora y media después, le encontró en Lavardens.

—Y ¿qué? —le preguntó.

—Pues que —contestó Rouletabille—, a pesar de los consejos de Olajai, quise ir a las Santas, y apenas llegué, Olajai me atisbó, y en una rinconada de nuevo me dio a entender que la Camargue era muy malsana para mí. Pretendí que me diera una explicación, pero me dejó apresuradamente, diciéndome: «Ya he charlado con exceso.»

—Y ¿volviste?

—Claro que sí: ¡con la tarea que por aquí aun me queda!

—Luego no encontraste allá —repuso Juan con intención que no escapó al repórter— a la que esperabas...

—Veo que te han informado bien —replicó Rouletabille, frunciendo el ceño.

—Al menos sé una cosa —repuso Juan con voz apagada—, y es que *mientras Olajai obtenía de ti que marcharas de Santas Marías, él permanecía allí con El Pulpo*, que tú fuiste a ver y no viste; pero yo, sí; yo les he visto a los dos entregados a no sé qué labor misteriosa, que no puede ser de tu agrado ni del mío, pues se previenen para ocultárnosla.

—Nada temas, Juan —dijo Rouletabille cada vez más sombrío—; concédeme veinticuatro horas más y ni Olajai ni *El Pulpo* me impedirán salvar a Odette...

—Yo traigo de allá abajo detalles que pueden servirnos —dijo Juan deteniendo al repórter, a punto ya de marcharse—. Si Hubert ha sido el asesino, como creo ahora más que nunca, ha tenido cómplices, ciertamente, al menos un cómplice... Pues bien: acabo de saber que *Lou Rousso Fiamo*, su maldito brazo derecho, está ausente de las Santas hace cuarenta y ocho horas.

—Lo sabía —dijo Rouletabille.

Y se alejó velozmente de Juan, dejándole con la palabra en la boca, como suele decirse.

Santierne no insistió; echó mano al volante y lanzó su torpedo camino de Beaucaire. Quería saber con certeza los motivos de la ausencia de *Lou Rousso Fiamo*.

Cuaderno de Rouletabille en esta fecha.—Olajai: *El Pulpo*... Es posible que Juan tenga razón. No he desconfiado bastante de *El Pulpo*... No puede servirme para nada. Sólo puede perjudicarme... y más sabiendo por ella que la policía nada hizo con relación al saqueo de mi cuarto, y luego de lo ocurrido en Santas Marías, debiera romper enteramente con ella. No es la primera vez que esa idea se me ocurre, pero creo que es cuestión de oportunidad realizarla. En cuanto a Olajai, momentos hay en que rozo el borde de su secreto, y al ir a profundizar caigo en las tinieblas... Los peligros

que me delata y de los cuales, según dice, quiere librarme, casan tan bien con el saqueo de mi casa en París, que es inverosímil no exista entre éste y aquéllos estrecho lazo. Esta relación o enlace se me escapa completamente. ¿Qué se quiso hacer en mi casa? Esta es la incógnita. Y es seguro que Olajai podría descifrarla. Pero dijo: «he hablado en demasía» y me aconseja que huya, como me aconsejó que no saliera de Lavardens.

Todo ello ha sucedido, y sin embargo, es incomprendible en cuanto a mí concierne. Sólo es cierta una cosa: *que la amenaza me circuye*. Percibo que estoy vigilado en cuantos pasos doy en Lavardens y fuera de Lavardens... y me zafo de esta misteriosa vigilancia con las mayores dificultades y desplegando increíble astucia. Sea de ello lo que sea, he logrado rehacer casi paso a paso la trayectoria de Calixta desde su llegada a Santas Marías, y sé cuanto ha hecho hasta que se esfumó *no lejos del Viei Castou Nou*.

Bajó como nosotros en Aviñón, pero veinticuatro horas antes, y como nosotros, en auto, fue a Arlés, pero allí dejó el auto, atravesó a pie la ciudad y fue a tomar el primer tren en el apeadero de Arles-Turiquet y bajó en Santas Marías a las nueve cincuenta. Iba vestida sencilla, pero elegantísima, con traje de terciopelo negro con adornos de castor y tocada con un sombrero esférico guarnecido de pelo de mono, tal como iba ataviada la última vez que salió con Juan y conmigo, días antes de la ruptura. Bien claro está que no se ocultaba. Se dirigió inmediatamente a la iglesia y empezó sus devociones. Visitó en seguida al cura y le pidió una tarjeta para la ceremonia de la tarde: el descendimiento de las reliquias. Luego paseó por el pueblo sin fin visible, atraída por las abigarradas vistas que a sus ojos brindaban los campamentos.

Se acercó a un grupo que al principio no le prestó más atención que a los demás viandantes. Un niño le pidió limosna. Ella le habló. Al punto un hombre que estaba sentado de espaldas a Calixta volvió el rostro, le vio, y súbitamente se irguió ante ella. Miróla con aire hostil, reparó en su ropaje y empezó a vomitar en su lengua, y con voz queda y apretando los dientes, las más groseras injurias.

Ella no se alteró, murmuró unas palabras en el mismo lenguaje y se alejó. Apenas se fue, aquel hombre y cuantos con él estaban escupieron sobre sus huellas. Calixta, sin aparente emoción, dejó tras sí las Santas y todo el bullicio bohemio, sórdido cinturón del pueblecillo. Por el paraje más desierto ganó la playa y penetró en una choza medio desnuda, de donde al poco rato salió casi desnuda, dispuesta al baño. Después del baño, se explayó sobre la arena como bestezuela fatigada.

De pronto, sintió un brinco a su vera. ¡Era aquel hombre! Le esperaba, a pesar de las injurias. Se echó a reír al verle. El cerró sus labios estampando en ellos un beso salvaje. Aquel hombre era Andrés, el que la persiguiera dos años antes y del cual Juan, para su desgracia, la libró. Si fueron los oropeles de mujer rumí con que ha poco se ataviaba Calixta los que motivaron la furiosa acogida de Andrés, éste ahora, al mirar a Calixta, no podía ver cosa que ofendiesen sus ojos. Todo ello fue bien calculado. Ella encontró a su hombre. El la quiso coger. Ella le rechazó, pero ¿qué hubo de prometerla, cuando él en seguida se manifestó sumiso? Entró a vestirse, y a poco se separaron como los mejores amigos del mundo.

Calixta no asistió a la ceremonia de la tarde; subrepticamente abandonó el pueblecillo montada en una calesa guiada por un bohemio, que la dejó cerca de Lavardens, donde perdí su pista. Andrés también desapareció de las Santas. Perdí su pista en Maguelonne-le-Sauveur, pero no dudo en encontrarla en las huellas del *esquilador de perros* de que me ha hablado Esteve.

En Maguelonne-le-Sauveur, Andrés iba a pie.

Hay que advertir que ni uno ni otro tomaron el tren, en el cual su presencia hubiera sido indudablemente notada por los empleados, pues ese tren de vuelta a Arlés suele ir vacío a esas horas. Juan acababa de dejarme y partió hacia Beaucaire, sin duda a la busca de *Lou Rousso Fiamo*. Su viaje, a la postre, quizás no resulte inútil. Es preciso no perder cabo, y más, descubierta por mí la marca de los bohemios en casa de Odette; *regalo ofrecido por Hubert...* Y ahora voy a interrogar a Estefanía. Hay mucho que averiguar por esta parte. He pedido a Juan veinticuatro horas para salvar a Odette, si aún hay tiempo.

CAPÍTULO XI

EN EL CUAL ROULETABILLE EXPRESA CONCRETAMENTE SU OPINIÓN ACERCA
DEL ASESINO

CON fecha de 27 de mayo. *Cuaderno de Rouletabille.*

Ya sospechaba que Estefanía sabía mucho más de lo que me dijo. Acabé por arrancarle la confesión de que el mes pasado acompañó a Odette en las numerosas escapadas que hizo al bosque de Lavardens, en el cual, a hurtadillas, se entrevistaba con un raro personaje, con el cual, en cierta ocasión, su padre, el señor de Lavardens, la vio con harto asombro. Trátase de una vieja que no es del país, que vive como salvaje, alejada de todo el mundo, y tiene su albergue en no sé qué madriguera.

Odette dijo confidencialmente a Estefanía que sentía conmiseración por esa mujer, que gustosa le hacía alguna limosna, correspondida por la vieja con una especie de adoración a su protectora. Frecuentemente esta vieja le decía la buenaventura, le predecía altos destinos, de los cuales la joven se reía a carcajadas. También quiso decir la buenaventura a Estefanía; pero Estefanía, que es muy supersticiosa y cree en maleficios, se opuso a ello siempre. Tampoco pudo comprender, pues la vieja tenía espantosa facha, que su joven ama pudiera gustar de la compañía de esta bruja, que se llamaba, según decía, Zina.

Por la descripción que me hace Estefanía, Zina debe de ser bohemía. Solían casi siempre verse entre Lavardens y Albaron, cerca de la encrucijada de La Fuente. Ahora bien; yo he logrado precisar que el auto en el cual se llevaron a Odette se dirigió a Albaron y no se le vio más allá de Albaron. Siento que ando cerca de la llama y que la red de mis pesquisas va envolviendo a los principales personajes que intervinieron en el drama.

¿Cuál ha sido el papel de Hubert en el rapto de Odette? Este es el problema. ¿Sabe dónde se halla la joven? Es posible que lo sepa, y así lo

deseo, pero no estoy muy seguro de ello. ¿La ataron él y Calixta y así se la llevaron? La creencia en su complicidad brotó en mí en cuanto descubrí entre él y los bohemios ese punto de contacto delatado por la joya que ofreció a Odette, pero no me seduce esta idea. Me era tan precisa (y se adaptaba tan bien a mi sistema) que no podía aceptarla saltando por encima de todo espíritu crítico. En efecto: por este lado nada se comprueba. Los bohemios pudieron, para llevar a cabo su propósito, pasar por la propiedad de Hubert sin estar en connivencia con éste. Les era mucho más fácil, en efecto, pasar por esa propiedad al *Viei-Caston-Nou* que penetrar directamente en el parque de Lavardens, defendida, como tiene éste, por altos muros, la parte recayente a la campiña. Y, además, si Calixta, ayudada de Andrés, dio el golpe, tuvo bien en cuenta las amenazas que públicamente profiriera Hubert para desviar las sospechas hacia la cabeza de éste.

Es muy difícil desembrollar el enredo por este lado, ya que Hubert es capaz de todo. ¿Sabía que se apoderaban de Odette, mientras él se enzarzaba con el señor de Lavardens? Nada pude leer en su diabólica faz, sesgada con fiero rictus, cuando Juan le habló de Odette, y *tanto menos comprendí cuando su mirada era a mi a quien se dirigía...*

Cuaderno de Rouletabille: 27 de mayo, a las diez de la noche.

Acontecimiento trascendental. He obligado a Esteve a que me acompañase a Albaron en las primeras horas de la tarde. De allí, subimos hacia Lavardens y nos internamos en el bosque. Tengo aterrorizada a Esteve. A cada momento la amenazo con denunciarla como cómplice del asesinato del señor de Lavardens. Me ha llevado a los diferentes parajes en que Odette solía entrevistarse con Zina.

Hallándonos en la plazoleta de *la Font*, oí a mis espaldas bullicioso vaivén del ramaje. Salté hacia la maleza. *Demasiadas cosas se mueven en torno mió* desde que estoy en Camargue: bien quisiera ver su facha. Empuñé el revólver. Estaba decidido a todo *para saber...*

Pero reinó de nuevo profundo silencio y en vano busqué la huella de la persona que hacía un momento andaba entre la maleza...; no descubrí absolutamente nada. Y, sin embargo, tan rápidamente me volví, que pude aún ver cómo el ramaje se abría y de nuevo se cerraba...: sacudí las ramas, examiné los árboles del pie a la copa... Nada; y, sin embargo, mi sensación no fue sueño... Esteve había oído también algo, pero no vio más que yo: «Volvamos —dijo, dando diente con diente—; tengo miedo.» Le respondí en

alta voz: «Sí, volvamos: nada tenemos que hacer ya aquí»; y empezaremos a subir por estrecho atajo hacia el *Viei-Caston-Noa*.

Pero a los pocos pasos, en la primera revuelta, la detuve con el gesto y le di a entender que era preciso estar quedos un momento y escuchar...

Súbitamente, ante nosotros surgió de nuevo el vaivén del follaje, y esta vez mi mirada se cruzó con otra; di un brinco, gritando: «Detente, o tiro»; pero huyó entre la maleza y a fe mía que tiré. Oí un grito, una especie de gemido, y luego nada... Esteve no se movió, medio muerto de espanto... Avancé unos pasos y busqué a la persona que me había mirado y había gritado... No di con ella ni con vestigio alguno. La tierra, blanda en aquel sitio, debió conservar la más tenue huella como retenía las mías. ¡Había para volverse loco!

Sin preocuparme de Esteve, que dejé a mis espaldas, seguí avanzando a la ventura, cuando de pronto percibí la causa de mi espanto fugitiva ante mis ojos a locos saltos. Lancé un grito y a mi vez corrí dando brincos.

¡El osezno! Vi al punto que era el osezno de Calixta.

Tras él me interné en el soto y vi cómo desaparecía entre el ramaje, metiéndose en una cueva tallada en la roca. Le seguí y me hallé al punto ante una, al parecer, guarida troglodítica, que merced a unas tablas, creaba la ilusión o suscitaba el recuerdo de una habitación humana. Henchíala densa penumbra y a duras penas pude al cabo de un rato discernir algunos objetos insignificantes: un lecho, un taburete y el hogar con visibles señales de fuego recién apagado.

En fin, algo se movía en el fondo lanzando un gemido que yo conocía bien. ¡Era el osezno! ¡Era *Balogard!*, como Calixta le llamaba con esta palabra bohemia que significa «el ladrón». Avancé hacia él, hablándole con afecto. Temí haberle herido, pero afortunadamente nada tenía y me acogió bastante bien, aunque nunca fuimos muy amigos en la vida civilizada... Observé que Balogard se había revuelto sobre prendas que no me eran desconocidas. Allí estaba la guardairopía parisién de Calixta. Su traje de terciopelo de topo con guarniciones de castor. Deduje que, al menos por el momento, Calixta había vuelto a su vida bohemia y no me costó gran trabajo imaginar que me hallaba en la guarida de Zina, a la que condujeron primero a la joven Odette. ¿Qué drama había ocurrido allí entre Calixta, la pobre niña y la vieja Zina?

Las notas de Rouletabille no dicen más con relación a este día. Sin embargo, aquella tarde, a las seis poco más o menos, ocurrió en Lavardens una de las escenas más importantes, acerca de la cual no hallamos la menor

alusión en el cuaderno del repórter. La Sala volvió a reunirse en el lugar del crimen para ampliar la indagatoria e hizo traer a Hubert al *Viei-Caston Nou*.

Rouletabille llegó cuando se interrogaba de nuevo a éste en el mismo sitio donde se encontró el cadáver del señor de Lavardens. El tío Javán estaba allí presente.

Después de reparar en los circunstantes, el repórter preguntó directamente a Hubert.

—Sé —le dijo— quién ha raptado a Odette, y usted también lo sabe.

Hubert se echó a reír de modo siniestro y dijo asintiendo:

—Ya lo creo que lo sé; *aunque no tan bien como usted*.

—El señor de Santierne anda tras la pista de *Lou Rousso Fiamo* — continuó diciendo Rouletabille con voz súbitamente alterada—; diga usted toda la verdad y podrá usted aún zafarse de este asunto.

—*Será mejor* —redarguyó Hubert— *ir tras la pista de Olajai... de Olajai, que pasó por aquí veinticuatro horas antes que usted*.

—No sé lo que quiere usted decir —repuso Rouletabille palideciendo.

—¡Oh! sí, señor, sí; usted me comprende perfectamente.

Y continuó riéndose con sorna y alzando los hombros.

El juez, harto ya, exclamó:

—¡He aquí un conciliábulo insoportable! Y la conducta de usted, señor — dijo volviéndose hacia Rouletabille—, no tiene excusa. Se complace usted, al parecer, en hacer imposible, cuando no ridícula, nuestra tarea. Dice usted que sabe quién ha raptado a la señorita de Lavardens. Pues bien; su deber es denunciárnoslo.

—¿Nombrarle a usted los culpables? —replicó Rouletabille, recuperada toda su calma—. No, señor Croussillat... no quiero que los «marre».

—¡Seño!

—Prefiero, señor, traéroslos atados de pies y manos, y esto se lo prometo a usted.

—¡Jactancia! —repuso el juez de instrucción visiblemente exasperado—. Jactancia como los artículos que usted ha teleografiado a París y que acabamos de leer. Manía de apostar... ¿Por qué sostiene usted que no capturaremos nunca al asesino? ¿Usted lo conoce? ¿Puede darnos un atisbo? ¿Es moreno? ¿Es rubio? ¿Es gordo? ¿Es delgado?...

—Delgado, señor —respondió Rouletabille sin pestañear—, ¡delgado como un clavo!

CAPITULO XII

ROULETABILLE, AL ACECHO

CUADERNO *de Rouletabille*.—Este Hubert es un infame bobalicón. Su actitud durante el último interrogatorio me dejó hecho de piedra. A ratos no veía nada, ni siquiera reparé en que Juan estaba detrás de mí y mirándome. Debía ser muy singular mi facha. Recuperé los bríos y contesté al juez como convenía *por el momento*. Entonces advertí la cara que ponía Juan.

Cuando se llevaron a Hubert y el juez de instrucción señor Crousillat y su inenarrable escribano señor Bartholasse, literalmente rabiosos contra mí, salieron del *Viei-Caston-Nou* cerrando con ímpetu las puertas, me acerqué a Juan y le pregunté noticias acerca de su viaje a Beaucaire. Me contestó, mirándome de modo raro, que había visto a *Roussio Fiamo* y que este modelo de guardas no se había separado de sus bestias durante el período del drama.

—Pues bien —le repuse—, ¿continúas persuadido de que Hubert es el autor del crimen?

—Y tú —me replicó— ¿sigues convencido de lo contrario?

Le respondí que por el momento era imposible afirmar ni negar su complicidad. Entonces me lanzó en tono de desaliento, sin duda excusable, pero que me *desgarró el corazón*:

—En fin, ¿sabes o no dónde está Odette?

—Si lo supiera, estaría ya aquí.

Me miró como a un enemigo, cerró los puños y se libró de mi como de persona cuya presencia se ha hecho ya insoportable.

En este pasaje del cuaderno hay una media docena de líneas muy tachadas, como si se hubiera querido que nada quedase de ellas. Sin embargo, puede adivinarse más que distinguir, bajo la capa de la tachadura, tres

palabras que hemos ya destacado: *querida, adorada Odette*, y a confinación de estas líneas tachadas, la siguiente reflexión:

«Tengo aquí muchos enemigos, y el peor acaba de presentarse; *¡es la sospecha!*, la sospecha que primero me espiaba de lejos y acaba de cernerse sobre mí con sus ojos helados, incapaces de reflejar por muy abiertos que estén, sobre los objetos exteriores más que la misma sospecha que los anima...»

Pero yo he reparado en otras... No nos impresionemos... No es el momento de...

Rouletabille pensó con lógica que si Calixta había de volver a la choza de la vieja Zina para recoger sus vestidos, no se arriesgaría a tales andanzas sino de noche. Y he aquí lo que relata el cuaderno en punto a este acecho:

Serían las diez cuando Calixta, en traje de bohemia, apareció en la senda que va a la guarida de la bruja. Se la reconocía perfectamente a pesar de sus pingajos. Tenía aquel aire de reina ultrajada que solía tomar en París, cuando Juan o uno de sus amigos se permitían tratarla con negligente familiaridad... Ya cerca de la roca, mansión de la Zina, se volvió bruscamente... la luz de la luna dio de lleno en su rostro, visiblemente irritado.

En alta voz, «de nuevo tú, Andrés» —dijo. Pero no fue Andrés, sino una silueta femenina lo que se dejó ver en el sendero.

Calixta fue a hundirse en la maleza, pero no tuvo tiempo; la recién llegada habló y Calixta quedó inmóvil y estupefacta.

Oí que dijo:

—Señora de Meyrens.

Era, en efecto, *El Pulpo* la que se acercaba.

—¿Cómo usted aquí? —preguntó anhelante Calixta—, ¿qué le trae?

—Verla a usted —respondió la señora de Meyrens—. ¡Ah!, no sabe usted la que la he buscado. Olajai es el que ha poco me dijo que podría quizás hallarla a usted en la choza de Zina, y me guió hasta aquí...

—¡Olajai! —susurró Calixta furiosa—; ¿dónde está? Es preciso que le hable.

—¡Oh!, no le verá usted más en Camargue; no quiere arriesgarse a sufrir su cólera. Pero yo le he prometido que apaciguaría a usted... Calixta, ¿somos o no somos dos buenas amigas?

Dicho esto, penetran ambas en la cabaña de Zina. A los diez minutos salen, puestas, al parecer, de perfecto acuerdo. Calixta llevaba en las manos un lío (supuse que era su ropa).

La bohemia iba diciendo a *El Pulpo*:

—No... no me pregunte usted más... Ya nos volveremos a ver. Por ahora le he dicho cuanto podía decirle. Esté ya para siempre tranquila como lo estoy yo: *ni su Rouletabille ni mi Juan verán ya más a esta Odette*.

—Yo no puedo tranquilizarme —expuso ferozmente *El Pulpo*—, si usted no me dice que esa mujer acabó.

Entonces Calixta levantó los hombros y repuso con siniestra mofa:

—La digo a usted que nadie la verá ya más.

Ambas callaron. En cuanto me percaté del silencio en la senda, di un brinco y penetré en la cueva, desierta completamente. Ni el osezno siquiera estaba. Densa oscuridad reinaba allí dentro; afortunadamente, me traje la linterna, y a su luz me dediqué a minuciosas pesquisas, que no pude realizar en mi primera visita, malograda por extraño ruido que vino de fuera.

Calixta, tal como yo lo supuse, se había llevado su ropa. Lo que yo perseguía no era precisamente este o el otro objeto, sino la huella del drama mortífero quizás allí desarrollado. Las últimas palabras oídas de la propia boca de Calixta me llenaron el corazón de espanto. Todo podía esperarse de una mujer de tal fuste: «*Ni Rouletabille ni mi Juan verán ya más a esta Odette.*»

No me costó gran trabajo ¡ay! hallar en torno mío huellas de la lucha, de la resistencia indudable y hasta desesperada repentinamente fenecida. Como andaba a gatas, cerca del hogar mi mano se mojó en un pequeño charco obscuro, rielante a la luz de mi lámpara. Sangre, y en el charco de sangre un cuchillo. ¡Habían matado a Odette!

¡Ah! Entonces no pude contener un grito de rabia y fuertes sollozos conmovieron mi pecho.

Pero de pronto rompí a reír a carcajadas salvajes, insensatas... Lo que tomé por sangre era sencillamente tinta.

Y descubrí, además, junto al taburete volcado, un tintero roto y una pluma vieja hecha trizas... Ahora comprendía el intencionado silencio de Calixta como contestación a algunas preguntas de *El Pulpo*..., y salté de alegría. No, no; nada había perdido. No había sangre en el suelo y el cuchillo estaba sólo empapado en tinta. Y de haber matado a Odette, ningún sitio más propicio que aquél, pues les ofrecía cuanto necesitaban: el cuchillo y el silencio.

¡Ah! ¡La valiente Odette! ¿Qué intentaron que escribiera? ¿Y que firmara? Pero no se veía rastro de sangre en parte alguna. No la transportaron, pues, cadáver a la carreta cuyas huellas vi cerca de la choza y reaparecen uniendo la carretera de Arlés con Santas Marías, en donde se esfuman confundidas con las de otros cien carromatos en dirección a los cuatro puntos

cardinales del planeta. ¿He hecho bien o he hecho mal en no espolpear a los magistrados a husmear de todos los bohemios procedentes de Santas Marías? ¿Quién ponderará nunca bastante el espanto de tal responsabilidad? Pero ¿no equivalía esto a advertir a los fugitivos que su crimen se había descubierto, cuando lo conveniente era sorprenderlos? Con su astucia milenaria, apelarían a sus inagotables recursos para no entregarnos a Odette. ¿No debí tener en cuenta que el golpe se dio, sin duda, horas antes de nuestra llegada a Lavardens, y que esos miserables, por tanto, dispusieron de sobrado tiempo para urdir la coartada? No, no. Razón tuve para no entregarme a una problemática persecución, indudablemente prevista por los raptos. Por Calixta debía recuperar a Odette *si aún había tiempo*. Y lo había, pues vivía Odette. Pero Calixta se esforzó cuanto pudo en hacer creer a *El Pulpo* en su muerte. ¡Ah! ¡*El Pulpo*!

CAPITULO XIII

EXPLICACIONES

TRANSPORTADO de júbilo, que quiso al punto comunicar a Juan, Rouletabille se apresuró a ir al castillo. Halló a su amigo allí, echado en un canapé, durmiendo, vestido, agitado sueño en constante pesadilla.

Se despertó bruscamente.

—¡Odette vive!, estoy de ello seguro.

Juan le miró huraño.

—Si de ello estás tan seguro, ¿por qué no nos la traes? Rouletabille oyó la frase sin inmutarse; se sentó al lado de Juan y, asiéndole de las manos, le dijo:

—Veo que las palabras de Hubert te impresionaron mucho ayer tarde. Ahora, ya no es Hubert el miserable, *sino yo*. Vamos, Juan, mírame y dime todo lo que encierra tu corazón.

Juan no pudo contener las lágrimas.

—Perdí la cabeza, es cierto —repuso—; perdóname, ya no sé adonde volverme; me circuye el desastre... no creo ya en nada.

—¿Sigues creyendo en el amor?

—Sufro demasiado para no creer en él —respondió el desgraciado Juan.

—¿Pero dudas de la amistad? —preguntó en voz baja Rouletabille.

—Te pido perdón —repitió Juan ocultando el rostro con las manos.

—Vamos, vamos, Juan; sé que desde nuestro último viaje a Lavardens, abrigas contra mí un mal pensamiento, mal pensamiento que has intentado arrojar, pero que no se fue enteramente. Y voy a decirte por qué no se fue enteramente. Un día en París, al despedirme de ti y de Calixta, oí, pues tengo el oído muy fino, lo que me ahorra en ocasiones el trabajo de escuchar por las rendijas, que Calixta te decía: «Está visto que no puedes ir a Camargue sin

que te acompañe Rouletabille. He ahí un país realmente encantador para los jóvenes.»

—Cierto —declaró Juan—. Calixta no te ha querido nunca, y no ha perdonado medio ni ocasión para separarme de ti... Te juro que no lo ha logrado... ¡abracémonos!

Se abrazaron efusivamente.

—Ahora —exclamó Juan suspirando—, dime lo que sepas de Odette.

Rouletabille le contó entonces el descubrimiento de la choza, su último ojeo y la conversación que sorprendió en labios de Calixta y *El Pulpo*.

—¡*El Pulpo!*, ¡a todas horas *El Pulpo!* —exclamó Juan—. ¡Dios mío!, ¡tanto como te previne! ¡Y conocía a Calixta! Ambas debían de entenderse en contra nuestra ya en París.

—Es muy probable, en efecto —expuso calmoso Rouletabille—, que Calixta, maestra en el arte de despertar celos...

—¡Ah!, no hablemos de esto —suspiró Juan—. Sólo te pido que de hoy en adelante detestes a la señora de Meyrens como yo odio a Calixta, y así andaremos mejor los dos, te lo aseguro... Entonces, pues, ¿las seguiste?

—No.

—¡No seguiste a Calixta! —exclamó Juan.

—No; porque sé dónde hallarla —respondió el repórter—. Después de oír aquellas palabras, ¿no interesaba, ante todo, saber si Odette vivía o había muerto?

—¿Y la *choza* te reveló esto?

—Esto y otras muchas cosas.

—Pero en fin, si te entiendo bien, la prueba de la existencia de Odette me parece muy precaria. Pudieron llevársela para matarla en otra parte.

—¿En dónde? —preguntó Rouletabille obligando a sentarse a Juan, que se había levantado con los ojos agrandados por visiones de horror—. ¿En dónde? Pero ¿no dices que se la llevaron en un carromato?

—Y lo repito. Primero e inmediatamente después del atentado se la llevaron en un auto, y precisamente para despistar; los bohemios que acuden a Santas Marías no acostumbran a viajar en auto... ¡Del auto se llevaron a Odette a la choza y de la choza la trasladaron a una carreta!...

—Te comprendo bien; pero escúchame a la vez, Rouletabille... ¿No dijiste que esta carreta, según las huellas, siguió el derrotero de Arlés a Santas Marías, y precisamente en la noche en que esta raza maldita celebraba la fiesta de Santa Sara?

—¿Un crimen ritual? —repuso muy tranquilo el repórter.

—¿No viste como yo al viejo Alari? No se sabe lo que ocurre en la cripta en esta abominable noche...

—Cálmate, te lo ruego; en este orden de ideas he pensado, en efecto, que todo era posible...; así, lo primero que hice en Camargue fue cerciorarme de que no había por qué tomar en cuenta tan horrible hipótesis...

—Y tú, ¿sabes lo que ha ocurrido en la cripta? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Pero ¿cómo? ¿No has dicho tú mismo que el hecho de aparecer en Santas Marías te ponía en trance de no salir de allí?

—Sí; pero yo no he *parecido* por allí, querido Juan. Basta a veces que se me crea muy lejos cuando estoy cerca, muy cerca... ¡Confiemos en que muy pronto estaré cerca de Odette!... —añadió con amable sonrisa y despidiéndose de Juan.

—Pero ¿adonde vas? Te acompaño.

—No; duerme, que ya hace cuarenta y ocho horas que no duermes.

—¿Y tú podrías decirme cuánto has dormido en tres días?

—Pero, querido, si he dormido a mi placer. Aquí, un cuarto de hora; allá, media hora... Ya sabes que esto es mi costumbre.

—Mientes, Rouletabille: no has pegado los ojos.

—Pues bien, ello es cierto. Hasta ahora «no me he estirado a mis anchas»; pero vas a ver cómo conservo todo mi buen humor. Ese bueno de Crousillat y su epiléptico escribano el señor de Bartholasse no saben los pobres a qué atenerse... Vamos a reírnos y a divertirnos un rato.

—Déjame ir contigo, Rouletabille.

—No —replicó el repórter Quiero que permanezcas en *Viei-Caston-Nou*, o al menos que no te alejes, porque...

—¿Por qué?

—Porque es preciso que se sepa dónde podré hallar...

—¿Quién?

—Uno que te traerá seguramente noticias de Odette...

—Pero ¿eres brujo?

—Quizás... Adiós, Juan...

Juan le detuvo aún asiéndole de la chaqueta:

—Pero, en fin, a mí, Rouletabille, a mí, si realmente sabes quién es el asesino, bien puedes revelarme su nombre.

El repórter, tras un momento de fluctuación, se acercó a Santierne y le murmuró al oído unas palabras, y a continuación huyó, dejando a Juan completamente abobado.

CAPITULO XIV

EL SUEÑO DEL GENDARME

Complicidad? He aquí la palabra que iba mascullando Rouletabille, cuando se vio en la propiedad de Hubert, escalado el muro que separaba al *Viei-Caston-Nou* de la «Cabaña», pues los magistrados habían condenado el postigo. Hasta este momento no había perdido un solo minuto, apresurado en realizar cuanto juzgaba de mayor urgencia. Pero al cabo de una hora pensó que una indagación seria en la casa de Hubert, aunque éste fuera inocente, podría ser de gran provecho.

Además, tenía motivos para apresurarse. El juez de instrucción, señor de Crousillat, movido por su escribano Bartholasse, que execraba profundamente a Rouletabille en particular y en general a los periodistas, se había opuesto a que aquél entrase en la casa. Se había sellado la puerta de la casa, que había sugerido tantos cargos contra aquel Hubert, defendido por Rouletabille con asombro de todos... Además, el señor Crousillat había apostado allí a dos gendarmes con orden de impedir a todo el mundo el acceso y de vigilar la casa...

Ya una vez Rouletabille había visto surgir a los dos cancerberos cerrándole el paso... Y no insistió. Quiso que se confiaran y aun avivasen la vigilancia. En fin... Aprovechó para entrar en casa de Hubert al amanecer, pues había observado que el gendarme de guardia en aquel momento cedía a la fatiga y al sueño. En una palabra, considerando propicia la coyuntura, husmeó la casa y, sin ser sorprendido, llegó a un respiradero por el cual se deslizó. Del respiradero saltó a un ventanuco y de aquí a un tragaluz, viéndose al cabo de cinco minutos no más en el despacho de Hubert.

A través de la puerta sellada percibió un ronquido sonoro y regular. Era el gendarme, allí de guardia.

Seguro de no ser estorbado, Rouletabille se puso a registrar los muebles con el tacto que ponía en todas sus cosas. Vació los cajones de una pequeña mesa de despacho y examinó detenidamente uno por uno todos los papeles que contenían. No descorazonó al repórter, sino todo lo contrario, el hecho de haber pasado por allí la justicia. Solía decir que ésta siempre le facilitaba la tarea dejando a su cargo cuanto podía importar al asunto en tramitación y reservándose ella lo demás.

Sin embargo, esta mañana no topaba con nada que concerniese directa o indirectamente a los acontecimientos que habían revuelto tan trágicamente aquel rincón de Camargue, y se preguntaba si no había completamente malbaratado el tiempo, cuando columbró entre los libros alineados en muebles y estanterías un enorme volumen que le llamó la atención por su aspecto vetusto.

No era Hubert, ciertamente, un bibliófilo. Su biblioteca era bien pobre: se reducía a unas cuantas novelas de aventuras últimamente publicadas, a relatos de viajes y a algunas revistas de *sport*. La venerable obra, cuya encuadernación delataba abundantes estragos del tiempo, constituía una anomalía en aquel marco moderno, refugio de un arte a la vez pretencioso y simplista, que con harta frecuencia vemos en las casas de los jóvenes hechos a vivir en un ambiente de elegancia a la moda.

Daban cierta originalidad al aposento algunos objetos raros traídos de lejanos viajes, como carátulas de bronce, cuyo rictus salvaje sorprendía al visitante no prevenido; pieles de fieras que hacían pensar en grandes cacerías, compradas quizás en los bazares... Pero ¿cómo se hallaba este libraco en la mansión de Hubert? Rouletabille no dejó de interrogar al propio libro; lo manoseó y vio que parecía un antifonario sin serlo realmente. Al entreabrirlo cayó en el suelo, de entre las hojas, un cuchillo apuñalado. Rouletabille se inclinó, lo recogió y al punto comprendió que más que arma era un cortapapeles.

En realidad, el repórter comprobó que estaba cortada una página, o más bien arrancada del mismo sitio por donde el libro se abrió. La página faltaba; ¿con qué objeto se arrancó aquella página? Y, ante todo, ¿qué libro era éste? Los caracteres eran extraños, parecidos a los griegos, bizantinos o eslavos... Rouletabille reconoció algunas letras. Los vio muy semejantes en su último viaje a los Balcanes, pero no sabía leer una sola palabra completa y mucho menos descifrar el sentido.

Aquel libro encadenó su interés. Su valor debía de ser no escaso. ¿Por qué se le mutiló? ¿Y por qué se había estropeado la cubierta, que al tacto y a la

vista ofrecía grandes hoyos?

Por lo pronto Rouletabille dejó estas mutilaciones a cargo del tiempo, si bien no se le escapó al examinar la obra de cerca que eran relativamente recientes.

El joven guardó en el bolsillo el cuchillo-puñal, puso una señal de papel donde se abrió el libro, luego lo cerró y remiró la cubierta por arriba y por abajo. Prestamente dedujo que debió de haber tenido incrustadas piedras de alto valor, pues el libro era realmente suntuoso. Decoraban sus páginas magníficas iluminaciones y viñetas toscamente dibujadas, pero de efecto seductor, siendo, sin duda, por los coleccionistas muy apreciado el conjunto. Era, indudablemente, un libro *ritual*, pero faltaba por determinar a qué religión concernía.

De pronto, atrajo su atención un hoyo de la cubierta en que debió encajar o quedar montado el herraje de en medio y febrilmente rebuscó en uno de sus bolsillos interiores y sacó la joya que había hallado en casa de Odette y juzgó conveniente apropiarse. Esta joya, o más bien el motivo central de este colgante, encajaba exactamente en el hueco del herraje del libraco.

El signo fatal, la cruz y la media luna, el *signo* sagrado de los bohemios, cerró en otro tiempo el libro.

—¡Uf! —dijo respirando con fuerza Rouletabille—, es muy posible que mi pábilo por la casa del señor de Lauriac no haya sido enteramente inútil.

Cinco minutos más tarde abandonaba *Lou-Cabanon*, dormido aún el gendarme.

En Arlés, el señor conservador de la biblioteca municipal, apenas llegó a su despacho y sin tiempo para sacar las gafas del estuche, vio que corría hacia él como un vendaval y jadeante un joven que traía bajo el brazo imponente envoltorio, del cual sacó, sin decir oste ni moste, uno de los más antiguos ejemplares de la bibliografía ortodoxa que en toda ocasión pasaron bajo la nariz de aquel honorable funcionario.

—Señor conservador —le dijo el joven—, he aquí un objeto que deseo someter a su sabio criterio. Nadie ignora su incomparable competencia, sobre todo tocante a lenguas orientales...

—Las leo todas —interrumpió modestamente el señor conservador— y hablo algunas...

—Pues bien; vea usted este mirlo blanco. Dígame usted lo que opina acerca de «mi pobre mamotreto».

El señor conservador no se dignó ni siquiera sonreír. Estaba ya en éxtasis.

Sus ojos, de par en par abiertos tras los gruesos cristales; la carrera temblorosa de los recios dedos por la preciosa obra, todo delataba en él un entusiasmo que no por ser concentrado era menos inmenso.

—¿Es hermoso, hem? —dijo Rouletabille.

No obtuvo respuesta.

Ya podía hablar el repórter. El señor conservador no tenía oídos. Toda su vida se reconcentró en la mirada y en el tacto.

—Pues bien; le escucho —exclamó el repórter.

El señor conservador seguía leyendo. Había empezado por la primera página y acababa de «encetar» la segunda. Y no parecía dispuesto a saltar ni una sola línea.

Rouletabille se sentó decidido a revelar, por mucho que le costase, paciencia y buena voluntad... Sabía que los sabios tienen sus pequeñas manías, y, sobre todo, no toleran que se les atropelle.

Esperó, pues era forzoso esperar. Y más sabiendo que algunos de estos señores, bajo la máscara de infantil sencillez, suelen ocultar diabólica malicia y se burlan cuanto pueden y sin parecerlo de las entendederas de los demás.

Entretanto, el señor conservador, leída ya la segunda página, empezó la tercera. Entonces, Rouletabille se levantó muy tranquilamente, se acercó suavemente al señor conservador, sacó del bolsillo del chaleco su enorme reloj y lo colocó en la tercera página casi rozando con la nariz del señor bibliotecario.

El funcionario contempló un momento aquel cuadrante cual si fuese una bestia monstruosa de especie enteramente desconocida, y luego levantó la cabeza, espetándole al joven sombría mirada de asombro y de inquieta interrogación. La mirada parecía decir: «¿Qué pretende este gahnápiro?» o «¿quién ha dado permiso a este señor para entrar aquí sin llamar?»

Rouletabille dirigió al sabio la más simpática de las miradas:

—Quiero advertirle, señor, que este libro tiene cuatrocientas páginas y le he enseñado mi reloj para recordarle que son las nueve y media de la mañana. ¿A qué hora confía, señor, acabar la lectura? Tengo varias cosas que hacer en la ciudad: ¿cuándo he de volver?

—Dentro de ocho días, señor; vuelva usted dentro de ocho días. Este libro es una maravilla, señor. Quiero leerlo y releerlo. Si fuera bastante rico para comprárselo, no lo vería usted más.

—Y si me perteneciese, señor, se lo regalaría a usted.

—Por esta galantería, señor mío, ¿qué desea usted de mí?

—¿Es un libro romancho? ¿No es eso?

—Veo que está usted informado. ¿Es usted acaso «de la partida»?

—No, señor —respondió Rouletabille, que por nada del mundo hubiera revelado su profesión de periodista a un funcionario, sabiendo que todos los funcionarios detestan naturalmente a todos los periodistas—; no, señor, pero yo he viajado mucho y he dicho al amigo que me ha prestado este libro: puedo equivocarme, pero me parece que éste es un libro rom.

—¿Qué dijo su amigo?

—Que viniera a consultarle a usted, señor.

—Hizo bien. Pues sí, señor; este libro es muy antiguo y está escrito en la lengua tradicional de los gitanos... Vea usted lo que se lee apenas se abre. Leo en la cubierta esta frase curiosa.

—Traduzco —dijo el señor conservador afianzando los lentes:

Este es el libro de los antepasados. El que respete este libro, lo salve en caso de peligro, lo devuelva si se extravía, merecerá envidiable recompensa.

Y más abajo:

El que lo robe o lo destruya será castigado con pena de muerte.

—¡Demonio! —dijo Rouletabille—. Severos son los antepasados. Afortunadamente, murieron antes que el que los robó.

—¿Su amigo, pues, ha robado este libro? —preguntó el bibliotecario mirando a Rouletabille por encima de los cristales.

—¡Caramba! Se le olvidó decírmelo —replicó el repórter riendo de buena gana—; pero que esto quede entre nosotros, señor conservador: le creo muy capaz de ello.

—Tiene usted, señor, amigos muy singulares —murmuró el honorable funcionario pellizcándose los labios.

—Sepa usted, señor conservador, que mi amigo es un empedernido bibliófilo y la bibliofilia permite excusar muchas cosas.

—Señor —exclamó el bibliotecario, rojo como la grana apenas oídos apotegmas tan peligrosos para la moral pública como para la privada—; señor, no creo que haya en Francia, ni quizás en Europa y hasta me atrevo a decir en todo el mundo, bibliófilo más empedernido que yo. Sin embargo, no he robado a nadie, señor.

—Y lo creo sin dificultad, señor. Tiene usted todas las cualidades de un hombre honrado. Y en cuanto a este libro, ya descubriré la incógnita... Ya me dirá mi amigo cómo ha ido a parar a sus manos la procedencia y si se lo ha apropiado honradamente. Y si no contesta decorosamente a estas preguntas, le amenazaré con denunciarle al procurador de la República, a no ser que...

—¿Cómo?

—A no ser que lo regale a la biblioteca de Arlés.

De pronto, la fisonomía del señor bibliotecario empezó a distenderse poco a poco hasta la sonrisa.

Tendió su zarpaza a Rouletabille, diciéndole:

—Es usted un hombre genial, señor.

—Y usted, otro —replicó el repórter sacudiéndole la mano con efusión afectuosa pero yo no soy un sabio, no lo soy; ¿puede decirme qué más hay en este libro?

—Textos sagrados, señor; enseñan los ritos usados en la consagración de ciudades, templos, altares, *acampamientos*.

Iba, conforme hablaba, volviendo las páginas.

—He aquí un capítulo que trata del arte de tomar los augurios, de interrogar al porvenir... La raza romanca ha gustado siempre mucho de este linaje de ejercicios... Este libro data seguramente de la época en que este pueblo nómada se estabilizó durante algunos siglos en el cercano Oriente... No me asombraría, por lo que puedo conjeturar a primera vista, que tengamos en la mano el libro ritual ortodoxo de los romanchos, que fugitivos de Asia se establecieron en Europa y cuyos descendientes fundaron el Patriarcado de Transbalcania...

—¡Lo que me está usted diciendo es muy interesante, señor conservador!

—¡Ah! Dios mío —exclamó de súbito el bibliotecario, como si acabase de recibir doloroso golpe en mitad del pecho.

—¿Qué ocurre, señor, qué pasa?

—¡Ay!, falta una piedra en este monumento, quiero decir, una página en este libro... ¿Qué vándalo, qué miserable ha arrancado esta página? Y es tanto más lamentable, señor, cuanto la falta de esta página interrumpe una curiosísima profecía, qué acabo de leer en la página precedente...

—Una profecía —subrayó Rouletabille, dejando de bromear y cambiando de pronto el semblante, como si repentina idea hubiese pasado por su cerebro constantemente en brega—; ¿podría usted traducirme el texto auténtico de esta profecía?

—Así dice lo más fielmente traducido:

«*Tiempo vendrá en que nacerá para la raza una reina, que llevará sobre la parte izquierda de la espalda la señal de la corona...*

»*Nacerá esta niña de una bohemia y de un extranjero.*»

»*Y en su reinado, la raza recuperará la antigua prosperidad.*»

A medida que el bibliotecario iba leyendo, el rostro de Rouletabille se iluminaba con sorprendente fulgor... Ya el repórter, antes que el señor

conservador acabase de leer la última palabra de la profecía, a duras penas dominaba su emoción...

—¡Ah! Ahora comprendo, ahora —exclamó.

Y con gestos insensatos sacudía la gorra.

—¿Se vuelve usted loco? —preguntó el conservador—. Creo que usted lo entiende, pues yo lo traduzco.

—¡Ah, señor!, no sólo comprendo esto, sino que comprendo también cosas que antes no comprendía.

—Pues yo no le comprendo a usted.

—Sepa usted, señor conservador, *que ahora comprendo por qué fui saqueado...*

Y sin más preámbulos, Rouletabille arrancó el precioso libro de las garras del bibliotecario. Este, despavorido y sobresaltado, exclamó:

—¿Pero ha sido usted saqueado, usted?

—Quiere usted decir que más bien soy yo el que tiene facha de salteador. Pues bien: voy a llevar este libro donde me lo encontré. Quema... quema... No me avengo a sufrir la muerte decretada por los antepasados, no.

Y Rouletabille escapó más que de prisa, volando.

Y no sabiendo ni lo que hacía ni lo que decía, el señor conservador levantó los brazos desesperado y gimió:

—¡Al ladrón!

Le pareció, en efecto, que se le acababa de robar. Aquella maravilla, tan pronto vista como desaparecida, le dejó desconcertado. Lamentaba haber dejado escapar aquella obra magistral, *si bien no le pertenecía*. El señor bibliotecario comprendía ahora todos los crímenes.

Una hora después, Rouletabille estaba ya en *Lou Cabanon* sin más tropiezos a la vuelta que a la ida. Colocó el *Libro de los Antepasados* en el mismo sitio donde lo había descubierto, metido previamente con sumo cuidado el cuchillo de forma de puñal o cortapapeles en la página indicada por la señal que puso, y ahora omitió. Y ya libre de aquella carga murmuró, henchida la frente de hirvientes pensamientos:

—Sí, este libro quema... este libro es la clave de todo, de él viene todo, todo ocurre por él. Hacia él se vuelven todos los gestos, y en torno suyo giran sin saberlo Hubert, Juan, Odette, Calixta, Olajai, Rouletabille y hasta *El Pulpo*. Este libro sabe más, mucho más que todos nosotros. *¡Y hablará!* ¡El me dirá si Hubert es cómplice de Calixta! ¡Este libro es una desdicha y quizás nos haya salvado!

Después de este conciso monólogo, Rouletabille salió del despacho filtrándose por la claraboya, de la claraboya se escurrió a la repostería, de la repostería...

Entretanto, el gendarme en el pasillo seguía roncando.

CAPITULO XV

LA INFORMACIÓN DEL GENDARME

EL gendarme no tardó, sin duda, en despertar, pues momentos después, y no lejos de allí, se vio en el campo a este honorable representante de la justicia interrogando a un pastorcillo. Se quería saber del pastorcillo lo que le había dicho el gendarme. El gendarme le había preguntado si había visto al clarear el día a una bohemia salir del bosque y dirigirse a un sotillo de tamarindos que bordean la carretera de Arlés a Lavardens. El pastorcillo contestó:

—Me hallaba yo a la sombra de los tamarindos. La bohemia vino allí y se entrevistó con un bohemio que hacía poca rondaba por el contorno. Hablaron unos minutos, y luego la bohemia se marchó, diciendo:

—A las tres de la tarde en la Roche d'Ozoul.

Allá arriba, el gendarme se despidió del pastorcillo, diciendo:

—Perfectamente; esto marcha.

Sin duda, el gendarme realizaba una indagación decretada por el juez, pues se le vio media hora después en Arles ir preguntando a gentes que charlaban en el dintel de las puertas. En fin, a mediodía, se presentó en el despacho del notario señor Camousse.

La notaría del señor Camousse era sin disputa la primera de la ciudad. De padres a hijos, los Camousses fueron extendiendo las actas de matrimonio y habían redactado los testamentos de las más encopetadas familias de la región. De honorabilidad en cierto modo hereditaria, los Camousses pasaron a sus cajas fortunas considerables, de las que fueron largo tiempo fieles depositarios. En fin, se les confió secretos de familia, y su conciencia fue, por lo menos, tan fiel como sus cajas de caudales. Los Camousses vinieron siendo durante más de un siglo notarios de Lavardens.

—*Me trae el asunto de Lavardens...*—expuso en seguida el cabo de gendarmes interponiendo su puño entre la puerta y el cerco en el preciso momento en que ya estaba el pasante cerrando el despacho.

A esa hora ya no quedaba en la primera sala más que • los amanuenses, los cuales, suspendiendo el trabajo, se disponían a almorzar.

—¡Atiza! Otro cabo... —exclamó el pasante, abriendo la puerta a pesar de las protestas del personal.

Pero los escribientes al ver un gendarme se callaron y esperaron los acontecimientos.

—*Queguido timante* —el gendarme al oficial—, ve a buscarme a tu *guefe* y no te *vayas aggastrando como un cagacol*.

El pasante contestó que el señor Camousse iba a almorzar, pero que el primer pasante o pasante liquidador estaba aún allí y podían despacharle.

—¿*Qués aço?* (¿qué es esto?). *Yo no te exigo tantaz cossaz: quiero veg* al propio señor Camousse en presona y con *mayog gapidez*, hem...

En este momento, el señor Camousse, hombre respetable, frizando en los cuarenta, cuya faz rubicunda encuadraban patillas de pimienta salpicada de sal, salió de su gabinete, pidió explicaciones y ordenó que el gendarme pasase al despacho.

—*Me ennviaa el seeñoor juuez de instrucciónn*.

—¿El juez de instrucción? —repitió el notario estupefacto.

—Sí, el propio señor Crousillat, que está de trabajo hasta la coronilla con esta historia de Lavardensse, y me ha encargado que le ayude en la sumaria, y a este efecto le pregunte a usted algunas cosillas...

—Le escucho a usted, cabo. Ruégole se siente.

—Pues se trata de esto... ¡Me trae el asunto de Lavardensse, hem! El señor juez desea saber en qué fecha el señor de Lavardensse contrajo matrimonio... Usted puede decírmelo... hem, me parece... ¿No ve usted en ello inconveniente?

—Señor, yo no puedo negar nada a la justicia de mi país: constituye para mí un deber ayudarle en la medida de mis recursos; si puedo serles útil en algo y, naturalmente, siempre que no se me pida que viole el secreto profesional...

—*Mu justo, mu justo...* Dise usted biennn...

—Usted, cabo, ha debido de aprender a hablar en el Rosellón, si no me propaso...

—Señog notaguio, no se le escapa nada... Lo ha adivinado usted. Yo nasí en los alrededores de Perpiñán, para servir a usted. En cuanto al secreto

profesional... como gendarme sé bienn lo qu'es, ¡y no seré yo quien le pida jamás que *traisione* una *coosa* que me atrevo a desir tiene cagácter sagrado!

—Le digo esto, brigadier, porque no ha más de una hora se ha presentado en mi despacho un joven que me ha hecho precisamente preguntas que me ponían en trance de olvidar mis deberes...

—Ah, sí... ¿un joven?

—Sí, y que se decía periodista...; su nombre es Rouletabille.

—¡Rouletabille! ¿Ha venido Rouletabille y le ha hecho prrreguntas?

—Me atrevería a decir completamente indiscretas.

—Seguramente usted lo habrá barrido hacia la calle...

—Casi, pues sabe usted que en nuestra profesión se guardan siempre las formas. ¡Ah!, es un muchacho que no carece de chispa. Y se cree célebre. Nunca, sin embargo, oí hablar de él.

—¿No lee usted, *puues*, nunca diarios?

—Lo menos que puedo. Vea usted, cabo: o no traen nada o traen algo. Si no traen nada, no vale la pena leerlos, y cuando traen algo, siempre son relatos de crímenes y de catástrofes, esto es, cosas desagradables, que es preferible ignorar el mayor tiempo posible... pero usted debe de conocer a ese Roule... Rouletabille.

—¡Ah!, señor notario, si le conozco... Si es una plaga ese... ese periodista. El señor Crousillat huye de él como de la peste... Y a mí, a mí no me deja un instante. Acecha todos mis pasos. Apuesto que ha venido a hablar *aserca* de este asunto de Lavardensse...

—Ha ganado usted, cabo; pero él... él ha perdido completamente el tiempo.

—El señor Crousillat se alegrará mucho cuando le cuente todo esto. Decíamos, pues, que el señor de Lavardensse contrajo matrimonio...

—Aguarde —dijo el notario compulsando unos legajos—; aquí está la copia del acta matrimonial archivada en el Consulado de Francia en Odessa; puede usted copiarla...

—Justo: no es lo que me han dicho. Se casó en Odessa con una joven francesa, de la que tenía una hija, que legitimó por subsiguiente matrimonio...

—¡Cuidado! Rozamos ya el secreto profesional, brigadier. Razonablemente no puedo negar a la justicia de mi país el conocimiento de una pieza que le sería ahora quizás difícil procurarse.

—Sí, está muy *leejos* Odessa, y además están allí los bolcheviques...

—Usted comprenderá que no es preciso que todo el mundo sepa que la señorita de Lavardens nació antes del casamiento de su madre...

—Eso está bien, y no tema usted; no seré yo quien se lo vaya a decir a Rouletabille...

—Usted me ha entendido, brigadier.

—No es que quiera *alalabarme*, pero todo el mundo está de acuerdo en decir que tengo mucho talento... Ahora... otra cosa... ¿Tiene usted quizás, ¡hem!, copia del acta del nacimiento de la niña?

—No, Dios mió —respondió el señor Camousse frunciendo el ceño y cerrando la carpeta.

—¿No está ahí, hem?

—No está, no.

—Es un contratiempo, pues los datos del lugar del nacimiento de la niña, como ha debido usted de advertir, dicen muy poco en cuanto al azto de la legitimación... y si tuviésemos copia del acta de nacimiento, quizás...

—¿Qué? —preguntó el notario, que nervioso golpeaba ya la mesa del despacho...

—Pues... que nos sería fácil en ese caso acallar malas lenguas...

—¿Qué malas lenguas?

—¡Ah!, las que dicen, por ejemplo, que esta francesa no era la verdadera madre de Odette...

—Señor —exclamó el notario levantándose—, nunca he oído decir tal cosa. Y me complacería saber de qué labios lo ha oído usted.

—¡Ah!, pues de labios de alguno tan curioso como usted, seguramente. De labios del mismo juez, y traigo el encargo de parte de este honorable magistrado (que está convencido, entre paréntesis, de que usted sabe completamente a qué atenerse en los asuntos de allí arriba) de preguntarle si la señorita de Lavardens es realmente hija de la señora de Lavardemne.

—Y el señor juez de instrucción —exclamó el señor Camousse enrojecido— ¿le ha encargado que me pregunte esto?

—Se lo juro por mis galones.

—Y yo también le juro que si hubiera sido el señor Crousillat y hubiera de preguntar al señor Camousse tales cosas, hubiera citado al señor Camousse en mi despacho y mantenido con él una conversación de magistrado a magistrado y nunca se me hubiera ocurrido enviar a un cabo de gendarmes... Por lo demás, voy en seguida —expuso el notario calándose el sombrero.

—¿Dónde, pues, va usted?

—Con usted a casa del señor juez de instrucción.

—¡Ejem! Iré mejor solo... no se interrumpa usted. ¡Dios mío, cómo se sube usted, cómo se sube! ¡Ni el humo! Le pregunto y se *safa* usted de

contestarme; ¡qué diablos!, el secreto profesional ante todo. ¡Que no haya dicho más, santo *sielo!*...

Pero hiciera o hablara lo que quisiera el gendarme, el señor Camousse se empeñó en seguirle hasta la casa del señor Crousillat. Bajó tan de prisa como él la escalera y fue tan de prisa como él por las calles. Apenas llegaron, el cabo consultó su reloj, su inmenso reloj, y expuso que tenía que evacuar urgentemente una diligencia y por ello dejar que el señor Camousse fuera solo a casa del juez. Ya había dado unos pasos aceleradamente, cuando dos agentes vestidos de paisano surgieron de repente y se echaron sobre el gendarme gritando:

—No se resista y síganos de grado.

—¿Quiénes son ustedes? —espetó el notario a los dos agentes.

—Somos guardias de Seguridad, señor Camousse, y tenemos el encargo de detener al señor Rouletabille.

—¿Cómo?, ¿a este gendarme?

—Si es Rouletabille...

El señor Camousse, todo sofocado, hubo de apoyarse en el muro para no rodar por el suelo. Se le oyó susurrar:

—Este es, ciertamente, el mayor acontecimiento de mi vida.

En esto, por todas partes venían corriendo los curiosos para ver pasar al gendarme, detenido por los dos agentes.

Y ¡qué cara ponía Rouletabille!

Realmente esta última escena de la comedia que acababa de representar con tal desenvoltura, no figuraba en el programa. De pronto perdió el acento de Rosellón y preguntó con la pronunciación ligada y glotal de los vecinos del barrio de Poissonnière:

—¿Me llevan ustedes a la Comisaría?

—No, joven; le llevamos a usted a presencia del señor Crousillat.

—¡Ah!, bueno, me tranquilizo —expuso Rouletabille—; entonces vamos al café.

Todos, agentes y la muchedumbre que les seguía se echaron a reír. El señor Crousillat, seguramente el juez más entero de Francia y de Navarra, al menos por la corpulencia, era célebre por su sed insaciable; el menor esfuerzo físico y hasta intelectual le bañaba en sudor; así se le veía con frecuencia proseguir los sumarios en las terrazas de las cervecerías, entre dos dobles muy frescos y rebosantes. Por lo demás, esta conducta ponía de un humor de mil diablos a su escribano el diminuto Bartholasse, delgado y amarillo como el limón, cuyo estómago delicado sólo toleraba la manzanilla familiar.

Como este final de aventura esparcía al fin y al cabo no poca alegría en torno de Rouletabille, y el periodista era un carácter poco propenso a formar rancho aparte, púsose en seguida al unísono y se echó también a reír. En resumidas cuentas; ¿no había logrado lo que quería? *¿lo que quería saber?* Podía decirle más el señor Camousse, y no le había informado suficientemente la emoción que no pudo disimular el notario cuando el falso gendarme le preguntó finalmente con brutal intención: ¿la señorita Odette de Lavardens es realmente la hija del señor de Lavardens? En todo caso, la actitud del notario de la familia daba ahora a Rouletabille margen para figurarse no pocas cosas después de la lectura o, mejor dicho, de la traducción que se le hizo del «libro de los Antepasados» y comprobaba la amplitud del drama, cuyo protagonista era la señorita Odette, amplitud sólo por él entrevista.

CAPITULO XVI

ROULETABILLE CUENTA HISTORIAS

ESTARÁN echando fuego el juez y el escribano? —preguntó a los agentes.
—Reconozca usted, señor Rouletabille, que hay motivos para ello —respondió uno de ellos.

—El que está más rabioso aún es *Lou Fineto* —expuso el otro—; chilla como un diablo.

—¡Ah! ¡Conque *Lou Fineto* chilla como un diablo! Y ¿quién es *Lou Fineto*, amigo?

—Es un apodo que se gasta aquí, como si dijéramos *Camiseta*, y que se ha dado al gendarme aligerado tan prestamente por usted de túnica y kepis.

—Se había hecho con el kepis y la túnica tan blanda, tan muelle almohada este bueno de *Camiseta*! —repuso Rouletabille recuperando todo su buen humor—, que tuvo remordimientos al ir a quitárselos, lo cual hice con el mayor cuidado posible para no interrumpir su ensueño; pero ¿qué quieren ustedes? Los negocios son los negocios. ¿Por qué se despertó tan pronto *Camiseta*? Suya es toda la culpa. Si llega a dormir una hora más, se encuentra con la almohada devuelta y ni siquiera se hubiera dado cuenta. Y ahora ¡el bueno de *Camiseta* vocifera! Pues bien, cuando acabe de chillar se callará. Seguramente no piensa en condenarme a trabajos forzados para toda la vida.

—¡Oh!, señor Rouletabille, no crea usted que va a salir así como así de este asunto... Es grave *sustraer* un uniforme de gendarme.

—Sepa usted, buen amigo, que nada hay grave en la vida —contestó filosóficamente Rouletabille—, nada grave en la vida, más que la muerte... Y no nos damos cuenta.

Platicando sobre el trance, llegó el tropel al despacho del señor Crousillat, establecido, como previó el repórter, en una fresca terraza de café, en la cual

se distraían los señores togados murmurando injurias contra la prensa en general y contra Rouletabille especialmente, cuando éste apareció encuadrado como es sabido.

—Helo aquí —exclamó hostil el diminuto Bartholasse, mientras volaban todos sus papeles, que tenía expuestos sobre un velador de cinc.

—¡Ah! ¡Usted aquí, usted! —aulló el señor Crousillat después de apurar lentamente el doble que acababan de servirle.

—¡Así parece, sí!... Aquí está el coco —repuso Rouletabille con modesta sonrisa—. ¿Cómo va eso esta mañana, señor Crousillat? ¿Y usted, señor Bartholasse? ¡Este querido Bartholasse! Leo en su cara que se equivocó usted anoche al comer ya con champagne...

El escribano sufrió como un amago de epilepsia... Su altura de hacecillo le obligó a erguirse sobre la punta de los pies para meter sus puños por las narices del repórter, pronosticándole desastroso fin.

—¿Ha avisado usted a Deibler, el verdugo? —preguntó tranquilamente Rouletabille.

Entonces oyéronse gritos de cólera y vióse aparecer en la ventana de la cervecería a un hombre en mangas de camisa que literalmente babeaba de ira.

—¡Ah! ¡si es el bueno de *Camiseta*! Sólo faltaba él en esta fiestecita... ¡pero sí, sí! Comprendo perfectamente que usted no esté satisfecho. Dispéñeme usted, señor *Camiseta*. Por lo demás, haría muy mal en no reconocer mis yerros. Lo que he hecho no está bien y le prometo, señor juez, no reincidir en la vida. No soy testarudo, no... Ciertamente me he propasado, sí; me he propasado..., lo exige la profesión...

—¿Sabe usted adónde le llevará esa profesión u oficio?

—Sí, señor juez... A impedir que haga usted una tontería.

—¡Señor!

—Le pido, señor, perdón... no he querido, no, faltarle al respeto. Quise decir que mi profesión, de la cual tiene usted tan mala opinión, puede quizás impedir que cometa usted un error, y tratándose de la cabeza de un hombre, a trueque de salvarla, ¿no es eso?, vale la pena de perdonar al pobre Rouletabille la mala pasada que jugó al bueno de *Camiseta*!

—¡Oh, señor mío!, no me conmovió usted, y le digo a mi vez que su profesión, por lo pronto, le lleva a la cárcel y a prisión correccional después...

—Bueno —repuso tranquilamente el repórter—, veo que esto es ya monomanía... no insisto... Mozo, un bock.

Y se sentó.

—Le han de matar —dijo la voz de carraca del señor Bartholasse.

—A usted, buen amigo —expuso Rouletabille mirándole con frío talante—. Hay que proceder con tacto. Tiene usted todas las características del asesino. En cuanto a usted, señor Crousillat, que *es aquí el más razonable*, pues a la postre, con los puños de que la generosa naturaleza le ha dotado, si abrigase en el corazón la cuarta parte de rabia que ahoga al señor Bartholasse, hubiese saludado mi llegada con un capón, y ya no quedaría más problema que el de escribir mi epitafio... Es usted bueno, como generalmente lo son los hombres corpulentos. A usted, pues, quiero contar esta historieta.

«Nuestra profesión, si es útil, como me comprometo a demostrárselo antes que Febo termine su carrera, no es siempre divertida; pero en lo posible, cuando se ofrece coyuntura, tratamos de hacerla chusca. Es chusca, por ejemplo, cuando cometido un asesinato en una casa y habiendo jurado el portero no decir una palabra a los periodistas, nos presentamos como ganchos o espías de la prefectura, o fingimos que somos guardias de Seguridad, y obtenemos de las doncellas informes, merced a los cuales damos con el asesino en donde nunca a la policía se le hubiera ocurrido poner los pies.

»Esto me ha ocurrido, señor, a mí en persona, y la policía, que a la postre es excelente muchacha, con la cual hacemos casi siempre buenas migas, me lo ha perdonado... Pero he aquí un alto funcionario que ha querido toser fuerte... un hombre para quien nada supone el resultado y la forma es todo... se empeña en hacer daño al gran repórter Rouletabille... Hay que creer que los dioses miran por Rouletabille... pues ese alto funcionario ha sido arrojado de la cúspide de su soberbia y ahora... escarda cebollinos... ¿Es usted aficionado a los cebollinos, señor Crousillat?

»Otra historia. Un día había de reunirme con el ministro de Marina, que a la sazón hacía un viaje costero estudiando problemas de defensa móvil. Llegué tarde a una gran revista y ya se habían dado todos los pases. De nada me sirvió mi tarjeta. Perdida toda esperanza, fui a ver al subprefecto, que estaba ya arreglándose, empaquetándose... Encargó a su ayuda de cámara que me recibiera... Como gallina en corral ajeno... De pronto veo en una silla el uniforme de gala que el criado dejó allí... Me incrusté en él como el ratón en un agujero y subí en un carruaje que me llevó hasta el puerto. Diez minutos después me presentaba ante el ministro, recibiendo a mi paso los honores correspondientes a mi rango.

»Eh, ¿qué dice usted de esto? ¿Que el uniforme de subprefecto no vale el de un gendarme? Pues bien, cuando el ministro me vio con aquel boato, como buen parisién de nacimiento o de adopción, pues era ministro, rió a su placer... Pero el subprefecto tenía motivos para no reírse. Se querelló, se

querelló en toda regla. Pues bien, hoy..., señor mío, este subprefecto... continúa siendo subprefecto. Pero usted, señor Crousillat, lleva trazas de morir siendo nada menos que presidente de Audiencia.

El señor Crousillat, que en la primera historia había empezado a rascarse el cráneo con aire de profunda preocupación, al oír la segunda se puso a reír sin rebozo.

—Vamos —dijo—, váyase usted y no reincida.

Rouletabille dio un brinco, consultó el reloj, y exclamando en voz baja «voy a hacer tarde», salió corriendo más veloz que una liebre.

En seguida *Camiseta* empezó de nuevo a gritar y a su vez Crousillat gritó también desesperado:

—Al menos entréguenos el Uniforme.

CAPITULO XVII

UN GOLPE TEATRAL

ERAN más de las dos y media cuando Rouletabille dejó veloz la compañía del señor Crousillat, y cerca de las seis cuando de nuevo apareció en Lavardens. Su cuaderno de notas, sin embargo, no indica en qué o cómo empleó ese tres horas; pero las declaraciones del pastorcillo al fingido gendarme nos permiten fácilmente suponer que hubo en la Roche d'Ozoul en esas horas de la tarde dos oídos y dos ojos con los cuales no se contaba ciertamente.

Tenemos, pues, a Rouletabille en Lavardens. Como siempre llevaba prisa al parecer, entró como una centella en el *Viei-Caston-Nou*, se plantó de un brinco en el vestíbulo, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al primer piso; atropelló a unos cuantos enlutados, lejanos parientes del señor de Lavardens, puestos ya en acecho de la herencia desde la desaparición de Odette, y, finalmente, topó con la persona que iba buscando, esto es, con la camarera, a la cual llevó a empujones a una salita que, dentro ya los dos, cerró con presteza.

Esteve no podía ya ver a Rouletabille sin ponerse a temblar como un conejo. Cruzando las manos le dijo:

—Le juro, señor, que se lo he dicho ya todo.

—Escucha —repuso Rouletabille bajándole las manos—; voy a hacerte una pregunta a la que no te va a ser difícil contestar y cuya gran importancia no puedes sospechar siquiera...

—¡Dios mío! ¿Qué podrá ser ello? —gimió la pobre Esteve.

—Vas a decirme —repuso Rouletabille, abalanzado sobre la camarera, que le miraba con creciente espanto—. Vas a decirme... Pero no me mires

así... Es una nonada lo que voy a preguntarte... Vas a decirme si la señorita Odette tiene una señal en la parte izquierda de la espalda.

—¿Una señal en la parte izquierda de la espalda? —repitió la criada abriendo unos ojos enormes—. ¡Vaya una pregunta!

—No te exijo que juzgues mi pregunta; exijo que la contestes. ¿Tiene una señal en la parte izquierda de la espalda?

—De seguro que no... no tiene señal alguna ni en la parte izquierda de la espalda ni en la derecha...

—En fin, entiéndeme bien —insistió Rouletabille—; hay personas que tienen en la piel eso que llamamos un deseo o antojo... Tú has desnudado a veces a tu amita y has podido reparar en ello...

—¡Caray si he podido verlo!... Nada, no tenía nada... Siempre vi su piel limpia como un espejo.

—¿Nada? ¿Ni una peca?

—Nada, como se lo digo a usted.

—¿Ni un pequeño lunar, cáspita?

—Era hermosa de pies a cabeza; pero no, no tenía ningún lunar...

—¿No me engañas? No tienes motivo alguno para engañarme...

—¡Eh! ¿Qué ardite quiere usted que me importe el que tenga o no tenga un lunar?

—Bien —repuso Rouletabille pensativo—; esto es todo lo que quería saber...

Y, como de costumbre, la dejó bruscamente.

—El sí que tiene lunares —murmuró, ya ido, Esteve.

El repórter, recién salido de la casa y a la entrada del pueblecillo de Lavardens, divisó a Juan, que se dirigía hacia la verja del *Viei-Caston-Nou*. Le llamó. Juan se vino corriendo hacia él.

—Por fin te veo —exclamó Juan—. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—¿Qué te dije?

—Que tendría noticias de Odette.

—En efecto, recuerdo haberte dicho algo parecido a eso.

—Pues bien; figúrate que he tenido un encuentro extraordinario. Hallándome en el campo, a dos pasos de aquí, muy cerca del *Caston-Nou*, como tú me habías recomendado...

—¿Qué?

—Pues estando sentado en un ribazo, rumiando cuanto me dijiste, y muy abatido, a pesar de tus alientos, y preguntándome cómo podías hablar con tal seguridad de un asunto que parece cada vez más embrollado, más atrocemente

misterioso, y en cual percibo, sin ver la razón, a tanta gente coaligada contra nosotros... veo que se me acerca una chiquilla andrajosa, una gitanilla que llevaba unas canastas y haces de tiernos mimbres... Miró en torno suyo, como si quisiera cerciorarse de que nadie la veía, y luego, inclinándose hacia mí, me dijo:

—¿Es usted el señorito Juan?

—Si —le dije—; ¿qué quieres de mí?

La niña respondió a mi pregunta preguntándome a su vez:

—¿Se alegraría usted de tener noticias de la señorita?

Figúrate el efecto que me producirían estas palabras, y más después de lo que me dijiste...

—Sería —le dije— el colmo de mi felicidad.

La chiquilla volvió a mirar en torno suyo.

—Sobre todo, no diga usted nunca que me ha visto, porque me matarían...

Le di mi palabra.

—Pues bien —me espetó con voz baja—, alguien puede informaros. Vaya usted...

—*Vaya usted a las siete* —dijo interrumpiéndole Rouletabille—. *Vaya usted a las siete al llano de las Cañas.*

—¿Cómo? —exclamó Juan estupefacto—, ¿lo sabes?

—¿No he de saberlo todo?

—Y se alejó la chiquilla, no sin antes aconsejarme que fuera solo, pues en otro caso no encontraría a nadie.

—Lo creo.

—Y sabiendo que se me daba esta cita, ¿has venido para acompañarme?

—Muy lejos de eso. No quiero que te falle la cita. Debes ir completamente solo. Vete enteramente solo.

—¿Y nada más me aconsejas?

—Nada más. ¡Ah, sí! Te aconsejo que no desperdicies palabra de lo que se te diga. Adiós, Juan, y buena suerte.

Juan miró el reloj.

—Voy —dijo—. No está muy cerca el llano de las Cañas, pero quiero ir a pie para no llamar la atención de nadie.

—Andando y buena suerte. Mientras bajas allá, aquí no perderé yo el tiempo, te lo prometo.

—Te espero en el *Viei-Caston-Nou*.

—Pero vete, charlatán. ¿No ansias saber dónde está Odette?

Juan se fue en seguida. Rouletabille tomó la dirección contraria. Andaba, al parecer, muy preocupado, cuando al pasar por delante del café de Lavardens atrajo su atención estrépito de voces: eran las del juez de instrucción y del escribano, sentados allí. El repórter se asomó y columbró al fondo del establecimiento, bajo la rotonda, a los gendarmes sentados a la mesa ante una botella y entre ellos a *Camiseta*, que les estaba contando cómo el canalla del periodista se le había llevado la túnica y el kepis, prodigándole las *gracias*. «Pues bien; otra vez que le tenga a mano, ya verán ustedes si le *agrasio!*»

Rouletabille vio allí... la bicicleta del señor Crousillat posada en la acera. Aquel descubrimiento le incitó, al parecer, a realizar nueva hazaña. En cuanto le vio, subió de un salto, y a ojos vistas, en el preciso momento en que el señor Crousillat salía del café para sentarse en la terraza, empezó a pedalear, a pedalear...

—¡Mi bicicleta! —aulló el juez—. ¡Ah! Esta vez si que *propaassa*.

Y llamó a los gendarmes que allí tenían también sus bicicletas, y echaron a correr tras de Rouletabille gritando como locos. El repórter se volvía de vez en cuando y con gestos les ponderaba su buena amistad, divirtiéndose en moderar la marcha cuando se distanciaba de ellos demasiado trecho; en una palabra, gozaba, al parecer, extraordinariamente viendo desplegado tras sí aquel vulgar cortejo de gendarmes aullando y gesticulando como energúmenos. *Camiseta* era, naturalmente, el más virulento.

—¡Tate! ¡Tate! Lo que es esta vez no se me escapa.

Rouletabille le enviaba besos...

Dando las siete, Juan penetró en el llano de las Cañas. Este terreno —si tal nombre puede darse a un suelo extremadamente movedizo y que cuando menos se espera cede a los pies— se extendía entre el río y los diques y suelen ser los terrenos de esta clase sumamente peligrosos en esta época del año, pues verdean como inocente pradera y atraen por su frescura. Circuían el llano altas cañas enraizadas en la charca...

No tenía por qué amedrentarse de aquel terreno Juan, harto conocedor de todos los encantos y de todas las perfidias de la Camargue. Por lo demás, la siguiente frase absorbía enteramente el pensamiento del joven: «tener noticias de Odette».

Lo primero que vio fue a la gitanilla que, después de dirigirle con el gesto la expresión de su buena amistad, desapareció, sin que el joven sintiera ya por ella el menor interés; seguía sin cesar andando... reinaba profundo silencio y ya empezaba a impresionarle tanta soledad, cuando de pronto, delante de él,

las cañas se separaron y vio salir, recorrida esta cortina, a otra gitana, que al principio no reconoció. Entonces la mujer dio unos pasos más y lanzó a sus ojos miradas de fuego.

—Calixta —exclamó retrocediendo instintivamente—. ¡Tú aquí! ¡Y con ese traje!

—Sí, soy yo —contestó desafiándole—. ¿De qué te asombras? ¿No soy cingara? Si lo hubiera olvidado, ¿no has hecho todo lo posible para recordármelo? Me cogiste al pasar... y yo vuelvo, puesto que tú me rechazas. Sólo he querido, antes de partir, verte por última vez, amor mío.

Y prorrumpió en carcajadas salvajes.

Juan vio ante sí algo que no conocía, que no sospechó nunca siquiera...

Calixta fue siempre con él, ya apagada, ya tierna o simplemente arisca, ya a temporadas ingenuamente orgullosa como niño estragado por la soberbia.

Y ahora se enfrentaba él ¡con el odio! ¡Ah! le bastó verla una sola vez para comprender que ella era el origen de todas sus desdichas. Y a su vez sintió que en el corazón se le agolpaban también feroces sentimientos. La cogió brutalmente de la muñeca, espetándole, mientras ella gritaba:

—¡Odette!... ¿Qué has hecho de Odette?

La gitana se retorció para desasirse, pero sin dejar de reír espantosamente, y repitió:

—¡Odette! ¿Quién es Odette? ¿Quién ha visto a Odette? El señor busca a Odette.

Esta burla feroz, mucho más que las injurias, desencadenó la cólera de Juan, que empezó a sacudir a la gitana hasta hacerla un guiñapo. Entonces, babeando de rabia, ella exclamó:

—¡Pues bien, sí! Es cierto. Yo rapté a tu Odette. ¡Y no la volverás a ver jamás, jamás, jamás!

No respondió Juan a ninguno de estos espantosos *jamás* que le herían como otras tantas puñaladas, sino que golpeaba brutalmente a aquella mujer, a la cual tantas veces estrechó entre sus brazos y ahora quisiera ver muerta para no oírla. La gitana parecía recobrar a cada golpe alientos para atormentarle más, y así se entretenían en destrozarse ambos, cuando Juan vaciló, cayendo de rodillas, pareciéndole que una alimaña, un león, se abalanzaba sobre su dorso, porque al mismo tiempo que se hundía en la arena, sintió a sus espaldas una especie de rugido... Y Calixta permanecía callada, mientras Juan y Andrés, trabados como dos furias, parecían cumplir el juramento de morir ahogado uno de ellos entre los brazos del otro... De ataque en ataque fueron acercándose a la tersa superficie de agua titilante entre las altas

cañas... Ambos cuerpos rodaron allá, esperanzados uno y otro en hundir en el agua al enemigo.

Calixta, anhelante, les seguía, inclinado el cuerpo por la atención. Ya estaba Juan debajo. Calixta lanzó un grito, no se puede decir si de triunfo o de dolor al verle ya a punto de ser precipitado...

Pero cuando todo parecía que iba a terminar en trágico desenlace, la escena cambió de aspecto.

Un nuevo personaje saltó a la arena. Era Rouletabille... Lanzó agudo silbido y al punto surgió un tropel de gendarmes que se arrojaron sobre Andrés y Calixta y lograron prenderles...

Fue tal la sorpresa de los dos bohemios, que sin protesta se dejaron maniatar.

—¿Qué te parece? —dijo Rouletabille a Juan—, creo que era hora de presentarme, ¡hem!

—Tú llegas siempre a punto... —contestó Juan a Rouletabille abrazándole.

CAPITULO XVIII

EN EL CUAL EL SEÑOR CROUSILLAT DESCUBRE QUE LOS PERIODISTAS A
VECES «SIRVEN PARA ALGO»

EL señor Crousillat entró en Arlés a pie, sudando, jadeante, y en el estado de espíritu que puede suponerse; tras él iba triunfante su escribano el señor Bartholasse, que no perdonaba al jefe de ningún modo la paciencia que tenía con Rouletabille.

—Nada se gana halagando a esta ralea (que pronunció relea). Cuando se les da un dedo, cogen el brazo. Vea usted ese bufón que se ríe de nosotros. Empezó echando mano a un uniforme de gendarme... ¡Ya verá usted por dónde acaba!

Como se recordará, Rouletabille acabó por coger la bicicleta del señor juez.

—Voy a meterle en chirona —expuso el señor Crousillat.

—Usted dice eso —replicó el escribano—. ¡Ya sabrá él enredarle en sus tretas!

Cuando el señor Crousillat fue a entrar en el Juzgado, donde iba a buscar la sumaria para trabajar en su casa toda la tarde, pues este asunto le traía atareado día y noche, lo primero que vio delante de la portería fue su propia bicicleta. No daba crédito a sus ojos.

—¡La misma! —dijo Bartholasse.

—¿Quién trajo aquí mi bicicleta? —preguntó el juez.

—Ahora mismo la trajo el señor Rouletabille —contestó el portero—. Dijo que usted se la prestó, y me ha recomendado que tenga buen cuidado de ella. Me rogó también que dijera a usted que él vendría a dar a usted personalmente las gracias.

—Continúa la farsa —masculló el señor Bartholasse con mofa tal que sacaba al juez de sus casillas—. ¡Oh!, aún no hemos acabado.

El señor Crousillat, furioso, subió más que de prisa a su despacho: apenas el señor Bartholasse podía seguirle.

—¡Uf! —exclamó el escribano—: se está aquí mucho mejor que en el café.

—¿Dice usted eso por mí, señor Bartholasse?

—¡No por usted, señor Crousillat, sino por Rouletabille, que nos hace cada pasada!

En este momento, el ujier anunció al señor *Rouletabille*. Juez y escribano se sobresaltaron.

—¡Que pase! —exclamó en tono terrible el señor Crousillat.

—Es que el señor Rouletabille no viene solo.

En esto, irrumpió el señor Rouletabille.

—Sí, señor juez: *henos* aquí. Celebro mucho encontrarle aquí; como ya sé que ésta es su hora de comer...

—¡Basta de *zalamerías*! (El señor Crousillat cuando se enfadaba no sólo echaba mano a las palabras del señor Bartholasse, sino además las pronunciaba como él.) Voy a enseñarle a usted lo que cuesta burlarse de la justicia.

—Pero yo... —interrumpió Rouletabille poniendo cara de la mayor inocencia—. ¿Yo me he burlado de la justicia?

—¿De quién se ha burlado usted, pues, al coger en mis propias narices mi bicicleta?

—De la justicia no, seguramente, pues yo la cogí de prestado para servir precisamente a la justicia.

—¡Ea! ¿Qué le dije a usted? —exclamó el señor Bartholasse—. Ya le tiene usted aquí con sus tretas... Óigale, óigale usted.

—Sí, óigame —repuso acorde Rouletabille y acepte mis gracias, señor Bartholasse, pues es la primera vez que dice usted hoy algo razonable.

—¡Aguarde! Prefiero irme —repuso éste—, pues veo que voy a hacer un disparate.

—Dejemos que este hombre vaya a tomar su manzanilla —ordenó el repórter desentendiéndose del escribano—; pero usted, señor Crousillat, ¿usted recuerda lo que le prometí para la hora de su comida?... ¡La detención de los culpables! ¡No se desazone usted! ¡*El señor juez de instrucción queda servido!*

Y con un gran gesto, que le hubiera envidiado un jefe de servidumbre del gran siglo, enseñó al señor Crousillat el banquete que le había preparado; a

Andrés y a Calixta entre dos gendarmes, llenando la puerta que Rouletabille acababa de abrir.

Los dos bohemios, empujados por *Camiseta*, avanzaron.

Andrés iba cruzados los brazos y mirando con indiferencia despectiva a cuantos allí le rodeaban. Era un bravo mozo. Al franquear el dintel del despacho, espetó al rostro de Rouletabille esta frase: «*Quai te faqué, fan l'estoufer*» (hay que ahogar al que te engendró); luego pareció que no concedía importancia alguna a cuanto pasaba en torno suyo. Con las espaldas mal protegidas con un jirón de camisa que dejaba al descubierto su pecho casi desnudo, parecía hermoso como un dios de bronce. Calixta se sentó, sin que nadie la invitase, en la primera silla que estuvo a su alcance, y se miraba las uñas, que desde su salida de París habían perdido algo de lustre.

—Usted busca a los que han raptado a la señorita de Lavardens —expuso Rouletabille—; aquí los tiene usted.

—*Señor juez* —dijo a su vez *Camiseta*—, no lo desmienten; nos lo han confesado... ¡Miserables! Y aun se alaban. ¡Ah!, hay que *desir* también que ese mochacho, ése (y señalaba a Rouletabille) ha dirigido bien la *espedí sión*...

El señor Crousillat miró uno por uno a los detenidos, al repórter y a *Camiseta*. La emoción paralizaba su lengua. *Camiseta* insistió:

—Es una buena redada, ¿eh?

—Pero, cicatero —exclamó el señor Crousillat golpeando con su manaza la espalda de Rouletabille—, ¿por qué, si usted iba a dar este golpe, no me lo avisó? Ello hubiera sido mucho más sencillo que ro... que ro..., que llevarse de prestado la bicicleta... Yo le hubiera facilitado todos los gendarmes que le hubieran hecho falta...

—No, señor juez, no me los hubiera facilitado. Ya se habría dado buena maña mi querido Bartholasse para impedirselo a usted. Era mucho más sencillo tomárselos. Al llevarme la bicicleta de usted, contaba ya con ellos, pues habían de venir tras de mí adonde fuera.

El señor Crousillat no insistió. Volvióse hacia los detenidos y dijo:

—Entonces estos vagabundos son los autores. ¡De pie, la señorita!

Calixta se levantó dócilmente, sin aparente emoción.

—Saben ya ustedes dos de qué se les acusa: de haber asesinado al señor de Lavardens y raptado a su h... *señorita*. ¡Y dice usted, *Camiseta*, que lo han confesado! Escriba, secretario.

—No hemos asesinado a nadie —declaró fríamente Calixta.

—Ante todo —repuso el juez—, ¿qué son ustedes? ¿Qué ha de ser esta gentuza? Bohemios, claro está.

—El señor le puede contestar —dijo Calixta completamente tranquila, y señalando a Rouletabille—; él me conoce.

Rouletabille se adelantó hacia ella, le levantó la manga de la blusa y vio en su brazo ambarino el arete de oro que un día le enseñara...

—Sí, conozco a usted —dijo—; es usted la que lleva en el brazo el signo de la venganza. Quiso usted vengarse del señor de Santierne, y para ello raptó a su prometida.

—¡Ah, caramba! ¿Qué quiere decir todo esto? —exclamó el señor Crousillat—. ¿De modo que usted conocía a esta mujer?

—¡Oh! —repuso Calixta con extraña sonrisa—. El señor Rouletabille y yo somos antiguos amigos. Ha comido muchas veces en mi casa.

—Pero ¿en su casa se recibe y se come? —exclamó el juez paseando la mirada por los andrajos que cubrían a aquella singular beldad.

—La señora —dijo Rouletabille— tiene una excelente cocinera, y mora en lujosa casa de uno de los barrios más elegantes de París.

¿Cómo? ¿Esta mujer parisién?

—No; la señora es bohemia, pero merced a Juan de Santierne, que un día la libró de las brutalidades de este hombre, hoy su cómplice, se trocó en una de las más seductoras parisienses que se hayan conocido, y me guardo muy mucho de olvidar la hospitalidad que me otorgó ha pocos días en compañía de su amante, de su loro y de su osezno... y lamento que dejara la capital para vestir de nuevo estos despojos; pero, como dijo aquél, «la cabrita al monte» o «se vuelve siempre al primer amor». Por mí, que vuelva, pero que nos diga ahora qué ha hecho de la señorita de Lavardens.

—Eso, nunca exclamó Calixta en tono tan salvaje que todos los allí presentes sintieron calofríos de espanto.

—Señora —repuso Rouletabille—, usted olvida sin duda que se ha asesinado al señor de Lavardens.

—Nada tenemos que ver con ese asesinato.

—Tenga la bondad de explicarlo —dijo a su vez el señor Crousillat, que había oído el coloquio sin intentar interrumpirlo, pues le informaba de modo singular—. Se cometió el asesinato al mismo tiempo que el rapto.

—Y nadie podrá dudar —arguyó Rouletabille— de que ustedes mataron al señor de Lavardens porque éste acudió en socorro de su hija. ¡Y ustedes pretenden ser inocentes de tal crimen! Pues bien: sólo una persona puede comprobar esa inocencia, y esa persona es la señorita de Lavardens.

—Eso es claro como la luz del día —subrayó el señor Crousillat—. ¡Si ustedes no nos devuelven a la señorita de Lavardens, ello prueba que ustedes han asesinado a su padre!

—¿Lo entiendes, hombre, lo entiendes? —acabó diciendo Rouletabille y abalanzándose contra Andrés—. ¡O *la señorita Lavardens* o la muerte los dos!

Andrés continuó con los brazos cruzados. Miró a Rouletabille por encima del hombro, señaló a Calixta con el gesto y dijo:

—Si yo no pido otra cosa que morir con ella.

—Más codiciable sin duda es vivir con ella —replicó tentador Rouletabille.

Calixta lanzó fulgurante mirada al repórter y volvió a sentarse, declarando tranquilamente que ese intento de soborno para la declaración del asesinato no estaba mal urdido, pero que de nada servía: podían hacer de ellos lo que quisieran, que no lograrían saber más.

El señor Crousillat no existía al parecer sino como satélite de Rouletabille, al cual desde aquel momento y sin darse bien cuenta abandonó la dirección del sumario. Representaba este papel muy al natural el repórter, acostumbrado ya a hablar cuando la justicia nada tenía que decir.

—¡Calixta! —repuso Rouletabille con dulzura y amainando las amenazas—: no sé cómo inducir a usted a comprender mejor sus intereses. Nunca le he dado un mal consejo. Si me hubieran hecho caso usted y Juan, no estaríamos donde estamos unos y otros. Me hago cargo de su resentimiento y ya usted me pronosticó cualquier ruin venganza... Por mi parte, no creo que ustedes llegasen hasta el asesinato del señor Lavardens, pero éste es un hecho real, con el cual deben ustedes contar. Y les aseguro que no saldrán del atolladero sin previa devolución de esa joven que no conoce a ustedes y a la que tanto han hecho ya sufrir. ¿A qué obstinarse? *Aunque usted no diga una palabra, yo recuperaré a Odette*. Devuélvanosla en seguida.

—*Nadie tiene poder bastante para devolverles ahora a Odette*.

—Sé lo que quiere usted decir.

—No, usted no lo sabe.

—Para probar a usted que lo sé, ¿quiere que le diga lo que pasó en la cueva de la vieja Zina?

Calixta se estremeció sin poder remediarlo.

—¿Lo que usted hizo y lo que dijo?

—¡Ah!, sí; le desafío a que lo diga.

—Bueno —repuso Rouletabille—; secretario, escriba que la señorita Calixta conviene en que fue a la choza de la vieja Zina.

—Pero, señor —protestó el señor Bartholasse, irritado ya por la desenvoltura del repórter—, no estoy aquí para acatar sus órdenes...

—Mis órdenes, no; pero sí las del señor Crousillat, y el señor Crousillat le ordena que escriba...

—Secretario, escriba —repuso el señor Crousillat.

—¡Oh! ¡oh! —zumbó el señor Bartholasse.

—Si usted no quiere escribir, escribiré yo y la señora firmará —expuso Rouletabille.

El señor Bartholasse, humillado, caló la pluma en él tintero con movimiento tan brusco que a poco vuelca el tintero.

«Una vez llevada la señorita Odette de Lavardens —dictó el repórter— casi desvanecida al antro de una vieja hechicera cingara llamada Zina, me acerqué a ella... (Es la señora la que habla —explicó Rouletabille— y si en algo me equivoco, ya tendrá la bondad de advertírmelo.) Conmigo estaba allí mi cómplice Andrés.

»En cuanto la señorita de Lavardens nos vio se puso a temblar, pues le causaba espanto este hombre que la había raptado, llevado en sus brazos y en el cual reconoció al esquilador de perros que la víspera le habló junto a la verja del *Viei Caston-Nou*. Con un gesto ordené a Andrés que saliera y me quedé sola con la señorita de Lavardens.»

A medida que Rouletabille avanzaba en el relato, Calixta, que al principio se dio aire de escucharle con desprecio, iba ya mirándole con cara de espanto.

«A solas, pues, con la señorita de Lavardens —continuó diciendo el repórter—, pues para mí la vieja Zina no suponía nada, mucho menos que una criada, era más bien mi esclava.

»—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —me preguntó con voz desfallecida la señorita de Lavardens.

»Le contesté que podía llegar a ser su amiga y salvarla, sí *tenía a bien escucharme*. Agregué que corría los mayores peligros, que ciertas personas que no habían retrocedido ante nada para prenderla, no titubearían en deshacerse de ella por completo... si a ello les obligaba. Al principio no respondió a mi propuesta más que con gemidos: «¡Dios mío! voy a morir aquí», mientras sus ojos espantados recorrían la mirada por las paredes tachonadas por la vieja Zina de mochuelos y murciélagos. De la chimenea colgaba un búho y en el rincón se mecía sin cansancio un oseño. La convencí de que la librería de aquel infierno. Acabó por abandonar sus manos, urentes

de fiebre, entre las mías, pues para inspirarle confianza me valí de las palabras más halagüeñas. Temblorosa, me dijo:

»—*Esto es nada; pero la noche, las ratas que habrá aquí.*»

Calixta, cada vez más azorada, con brusco movimiento empujó hacia atrás la silla, alejándose de Rouletabille, y muy pálida, murmuró:

—¡Es la Beka! (Es el diablo).

—*Meria schaia* (hermana mía) —repuso en voz baja Andrés, y farfulló velozmente unas palabras cíngaras que al parecer reconfortaron a la bohemia; pero el repórter, dispuesto a no perder ventaja, reanudó autoritariamente su relato, imponiéndose al señor Bartholasse con un gesto decisivo.

'Pregunté a la señorita de Lavardens si tenía enemigos. Me contestó que no.

»—Pues bien: tiene usted una enemiga terrible; se llama Calixta...

»Apenas hube pronunciado este nombre, la señorita de Lavardens empezó a sollozar tapándose el rostro con las manos. Entonces me decidí a dar el golpe final:

»—Esa enemiga estaba decidida a matarla a usted —le dije—; pero logré disuadirla con la condición de que usted hará cuanto voy a decirle...

»La joven me miró con angustia a través del velo de sus lágrimas.

»—Va usted a escribir lo que yo le dicte.»

Tenía a prevención papel de escribir *comprado en Arlés*, y le puso sobre las rodillas una tablilla. ¿No es así? —preguntó Rouletabille mirando de hito a hito a Calixta.

—¡Brujo! —le espetó la detenida, retrocediendo aún más la silla.

—Secretario, escriba usted que la reo ha calificado de brujo a Rouletabille, lo cual equivale a una confesión.

Sobre la tabla, Zina colocó un sórdido tintero, llenado recientemente de tinta, y dicté lo siguiente a la señorita de Lavardens:

«*Juan, no te amo. Sé ya que Calixta es tu querida. He preferido huir a casarme contigo. Adiós, ya no me verás jamás.*»

¿No es éste el texto? —subrayó Rouletabille.

Calixta sólo envió como respuesta el frío resplandor de su mirada.

—Continúo, pues nada se me contradice. La señorita de Lavardens, que parecía hasta aquí medio muerta, e incapaz del menor esfuerzo, apenas oyó lo que de ella pretendía, se irguió de un salto, volcando el tintero, rompiendo la pluma e inundándome los pies de tinta.

—Enseñe usted los pies —exclamó el repórter—, enseñe los pies, señora. El pueblo andariego no se lava los pies todos los días, y si usted se trajo el

osezno, hubo de dejar su pedicuro en París. ¡No! ¡Usted se resiste a enseñar los pies! ¡Secretario, escriba!, escriba que la señora se resiste a enseñar los pies al citado Rouletabille, lo que equivale también a una confesión. Y sigo:

»La señorita de Lavardens, a raíz de su estallido, me declaró muy conmovida que jamás escribiría palabra que indujera al señor de Santierne a creer que ella no le quería... «*Antes me cortan la mano*», y le respondí textualmente, sacando un cuchillo: «*Pues bien, querida: te la cortaré.*» ¿Niega usted estas palabras? ¿Niega usted que sacó el cuchillo? No; pues las palabras fueron textualmente pronunciadas como yo las repito, y en cuanto al cuchillo, *aquí está*.

Y Rouletabille, arrojando el cuchillo con mango de asta sobre la mesa del juez, agregó:

—Lo compró usted el día 23 por la tarde en el establecimiento de Bonnafons, en Santas Marías.

—Lo compré para amedrentarla —susurró Calixta, jadeante como alimaña cercada y sin tiempo para darse cuenta de dónde y cómo se le ataca.

—¡Quizás! ¡Es posible que si ella firma, usted no la hubiera matado!

—¡La han matado, pues! —exclamó el juez, que parecía allí tan sólo un espectador que con angustia seguía las incidencias del drama evocado ante su presencia.

—*¡No!, pero quiso matarla.*

—Eso no es cierto.

—¿Dice usted que esto no es cierto? He aquí lo que pasó con todo detalle. Viendo la actitud decidida de la señorita de Lavardens, usted le dijo: «*Calixta soy yo. Tu novio es mi amante. Escoge: o no sales de aquí viva, o renuncias a Juan.*» Siguió a esto feroz escena, y, en efecto, del trance no hubiera salido con vida la señorita de Lavardens, si...

—¿Si? —preguntó el juez.

—Si en ese momento no hubiera ocurrido algo raro...

Al oír estas últimas palabras, Calixta reveló tal emoción que fue menester nada menos que una nueva intervención de Andrés para calmarla. Pues mientras Rouletabille, atento sin perder detalle a los menores gestos que entre sí cambiaban los bohemios, urdía su relato, la joven tenía clavados los ojos en la faz diabólica del gitano.

—Sí... algo raro, ciertamente —contó el repórter—. Podía ya darse por muerta a Odette, si un ser insignificante, un viejo trasto, en quien nadie reparaba más que para echarlo a puntapiés, o a un rincón, en el cual casi siempre vivía agazapado, en una palabra, la vieja Zina, no se interpone entre

Calixta y la joven. Andrés acababa de reaparecer en escena dispuesto a ayudar a su cómplice en la horrible venganza... Ahora bien: ni uno ni otro insistieron *ante un gesto do Zina y ciertas palabras* que la vieja pronunció muy bajo, muy bajo, tan bajo —agregó Rouletabille—, que sólo pudieron oírlas Calixta, Andrés y... Rouletabille.

Calixta y Andrés palidecieron ahora horribilmente.

—Mientes —dijo aquélla—; estabas muy lejos para poder oír esas palabras; de haberlas podido oír, hubieras salvado a tu *Odette*.

—Zina, que es bruja —le replicó el periodista—, te dirá que un hechicero puede oír cosas dichas en el extremo del mundo y hasta... en el otro mundo. Sé tan bien lo que la vieja Zina dijo, que lo que os llena de terror es que yo repita esas palabras... *porque, podría creerse que me las habíais transmitido vosotros, y eso no os lo perdonaría ningún cingaro de la tierra.*

»¡Ah!, bajáis la cabeza. Pues bien, tranquilizaos: no repetiré las palabras que se pronunciaron en el antro de la vieja Zina, y comprendo cuán difícil es ahora vuestra posición en el caso de querer devolvemos a *Odette*...; así, pues, os propongo un arreglo. Dadme un indicio provechoso, y cargo con todo... *caiga todo peligro sobre mí*; de vosotros sólo se sabrá que os habéis negado a hablar, *hasta para salvarla cabeza*; yo solo seré el que haya salvado a *Odette* y de rechazo a vosotros, si realmente no sois culpables del asesinato del señor de Lavardens.

La dialéctica de Rouletabille, y al mismo tiempo el sentido recóndito de estas palabras, conturbaron de nuevo profundamente a Calixta; pero Andrés la miró de cierto modo, y al punto espetó la gitana estas palabras con maligna sonrisa:

—Ya que eres brujo, sabrás muy bien hallar a *Odette*, prescindiendo de nosotros.

—Indudablemente —exclamó Rouletabille desesperado al ver la inutilidad de sus esfuerzos—; pero con una sola palabra tuya, hija del diablo, he querido ganar tiempo en favor de ella y en favor tuyo. *¡Bien sabes qué preciosos son los minutos!*

—Los pierdes aquí —replicó fríamente Calixta.

Rouletabille se levantó.

—Señor juez, ordene usted que los bajen al calabozo; nada nos queda por hacer hoy con ellos.

El juez tenía mucha prisa de hallarse a solas con el repórter para hacerle varias preguntas que no fueron inmediatamente contestadas. Con un gesto ordenó a *Camiseta* que se llevase a los detenidos.

—Guárdelos bien —le espetó Rouletabille.

Camiseta sonrió, retorciéndose el mostacho.

A sus ojos no había, evidentemente, cosa más chusca que se le pudiesen escapar los detenidos. Sin embargo, tomó sus precauciones, para que a todo evento nada tuviera que reprocharse.

Cerrada la puerta, el juez volvióse hacia Rouletabille, diciéndole:

—¿Qué fue lo que la vieja Zina le dijo?

—¡Ah!, señor juez, este secreto no me pertenece.

—¿Cómo? ¿No quiere usted decírmelo?

—Ni a usted ni a nadie.

—Respete usted los secretos de esos bandidos.

—Esto no es secreto de Andrés, ni Calixta, ni aun de la vieja Zina —respondió pensativo el repórter.

—¿De quién, pues? ¿Puede saberse, señor?

—Sí, señor juez; el secreto es del muerto.

—¡El secreto del señor de Lavardens! ¿Entonces el secreto murió con él?

—No, señor; no murió, sino que procede de ahí.

—¿Todo el mal?

—Todo el bien, señor, todo el bien. Recuerde usted que si Zina no habla, matan a la señorita de Lavardens.

—La hubieran asesinado como asesinaron al padre.

—No; no asesinaron al padre.

—Han raptado a la hija; pero no asesinaron al padre. ¡Dios mío, habrá que creerlo, puesto que usted lo dice!

—Esto parece afligirle a usted —dijo sonriente Rouletabille.

—Lo que me aflige —respondió el señor Crousillat con harta razón— es que se pavonee usted de saberlo todo y nada me diga. Pues bien: por lo que a mí toca, voy a ser menos reservado y misterioso que usted: por lo pronto, si no es Andrés el asesino del señor Lavardens, hemos de volver sobre Hubert, y ya en este punto tiene alguna importancia lo que voy a decirle... Hubert solía tener, al parecer, sobre la mesa de su despacho una especie de cuchillo en forma de puñal, muy afilado, cuchillo que no parece por ninguna parte...

—Porque usted lo busca mal, señor juez. Se lo vuelvo a repetir, señor juez; no es Hubert el asesino.

—En fin... si no es el uno ni el otro, ¿me quiere usted decir quién lo es?

—Lo sabrá usted mañana por la mañana... Vaya usted al *Cabanon*, ordene que lleven allí a Hubert y cite usted a los médicos forenses.

—Y usted me promete...

—Revelarle el nombre del asesino del señor Lavardens.

CAPITULO XIX

EL ASESINO

AL día siguiente, por la mañana, conforme a los deseos del señor Rouletabille, el Juzgado acudió al *Cabanon* con Hubert. Mientras se aguardó al repórter, sometió el señor Crousillat al presunto reo a un nuevo y minucioso interrogatorio. Tuvo la satisfacción de ver palidecer a Hubert en cuanto le mencionó el cuchillo de forma de puñal; pero en cuanto supo éste que el arma no parecía por ninguna parte, quedó tranquilo. Su cambio de actitud fue de tal modo visible, que el juez se mordió los labios y lamentó no haber dicho antes al presunto culpable que no se había hallado el arma del crimen. «Acabo de hacer una gran tontería, que seguramente no hubiera cometido Rouletabille», se dijo. En todo caso, sintió que el repórter no hubiera llegado y asistido a las primeras fluctuaciones de Hubert.

Por fin se le avisó que Rouletabille había llegado con los forenses, y le esperaba en el parque del *Viei-Caston-Nou*, y en el mismo sitio donde se halló el cadáver del señor de Lavardens.

El señor Crousillat, seguido de lejos por el señor Bartholasse, que iba sin cesar refunfuñando contra las exigencias de Rouletabille y las complacencias del juez, acudió más que de prisa. Al fondo podía verse a los gendarmes, que traían a Hubert.

—Bueno, pues —preguntó el señor Crousillat apenas atisbó de lejos al periodista...

—Pues bien: estos señores exponen en su informe...

—No se trata del informe de estos señores, que nada nuevo nos pueden aportar. Su informe no puede evitar que el señor Lavardens haya sido asesinado...

—¡Perdón, señor juez! Estos señores deducen que el señor de Lavardens murió de un ataque cardíaco...

—¡De un ataque cardíaco!... señores... —exclamó el juez paseando la mirada por estos señores y Rouletabille—; pero ¿cómo explican ustedes la herida en las sienes?...

—Esa herida no deshace —respondió uno de los médicos— que el señor Lavardens muriera de un ataque cardíaco...

—Sí, comprendo —repuso el señor Crousillat, que hacía enormes esfuerzos intelectuales para conciliar la idea del asesinato con las conclusiones de los médicos—. Sí, comprendo. El raptor de la señorita Odette atacó e hirió al señor de Lavardens. La emoción mató a éste, y el asesino transportó el cadáver aquí.

Y encarándose con Hubert, agregó:

—El asesino debió de tener sus motivos para no dejar el cuerpo del señor de Lavardens en la finca del señor Hubert.

—No, señor juez, no acierta usted —expuso Rouletabille—; y voy a decirle cómo ocurrió la cosa.

Rouletabille estaba con la cabeza descubierta, y habló como transportado por la inspiración. Su palabra precisa y segura, sin un titubeo, no delataba la improvisación del relato, sino que *vela* lo que iba diciendo. Todo el drama se desarrollaba ante él, como si lo hubiera presenciado.

—Cuando el inculpado —empezó diciendo— arrojó de su casa al señor de Lavardens después de la escena brutal que nos contó, el señor de Lavardens fue a chocar contra la balaustrada de la gradería exterior de la casa del señor Hubert, la bajó y dio unos pasos.

Ya debió de sentirse indispuerto, pues se paró, apoyándose en el muro antes de entrar en su casa por el postigo.

En fin, recogiendo sus fuerzas, echó a andar hacia el *Viei-Caston-Nou*. No quiso llamar. Sólo le preocupaba, al parecer, evitar todo escándalo. Sin embargo, al atravesar su parque, recordó que se había olvidado de cerrar el postigo, en cuya cerradura dejó puesta la llave. A pesar de que se sentía desfallecer, tuvo el valor de volver sobre sus pasos (Rouletabille con el gesto fue indicando el camino que recorrió el señor de Lavardens)...

Próximo ya a ese árbol, su corazón se paró, y el señor de Lavardens cayó desplomado, y entonces... intervino el asesino...

Le dije a usted, señor juez, *que el asesino era delgado como un clavo*. Aquí lo tiene usted.

Y Rouletabille, quitando su gorra de un clavo incrustado en el árbol, y del cual la había colgado, mostró al culpable.

—El señor Lavardens, al caer, dio contra el clavo, que le desgarró brutalmente la sien. ¡Así fue asesinado el señor de Lavardens!

Ya estaban el señor Crousillat y los forenses al pie del árbol, examinando «el arma del crimen». Rouletabille, al mismo tiempo, les fue mostrando vestigios de sangre en el tronco contiguos al clavo:

—Un atento examen les hará ver qué herrumbre cubre el clavo.

Se llamó al tío Javán, que a la sazón pasaba por allí, atisbándolo todo por el rabillo del ojo; le pidieron los alicates, y la indagación se enriqueció con la mejor pieza de convicción. Ya no era posible dudar desde este momento (y los forenses proclamaban en alta voz su parecer) que el suceso ocurrió tal y como acababa de contarle Rouletabille.

—Pues bien —exclamó el señor Bartholasse—; nos ha tomado el pelo.

—¿Quién? —preguntó el señor Crousillat enjugándose la frente.

—Pues ¿quién ha de ser? Su Rouletabille —contestó el escribano—. *Si sabía que el clavo era el culpable, ¿por qué no nos lo dijo antes?*

—Exacto —expuso acorde el señor Crousillat encarándose con el repórter—. No merece usted perdón. Y era ocioso detener a este señor (agregó señalando a Hubert) si usted sabía que era inocente.

—Preste usted servicios a la justicia —replicó riéndose Rouletabille—, y verá cómo se lo pagan. Pero, mi querido señor Crousillat, usted olvida una cosa: usted olvida que mientras el señor de Lavardens estaba en casa del señor Hubert, se verificaba el rapto de la señorita Odette y quise saber si Hubert, inocente del asesinato del señor Lavardens, era o no cómplice del rapto de su hija. Convenía que sobre todos los que pudieran decir algo sobre el rapto de la señorita Odette pesase la amenaza de la inculpación del *asesinato* del señor de Lavardens, no sólo sobre Hubert, sino sobre los bohemios, sobre Andrés, sobre Calixta y hasta... sobre el tío Javán, aquí presente, y del cual supuse que sabía más cosas que larga es su nariz, que no se queda corta...

Hubert, que había presenciado sin abrir la boca esta escena, interrumpió la risa que le desencadenaron las últimas palabras de Rouletabille.

—Y ahora, señores, ¿qué van ustedes a hacer de mí?

—Pero, *mi querido señor Hubert* —dijo el repórter—, se le va a poner en libertad...

El escribano dio un brinco:

—Ya es el colmo.

El señor Crousillat lanzó sobre el señor Bartholasse severa mirada:

—¿Qué quiere usted que hagamos ahora, señor Bartholasse? Creo que, a pesar de ser periodista, el renombrado Rouletabille acaba de exponer una solución que me parece bastante justa.

—En todo caso —replicó el escribano ya fuera de sí—, que se ponga o no en libertad al acusado, no le compete. Y si usted, señor juez, me honrase pidiendo mi parecer, de rondón le diría que no soltaría al señor de Lauriac sin que antes apareciera su cuchillo apuñalado.

—Si sólo eso falta para dejar satisfecho a usted, le voy a decir dónde está ese cuchillo.

Hubert no se quedó rezagado al seguir a Rouletabille, que con un gesto arrastró tras sí a aquel tropel hacia *Loa Cabanon*. Aquel apresuramiento no pasó inadvertido para el periodista. Cuando el grupo quedó reunido en el despacho en que se desarrolló la escena inicial de este drama, Rouletabille expuso al juez:

—Vea usted el inconveniente, señor Crousillat, de no dejarse guiar siempre y en todo por el *buen sentido*. ¿Qué hizo usted? Partiendo de la idea preconcebida del asesinato, usted buscó este cuchillo por todos los sitios a los que pudo el señor Lauriac arrojarlo una vez cometido el crimen, y sus pesquisas resultaron infructuosas. Por el contrario, si usted se hubiera dejado conducir por el *buen sentido*, éste le hubiera al punto llevado al sitio donde normalmente suele estar el cuchillo. Porque a la postre, ¿cuál es la función *normal* de un cortapapeles? Pues... cortar papel, descasar páginas... Y ¿cuál es normalmente su sitio? De no hallarse sobre la mesa del despacho, ha de estar entre las páginas de un libro. Señor Bartholasse, queda usted satisfecho... Aquí tiene usted el terrible cortapapeles.

Y Rouletabille, abriendo un enorme libro, la joya de la biblioteca de Hubert a pesar del saqueo sufrido, desprendió de sus páginas aquel objeto tan buscado.

—Como ve usted —dijo al juez alargándole el cuchillo—, no tiene manchas de sangre... *ni de sangre ni de tinta*. Vaya, vaya usted, señor juez; firme la libertad del señor de Lauriac. ¡El señor Hubert es inocente! Por lo demás, no le puede usted achacar nada. ¡Prolongar su detención sería un acto completamente arbitrario!

No tuvo necesidad de insistir el repórter. Minutos después Hubert recuperaba la libertad.

—Ha tenido usted la suerte de que encontrase el cortapapeles, señor de Lauriac —le dijo Rouletabille—. Ha de convenir usted en que le he conseguido realmente no poco *alivio*. Porque a la postre, si usted hubiera

sabido dónde estaba, lo hubiera enseñado, ya que no se utilizó. Pero *¿está usted seguro de que no se utilizó?*

Hubert le lanzó terrible mirada.

—Señor —le dijo con voz apagada—, le debo, es cierto, mi libertad; pero permítame que no se lo agradezca, pues a usted debí también mi detención. Es todo lo que tengo que decirle por hoy; no dude que más delante nos veremos.

—Hasta luego —le espetó Rouletabille.

Pero ya el otro iba lejos.

CAPITULO XX

CONTINÚA HABLANDO EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

DICE el cuaderno de Rouletabille con fecha de hoy: Encontré a Juan, que acababa de enterarse de que puse en libertad a Hubert. No esperaba que me felicitase; pero, la verdad, no me ha reñido.

—Te preocupas de ese animal y entretanto ni siquiera te preguntas qué es de Odette.

—A propósito de Odette —le dije—, ¿sabes con certeza que no tenía señal alguna en la espalda?

Ante esta pregunta reveló el mismo asombro que Estefanía, y como *no puedo* explicarle ahora por qué se lo pregunto, me recrimina con nueva amargura mi manera de proceder desde mi llegada a Camargue. Extrañas sospechas le suben al cerebro.

—¿No quieres, pues, que se la encuentre? —exclamó.

Me dejé de tal modo azorado esta «salida», que no supe de pronto qué responderle. Decididamente va a ser muy difícil continuar trabajando con este joven. Pasa el tiempo abrazándome o maldiciéndome, y así se adelanta poco. Le suplico que precise su pensamiento y ya de una vez me diga qué abriga en su corazón; pero él se zafa, diciendo:

—Puesto que sabes con entera certeza que ha sido raptada por los bohemios, ¿por qué no das sus señas a la policía? Me explico que no te acojas a este tonto de Crousillat; pero en Francia no falta gente que pueda ayudarnos en la empresa de encontrarla.

—Cierto —le digo—: la aduana.

—¿La aduana?

—Sí, hombre, sí; la aduana. Sé con entera seguridad que los bohemios lo intentarán todo para que Odette salve la frontera.

—¿Entonces?

—Pues como amigo íntimo de un elevado funcionario de la Administración Central, le he suplicado que por teléfono comunique órdenes al efecto, recomendándole que se lleven a cabo estas órdenes con la mayor discreción, a fin de que en lo posible los bohemios no recelen...

—Por primera vez me tranquilizas un poco, Rouletabille.

—De modo que ha cuatro días se detiene en la frontera todas las carretas que intentan pasar...

—¿Y nada se ha hallado?

—Ni se hallará.

—¡Ah! Ya, ya te reconozco... Pero, cabeza a pájaros, entonces, ¿por qué has obligado a dar esas órdenes?

—Para satisfacer tu capricho; para poder responderte algo siempre que me acuses de que nada hago por hallar a Odette... y para que nada puedan reprocharme los imbéciles.

—Gracias —contestó Juan.

—No hay de qué; ahora es menester que comprendas que no se halla a Odette precisamente, y la razón es bien sencilla: porque los bohemios *no la ocultan*. Si no han leído a Edgard Poé, por lo menos son tan agudos como el autor de la *Carta robada*, —de la carta buscada por todas partes cuando estaba ante los ojos de todos. Con unos cuantos oropeles, unas medallas en la frente y unos enormes aretes en las orejas, Odette tendrá todo el aspecto de verdadera gitana sin despertar el recelo de nadie.

—Pero, en fin... le bastará gritar... hacer un gesto...

—Ni gritará ni se moverá; *dormirá* o por lo menos dormitará o soñará... quizás en ti, Juan, pues has de saber que estas gentes disponen de todos los maleficios que adormecen la voluntad, de todos los bálsamos que calman el dolor. Empleados de la aduana y gendarmes no verán a Odette en Lavardens, verán una gitana que quizás les sonría.

—Pero esto es más espantoso que todo lo que me has dicho hasta ahora... ¡Ya no veré, pues, más a Odette!

—Sí, ¡la volverás a ver! Pero es menester, Juan, que me dejes obrar.

En las primeras horas de la tarde de este mismo día, Juan no se había aún despegado de Rouletabille, pues vemos a los dos amigos en Arlés a la zaga de los pasos de Hubert, pasos que fueron espiando desde que Hubert salió de la cárcel. Este, primero, se entrevistó con *Lou Rousso Fiamo*, que ya le estaba esperando y con el cual charló largo rato en un figón cerca del foro. Rouletabille pudo oír las últimas palabras que Hubert dirigió a su antiguo

mayoral antes de despedirse: «Cuento contigo», y a las que contestó el criado con un gesto de conformidad absoluta. Luego aquél recorrió no pocos puestos de periódicos, atiborrándose de los principales números aparecidos desde su arresto.

Con este lastre tomó inmediatamente el camino de Lavardens, y llegado a *Lou Cabanon*, saltó la cerca con las prisas de entrar en su casa y corrió a encerrarse en su despacho.

Ya Rouletabille no le seguía.

—Ven —expuso Juan—; no hay que distraer a este mozo de la lectura de la prensa.

—Realmente —dijo Juan— tienen para él interés muy inmediato.

—Y excelente señal...

—¿Por qué excelente señal?

Cáspita; desde el momento que arde en deseos de saber *qué ha sido de Odette* mientras él estuvo encarcelado, cabe suponer que lo ignora... y si lo ignora se puede aventurar que no ha sido cómplice.

—Es raro cómo te inclinas a defender la inocencia de ese modo —expuso Juan.

—¡Oh! ¡No corras! Ya te diré definitivamente esta tarde lo que de él pienso...

Con esta plática llegaron a una pequeña cervecería a dos pasos de la estación de Arlés Trinquet. Rouletabille invitó a Juan a entrar. Sacó del bolsillo la petaca y dijo:

—Y ahora podemos fumar tranquilamente.

—¿Pero qué vamos a esperar aquí?

—Noticias de Hubert.

Dos horas después seguían esperando... Rouletabille, fumada por tercera vez la pipa, quedó dormido apaciblemente. Juan salió a la calle tres veces y tres veces volvió. Estaba colmado de impaciencia y desesperación. Por fin surgió una silueta entre el polvo de la carretera. Rouletabille abrió inmediatamente los ojos como si el instinto le advirtiera que ya estaba allí lo que esperaba.

Tenía delante al tío Javán.

El repórter con un gesto le dijo que podía hablar ante la presencia de Juan.

—Pues bien —dijo el tío Javán—, se fue.

—Cuéntamelo detalladamente.

—No es muy largo de contar. No estuvo en su casa más allá de dos horas. Salió el criado y a poco volvió con un auto pequeño y entró a avisarle; vi

entonces que nuestro hombre apareció con un saco, en que puso sin duda algunos efectos, saltó al auto y se largó a todo correr.

—¿No indagaste nada del criado?

—Sí, vaya qué supe. Si en ocho días no volvía nuestro hombre, tenían orden de cerrar la casa y darle la llave a *Lou Rouusso Fiamo*.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Rouletabille sacó de la cartera un billete y se lo dio a tío Javán, que, deshaciéndose en carantoñas, se marchó.

—Bien adiestrada tienes a tu policía —dijo Juan—; pero ¿dónde vas a ir con Hubert? Seguramente va ya siguiendo la pista de Odette; ¿vamos a consentir que la alcance antes que nosotros?

Al decir esto, no se daba punto de reposo y, como de costumbre, la impasibilidad de Rouletabille le exasperaba hasta el delirio. El periodista encendió la pipa:

—Dices que seguramente va ya tras las huellas de Odette; pero yo no estoy tan seguro de ello. Ya hablaremos de nuevo esta tarde... Mientras... entremos...

—¿En dónde?

—En *Viei-Caston-Nou*. Dejemos ya por ahora de molestar a Hubert; si nos creyera tan cerca, de seguro no se va.

—¿Por qué?

—Por el temor de que le siguiéramos.

—Entonces ¿le crees cómplice?

—Te digo que no sé nada.

Aquella noche, a la hora de la cena, Rouletabille entró en la finca de Hubert por el camino que tan bien conocía. Vana esperanza fue que los criados abandonasen *Lou Cabanon*, antes bien, aprovechándose de la ausencia del dueño y sin duda para festejar su libertad, estaban dando un banquete de gala a la chusma de criados de los alrededores: «Cuando el gato anda lejos, danzan los ratones.» Rouletabille, aunque no lo creyera Juan de Santierne, tenía prisa, mucha prisa... de saber lo que le importaba saber. A pesar del bullicio de la fiesta que le trascendía de la cocina, se arriesgó y tuvo la fortuna de verse en el despacho de Hubert sin haber distraído de su francachela a aquella turba de criados.

Cerca del despacho de Hubert vio un diario, entre otros muchos, tirado por el suelo y muy sobado. Rouletabille lo recogió. Rebosaban sus páginas

relatos del drama de Lavardens, y leyó en una de ellas las siguientes líneas con que terminaba un despacho expedido desde Arlés por un corresponsal:

«Los dos susodichos bohemios no titubearon en confesar que eran los autores del rapto de la señorita Odette de Lavardens, pero se negaron con energía a indicar el punto en que continúa secuestrada la infeliz joven. Calixta declaró que así se ha vengado de la traición, como ella lo llama, de su amante señor J. de S.»

Rouletabille tiró el diario, fue veloz al escritorio, remiró la estantería y vio que el *Libro de los Antepasados* había desaparecido.

Lanzó un profundo suspiro, intensa alegría encendió al parecer toda su persona; y sin precaución alguna abandonó aquella casa, de tal modo, que todos advirtieron su salida y los criados echaron a correr tras él con escandalosa gritería.

Como les llevaba ventaja, saltó el muro, pero esta vez con mala fortuna, pues le atrapó una zarpa:

—¿Adonde diablo corre usted?

Era el corpulento señor Crousillat, que, descansando de sus tareas excepcionales, estaba pescando con caña.

—En persecución de Hubert.

—¿Así, pues, es culpable?

—No; ¡pero lo será!

Y de un brinco reanudó la carrera, llegó por un atajo al *Viei-Caston-Nou* y al topar con Juan le dijo:

—Querido, no sólo Hubert no es culpable, como tenía por seguro; pero ni siquiera cómplice, como yo recelaba. ¡Ah! esto simplifica mucho nuestra tarea... Afortunadamente, *el libro ha hablado*.

—¿Qué libro?

—¡Ah! sí, que tú no lo sabes. Pero ahora sería muy largo referírtelo. Te lo contaré más tarde.

—Y ahora ¿dónde vas con tales prisas?

—A reflexionar.

CAPITULO XXI

JUAN CONTRA «EL PULPO»

EL juez señor Crousillat y el secretario señor Bartholasse se personaron aquella tarde (la tarde siguiente a la liberación de Hubert) en la cárcel, en que provisionalmente estaban detenidos los bohemios, y a los cuales se les sometió en las primeras horas a nuevo interrogatorio, esta vez totalmente infructuoso, pues se negaron a responder hasta a las preguntas más insignificantes. El señor Crousillat pidió una entrevista al director de la cárcel.

Echaba lumbre; la prensa le trataba mal. Los diarios de la mañana se befaban de su persona. Todo el mundo reía a expensas suyas por la historia del clavo asesino, presentada como un nuevo triunfo de Rouletabille. No podía salir honrosamente de este maldito negocio sin desquitarse con Odette, esto es, sin descubrir cuanto antes el paradero de la señorita de Lavardens. Al enfrentarse con el director de la cárcel, excelente sujeto en toda la acepción de la palabra, pero administrador severo, pendiente siempre de la letra del reglamento, no le fue muy costoso lograr que le atendiera. Ya que los detenidos no querían decir palabra en el despacho del juez, era menester hacerles hablar en el calabozo.

—¿Se refiere usted a un espía? —sugirió el director señor Mathieu—. No veo en ello inconveniente. Pero ¿de quién echamos mano?

—¿Cómo? ¿No tiene usted entre los detenidos a algún muchacho inteligente?...

—No me he preocupado de eso —respondió el director—; eso no está en el reglamento, y cuando en ciertos asuntos la policía ha tenido necesidad de utilizar un *chota*, me lo ha traído a prevención... Diríjase usted a la Dirección de Seguridad... aquí ha enviado agentes...

—Que no están aquí —replicó suspirando el señor Crousillat—. Están dedicados a la busca de la señorita de Lavardens por todos los caminos, corriendo a la husma de todas las carretas, y quién sabe si la descubrirán antes que yo... ¡Ah!, estamos perdiendo el tiempo...

—Mientras que Rouletabille se ríe de nosotros —acabó diciendo el avinagrado señor Bartholasse.

—A propósito de Rouletabille —dijo el señor Mathieu—, ha venido verme.

—No se fíe usted —exclamó el secretario—. ¿Qué le trajo por aquí?

—Visitar la Cárcel...; me dijo que para escribir un artículo y... coleccionarlo. Parece ser que ha visitado y descripto todas las cárceles de Francia.

—¡Y se lo ha consentido usted!

—No, señor; para mí sólo existe el reglamento, y la visita del citado Rouletabille no era reglamentaria; no tiene título alguno para visitar *mi* Cárcel.

—¡Ah!, esto sí que le molesta —repuso el señor Bartholasse—. Seguramente no le habrá contado cómo visitó la Cárcel de Moulins durante el proceso del marqués de...

—No, por Dios. Me saludó muy cortés, y ya no le he vuelto a ver.

—Pues se lo voy a contar a usted. Me hallaba entonces en Moulins y él asunto fue muy ruidoso. Usted recordará, sin duda, tan famoso proceso. Se acusó al marqués de haber arrojado a su yerno desde el acantilado al paseo de una alameda. Andaba el asunto complicado con la historia sorprendente del preceptor con la marquesa. En una palabra, los diarios de ambos mundos enviaron allí a tantos redactores, que llenaron las fondas de la ciudad con gran antelación al comienzo de la vista. En esta época, Rouletabille, casi un niño, rompió sus primeras cañas. Pues bien: su primer hecho de armas fue un golpe magistral, que motivó el cambio de prefecto, que costó el empleo al director de la Cárcel y a no sé cuántos empleados de la administración penitenciaria...

—¡Diablo! —exclamó el director.

—Así fue. Quería a todo trance ver al marqués e interviewarle. La antevíspera del proceso, Rouletabille se presentó en la secretaria de la Cárcel con un permiso timbrado de la prefectura, por el cual se autorizaba al *antropólogo señor Arnault la visita a las cárceles de l'Allier*.

»Huelga decir que se arregló, se caracterizó y se dio aspecto de honorable anciano a punto de ver en él el director de la Cárcel a un sabio tan recomendable como recomendado. Hizo que lo viera todo... las celdas, los

patios, la capilla; hasta le invitó a probar la sopa, y bastó que el señor Arnault dijera una palabra para que al punto se le franqueara la celda del marqués... ¡Un momento!, y el marqués sólo le dijo tres palabras... Al día siguiente Rouletabille escribió con sólo estas tres palabras un artículo de tres columnas...

En aquel instante un celador llamó a la puerta del despacho del señor Mathieu, y al presentarse avisó que en secretaría esperaba una persona *que se decía antropólogo y pretendía estar autorizada para visitar las cárceles de las Bocas del Ródano*.

El señor Mathieu, el señor Crousillat y el señor Bartholasse se miraron con asombro.

—Tráigame usted aquí a esa persona —dijo el director en tono de mando y con la voz ligeramente alterada.

En los pocos minutos subsiguientes no cambiaron palabra los tres personajes. Esperaban de un momento a otro ver la aparición de Rouletabille disfrazado de sabio. Pero vieron llegar a una mujer.

Una mujer vestida con gran sencillez y perfecta elegancia, de modales distinguidos, y que, sin ser hermosa, tenía en la fisonomía algo raro y seductor, difícil de definir. En cuanto cerró la puerta empezó a hablar, delatando su origen eslavo, sin duda, por el canto de su voz y el desarrollo agradablemente infantil de la frase, por lo demás perfectamente correcta...

Los tres señores se levantaron y la señora presentó al director un pliego oficial, disculpándose de distraerle a hora tan intempestiva, pero tenía que cumplir con una misión urgente.

—Pero ¿tales urgencias gasta la antropología? —preguntó el señor Mathieu, poniéndose muy en guardia.

—Por Dios, señor director, en verdad, las tiene a veces. Pero me encuentro un poco cohibida, se lo aseguro, un poco atemorizada...; prefiero exponerle todo mi pensamiento, es lo mejor de seguro..., y estos señores me perdonarán..., pero quisiera hablar a solas con usted...

—Puede usted hablar delante de estos señores, que son buenos amigos míos, y para los cuales no tengo ningún secreto; permítame, señora, que se los presente: el juez de instrucción, señor Crousillat, y su escribano, señor Bartholasse...

Luego, volviéndose hacia estos señores, y designando a la visitante:

—La señora de Meyrens.

El director acababa de leer este nombre en el volante del prefecto, que servía a la vez de recomendación a la distinguida antropóloga.

El rostro de la señora de Meyrens reveló la más viva satisfacción.

—¡Señor juez de instrucción! ¡Señor escribano! ¡Ah!, entonces... pueblo hablar..., *estamos en familia*. He aquí lo que le iba a decir, señor director...; pero... entiéndase bien... ¿estamos?... le confío un secreto de Estado en pura verdad —agregó con seductora sonrisa—. Pues bien... (y miró hacia la puerta como si quisiera cerciorarse de que no se podría sorprender sus palabras), pues bien: no soy en rigor una antropóloga..., y si le traigo este volante oficial, señor director, es, sencillamente, para ponerle a usted a cubierto, como dicen ustedes en la administración, y para que no padezca el reglamento... He aquí, señor director, lo que soy.

Y sacó del seno un sobre que alargó al señor Mathieu.

Este sacó del sobre importantes documentos, entre ellos un pasaporte con la fotografía de la señora de Meyrens, y otros que llevaban la cabecera del servicio de la Seguridad general. Mezclada con ellos iba una carta reciente del director de Seguridad que, al parecer, causó en él gran efecto. Presentó esta carta al señor Crousillat, diciéndole:

—Ea, señor juez; usted, que va buscando un *choto*... *ya* lo tiene usted.

—Esta vez será *chota* —repuso la señora de Meyrens—. No, no se dice así... ¿Cómo se llama a la hembra del carnero? ¡Ah!, sí... oveja... ovejita... seré su ovejita.

Resultaba de los documentos auténticos que estos señores tenían en las manos que los jefes de policía de París enviaban a uno de los más perspicaces agentes, a la señora de Meyrens, a Arlés, para «cocinar» a los dos bohemios y tratar de arrancarles alguna palabra que les orientara en las pesquisas de la policía, completamente descarriada y sin rumbo en cuanto al paradero de la señora de Lavardens. Sabemos que las Aduanas de la frontera, puestas en constante ajeteo por Rouletabille, no lograron por su parte más éxito que la policía.

Un cuarto de hora después, se le franqueó a la señora de Meyrens la entrada en la celda de Calixta.

La gitana a duras penas pudo disimular el azoramiento que le produjo ver en la compañera de cárcel recién llegada a *El Pulpo*...

—Vengo a salvarla —le dijo la señora de Meyrens en cuanto quedaron solas.

Y dejó caer de debajo de su ropa una blusa, un mandil de albañil manchado de yeso y una gorra...

Cuando entró *El Pulpo*, Calixta estaba acurrucada en un rincón, apoyados los codos en las rodillas, cubiertas por jirones de su zagalejo; su larga faz

salvaje, velada por la celosía de sus manos abrasadas, y toda ella proprofundamente deprimida. No creyera que era la misma mujer quien habiéndola visto en el despacho del juez hacer frente a Rouletabille y alardeando de indomable fiereza, ahora la viera sola en el calabozo, acabada la comedia para sí y para los demás.

Ella quiso vengarse y se vengó; pero no por ello quedaba todo menos perdido para ella. ¿Su amor por Juan? Sí, indudablemente; pues ella creía que le amaba, pero si hubiera podido analizar sinceramente los sentimientos que le impulsaron a obrar, hubiera hallado en ellos más orgullo herido que amor desesperado... ¡Ah! Calixta cayó de las alturas de su sueño. Había acariciado, en la sencillez infantil de su ambición desmesurada, que sería con el tiempo una gran señora, gran señora que llevaría el nombre de Jean de Santierne... Tal pensamiento sólo podía brotar en una joven andariega que hubiera siempre vivido al margen de la vida civilizada y que cree salvadas todas las distancias porque de la noche a la mañana se ve trasladada de la carreta natal a un pequeño entresuelo de los Campos Elíseos.

Sin comunicárselo a Juan, pues, por simple que fuera, su desproporcionada ambición sabía muy bien revestirla de instintiva astucia, vino más de una vez a Lavardens «de incógnito». Quiso contemplar de lejos *su castillo*, sus propiedades, y quién sabe si en sus paseos solitarios topó con Zina, arraigada hacía muchos años en los alrededores. Y quién sabe si la confió sus ensueños y halló una aliada en esa vieja mujer de su raza. Tanto, que más tarde se recordó que la vieja solía decir frecuentemente a Odette:

—Cásate, hija mía... ¡Cásate pronto!

Pero como se lo dijo leyendo en las rayas de la mano, Odette no hacía más que reír.

Y ahora Odette no estaba casada. Pero tampoco Calixta. ¡Ah! Si Odette rodaba por la pendiente de infernal aventura, ¿quién era capaz de saber adónde llevaría también a Calixta la suya? El calabozo..., la prisión para tantos y tantos años..., y si salía de ella... ¡Andrés! Andrés, que le infundía pánico y que ya no soltaría nunca la presa.

Y he aquí que cuando todo lo cree perdido aparece en su calabozo *El Pulpo* para salvarla. No daba crédito a sus ojos ni a sus oídos. Se irguió, sin hallar palabra que decir y sin comprender lo que estaba ocurriendo.

¡*El Pulpo!* Había oído decir que esta mujer pertenecía a la policía... ¿No debía desconfiar de ella?

La señora de Meyrens recogió la ropa que trajo escondida, la celó en el jergón de Calixta y se sentó tranquilamente en el único taburete de la celda.

Sacó elegante petaquita del bolsillo y la presentó abierta a Calixta.

—¿Quemamos uno?, como creo que dicen ustedes en Montmartre. No tenemos prisa, ya lo sabe usted: disponemos de todo el tiempo que quiera, mi querida Calixta.

Encendió los dos cigarrillos y continuó hablando a sus anchas.

—Nada dice usted, querida; parece usted asombrada y... tiene motivos ciertamente: usted querrá saber cómo estoy aquí; no quiero que sufra y va usted a ver de qué modo más sencillo. Todo el mundo dice que pertenezco a la policía; no soy de la policía más que cuando quiero, y me valgo de la policía más que la policía de mí. ¿Comprende? Sí, me comprende. Que quiero salvarla: entonces soy de la policía, arreglo las cosas y entro en su calabozo para conseguir que hable usted... para que me diga dónde está Odette...

—Eso jamás... a nadie, a nadie... ni aun para salvarme.

—Lo sé de sobra... ¡Calma, querida y desgraciada Calixta! Si yo misma la digo que soy de la policía, es para que sepa... que yo soy, como se dice en la jerga de las cárceles, un *choto* que le haga hablar...; pero no pretendo que hable usted, pues ya le advierto que soy el *choto*... sufrí *choto* para la policía, para el director de la cárcel, para el juez, para todos... menos para usted...

—La comprendo —dijo Calixta meneando la cabeza.

—Mi enhorabuena, querida. Con buena voluntad se llega a todo... Usted lo sabe; me ha tenido usted por una gran señora, ladrona muy peligrosa de museos..., detenida esta tarde, quiero decir —agregó lanzando una carcajada—; he venido a Arlés a robar la plaza de toros... ¿Se ríe usted? Buena falta le hace... Y ahora hablemos seriamente.

En cuanto yo me vaya y le traigan la cena, pone este taburete sobre el catre, y subida en aquél empieza a limar esa pequeña barra que le impide salir por la ventanuca.

—¿Con qué?

—Con esta pequeña lima.

Y le dio una lima que sacó del forro del vestido.

—Podrá invertir en la operación, a lo más, una hora.

—Y que no servirá para nada —dijo Calixta tirando el cigarrillo—. ¡Si no ha inventado otra cosa! Supongamos que salga, de este patio; habré de atravesar una bóveda enrejada, y aunque la salve vengo a caer en la línea de la ronda, y para salir de esta línea he de pasar por delante de la Secretaría... No le quiero hablar de guardias y celadores que hallaré al paso... He examinado

bien esta cárcel y cada una de sus salidas... Pierde aquí lastimosamente el tiempo todo detenido.

—Seguramente..., pero no una persona libre...

—Y yo no lo soy.

—Usted lo es. Escúcheme, querida e impaciente Calixta. Cuando acabe de limar el barroto, usted se acuesta y duerme tranquilamente como compete a una persona libre. Mañana por la mañana le traen su desayuno, y luego recorren los cerrojos. Y ya nada tienen que hacer aquí. Nadie puede molestarla. Se desposee de estos guiñapos y se viste de albañil con la ropa que le he traído. Se hunde la gorra hasta los ojos y ya está usted transformada en un peón de albañil. Usted sabe o no sabe que ahora se está reparando el patio C, donde está la celda de Andrés. Se empieza a trabajar a las ocho; a las ocho y media saldrá un carretón lleno de escombros, del cual tirará enganchado un obrero... Pasará por su patio y se detendrá unos segundos ante su ventana, si cree el obrero que puede usted saltar sin riesgo de ser sorprendida; si teme algo, se detendrá un poco más arriba y no llegará al pie de su ventana hasta que esté alejado todo peligro. Entonces no dude, se lo aconsejo; se desliza usted y se pone detrás del carretón empujándolo mientras que el otro tira. Así saldrán de la cárcel sin obstáculo alguno usted, el carretón y el obrero, se lo aseguro... Una vez fuera ya todo es fácil: en el ángulo de la calle les esperará un auto y ya irán lejos cuando se descubra su fuga.

—Y ¿usted está segura del obrero? —preguntó Calixta, cuyo corazón latía con fuerza al evocar esa posible evasión.

—Como de usted misma. Ese obrero es Andrés.

—¡Ah! —suspiró Calixta.

—¿Usted preferiría salvarse sola? —preguntó a su vez *El Pulpo* con estudiada sonrisa.

—Yo... no sé...

—Yo sí sé que usted ha de necesitar aún a ese hombre; por ello no he dudado en proporcionarle una lima y otro traje de albañil como el de usted, por mediación del conductor ordinario del carretón, que se los ha echado por la ventana; por lo demás, Andrés era insustituible en este ardid. ¿Quién hubiera conducido el carro? El obrero que he comprado como otro cualquiera *no quiere saber nada*, como ustedes dicen.

—Y ¿usted cree que aún necesitaré a ese hombre?

—Sí; Calixta... pues usted no ha acabado aún con Odette.

—¡Oh!, sí; es cierto.

—Rouletabille y Juan tienen ya su pista, sin contar a Hubert, que corre como un loco tras ella, decidido a arramblar con todos los obstáculos, y *si usted quiere retenerla*, van a ser pocos ustedes dos, créame.

—Somos todo un pueblo para guardarla —repuso Calixta con apagada voz.

—Es demasiado —replicó *El Pulpo*, frunciendo el ceño—; es demasiado, y *¡quizá no sea suficiente para Rouletabille!*

Una hora después, *El Pulpo* salió de la cárcel y se dirigió a la plaza del Foro.

Con su sombra se entretejió otra sombra que no la abandonaba un solo paso. Esa sombra era Juan.

Vio que la señora de Meyrens entraba en el hotel del Foro. Quedó inmóvil unos instantes mirando la fachada del hotel. Dos ventanas del primer piso se inundaron de luz.

Segundos después, distinguió detrás de los cristales a la señora de Meyrens, que daba unos pasos hacia Rouletabille, y con el cual empezó a hablar animadamente.

La conversación aquella delataba la comedia.

Juan de Santierne tomó entonces una gran resolución. Abandonó la plaza del Foro para ir a buscar al señor Crousillat, juez de instrucción.

CAPITULO XXII

CONTINUACIÓN DE LA LUCHA DE JUAN CONTRA «EL PULPO»

GUILLIAT, el obrero del mar, forcejeando contra los ocho brazos del pulpo, que le arrastraban hacia el abismo, era para Juan de Santierne menos de compadecer que Rouletabille, enredado en los nudos misteriosos que le ataban a esa inquietante señora de Meyrens.

Luego de lo ocurrido días antes en Santas Marías, después de los misteriosos manejos de esta intrigante, y que logró sorprender Juan, y después de lo que el propio Rouletabille contó al mismo Juan, acerca de la intimidad de esta mujer con Calixta, ¿cómo el repórter no rompía definitivamente esa relación que, ¡ay!, había ya durado demasiado, en perjuicio de Rouletabille y de la tranquilidad de sus amigos? ¡Eterna debilidad de la naturaleza humana; pobre, insignificante, estólida cosa el corazón enamorado o nada más que robado por la gracia femenina que pasa! Basta que ésta vuelva a pasar con la frente baja, la mirada extraña y la sonrisa enigmática, y ¡adiós *buen sentido!* Rouletabille, tan ufano de su talento, tenía en verdad un corazón demasiado sensible. Y era forzoso que por ahí muriera, se decía Juan.

Al parecer, no podía ver a *El Pulpo* sin reñir con ella; pero las riñas son amor. Y entretanto, la miserable, con un fin que al recordarlo Juan se inundaba de horrible amargura, sordamente trabajaba contra ellos, contra todo lo que podían emprender.

Si Odette no estaba aún rescatada, para Juan toda la culpa era de *El Pulpo*.

Así no pudo contener el ímpetu de su odio al reconocer de pronto en la esquina de una calle de Arlés la detestada silueta... ¿Qué tenía que hacer en Arlés? ¿Por qué, al parecer furtivamente, se deslizaba a lo largo de los muros por las callejuelas hinchidas de sombras? El la había seguido hasta la cárcel, y había aguardado durante dos horas su salida. ¿Qué hacía esa señora dentro?

Allí estaban encerrados Andrés y Calixta. Sólo puede admitirse que entrase para verlos. ¿Qué añagaza urdía?

Pensó primero comunicar a Rouletabille el suceso; pero cuando ya salió la señora de Meyrens, y en cierto modo ella misma le guió hasta el hotel donde estaba citada con el repórter, dio pie a que Juan, una vez más, imaginara que tenía excesivo ascendiente sobre el espíritu de su amigo para que fuera dable convencerle de las trapacerías de su amante.

Siempre echaría esa señora mano a cualquier explicación, con la cual el repórter, harto ciego, se quedaría tan satisfecho.

Juan, pues, se decidió a dar un gran golpe, sin prevenir a Rouletabille, y con el intento de salvarle, a pesar suyo. Sabía que solía comer el señor Crousillat, que era soltero, en un pequeño figón muy sonado por el modo de condimentar el conejo con sangre y ajo aceite.

Le halló probando los primeros bocados y poco dispuesto a oír hablar de un asunto que sólo disgustos le había acarreado. Aumentaba su mal humor el fracaso del *choto*, recomendado por la Dirección de Seguridad, y de muy buena gana hubieran enviado al cuerno al joven Santierne cuando éste le comunicó que había de exponerle grave revelación.

—Déjeme al menos comer, querido —gruñó—; entre usted y Rouletabille se me llevan el día.

—Señor —le dijo Juan—, ya comerá usted más tarde, pues creo que lo que voy a decirle no admite dilaciones.

Y sin más preámbulos, descubrió al señor Crousillat las relaciones que unían a Rouletabille con una tal señora de Meyrens, *amiga de Calixta*; poco faltó para que sufriera un eclipse el apetito formidable del señor Crousillat.

—Esta señora de Meyrens, muy conocida en ciertos medios con el nombre de *El Pulpo*, es la peor enemiga para todos en este asunto, y lleva de cabeza al propio Rouletabille por listo que sea.

En la mirada del señor Crousillat rieló por un momento la idea de que no le disgustaba que Rouletabille fuese al fin también manteado como los demás... Pero esta satisfacción, disculpable en todo hombre no desprovisto de amor propio (sentimiento generalmente muy desarrollado en los jueces de instrucción), cedió pronto el lugar a preocupaciones exclusivamente profesionales, desde el momento que Juan fue entrando en más explicaciones.

—Rouletabille ha impuesto la detención de Calixta.

—Estoy seguro —repuso Juan— de que esta señora de Meyrens lo menos qué intentará será la evasión de la gitana... He visto cómo ha entrado en la cárcel, en donde ha permanecido dos horas.

—¡Dioses poderosos! —resolló el señor Crousillat tirando la servilleta—. Y ¡nosotros que la hemos franqueado la misma celda de Calixta! Aguárdeme aquí, joven; voy corriendo a la cárcel y vuelvo en seguida.

Y el corpulento señor Crousillat echó a correr con tal ligereza, que nadie la hubiera esperado.

Juan aguardó mucho más rato que le hiciera esperar el juez de instrucción, y como tenía hambre y estaba satisfecho de su iniciativa, acabó por comerse la ración del señor Crousillat. Este reapareció al cabo de una hora. Tumbóse en el diván, exhalando un gran suspiro.

—¿Y qué? —preguntó Juan.

—Pues bien, joven; hemos llegado a tiempo.

Y el juez de instrucción se enjugó la frente, que era un arroyo.

—Tenía razón, ¿no es cierto?

—Sí, tenía usted razón... ¡Ah!, figúrese usted, amigo mío... pero ¿dónde está mi plato?

—Señor, me lo he comido.

—Y ha hecho usted bien. ¿Estaba bueno?

—Superior; permítame, señor, que le convide a otro.

—Eso, nunca; yo pago esta noche. Se lo debo a usted. ¡Ah, puede usted envanecerse de habernos sacado del pie atroz espina! ¡Usted no sabe lo que se ha hallado en las celdas de esos bandidos! ¡Limas y trajes de albañil! ¡Ah, y todo a punto! ¡Y de qué modo! La bohemia iba a limar la reja de su jaula cuando fue descubierta. Se defendió como una leona. No quería entregar la lima. Estaba como loca. Después de amenazar a los demás, intentó golpearse.

—Pobrecilla —dijo Juan quedamente.

—¿Cómo? ¿Y aún la compadece usted?

—Señor, usted no ignora que fue amiga mía... Tolere usted que la compadezca, si bien no puedo titubear entre ella y mi prometida. Es menester que la retengamos en nuestro poder; acabará por hablar. ¿Qué opina usted, señor?

—Yo no opino nada, ni quiero, señor, pensar en nada. Es asunto que no me concierne.

—¿Qué quiere usted decir, señor? ¿Y qué va usted a hacer con esta señora de Meyrens, que ha intentado la evasión de los detenidos?

—Absolutamente nada. Está demasiado recomendada y eso compete, además, al director de la cárcel, que va a hacer algo...

—¿Qué va a hacer?

—Un expediente.

—Adiós, señor —dijo Juan levantándose.

—Adiós, joven, y gracias.

Juan se fue inmediatamente al hotel del Foro, en donde se hubiera alegrado de entrevistarse con Rouletabille. Pero ni él ni *El Pulpo* se dejaron ver.

Habían tomado dos cuartos en comunicación y Juan se instaló en otro del piso de arriba.

Se tumbó vestido en la cama y ordenó que le despertasen al amanecer. Inmediatamente se puso a vigilar desde una ventana todas las entradas y salidas. A las siete vio que la señora de Meyrens salía del hotel y atravesaba la plaza del Foro. El se lanzó sobre sus pasos.

La señora de Meyrens, tal como iba vestida, con el traje protegido por un guardapolvo y una toca en la cabeza, que no le vio Juan el día anterior, delataba que salía a algún viaje en auto descubierto, y así a Juan no le sorprendió verla entrar en un *gárage*, en el cual, sin duda, se le esperaba, pues el empleado se puso inmediatamente a su disposición.

Minutos más tarde salió guiando un torpedo que, a prudente marcha, se aventuró por las callejuelas de la ciudad. No costó a Juan gran trabajo seguirle. No sólo el coche andaba moderadamente, sino callado, ociosa la bocina, en dirección al barrio de la cárcel.

Cuando estuvo ya a unos cien metros, paróse en la esquina de una calle. Juan vio entonces que la señora de Meyrens dejaba allí parado el auto, consultaba el minúsculo reloj de pulsera, y la vio levantarse y descender con negligencia que no carecía de gracia.

Previendo que iba a ocurrir algún suceso importante alrededor de la cárcel, Juan se desvió, y por una callejuela contigua se dirigió hacia el establecimiento penitenciario.

En el camino topó con el señor Bartholasse, que iba a la Audiencia, y le pidió que fuese inmediatamente a poner en conocimiento del señor Crousillat que la señora de Meyrens andaba rondando la cárcel y a mano un auto con intentos muy sospechosos. El señor Bartholasse respondió con maligna sonrisa al joven que su jefe se había ido a pescar, y que él, siempre secretario, por nada del mundo se arriesgaría a substituir a un juez de instrucción en tan graves menesteres.

Entonces, Juan se decidió a ir a ver al propio director de la cárcel.

En la secretaría se le contestó que el señor director se había ido a pescar con el señor Crousillat y que salieron a primera hora y no regresarían hasta la noche. Estas conversaciones y estos pasos consumieron algún tiempo. Eran ya

cerca de las ocho. Al salir de la cárcel, lo primero que vio Juan fue la silueta de la señora de Meyrens esfumada en la esquina de la calle donde tenía parado el auto. De allí atisbaba, sin duda, la cárcel. ¿Qué esperaba?

En este punto de sus reflexiones, Juan hubo de apartarse un poco para evitar el choque de un carretón lleno de escombros que salía del patio, carretón del que tiraba un obrero y empujado por un peón de albañil.

Al punto reapareció en la otra esquina de la calle la silueta de la señora de Meyrens y, al parecer, esperó que el carretón pasase ante su presencia.

Y cuando pasó, vio Juan claramente que la señora de Meyrens dirigía la palabra al obrero y que el obrero le contestó sin detenerse.

El carretón dio la vuelta a la calle y la señora de Meyrens lo siguió.

Cuando hubo desaparecido, Juan corrió de nuevo hacia la cárcel y pidió audiencia inmediata al funcionario que substituía al director en las ausencias.

—Dígale que se trata de graves acontecimientos.

Tenía el convencimiento de que cuanto acababa de ver guardaba estrecha relación con la evasión premeditada de Andrés y de Calixta, y temía que el señor Crousillat y el señor director, antes de irse a su excursión campestre, no hubieran tomado todas las medidas necesarias para frustrar el intento. Consideraba gran imprudencia suya, después del descubrimiento del día anterior, no pensar más que en distraerse, dejando a sus espaldas y en completa libertad de acción a esa señora de Meyrens, maestra en ardides y recursos.

Un cuarto de hora después salió del establecimiento penitenciario y corrió hacia el hotel del Foro, donde preguntó por Rouletabille. Este se presentó al momento con cara de mal talante:

—¡Atiza! ¡Aquí tú! ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

—Vi anoche que la señora de Meyrens se dirigía a este hotel, y como no has vuelto a Lavardens...

—Bueno, comprendido. ¿Qué hay de nuevo?

—Ante todo, salgamos del hotel.

—Lo que quieras; vete delante, que te sigo.

—No, te vienes en seguida conmigo. La señora de Meyrens salió esta mañana del hotel; ¿puedes decirme si volvió?

—Al instante.

—Pues bien; he de hablarte antes de que la veas. Es muy grave lo que voy a decirte...

—Como siempre.

—No; como nunca.

Rouletabille, muy intrigado, aunque se ufanase de no conceder importancia alguna a lo que solía llamar «imaginaciones» de Juan, siguió al punto a su amigo. Juan le pegó al muro del hotel para que no pudieran ser vistos desde ninguna ventana.

—¡Cuántas precauciones! —dijo Rouletabille levantando los hombros.

—Vas a comprenderlo en seguida.

Juan le llevó al cafetín en el cual la noche anterior se había comido la ración del señor Crousillat. A pesar de estar solos en la sala más recóndita, aun esperaron a hablar que el mozo les trajera los bollos y el café coa leche que pidieron. Rouletabille empezó a expresar creciente impaciencia.

—Querido, voy primero a contarte lo que anoche hizo la señora de Meyrens.

—Y para esto haces tantos aspavientos... —dijo dando un salto Rouletabille—. Yo seré quien te diga lo que hizo anoche: fue a la cárcel, pidió audiencia al director...

—¿Y luego?

—¿Luego? —agregó Rouletabille—. Se presentó con un volante oficial de la prefectura, en el que se le daba licencia para visitar, como antropóloga, las cárceles de las Bocas del Ródano.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No ha tenido necesidad de decírmelo, pues he sido yo el que le hice ese encargo y yo el que le ha dado ese volante...

—No comprendo, pues, lo que perseguías con eso; pero lo que tú ignoras seguramente es que en cuanto estuvo ante la presencia del director, del juez y de su secretario, que se encontraban allí, descubrió en seguida el truco que le confiaste: declaró que no era antropóloga, sino agente de la Seguridad general para «cocinar» a los bohemios detenidos. Lo que no sabes tampoco es que se le franqueó la entrada en la celda de Calixta, y que le dejó allí una lima y un disfraz de albañil.

—Y ¿luego? —repuso Rouletabille, clavando en Juan rara mirada.

—¿Sabes o no sabes que se están llevando a cabo unas reparaciones en la cárcel? Sin duda compró la complicidad de uno de esos obreros que salieron esta mañana tirando de un carretón.

—No —interrumpió Rouletabille con duro acento—: no compró a ese obrero.

—Permíteme que lo dude... pues, mientras tú estabas durmiendo o quizá *reflexionando*, la señora de Meyrens fue a alquilar un auto esta mañana en un

garage, y se apostó a unos cien metros de la cárcel..., y cuando el obrero pasó junto a ella, mantuvo con él muy animada conversación...

—No —dijo Rouletabille con acento cada vez más agrio—; ella no compró a ese obrero; *le compré yo*.

—¡Tú!

—Sí, yo... En la cárcel ella obró por cuenta mía y según mis indicaciones, mientras fuera yo lo disponía todo para mi idea...

—¿Para qué? —gritó Juan sofocado.

—No levantes la voz, querido —le susurró Juan, imponiéndole su autoridad—; voy a decirte para qué, ya que no eres bastante perspicaz para adivinarlo... Pero toma tranquilamente tu café con leche e imita mi calma, que es sólo aparente, te lo juro. Te he dicho siempre que no recuperaremos a Odette sino por Calixta... Sólo para que hable, hice detener a ella y a Andrés...

—No he olvidado que tu intervención me salvó...

—Aunque no hubieras corrido peligro alguno, los hubiera puesto en chirona del mismo modo; así, pues, no me lo agradezcas. No son estos momentos de andarnos con cumplimientos y cortesías, y así no te oculto que temo por parte tuya algún desaguisado... pero... razoná conmigo. Con el *asesinato* del señor de Lavardens, yo esperaba que *cantase*; pero al ver que ni ella ni Andrés soltaban prenda, hube de cambiar de táctica de cabo a rabo... Y como dispuse encarcelarlos, resolví abrirles la jaula... porque ¿no tenemos noventa y nueve probabilidades contra una, que fugados *irán a reunirse con Odette*, sobre todo si *El Pulpo* les dice que andamos ya sobre sus pasos? En ese caso... los seguimos; yo ya me las he compuesto para que no los coja de nuevo; y así juntos llegamos al fin propuesto. Pero ¿qué tienes? ¿Vas a ponerte malo?

—¡Rouletabille! —murmuró Juan suspirando—. Rouletabille, he cometido otra tontería.

—¡Ah!, no lo dudo... ¿Qué has hecho, desgraciado?

—Rouletabille, yo en persona, anoche, en este mismo sitio que ocupas, vine a prevenir al señor Crousillat para que no se fiase de la señora de Meyrens, y le dije que era tu genio malo, que contrarrestaba cuanto hacías, que le vi entrar en la cárcel y que no perseguía otra cosa que favorecer la fuga de tus detenidos...

—¿Tú has hecho eso? ¿Tú has hecho eso? —rugió el sordo acento de Rouletabille—. Y ¿entonces?

—Entonces, el juez marchó corriendo a la cárcel, vio al director y se descubrió en las celdas de los detenidos limas y disfraces de albañil...

—Basta, basta, desdichado...; me percaté, me percaté en cuanto abriste el pico; ahora... ¡cállate!

Y Rouletabille, con los codos sobre la mesa y talante feroz, cubrió con las manos su rostro.

Juan estaba anonadado. Medió un largo silencio, y en ese intervalo sólo se oyó el zumbido de las moscas que se dieron cita en aquel figón. En fin, Rouletabille levantó la cabeza y dijo a Juan:

—Es inútil que hablemos más de ello; bastante desgracia te has acarreado con lo hecho. Que te sirva al menos de lección. No puedes imaginarte la astucia que he necesitado para que *El Pulpo* obrase secundando mis proyectos. Yo supe que se proponía emplear su compadrazgo policíaco para favorecer la fuga de Calixta, pero no sabía cómo llevarla a cabo, y sobre todo quería ocultármela, pues su propósito era jugarnos una mala pasada a ti y a mí, y acumular obstáculos entre nosotros y Odette... Entonces fui yo el primero en abordarle y decirle: «Calixta es amiga de usted; si usted le presta un gran servicio, un servicio inmenso, tendrá confianza en usted, y no se negará a darle de Odette las noticias que necesito. Haga usted que se fugue; ¿quiere usted que les ayude?»

—¡Admirable! —gimió Juan—: soy un bruto.

—No, Juan; no eres un bruto, pero ya no te burles más de mí ni te impacientes cuando me veas *reflexionar*... y, en adelante, déjame que maneje a *El Pulpo* como quiera. Ciertamente, confieso que es muy hábil, pero acabo de probarle que en esta coyuntura, como en otras muchas, si tú no te interpones, demuestro ser mucho más hábil que ella. En todo caso, ya no tendremos ocasión de volver a hablar de ello en mucho tiempo... Si no he logrado la fuga de Calixta, *he deshecho* a *El Pulpo*. Después de lo que ha hecho...

—Después de lo que ha hecho, la policía le va a echar mano —exclamó Juan.

—Acabas de decir otra tontería. *El Pulpo* no tendrá empacho en decir a la policía que puesto que tenía la orden de «cocinar» a Calixta, nada mejor para conquistar su confianza y determinar sus confidencias que ofrecerse como cómplice de un proyecto de fuga, proyecto que, sin remordimientos, me atribuirá a mí completamente. No, no se verá apurada ante la policía; será la policía la que, puesta en entredicho en el expediente formado por los jefes superiores de Prisiones, se verá comprometida por valerse de esa mujer antes

de tiempo. ¡Buen respiro! Tú me crees muy enamorado. Te juro que estoy hartos de ella. *¡No pienso más que en Odette!*

Esta última frase brotó tan espontánea de los labios de Rouletabille... Surgió de modo tan singular y tan sencillo para completar en cierta manera el sentido de la precedente, que el eco repercutió con sonoridad casi dolorosa en el corazón de Juan... y en el de Rouletabille...

El repórter, un poco pálido, agregó en seguida:

—He jurado que te veré dichoso: ¡cumpliré mi juramento! Y ahora levantémonos —dijo trabando su brazo con el de Juan—. La fuga es precisa y se realizará. Conozco bien esa cárcel y he urdido muchos planes...

Salieron del café: Rouletabille sintió que Juan se tambaleaba.

—¿Qué tienes aún? ¿Vas a desmayarte?

—Rouletabille —expuso Juan con un soplo de voz—, tengo antojos de suicidio.

—No hagas tal cosa —gruñó el repórter fingiendo reír a carcajadas—. No me obligues a dar a Odette tan desagradable noticia.

—¡Ay! Amigo mío, amigo mío: aún no lo sabes todo.

—He ido esta mañana a la cárcel...

—¿Y qué?

—Pues que... Andrés y Calixta no están allí...

—¿Qué me dices?

—Pues digo que el señor Crousillat firmó anoche la orden de traslado de Calixta y de Andrés a la cárcel de Aix y esta misma mañana a primera hora se ha cumplido la orden.

—*¡Infierno y betún!* —exclamó Rouletabille usando una blasfemia que sólo espetaba en ocasiones extraordinarias y cuyo último término lo tomó de la jerga de los ajustadores de las imprentas—. *Infierno y betún...* Eso faltaba. No eches *más*. Tenemos ya hasta el as. ¿No tienes ya más que decirme? ¿No? Pues gracias. Pues bien; ahora, querido, es menester desligarnos. Por mi parte, voy a hacerte un juramento y lo cumpliré a pesar de todo; *¡te haré el presente de Odette!*, pero con una condición: vas a jurarme que no tratarás de buscarme, que permanecerás en Lavardens y no te moverás... hasta que yo te diga. ¿Comprendido? ¿Lo has entendido bien?

—Perdóname —le dijo Juan llorando y tendiéndole la mano...

—Te perdono, imbécil.

Le abrazó con la rapidez de una bala, le dejó plantado en la calle y echó a correr veloz como el gamo. No obstante, se volvió al doblar la calle desierta, para espetarle:

—Y ya sabes: si ves a *El Pulpo*, no le digas dónde he ido.
Cinco minutos más tarde, ¿quién hubiera podido decir adonde Rouletabille se encaminaba?

CAPITULO XXIII

ROULETABILLE Y «CAMISETA»

BAJO el sol se hace largo el camino de Arlés a Aix: escasea la sombra, sin contar la de los postes telegráficos. De trecho en trecho, sin embargo, algún pequeño manzano silvestre, una cortina de abetos, alguna ringlera de cipreses rompen la monotonía ardiente del paisaje.

El cabo *Camiseta* recibió la orden de trasladar a Andrés y a Calixta a Aix y al mismo tiempo la de llevar dos caballos recién comprados en Arlés y destinados a la gendarmería de la antigua ciudad romana; pero no le pasó por la imaginación la idea de que el viaje por ferrocarril, aun dando un pequeño rodeo y con los inconvenientes de cambio de tren, podrían aún ahorrarle no poco trabajo y zozobra.

Tomó como compañero a su amigo Cornouilles, y al despuntar la aurora empezaron a cabalgar bastante mohínos por uno y otro margen de la carretera, llevando en medio a los dos detenidos, maniatados.

Nadie hablaba. Cornouilles, al parecer, iba dormitando; *Camiseta*, fumando en pipa; Andrés, mirando a hurtadillas a Calixta con ojos tristes henchidos de amor, y Calixta caminaba erguida y esbelta entre el polvo de la carretera, cual si guiase a una pequeña caravana.

Sólo se oían los pasos sobre el pavimento, el chasquido de los frenos y el chillido de algún avefría, que rasgaba con su vuelo el intenso azul del espacio en busca de alguna corriente.

También los gendarmes tenían sed. Lo primero que dijo Cornouilles al despertar fueron estas palabras:

—Algo bueno habrá en Salón.

En efecto, habían de pasar por Salón y detenerse un poco para cumplir una corta misión y desayunarse... *Camiseta* sacudió el cubo de la pipa en su

bota y repitió subrayando:

—Sí, algo bueno habrá en Salón.

Y luego todo se sumió en profundo silencio.

De pronto, tras un recodo del camino y un bosquecillo de tamarindos, raros personajes fueron apareciendo en la cuneta.

Eran morenos, tenían los cabellos lisos y la piel dorada e iban magníficamente desaseados. Parecían los reyes de la miseria por sus petulantes pingajos y su sereno talle, pero tenían excelente aspecto, hartos de todo lo que hallaban a su paso y de lo que cobraban en sus furtivas visitas a las gazaperas. No sentían recelo de los gendarmes, pues allá en el fondo de su carreta llevaban papeles en toda regla valederos para todos los países, lo cual les daba unas semanas de respiro, el tiempo preciso para franquear la frontera y perderse en el horizonte.

En silencio los tres hombres y dos mujeres —y los cinco demonios arrancados la antevíspera a las sagradas ubres de la loba cingara—, en silencio contemplaban el paso del cortejo por la polvorienta carretera. Sus miradas se cruzaron con las de Andrés, y no expresaron asombro ni pena al ver en tan triste estado las manos trabadas. A pesar de los ímpetus de su corazón, permanecieron impassibles. Calixta volvió el rostro a otro lado. *Camiseta* lanzó contra ellos su caballo como manifestación de desprecio hacia una raza que tiene siempre sus papeles en regla con todos los gendarmes de la tierra. Cornouilles dijo en son de befa: «¡Cochinos, majaderos!»

A lo que Andrés contestó entre dientes con un *Nutchusia*, que era una incitación al asesinato de toda gendarmería; pero como Cornouilles no comprendía el gitano, por lo pronto a eso se redujo el daño y el incidente.

Los bohemios contemplaron el paso del cortejo, pero había también uno que atisbaba a los bohemios y se fue recto a ellos, cuando poco después volvieron a sus tiendas. Y ese que les miraba era un muchacho de piel de ámbar y con un bigote de violinista húngaro; salió de un bosquecillo de castaños que sombrean los primeros declives hacia un contiguo pueblecillo, el último antes de Salón.

Los bohemios, acurrucados en torno de los restos de un carnero medio putrefacto, se dignaron volver la cabeza. El recién llegado traía un aire misterioso, levantándose de cuando en cuando sobre la punta de los pies para ver si a lo lejos, en la carretera, ocurría alguna novedad.

La banda empezó a mirarle de reojo, con evidente hostilidad, cuando el mozo sacó del bolsillo cierto herraje como broche de un collar, que produjo en seguida el efecto que él seguramente esperaba.

—El signo —musitaron en su jerga, y todos respetuosamente se levantaron. También quizá aquel muchacho de piel ambarina y mostacho de violinista húngaro tuviese sangre de la raza en las venas.

En pocas palabras le hizo comprender que estaba con ellos, y que su intento, o más bien su misión, era libertar a Andrés y a su compañera. Al punto brillaron los ojos. Todos los allí presentes conocían a Andrés. A la mujer no la conocían, pero no cabía duda de que era su hermana, su *shaia*. El joven les explicó que «los gendarmes corrían de su cuenta», pero que ellos debían tomar a su cargo a Andrés y a Calixta «desde el momento que los arrancasen a los guardias». Había venido en auto dando un rodeo, sabiendo que la conducción pasaría por Salón.

Les llevó al bosquecillo de castaños y allí les enseñó el torpedo en que había venido. «Traeréis aquí a los detenidos en cuanto los libertéis.»

Cuando hubieron entendido bien el proyecto, les dijo:

—Y ahora, ¡id... corred! No dejéis escapar a la conducción, acechadla, pues es preciso que, a ser posible, no se os vea...

—¿Y tú?

—A mí me encontraréis aquí... No os ocupéis de mi.

Partieron todos alborozados, con velocidad extrema, y sus pies descalzos no hacían más ruido que el roce de una bandada de gorriones con las puntas de los hierbajos.

En la raya del pueblo, *Camiseta* volvió el rostro hacia atrás. Acababa de oír el ruido de una bicicleta y de pronto soltó su famoso *¿què aço?*, que hizo volver los ojos hacia atrás a todo el cortejo.

—¡Oh! —dijo *Camiseta*—, ¡si es Rouletabille en persona!

—Tú lo has dicho, engreído —le espetó el repórter, saltando de la bicicleta—. ¡Uf! ¡Sí que hace calor en las carreteras de Provenza! Creí que no os atrapaba.

No habremos olvidado que *Camiseta* y Rouletabille intimaron como amigos desde su expedición al llano de las Cañas.

—Pero vaya, vaya la sorpresa... Y que nos trae el honor de...

—He sabido esta mañana el intento de fuga de *nuestros* prisioneros y la orden de traslado, y me he dicho: «Estos atrevidos son capaces de todo: ¡son traviosos como monos! Y es posible que jueguen una mala partida a mi buen amigo *Camiseta*.»

—¡Ah!, *por eixemple* —exclamó *Camiseta*, rojo de indignación—; me toma usted por un *moñeco*. Eso nunca, *Camiseta*. Usted no *conose* a *Camiseta*, señor Rouletabille; si usted *conosiese* a *Camiseta*^[1].

—Cálmese, *Camiseta*, cálmese. Tengo en usted la mayor confianza, y la verdad es... que tengo también que ventilar un asunto en Aix... Pensé entonces que podríamos ir juntos... *Camiseta*, ¿no tienes sed, *Camiseta*?

Es menester decir que *Camiseta* tenía, como en esa región suele decirse, la nariz en forma de racimo... Ahora bien; llegó la conducción ante un pequeño restorán muy famoso en aquella comarca, al cual suelen concurrir los domingos y días festivos los de Salón para entregarse a comilonas y al juego de bolos... Aquel restorán era excelente, pero caro para muchos bolsillos, y nunca pensara *Camiseta* en detenerse allí para desayunarse, si Rouletabille, muy atento y delicado, no le invita a él y a su compañero Cornouilles.

—Aceptado —dijo sin más rodeos éste.

Camiseta, de muy buena gana, hubiera abrazado a Rouletabille.

—¡Ojo!, ¿qué van ustedes a hacer de los detenidos? —preguntó en seguida el repórter.

—¡Ah!, querido, los ato a mis *zapatos* y no se escaparán... te lo juro...

Los dos gendarmes se apearon. Ataron los caballos a una anilla del muro contiguo al pesebre. Seguros ya de que nada faltaba a los caballos, se ocuparon de los detenidos. A instancia del dueño, acabaron por encerrarlos en un reducto de mampostería, donde se guardaba la leña. La puerta se cerraba con solidez. No había duda: en el corto espacio de tiempo que los dos bohemios iban a permanecer allí, no tenían resquicio de fuga. Por lo demás, se les dejó las manos libres para que comieran el frugal almuerzo que Cornouilles trajo en la mochila. En fin, la puerta del reducto daba precisamente a la sala, en la que, por ser muy fresca, mandó Rouletabille poner los cubiertos. Estaban así al alcance de la mano y al alcance de los ojos...

—¡Gran Dios! ¿Vio usted la cara que pusieron cuando le *apersibieron*?— dijo *Camiseta* entrando en la hostería.

—Sí; no, no soy amigo suyo. ¿Le parece a usted que tomemos algo de este magnífico salchichón, una tortilla, conejo en jugo de sangre, una buena ensalada y una botella de vino?

—¿Una botella? —exclamaron a una *Camiseta* y Cornouilles—; ¿qué quiere usted que hagamos con una botella?

—Pues bien, pondremos dos; pero nada más, querido *Camiseta*. No me avengo a que salgáis «bebidos» de aquí. Has de saber, *Camiseta*, que las tres cuartas partes de las fugas se han logrado por haber previamente achispado a los guardias.

—¡Previamente! Tiene usted quizás razón, joven —dijo el cabo conviniendo con aire bastante melancólico—. ¡Previamente! Nos contentaremos, pues, con dos botellas.

—Pero habrá café y un vasito de *grappe* (aguardiente).

—¡Un vasito! —exclamaron al unísono los dos representantes de la fuerza pública.

—Pondremos dos... y no se hable más. Y ahora... a la mesa.

—¿Qué va usted a hacer ahí fuera? —preguntó el cabo al ver que Rouletabille se dirigía a la leñera, donde se encerró a los dos bohemios.

—Voy a cerciorarme de que nuestros pájaros no puedan echar a volar.

—No hay ventanas, y además... Tengo la llave en mi bolsillo —exclamó el cabo soltando la carcajada.

Pero ansioso, sin duda, de percatarse de todo por sí mismo, Rouletabille cogió la llave y sacudió con fuerza la puerta.

—Bueno va —dijo—; podemos estar completamente tranquilos.

En aquel momento llegó la primera botella a la mesa.

—A propósito de guardias «muy bebidos» —dijo sentándose—, es menester que os cuente una historia.

—¡Este diablo de Rouletabille!, siempre tiene a mano una historia —expuso alegremente *Camiseta*, sirviéndose el primer vaso y cortándose una gran loncha de salchichón—. Esto lo lleva el oficio. ¡Ah!, estos picaros periodistas. Todos son más granujas...

—¿No ha ido usted nunca a San Martín de Re?

—Nunca: no he sido nunca cabo de vara.

—¡Oh!, hay también gendarmes en la isla; al menos, en la época de que os hablo, había dos famosos, dos diablos, a los que no se la pegaban, como diría usted y nuestro excelente Cornouilles...

—Y ¿entonces?

—Pues... entonces... he aquí lo que ocurrió:

—Esperen un poco, se lo ruego...; me parece haber oído *roídos* por el cuarto de *mis* prisioneros...

Se levantó, se puso a escuchar a la puerta del reducto, dio la vuelta, echó una ojeada a los alrededores y volvió con aire de preocupación.

—Me parece haber visto algunas de esas malas fachas.

—¡Ah!, ya; ¿los bohemios que vimos en la carretera? No me pasaron a mí tampoco inadvertidos —dijo Rouletabille—. Motivos tiene usted para desconfiar. Toda esta tropa se apoya mutuamente. Pero ¿qué quieren ustedes

que hagan contra dos gendarmes como *Camiseta* y *Cornouilles*? —les preguntó.

—Y ¿qué hacían cuando usted se los encontró, mi querido Rouletabille?

—A fe mía, comían tranquilamente a la sombra de su carreta y ni siquiera levantaron la cabeza... ¡Ojo! Va usted, *Camiseta*, a vaciar en un soplo la botella...

—Hablábamos de San Martín de Re —repuso el gendarme—. ¿Estuvo usted allí?

—Sí; para visitar allí la colonia de forzados. Y coincidió mi visita con la nueva captura de Cheri-Bibi, que por tercera vez se le llevaba a presidio. Es menester que sepan que en San Martín de Re nunca ocurren evasiones, nunca... cuando no está allí el Cheri-Bibi..., pero cuando está...

—Y ¿qué ha hecho su Cheri-Bibi?

—Hacer que se fugasen cinco.

—¡Diablo!

—Como se lo digo. El propio director de la Colonia me contó cómo ocurrió la cosa... Tenía entonces en San Martín la flor y nata de los presidios; cinco bribones harto conocidos en todos los establecimientos penitenciarios: Cochot, que solía contestar al director: «Usted me pregunta si al cometer los crímenes no me detuvo nunca el temor al castigo; de seguro que si esto sólo me hubiera *detenido*, no tendría usted el honor de tenerme en San Martín de Re»... Petit, que, apresado en Abbeville, previno al alcalde de esta simpática ciudad que el día siguiente se fugaría por no parecerle aquella cárcel bastante cómoda, lo cual cumplió al pie de la letra... Pierrey, que se fugó una vez de la Cárcel Modelo, haciéndose, de papel, un uniforme de guardia y poniéndoselo en presencia de los encargados de llevarle a él y a sus compañeros al patio; Fanfán, terror de los celadores (se había escapado siete veces); bastaba que dijese en alta voz «*tengo ganas de largarme**, para poner en conmoción a todo un establecimiento penitenciario... Arigonde, el genio del disfraz... Frégoli era a su lado una criatura... Poned a Arigonde ante un payaso, por ejemplo; imitará sus cabellos, sus patillas, desfigurará las señas peculiares que permitan reconocerle y se pondrá su traje, cualquiera que sea, antes que el bufón profesional se haya quitado la corbata... Yo conocí mucho a Arigonde...

—¿Fue periodista? —preguntó *Cornouilles*...

—No, sino empleado de una agencia policíaca que cometió la injusticia de no pagar bien sus talentos... En fin, allí estaba Cheri-Bibi, el más célebre de todos.

»En cuanto éste supo que allí se habían congregado los cinco, ideó gastar a la Administración la broma de fugarlos en bloque.

»Cheri-Bibi tenía siempre concomitancias con el *exterior*. Tal día a tal hora una lancha esperaba a los forzados en una ensenada, desgraciadamente muy lejos de la «corte salvaje», desde la cual era fácil el salto al continente. En los alrededores del fuerte tenían abierto en la roca un *cazo*, como ellos decían, o escondite, trabajo realizado de noche y en el cual *cazo* tenían guardados a prevención uniformes de marino, sombreros de piel y chaquetillas, prendas que habían de vestir apenas fugados de la Colonia para ir al paraje donde les aguardaba la lancha. La fuga sólo podía realizarse en pleno día.

Ocurrió, pues, a las ocho y cuarto de la mañana, hora en que los albañiles entraban a trabajar en la reparación de un muro de uno de los patios.

—¡Tate! Pero no es el golpe que se preparó.

—Nada nuevo bajo el sol —continuó diciendo imperturbable Rouletabille—. ¿Cómo urdieron la fuga Cheri-Bibi y sus cinco compañeros? Siempre hay un equipo de cinco obreros albañiles que entran en la colonia a las ocho y salen a las ocho y cuarto.

—Los bandidos sabían que su fuga se descubriría minutos después; así, muy de prisa, bajaron al *cazo*, a su cueva, donde debían esperar los acontecimientos para salir en serio vestidos con los disfraces. Desgraciadamente, fronteros a la madriguera había dos gendarmes, los dos finos sabuesos de gendarmes que les mencioné ha poco. Eran los *Camiseta* y *Cornouilles* de la isla de Re. Ahora bien; estos dos gendarmes vieron venir hacia ellos por la carretera a un hombre con la cabeza cubierta con un pañuelo de color (para celar su calva), tirando de un carretón, en el cual reposaba una azada. Iba a paso lento y apacible y descansó un momento al pasar por delante de los representantes de la fuerza pública, que le dieron los buenos días.

—¡Idiotas! —exclamó *Camiseta*—. Apuesto que era Cheri-Bibi.

—Lo ha adivinado usted, *Camiseta*.

—¡Ah! Lo que es a mí no me la hubiera pegado.

—Se trabó conversación. El obrero contó que acababa de cobrar el sueldo y quería echar una cana al aire. En una palabra, invita a los dos gendarmes a unas copas en un pequeño figón bastante alejado... bastante alejado del *cazo*. Bebieron tan a placer en ese figón, que al querer levantarse empezaron a vacilar y a caerse. Hubo Cheri-Bibi de sostenerlos para volver a San Martín... Tuvo la bondad de llevarlos a la Colonia, cuya puerta se le franqueó, y dijo:

—Aquí les traigo a dos gendarmes un poco «inspirados».

—¡Gendarmes! Y ¿qué quiere usted que les hagamos? —se le dijo.

—Déjelos ahí fuera si quiere... Pero ¿no hay aquí sitio para mí?

Y quitándose el pañuelo que le cubría la cabeza, se dio a conocer... Cheri-Bibi. Pueden ustedes imaginarse cómo se le acogió. Toda la isla andaba revuelta desde que se supo su fuga con cinco compañeros. Y su presencia consoló a la Colonia de la ausencia de los otros. ¡Y qué cara de asombro pusieron los guardias al ver que después de los sobrehumanos esfuerzos realizados venía de grado a constituirse prisionero! Pero él les dijo:

—Ya saben ustedes; hay momentos en que me hace falta el presidio.

—Huelga que les diga para terminar esta historia —dijo Rouletabille—, que se destituyó a los dos gendarmes y se les privó de todos los honores correspondientes a su categoría. Dejarse llevar a presidio por un forzado no es frecuente... ¿no? Pero, señores, ¿no chocamos?

Mientras Rouletabille contaba su historia fue dando fin el almuerzo; se había tomado hasta café y se saboreaba ya el vasito de aguardiente del país, que allí llaman los aldeanos *grappa*. Es un licor muy regocijante que calienta el estómago e inunda de alegría el corazón.

Al segundo vaso, *Camiseta* desparramaba la vista abotargado.

—Después de lo que les he contado —dijo Rouletabille meneando la cabeza—, sería imperdonable...

—A fe mía, joven —declaró bruscamente *Camiseta*—, previamente... ¡tiene usted razón! Pero ¿qué hace aún ese diablo de botella?

—Voy a devolverla —resolvió Rouletabille, y salió de la sala con el peligroso frasco.

El que por curiosidad hubiera seguido al repórter hubiérale visto un minuto después verter el líquido de la botella en el pesebre, recién abastecido nuevamente, de los caballos... «No me place que los gendarmes se emborrachen —masculló el repórter entre dientes—; en cuanto a sus caballos, ya es otra cosa.»

CAPITULO XXIV

EN EL CUAL LOS ACONTECIMIENTOS SE DESARROLLAN COMO PREVIÓ
ROULETABILLE

LA partida de la hostería ocurrió sin incidentes dignos de mención. Menos los detenidos, todos iban alegres: Rouletabille, los gendarmes y hasta los caballos... Estos principalmente retozaban con una viveza que no desplazía a *Camiseta* y a Cornouilles, ufanos de ser muy diestros jinetes.

—Parece que están un poco nerviosos —dijo sencillamente *Camiseta* al montar a su potro—. ¡Buena ración de avena les habrá dado, Cornouilles! ¿Viene usted, señor Rouletabille?

—Noto que un pneuma se ha deshinchado —contestó el repórter—. Vayan ustedes delante; doy un bombazo y les alcanzo en seguida.

Partieron. Los caballos empezaron a hacer extrañas cabriolas.

—Quizás estén resabiados —expuso Cornouilles—. Como no los conocemos.

—¡Si han venido tan tranquilos! ¿Qué les coge? —exclamó *Camiseta* casi rebotando de la silla por bruscas coces inesperadas.

—¡Vaya! ¡La cochina bestia! —gritó a su vez Cornouilles—. ¿Es que se comunican o charlan así?

Su caballo, en efecto, acababa de encabritarse como si se dispusiera a terminar el viaje andando sólo con los cascós traseros.

—Arréale un buen golpe en los hocicos... Es lo mejor para cuando se encabritan —le gritó *Camiseta*.

—Voy a enseñarte cómo me llamo.

Los caballos partieron entonces a galope endemoniado y desaparecieron con los jinetes en un torbellino de polvo como esos grupos mitológicos, héroes o semidioses, que se ocultan a las miradas de los pobres hombres, envueltos en la nube que en su socorro Júpiter envía.

Mas ¡ay! Cuando la nube se disipó y la mirada del hombre pudo alcanzar el grupo de *Camiseta* y Cornouilles, pudo verse a dos jinetes desmontados, desamparados y afligidos, arrastrándose molidos por la carretera, lanzando gritos inarticulados, volviendo la mirada extraviada, ya hacia Poniente, punto de desaparición de sus diabólicos caballos, ya hacia Levante, por donde se espaciaba ante ellos la carretera desierta, esto es, limpia de los detenidos confiados a su custodia.

Entonces se irguieron sobre la cuneta y pusiéronse a lloriquear como niños que han perdido a su madre. ¡Los caballos! Eso era fácil de hallar, ¡pero los prisioneros!

—Quizás Rouletabille se lance sobre sus pasos —suspiró Cornouilles...

—No quedamos por ello menos... deshonraos —replicó con voz cascada el pobre *Camiseta*.

En esos momentos, el grupo jadeante que rodeaba a Andrés y a Calixta, libres ya de las esposas, descendía por el atajo oculto tras el bosquecillo de castaños, en donde ya aguardaba con su auto y puestas las manos en el volante el chofer, de piel ambarina y mostacho de violinista húngaro, pronto a partir...

—Este es el hombre que ha venido a buscarnos y todo lo ha dispuesto —explicó el jefe de la cuadrilla a Andrés—; puedes tener confianza en él, tiene el signo...

No hubo más explicaciones; Andrés y Calixta saltaron al auto, que zarpó veloz. Los bruscos vaivenes los entrechocaban. Andrés acabó por ofrecer como reclinatorio su pecho a la joven con gesto de mando, al que se sometió dócil Calixta. El chofer les echó una manta, con la cual se taparon. Media hora después moderó la marcha un poco, se volvió y enseñó el signo, ante el cual se inclinó Andrés, y clavando en él sus ojos a través de los anteojos de automovilista, le preguntó:

—¿Adonde les llevo?

Calixta le contestó con una palabra o más bien con un nombre, el de una pequeña estación fronteriza, a la que llegaron aquella misma tarde sin incidente alguno.

Allí descendieron los bohemios y Calixta dio las gracias a su salvador desconocido...

El chofer les propuso llevarles más lejos, pero ellos declinaron la oferta. Nada ya tenían que temer; podían ya considerarse en la frontera. No necesitaban pasaporte para pasar por Suiza... y podían a la media hora tomar el primer tren, si su desconocido salvador les daba algún dinero...

—Esto es lo que me han encargado que les dé... —dijo éste vertiendo unos billetes en la mano de Calixta.

—Puede usted decir a quien le ha enviado que ya no arrostramos ningún peligro —dijo Calixta—; por lo demás, espero que volveremos a vernos pronto. Las fiestas se acercan —agregó mirándole con mucho misterio.

—Pronto —replicó el chofer en voz baja—, en *Lever Jurn*.

Calixta le selló los labios con el dedo y empujó a Andrés hacia la estación. Subió el chofer al auto y desapareció veloz por el recodo de la carretera.

Media hora después, Andrés y Calixta se acomodaban en un departamento de tercera clase... Calixta continuaba arrebujaada en una manteleta que cubría sus harapos. Cerró los ojos y pareció que dormía.

Andrés no cesó de contemplarla. Había vuelto a ellos, se veían libres y era suya.

Pronto sería su esposo a usanza gitana y sus bodas se celebrarían una de las próximas noches en el recinto del eterno templo, entre los musgosos troncos de alta arboleda iluminada por las lámparas del firmamento. De tal modo le absorbía este ensueño, que no reparó en el perfil de rostro que apareció en el cristal del triángulo encajado en el tabique... Si hubiera a su vez mirado por ese cristal, viera cómo el rostro se separaba... era la cara de un señor muy fuerte, de tez encendida, orlada de barba rubia como la llama y magníficamente espesa... El señor se sentó tranquilamente en su sitio junto a una mujer gruesa, que llevaba en brazos desnudos a un niño de unos cuatro o cinco años. El barbudo viajero sacó del bolsillo un cuaderno y estuvo largo rato absorto, al parecer, en la tarea de consignar algunas notas.

Cuaderno de Rouletabille.— He aquí que por fin llegué al punto deseado. Viajo en el mismo tren que lleva a Calixta al lugar donde se halla Odette.

Si relaciono aquello de que me enteré en casa del señor Camousse con las conversaciones sorprendidas, ya junto al campanario de Ozont, ya en torno de la gruta de Zina, y si relaciono todo esto con el propio texto del Libro de los Antepasados, es para mí ya indudable que Odette es por su madre de origen cingaro y a la fuerza se la llevan a *Levern Jura* a título de reina anunciada por las escrituras.

Sin embargo, el Libro de los Antepasados habla de una señal en la espalda, de una señal en forma de corona.

... Ahora bien: parece ser exacto, y hasta podía decir que es un hecho, pues no tengo motivos para desconfiar en este punto de las afirmaciones de Estéfana, que Odette no tenía, no tiene señal alguna... *Por tanto, todo ello me induce con fuerza a pensar que Zina, para salvar a Odette, fraguó la señal.*

Estas viejas hechiceras conocen secretos y modos de imprimir sobre la piel manchas y señales que parecen indelebles, y así puso a Calixta y a Andrés *en presencia de la Reina!*

Esta deducción que desprendo de los acontecimientos ha sido mi fuerza y mi confianza, pues sabía por ella que *nuestra Odette*, en manos de los bohemios, no corría peligro alguno y sería tratada como adorada majestad, pero no podía dar a Juan ese consuelo... y hasta me pregunto cómo acogerá, cuando la conozca, esta verdad que hoy me parece evidente: *Odette es una gitanilla... Odette no es hija de la señora de Lavardens*. ¡No! Yo no tengo derecho a decir esto a nadie, mientras no sea absolutamente necesario, y mucho menos a Juan.

¿A qué disimular que no siempre me otorga su cordial afecto? La sospecha que le roe le hubiera llevado quizás a acoger tal confianza como abominable invención mía, hija del propósito de alejarle de *nuestra Odette*.

Conclusión: he hecho bien en callarme.

¡Ah! ¡Cuántas cosas me ha revelado el Libro de los Antepasados!

Primero: los motivos de mi saqueo.

Desde que Hubert les robó ese libro, los bohemios lo buscaban por todas partes.

Me imagino ahora la emoción que debió de producir en el Landerneau cingaro (Lever-Jurn) el artículo en que reproduje el *texto exacto* de la predicción de las Escrituras, en el que se anuncia el advenimiento de la Reina con la señal en la espalda.

Inmediatamente creyeron que en mi poder estaba el libro y que era yo el que se les había robado. De aquí la visita un poco brutal que recibí cierta noche y el saqueo de mi biblioteca.

Ahora bien; yo conocía ese texto por Olajai, que me lo recitó un día en que le hablé de la decadencia a que había llegado su raza... Y él se lo sabía, como buen cingaro, de memoria.

Pero si mis asaltantes no dieron en mi casa con el libro que buscaban, pronto, en cambio, averiguaron que me servía un cingaro...; de aquí el viaje precipitado de Olajai a Santas Marías del Mar. Debió de recibir el mandato de dar aquí explicaciones y le fue forzoso confesar que su indiscreción me reveló el secreto de los bohemios, indiscreción que los acontecimientos iban a agravar sobremanera.

La Raza, en efecto, esperaba para este año el advenimiento de la Reina prometida, y quizás la esperaban hasta sin la intervención de Zina. Ocurrió que el rapto de la señorita de Lavardens, las revelaciones de Zina a sus

congéneres en cuanto al origen de la joven y la coincidencia de la muerte trágica del señor Lavardens eran sucesos que comprometían no poco la estancia de los bohemios en Camargue *después de la publicación de mi artículo*.

¡De aquí el terror de Olajai cuando nos vio por aquellos parajes! ¡De aquí sus súplicas y sus *amenazas* para obligarme a huir! Mi presencia allí era tan peligrosa para él como para mí. Se exponía quizás a pasar por mi cómplice.

Y sus hermanos, los cingaros, debieron de tenerle aún entre cejas, pues no se le volvió a ver más desde que abandonaron a Camargue...

Sin duda le obligaron a seguirles.

Así todo se explica y todo se encadena...

El Libro de los Antepasados me ha enseñado aún otra cosa...

Se me planteó el problema de saber si Hubert fue cómplice de Calixta... Hubert viajó por el país cingaro, robó el Libro de los Antepasados, cuya pedrería fue en gran parte la base de la pequeña fortuna traída del extranjero... sé que conoce y lee el cingaro... Por tanto, no desconocía la promesa de una gran recompensa hecha al que devolviese el libro...

Hubert, a haber sido cómplice de Calixta, hubiera dejado este libro comprometedor en el sitio adonde tuve buen cuidado de restituirlo y hubiera corrido al paraje donde sabía que Odette se hallaba; en este caso me hubiera sido fácil seguirle...; pero su primer cuidado fue llevarse consigo el libro, el libro que ha de valerle la recompensa, y nadie puede dudar de que como recompensa exija a Odette. Por tanto, la desaparición del libro me prueba que Hubert no es cómplice... Pero ¿hacia dónde se apresura? Corre seguramente hacia Lever Jurn... hacia Lever Jurn, donde reside el que manda sobre toda la raza... No he de preocuparme, pues, de Hubert, sino de Odette... que va también a la fuerza hacia Lever Jurn por caminos tortuosos, pues los cingaros desconfían... los cingaros, sabedores de que todo lo presiento y de que no ignoro que el recuperar a Odette les quito a su Reina... Calixta ha entendido bien mis alusiones a este respecto en el despacho del juez y su réplica vengativa «no *hallarán jamás a Odette*» me corrobora la idea de que no hay que buscarla por la vía recta de Lever Jurn.

Pues bien, ahora Calixta va en persona a llevarme a la presencia de Odette, va personalmente a entregármela... ¡Ah!, me urge ahora, me urge obrar. Me juego el todo por el todo. Si pierdo, Odette llegará antes que yo a Lever Jurn y *de allí ningún poder del mundo nos la podrá devolver*.

Conozco a esta raza; morirían antes todos, hasta el último, con su Reina, bajo los muros de su templo... ¡Pero les gano... les gano la partida!...

¡Ah! ¡Catástrofe!

CAPITULO XXV

PELIGROS QUE OFRECE VIAJAR CON ESPLÉNDIDA BARBA

EL tren acaba de detenerse en una pequeña estación.

La mujer gorda que llevaba a un niño en brazos se levanta y el niño se despierta. La buena mujer quiere bajar. El señor de la áurea barba espléndida se guarda el cuaderno en el bolsillo y abre la portezuela. La viajera cede un momento el niño al viajero complaciente y baja, y a continuación se vuelve, extiende y abre los brazos para recoger a su retoño.

El niño estaba contemplando entonces, con embeleso no disimulado, la áurea barba espléndida del señor que le sostenía como la más preciosa y, al mismo tiempo, más pesada... carga... en una palabra... ardía en prisas de dejarla...

Desgraciadamente, el niño no compartía esas prisas. No todos los días se tiene la suerte de topar en un coche de tercera con barba tan áurea y tan espléndida, y la separación es siempre dolorosa. El niño se agarró con todas sus fuerzas a aquel bosque de pelambre; grita el señor, chilla el niño y la madre grita aún más fuerte que ellos dos porque el tren arranca.

Los gritos atrajeron a Andrés y a Calixta hacia la contigua portezuela a tiempo de ver cómo la gruesa mamá nerviosamente se apoderaba del niño, que blandía en su manita crispada una magnífica barba de refulgente color leonado.

Desde dentro repelieron brutalmente la portezuela con huraño gruñido.

Calixta se apresuró a mirar por el ojo de cristal del tabique y vio a un señor sin barba y al parecer juicioso, harto conocido de ella. En aquel momento el señor salía precipitadamente hacia el pasillo en busca de un rincón que le hurtase a la vista de los bohemios... pero, como hemos dicho,

era ya tarde... Dos seres se abalanzaron contra él como salvajes y arrojaron a la vía.

Cuaderno de Rouletabille.—Mal momento el de un caer de un tren, sobre todo arrojado con violencia, cuando se ve encima y a toda marcha otro convoy sin más misión al parecer que reducirnos a papilla; pero en ese instante, si uno no revienta, puedo jurar que el resto de vida que quede basta para salvarla...; logré aún dar un salto, que me echó fuera de la vía, y a raíz pasó junto a mí la «apisonadora» soplando y escupiendo de rabia. Y allí hubiera permanecido largo tiempo si un cabrero, que lo vio todo, no corre y me presta socorro. El me enseñó un mal albergue rayano con el bosque, aislado y como perdido en aquel desierto... y aún tuve fuerzas para llegar a rastras hasta allí.

Me subieron a un cuarto del primer piso y allí recibí los primeros cuidados.

Aunque tenía todo el cuerpo molido, no sufrí rotura alguna, si bien me pareció toda la espalda izquierda descoyuntada. Sobre todo me sacaba de quicio aquel percance. ¡Fue tan inesperado y tan tonto!

Sin embargo, no me exasperé porque sabía para qué estación tomaron billete y esa estación no debía de estar lejos de sitio en que me hallaba; supe que este sitio se llamaba New-Wachter y albergue Furst Joseph. Como me sentía completamente deshecho, por mediación del cabrero mandé un telegrama sin más señas que Juan en Lavardens, y en él decía: «Estoy herido, ven inmediatamente». Para mí era indudable que vendría al punto. Por lo demás, estaba decidido a no esperarle, y si horas más tarde me encontrase mejor, a hacerme con un auto a toda costa y alcanzar a mis dos indecentes pájaros...

Estando tumbado en el lecho y con la ventana abierta, O1 de pronto los sonos de una guzla que acompañaban una extraña melopea... Fui a rastras hasta la ventana, y desde lo alto de mi observatorio —el albergue se erguía sobre una eminencia— vi en el centro de un claro del bosque campamento muy importante de bohemios... Estaban al parecer entregados al holgorio. Habían encendido hogueras y danzaban en torno.

Un presentimiento me conmovió de pies a cabeza.

Llamé... Se presentó una joven. Le dije, señalándole a aquel lejano grupo: —Todos estos bohemios son más o menos curanderos. ¿Quieres ver si hay alguno que me arregle la dislocación de la espalda?

La joven se fue en seguida; cerré la ventana, dejando el cuarto en penumbra; modifiqué los rasgos habituales de mi cara y esperé...

Aquí terminan las notas, al parecer súbitamente interrumpidas.

En la página siguiente se ven estas líneas febrilmente escritas.

Ha venido una vieja...; la he interrogado hábilmente... ¿es Zina! ¿es Zina!
¡Juraría que es Zina! Y Odette está ahí, ahí, a unos centenares de pasos de
mí... ¡Estoy seguro! ¡Odette! ¡Odette! ¡Ah, mi querida Odette! Odette, a
quien amo como querida y frágil hermanita... ¡estás salvada!...

Y luego esta línea apenas pergeñada en veloces caracteres:

*Pero ¿quién llama con tal violencia a la puerta del mesón y a hora tan
intempestiva?*

CAPITULO XXVI

¿QUIÉN SABE SI DUERME O SI ESTÁ DESPIERTA?

YACÍA tumbada sobre jirones de mantas, extendidas allí por los cingaros para que descansase, oreada por la frescura del crepúsculo y bajo el primer centelleo de las estrellas; gozoso y abatido a la vez llevaban el corazón.

Devolvían a la ciudad santa a su reina por fin hallada, pero ¡continuaba tan lejos de ellos! En todo el viaje no les había dirigido la palabra ni contestado a una sola pregunta; una vez intentó escaparse.

Volvía la cabeza cuando alguien se acercaba.

Sólo conocía a Zina, a la cual maltrataba con frecuencia y con la cual tenía furiosos altercados, que siempre acababan en lágrimas por una y otra parte. Nunca lloraba ante los demás cingaros. Era para ello demasiado arrogante; pero les mostraba ojos tan tristes, que ellos tenían por tal motivo el alma acongojada.

A veces trataban de distraerle contándole historias, o bien tocando con raras instrumentos en su honor aires de danza. Entonces solía cerrar los ojos, como aquella tarde... pero ¿quién sabe si duerme o si está despierta la querida reina?

Aquella hermosa cabeza descubierta, ataviada a usanza cingara con ferroñé de zequíes, aquel grácil cuello dolorosamente inclinado, aquella actitud apesadumbrada hasta en el reposo que simula quizá aquella boca entreabierta para exhalar suspiros sin fin, todo les intriga sin aleccionarles... Si no duerme, ¿en qué piensa? ¿En qué piensa?

—Piensa en su país —murmura la vieja Oliva entre dientes vacilantes.

—Una cingara no tiene país —replica Suco con voz despegada, mientras remienda los arreos de su penco.

Pero el jefe de la tribu, Sumbalo, un viejo curtido con barba gris de polvo, dice:

—Lever-Jurn vendrá a ser la reina de las naciones; con esta niña surgirá de sus ruinas para deslumbrar al mundo; está escrito.

Olajai dejó de atizar el hogar intermitente, se irguió y dijo:

—La fúnebre neblina se disipará; el hermoso día tantos años esperado brillará al fin, se congregarán los hermanos, todos serán grandes, todos libres. Sus escuadrones victoriosos llenos de nobles pensamientos, fuertes por una fe única, marcharán contra el enemigo.

Pero no tuvo éxito; sus palabras cayeron en el vacío por haber servido a un rumí y no faltar motivos para desconfiar de él.

Entonces la joven Ari, que frisaba en los diez y seis años, dejó de cortar juncos y dijo:

—Si no duerme, piensa en el rumí que ama.

Todos desviaron sus ojos hechos ascua de aquel, lado, y sintió Ari en los oídos revoloteos de injurias. Ella no la había raptado y no se apeó de lo dicho.

—No se escoge lo que se ama —replicó—. Yo le he visto por Santa Sara; es más hermoso que Suco.

Algunos se echaron a reír, pero Suco, que acariciaba ciertas pretensiones, le tiró una piedra, llamándola *usheia* (perra).

—Ya te denunciaré al gran Coesre cuando lleguemos a Lever-Jurn.

En esto Sumbalo, señalando a Odette dormida, los apaciguó.

No, no dormía. Pensaba en él, en él y en su padre, cuyo triste fin ignoraba, y en todas las personas que la querían. ¿Qué hacían? ¿Por qué no corrían a libertarla? ¿Fue posible que la raptaran como el viento arrastra una pluma de pajarillo y la pasaran más allá de la frontera, viéndolo todos y sin que nadie se resolviera para salvarla? ¿Fue posible que viajase tantos días en el fondo de aquella carreta, *como si fuese ello la cosa más natural?*

Los gendarmes pasaron a su lado, los empleados de aduanas se presentaron y lo inspeccionaron todo. Viéronlo y nada dijeron. *Y ella tampoco habla dicho una palabra.* ¿Qué sortilegio era éste?

Todo su más recóndito ser íntimo se soliviantaba, toda su voluntad se distendía para gritarles: «salvadme», y sin embargo, no hizo un gesto ni proferido un grito *¡ante la mirada de Zina!*

Había querido a aquella Zina, a aquella mala bruja de vieja. Cuando los chiquillos del lugar se apartaban gritando de aquella gitana; cuando las mozas de la Camargue, persignándose, evitaban su encuentro, ella, Odette, iba hacia

la bruja, arrastrada por una fuerza desconocida, y acudía a las encrucijadas, donde la esperaba la vieja sin previo concierto entre ambas.

En esta horrible aventura, ¿fue Zina su ángel bueno o su ángel malo? ¿Ángel aquella mala bruja de vieja? Y sin embargo, había salvado a Odette... Sin Zina, Odette hubiera perecido a manos de Calceta y del salvaje de Andrés. ¿Qué hubo de decirles? ¿Qué pudo mostrarles? *¿Qué miraron todos bajo el tul que cubría sus espaldas?* Le llamaron su reina, su querida reina. ¿Por qué? ¿Qué tenía que hacer con aquellas gentes? ¡Ella, Odette de Lavardens, era ahora reina en una carreta!

Todos los bohemios son brujos. El mundo entero lo sabe. Estaba, pues, hechizada. Hechizada por aquella mala bruja de vieja, de nariz ganchuda, a la cual detestaba y a la vez estrechaba contra su corazón y sus harapos entre suspiros...

La detestaba, y sin embargo, sufría ansiedad cuando no la veía rondar en torno suyo y cuando le faltaba el refugio de sus brazos temblorosos y descarnados: explicadlo como queráis; era así. Cuando Odette lloraba en silencio, sentía a sus pies un vaho cálido; era Zina que le adoraba. Ahora Odette creía en los cuentos de hadas.

De pronto, una especie de tumulto le abrió los ojos.

Irguióse de un salto y corrió a refugiarse en la carreta, lanzando alaridos de bestezuela herida...

Allí estaban Calixta... Calixta, su cruel enemiga, y el salvaje Andrés.

Acababan de llegar al círculo de bohemios iluminados por la llama que lamía los flancos de un caldero.

Y todos les rodearon dándoles la bienvenida con saltos y carantoñas y hablando todos a la vez.

Odette sintió cómo su corazón batía su frágil pecho cual martillo el yunque. Se agarró con las uñas a las paredes de la tienda para no hundirse, pues quería ver.

—¡Ah! Calixta, Calixta... la amiga de su Juan, a la que quizás Juan amaba aún. Odette levantó la cortina de la guardilla..., pero la corrió al punto con tal rabia, que la desgarró. La miraba Calixta.

Calixta, que por fin volvió sus ojos a la carreta, en que Odette acababa de encerrarse. Aquellos ojazos ¡eran bellos, magníficos aquellos ojazos! ¡Más hermosos que los suyos quizás! ¡Pero eran malignos y hay hombres que aman ojos como éstos... pues Juan los había amado!

¡Juan había besado esos ojos, como habría besado los suyos! Juan le había mentido. No, ya no amaba a Juan. ¡Y esa Calixta le había querido matar!

¡Hacerla sufrir! ¡Arrancarla los ojos!

Lanzó un grito, retrocediendo horrorizada. Calixta, seguida de Andrés, se dirigió riéndose hacia la carreta...

Odette se abalanzó hacia la puerta, gritando:

—¡Zina! ¡Zina!

¿Qué hacía Zina?

Sin Zina estaba perdida... Condenada a muerte.

Y no sería Olajai ciertamente, el misterioso Olajai, que no cesaba desde el comienzo del viaje de mirarla a hurtadillas sin dirigirle una sola vez la palabra; ese Olajai, del cual desconfiaba todo el mundo y cuya cara no le era enteramente desconocida (la vio alguna vez, meses, años atrás, sin duda); no, no sería él el que se interpusiera para salvarla de Calixta, como hiciera Zina, pues era inquieto, tímido, azorado de todo, hasta para mirar de lejos, a hurtadillas, con compasión.

De pronto oyó la voz de Zina... Odette se precipitó al ventanuco del carromato. Aquello le pareció una jaula de demonios en torno de Zina enloquecida. Ante ellos la llama del hogar crecía y agitaba sus sombras fantásticas sobre la pantalla densa del bosque, del cual surgían otras sombras fugitivas de otros hogares de las carretas recogidas bajo el pabellón de la arboleda.

La inmensa silueta de los brazos descarnados de Zina parecía llamar a todos los cingaros acampados para señalarles el punto del horizonte por la parte del mesón que amagaba la amenaza. Todos hablaban a la vez y el jefe de la tribu, Sumbalo, difícilmente lograba que le oyeran. Odette no comprendía lo que decían en su odiosa jerga, que tiene el desgarrado acento de la música del Cobre, pero la emoción general le delataba inminentes peligros. Oliva temblaba, mal sostenida por sus viejas piernas; así alzaba al cielo las manos suplicantes, y Suco, el calderero, cerraba los puños prestos a herir.

Andrés y Calixta se miraban, mientras oían a la vieja. Fruncían terriblemente el entrecejo, y, al parecer, el mismo sentimiento les llenaba el alma.

Nadie hacía caso de Olajai, que, oculto detrás de un árbol, no perdía palabra de cuanto se decía. Calixta vio de pronto su faz cazurra destacada de las tinieblas por el brusco reflejo de la llama. Olajai intentó hurtarse a aquellos ojos, pero Calixta se abalanzó sobre él y recomendó a Andrés que a la fuerza le metiese en el corro de los bohemios, y luego, en cuanto espetó a la

turba de sus camaradas unas frases, se hundió en las sombras de la noche por la parte del mesón.

CAPÍTULO XXVII

EL QUE LLAMÓ A LA PUERTA DEL MESÓN

ROULETABILLE mejoraba visiblemente desde la visita de la vieja curandera Cíngara; no le dolía, no le ardía la espalda; ni siquiera el pie le hacía daño. Desaparecido todo dolor físico al parecer, su alegría íntima fue profunda. Se deslizó del lecho, y, acomodado detrás de la ventana, su vista se explayó por las copas de los abetos y atisbó en los claros del bosque las sombras que se agitaban en torno de las hogueras.

¡Zina! fue Zina la que le visitó, la que le curó a su modo, aturdiéndole primero con curiosas invocaciones. Cuando hubo terminado sus misteriosas preces a no se sabe qué dioses infernales, el repórter le preguntó su nombre, modo muy sencillo de saberlo. Respondió la vieja que se llamaba Zina. Mientras le frotaba, según los ritos de una ciencia secular, ¡con qué cautela y habilidad se lo preguntó Rouletabille *para cerciorarse de que era la mismísima Zina!* Poco faltó para que hasta le confesase que venía, como tantos otros, de Santas Marías del Mar. Y qué emoción reveló, a pesar del esfuerzo para disimularla, cuando el repórter se refirió con breves palabras al drama de Lavardens, *que había leído —dijo— aquella misma mañana en un periódico.*

¡Ah! Esto duró poco. La vieja no preguntó, por lo demás. Le fajó la espalda en dos tiempos y tres movimientos y se sumergió en las sombras de la noche cual viejo mochuelo.

Quizás el repórter debió ser más prudente, pero era preciso saber con certeza que era Zina. Porque siendo Zina, a pocos pasos de allí estaba Odette.

Ahora ya no se le escapaba la pobre prisionera, ni se le escapaba la chusma que se le llevaba. Su liberación era problema de veinticuatro horas, el tiempo preciso para avisar a las autoridades de New-Wachter. Nada más

sencillo. A este propósito llamó al dueño del mesón, Otto, un suizo alemán grasiento, siempre al parecer medio dormido, si bien para despertarle del todo bastaba enseñarle —argumento decisivo en estos tiempos difíciles, en los que tan gran importancia mundial tiene la moneda fiduciaria— una cartera bien provista de buenas divisas, desde luego no impresas ni en Viena ni en Moscou.

Sin embargo, Otto explicó a su generoso cliente que sería completamente imposible molestar alas autoridades antes del día siguiente por la mañana. ¡Maldito contratiempo! Rouletabille no dejó de tomar sus precauciones para que esas autoridades fuesen lo antes posible prevenidas. Entretanto, como casi siempre, sólo podía contar consigo mismo.

No le inquietaba mucho la llegada, para él inminente, de Andrés y Calixta al campamento de los bohemios. Podían ya estar tranquilos; debían de suponerle descalabrado, si no muerto, después del lance del tren; hecho papilla por el convoy subsiguiente. En todo caso se creían ya libres de Rouletabille por mucho tiempo.

El repórter se llenó de pertrechos y cargó el revólver. Procuraba no apoyarse en el pie izquierdo, que de nuevo le dolía, y se percató con espanto que sólo valiéndose de un pie podía acercarse al campo, que quería vigilar de cerca.

En este momento pasó bajo la ventana el pastorcillo, con cuya ayuda pudo llegar al mesón. Abrió la ventana, le llamó y le dijo que le daría espléndida recompensa si ojo avizor no perdía detalle de cuanto hicieran los bohemios y le avisase al menor movimiento de levantar el campo. Tranquilo por este lado, se frotó el pie y empezó a fajárselo con fuerza.

Entonces fue cuando desde fuera, y con violentos golpes, llamaron a la puerta del mesón.

Fue a rastras hacia la ventana y miró. El hombre que golpeaba a la puerta iba envuelto en un gran capote y calaba la cabeza con un fieltro de anchas alas. Rouletabille se estremeció. Le sugirió el instinto que aquella nocturna llegada del desconocido no era extraña al drama que le había a él llevado también a New-Wachter. Recogió todos sus alientos y bajó; por lo demás, desde que fajó el pie podía apoyarse en el suelo y era soportable el dolor. Además, ya empezaba a advertir los efectos del bálsamo con que le frotó la vieja hechicera; la espalda iba bien y ya podía mover el brazo. Las brujas saben lo suyo.

Bajó y entró en el recibidor de la posada cuando el dueño, lámpara en ristre, después de hablar con el que llamaba, le abría la puerta. La luz dio de

lleno en el rostro del recién llegado: ¡era Hubert!

Rouletabille, estupefacto, retrocedió hacia las sombras; pero Otto, cerrada ya la puerta, puso la lámpara sobre la mesa. Hubert, al parecer, venía extenuado. Se desplomó en una silla, tiró el sombrero y dijo:

—Tengo hambre.

En un mal francés, salpicado de peor alemán, le dijo el dueño que llegaba muy tarde y sólo podía ofrecerle sobras. Se abalanzó sobre ellas y las engulló. Aplacada el hambre, dijo:

—¿Ha mucho que tienen ustedes en la comarca a esos bohemios?

—Ha dos días —respondió Otto—, y quisiera verlos a cien leguas de distancia. No me dejan dormir en toda la noche.

—Y ¿por qué?

—Temo que me roben. Son capaces de todo. Sin embargo, he de reconocer que hasta hoy cuanto me han cogido lo han pagado.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Hubert.

—Pregúnteselo usted; no se van de la lengua.

—Voy a decir a usted lo que hacen aquí —dijo una voz entre sombras.

Hubert volvió bruscamente la cabeza hacia el sitio de la voz.

Entonces Rouletabille dio unos pasos y extendió la mano:

—Buenos días, señor de Lauriac.

Hubert se irguió galvanizado.

—¡Usted... usted aquí!

—Si está usted, ¿por qué no he de estar yo? —repuso Rouletabille, acercando un taburete a la mesa y pidiendo de paso una botella de Rhin.

—El mejor Rudesheimer que tenga.

Y mientras Otto bajaba a la bodega, dijo a Hubert:

—Ha hecho usted mal hace un momento no estrechándome la mano, señor de Lauriac: porque somos dos buenos amigos o al menos vamos a serlo. ¿Quiere usted que le diga qué han venido a hacer aquí estos bohemios?

—Huelga que lo diga —replicó Hubert con voz apagada y mirando hostilmente al sitio del repórter—: ¡lo sé!

—Y sin duda por ello hemos tenido el placer de verle por aquí —repuso el periodista con simpática sonrisa.

—El placer es entera y exclusivamente de usted —replicó Hubert gruñendo como un oso.

Rouletabille soltó la carcajada:

—Decididamente, no hay medio de cogerle ni con los dedos... ni con pinzas..., ni de cerca... ni de lejos. ¡Ah! ¡Cómo me quiere usted!

—Usted tiene la culpa de que me esposasen —le espetó Hubert—. No lo olvido.

—Ya se ve, pero si olvida que yo rompí esos grilletes. Señor de Lauriac, juguemos limpio. Aquí nos ha rendido el mismo designio, perseguimos el mismo fin, usted en favor suyo, yo en favor de mi amigo Juan. Lo mejor que podemos hacer es asociarnos. Uno y otro tenemos, ante todo, vivo interés de arrancar a Odette de las garras de esos bandoleros. ¡He aquí lo que domina todo! Luego hablaremos. ¿Qué le parece a usted?

Apareció en esto el patrón con la botella y fuera ladró el perro.

—Creo que son esos malditos bohemios que andan rondando mi conejera —dijo.

Dirigióse a la ventana y abrióla a la noche opaca súbitamente anegada en silencio.

—Deje usted la ventana abierta —rogó Rouletabille—; nos ahogamos aquí.

El patrón encendió la linterna y dijo:

—Perdónenme: voy a dar una vuelta.

Una vez ido, preguntó Rouletabille:

—¿Y qué?

—Pues bien —respondió Hubert—: he reflexionado; me avengo.

Pensó ante todo que le era forzoso acceder a la propuesta del repórter; sin duda les molestó a uno y a otro.

Coincidir en aquel paraje, cuando uno y otro confiaron en verse allí sin envite, pero al fin, su momentánea alianza les daba al menos la ventaja inmediata de vigilarse mutuamente...

—¿Amigos, pues?

—Amigos.

Rouletabille le estrechó la mano.

—A propósito. ¿Cómo se halla usted aquí? —le preguntó Rouletabille intrigado, pues por cálculos, razonamientos y deducciones suponía a Hubert yendo por el camino más recto a Lever-Jurn...

—Pues bien: ¿y usted? —preguntó Hubert, que a pesar de las protestas últimas de amistad, no se avenía de ningún modo a entregarse.

—¡Oiga! —repuso el periodista—, no juguemos a listos. Le ganaría a usted. Es usted lo bastante inteligente para no dudarle. Es preciso que uno y otro nos convenzamos de que no llegaremos a buen término echándonos la zancadilla. De ello se aprovecharían los bohemios.

—¡Bah! —replicó Hubert con despego—: ¿Qué pueden hacer ahora cuando hemos dado con ellos? Por fuerza han de entregarnos a la señorita de Lavardens. Ya tengo avisado a las autoridades, que se presentarán mañana por la mañana.

—Ocioso —repuso Rouletabille—. Yo envié un propio a New-Wachter. Sin embargo, no hay que ilusionarse. El asunto no se ofrece quizás tan sencillo como usted cree, y en seguida voy a decirle a usted por qué: primero, porque es tarea propia de los bohemios llevar de cabeza a las autoridades; y después, porque nos vamos a ver con dos personajes con los cuales usted no cuenta seguramente.

—¿Cuáles?

—Con Andrés y Calixta...

—¿Con Andrés y Calixta? —exclamó Hubert—. Yo les creía encarcelados.

—Les urdí la fuga.

—¿Usted? Y ¿por qué ha hecho usted tal cosa? ¡Usted olvidó sin duda el juramento que hicieron de no devolver a Odette sino muerta!

—Hice eso porque quise que me enseñaran el camino por donde encontrarla.

—Entonces, ¿usted los siguió?

—Dios mío, claro que sí...

—¡Ah! ¡esto es muy fuerte!

—Dios mío, esto no está mal —dijo modestamente Rouletabille—; y ahora que se lo he contado a usted todo, a usted le toca el turno de hablar; le escucho. ¿Usted partió para Lever-Jurn, no es eso?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por ciertas deducciones... ¡Ah!, no se asombre usted por tan poco y no eche en saco roto que lo que no sepa ahora no lo sabré mañana. ¿Estamos? No perdamos, pues, el tiempo...

Hubert contempló un momento en silencio a Rouletabille. Tanta seguridad le desconcertaba un poco... ¿Hablabo seriamente? En fin, rompió a hablar:

—Pues bien: no tengo inconveniente en decirle que partí, en efecto, para Lever-Jurn con el propósito de ver al patriarca, al cual conozco. Usted no ignora que el patriarca de Transbalcania es el jefe religioso y hasta, puede decirse, el director político de toda la raza romanca; al menos, la inmensa mayoría de los bohemios le tienen como a tal. El puesto que ocupa le confiere un poder excepcional; no hay cingaro que al menos una vez en la vida no haya ido en peregrinación Lever-Jurn, como no hay mahometano que no

quiera ir, antes de morir, a la Meca. Siendo, en realidad, omnipotente con los fanáticos, una palabra suya puede lograr no poco. Quise ir a suplicarle que intercediese en el asunto de la señorita de Lavardens y destacarle los peligros de rapto tan audaz, la repercusión tan nefasta que tal proceder tendría en toda Europa en contra de todos los cingaros.

—Perfectamente; comprendido... —dijo Rouletabille, interrumpiendo con la seriedad de un pontífice—. ¿Y qué?

—Llevaba nada más que veinticuatro horas de marcha, cuando topé con un cingaro montado a caballo que venía de Lever-Jurn. Parecía muy fatigado de la etapa recorrida; nos detuvimos, pues, en una venta y charlamos. Es menester que le diga que para presentarme en Lever-Jurn y atravesar un país hostil por prejuicio a todo extranjero, me disfracé de bohemio...

—Buena precaución —repuso Rouletabille—. Se ve que sabe usted viajar.

—Aquel hombre, a pesar de la fatiga; hervía de sagrado regocijo y me invitó a alegrarme con él; me dijo que se acercaban los grandes días y que Lever-Jurn vería pronto a su querida reina. Le dejé divagar, prestando escasa atención a su fanático palique...; pero pronunció dos nombres que me estremecieron: Andrés y Calixta. Me preguntó si conocía a Andrés... Le respondí que sí, que era buen amigo mío y que fuimos juntos en peregrinación años ha a Santas Marías del Mar. En una palabra, me capté de tal modo su confianza que me reveló que Andrés y Calixta eran los encargados de llevar a Lever-Jurn a la *queyra*. Así el patriarca bautizó a la que se buscaba, a la esperada, en fin, a la enviada de Dios. La *queyra* quiere decir en cingaro Mesías. En fin, el gran sacerdote había dado el encargo a este bohemio de llevar a Andrés y a Calixta ciertas instrucciones secretas, y a ese fin venía a New-Wachter, en donde calculaba encontrarles.

—¿No se sabía, pues, en el patriarcado la detención de los dos romanchos?

—Es lo que me pregunto. Lo que puedo describirle es mi estado de espíritu después de esta confidencia. Acordándome de las confesiones de Andrés y de Calixta, no dudaba un instante de que la joven llevada a Lever-Jurn por estos bandoleros de cingaros era la señorita de Lavardens. Pero *¿qué quería decir ese cuento de querida reina?* ¡La hija de los Lavardens reina de los bohemios! No comprendía de aquello nada ni me lo explico aún.

—Ni yo —repuso ingenuamente Rouletabille—. ¡Si que es de todo punto singular!

—A este propósito, señor, usted que visitó con frecuencia el Antiguo Castillo Nuevo y tuvo frecuentes ocasiones de ver a la señorita de Lavardens

en traje de velada, ¿reparó usted si tenía una señal en la espalda?

—Noté, sí, que no tenía ninguna —declaró Rouletabille—. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Por nada o, mejor, sí... Me acuerdo de que el bohemio, al cual dejé continuar solo su camino, dispuesto, como estaba yo, a llegar aquí antes que él por otra carretera; me acuerdo que este hombre me dijo que los cingaros de Santas Marías habían *logrado descubrir a su reina, merced a la señal que llevaba en la espalda, y por ello le pregunté si está usted seguro* de que la señorita Lavardens no tiene señal alguna.

—Ninguna, se lo aseguro. Tiene la espalda tan blanca y limpia como la nieve; al menos en lo que permite afirmar el casto descote de una joven... Pero, dicho entre nosotros, aunque tuviera una señal en la espalda, me parece que no sería suficiente ese hecho para convertir en cingara a la heredera de los Lavardens.

—Señor, me he limitado a repetir lo que me contó en su exaltación ese hombre.

—Y ha hecho usted, bien, señor, porque de esta extraña historia se desprende la necesidad que tenemos de salvar lo más pronto posible a la señorita de Lavardens de esa cuadrilla de fanáticos...

—Evidentemente —musitó Hubert, súbitamente pensativo.

En este momento resonaron de nuevo ladridos de perros, y Rouletabille se deslizó hasta la ventana y escrutó las tinieblas, ya más ralas, de la noche.

CAPITULO XXVIII

EN EL CUAL A OLAJAI LE PESA HABER HABLADO DEMASIADO

EN el campamento de los bohemios, la vieja Zina, aprovechándose de la momentánea ausencia de Calixta, corrió hacia la carreta, donde halló a Odette temblorosa, bañada en lágrimas de espanto y aterrorizada por la súbita aparición de la pareja cingara. ¿Qué ocurría? ¿Por qué Andrés y Calixta volvían a su lado? ¿Qué nuevo peligro la amagaba?

Muy presente tenía aún la escena de la gruta, muy presente el cuchillo que esgrimió aquella gitana amenazándola con terrible furia.

Zina la acogió en brazos, cubrió sus maños de besos y trató de tranquilizarla, jurándole que era cosa sagrada, la cual nadie se atrevería a tocar. ¿Acaso desde que convivía con ellos podía quejarse de malos tratos? ¿No tenía a todos, por lo contrario, postrados a sus pies como ante Santa Sara? ¿No se había apelado a todo para distraerla? ¿Y las danzas del atardecer? ¿Y las canciones al son de las guitarras? ¿No era acaso su adorada reina?

—¡No llores! ¡No llores! Allá abajo una gran sorpresa te espera... Ante ti las puertas se abrirán y a tu paso no verás más que cabezas inclinadas.

Las dos hablaban a la vez. Odette respondía a sus caricias asiéndola y repitiendo por milésima vez que quería volver a Lavardens; la vieja hechicera seguía impertérrita su profecía, absorta en un éxtasis que la tornaba insensible a los ultrajes de la niña.

Súbitamente bajó del trípode, porque se oyó la voz de Calixta y el tumulto se reanudó con mayor furia en torno de la carreta.

Zina recomendó a Odette que no se moviera y bajó; pero Odette corrió al punto a su observatorio y hasta se arriesgó a entreabrir la ventanuca de la

guardilla con la esperanza de aprehender algunas palabras que le revelasen el significado de la inopinada agitación de los bohemios.

En el fondo de su alma se preguntaba si acudían quizás a libertarla. Esta era su obsesión, el pensamiento único que de noche la despertaba con sobresaltos y abría sus oídos a todos los ruidos misteriosos de la campiña. ¡Ah! ¡Cuándo se vería libre de aquella horrible pesadilla! Y he aquí que de pronto una palabra escapada de labios cingaros viene a herir su oído: «¡Rouletabille!»

Por poco no lanza un grito: ¡tan fuerte fue la sorpresa!

¡Rouletabille! ¡Rouletabille! ¡Ah!, ya no temblaba de espanto..., sino de esperanza. ¡Rouletabille! El nombre acababa de ser pronunciado allí muy cerca por los labios de Calixta; de Calixta, enzarzada en borrascoso conciliábulo con Andrés y Sumbalo... Este ordenó levantar el campo inmediatamente, y al mismo tiempo advirtió a todas las carretas el peligro que corría la sagrada niña.

Ahora bien: Calixta, en una lengua que Odette no comprendía, exponía, por el contrario, al jefe de la tribu que no debían moverse, que si huían todos estaban perdidos, y acabarían por apresarlos; porque a lo más eran un centenar en aquel bosque y era locura pretender pasar inadvertidos, sobre todo... de Rouletabille.

Calixta, prevenida por Zina, fue a husmear en torno del mesón y atisbo en la ventana del piso bajo al más temible de sus enemigos. ¿No se verían jamás libres de su alcance? Dentro de unas horas, al rayar el día, quizás estarían allí, previsto todo para arrebatarnos a Odette.

Sólo de un medio disponían para zafarse de aquel trance peligroso: ser más astutos que él. Y para ello sólo cabía un recurso: el viejo Sumbalo y todo el escuadrón de cingaros le esperarían a pie firme, y Andrés y Calixta, con Odette oculta en el fondo de otra carreta, se alejarían rápidamente adelantándose y no viajando más que de noche...

No había que perder momento... ¡Quizás ya estuviesen espiando el campo!

Dejóse convencer el viejo Sumbalo, diéronse nuevas órdenes, obedecidas a regañadientes por los bohemios, y después de mil protestas... Algunos proferían gritos de rabia y de amenazas. En fin, un nuevo incidente vino a desatar la cólera de todos.

Olajai, a favor de la distracción de Andrés, había huido. El enamorado de Calixta lo advirtió en el preciso momento en que el antiguo criado de

Rouletabille acababa de salir solapadamente del círculo iluminado por las hogueras.

Y gritó perjurando: «Olajai».

Calixta comprendió la fuga.

Los dos saltaron y los demás les siguieron. Era preciso atrapar al hermano traidor, costase lo que costase.

¡Ah! Olajai presentía que corría el peligro de rendir cuentas mientras Rouletabille anduviese por los alrededores y sólo había pensado en sustraerse al mal destino que le aguardaba... Quizás fue en persona a avisar a Rouletabille.

Calixta ordenó a Andrés:

—Corre: ve por el atajo que corta el camino del mesón...

Y dirigió la persecución con tan pasmosa estrategia, cercando al desdichado, obligándole a saltar de maleza en maleza, como alimaña batida, que a poco el infeliz fue a dar en los brazos de Andrés, que le acechaba detrás de un árbol.

Andrés le agarró con sus manazas como si fuera a atraparlo, lo machacó con sus potentes brazos y lo volvió al campamento, más muerto que vivo, convertido en pingajo apenas palpitante, y arrojándolo en medio de los cíngaros, les dijo: «Os lo regalo. Podéis hacer de él lo que queráis. Es un traidor: si no hubiese hablado, no habiéramos estado allá...; él es la causa de todas nuestras desgracias... Si un día nos roban nuestra reina, él lo habrá querido.»

Todos rugieron en torno de Olajai, que a duras penas pudo ponerse de pie, levantándose presa de espanto sin nombre.

Una puñalada en la espalda le hizo rodar por el suelo.

Odette, que continuaba observando desde la carreta, con ansia creciente, lo que ocurría, lanzó un grito de horror, pero en el mismo momento se abrió la puerta de su cárcel ambulante y Andrés se abalanzó, la envolvió en una manta y se la llevó como si pesase no más que una pluma. Zina, con gestos de loca, corrió silenciosa tras el cíngaro. Calixta les siguió.

Minutos después se desarrolló en aquel rincón del bosque, en torno de la hoguera, cuyo rescoldo avivó el fanatismo milenario de una raza que no conoce límites a la venganza, una escena que exigiría el pincel de Goya para ser reproducida en la imponente y bárbara grandeza de todo su horror.

Seres fantásticos, demonios, espectros o monstruos se agitaban en torno de las brasas en que ardían rostros humanos.

Un hedor abominable, que parecía emborrachar a aquellos seres escapados de otro mundo, ascendía a las copas de la arboleda.

La joven Ari, de bellos ojos claros, esplendor de sus quince primaveras, tumbada en la hierba y apoyada la barbilla en sus manos de bronce, sonreía al suplicio de Olajai.

Este no murió de la puñalada recibida y debió de lamentarlo mientras se le achicharraba a conciencia los pies.

Para no oír sus vanas protestas, la vieja Oliva, sonriéndole con sus tres vacilantes dientes, le hundió en la boca un jirón de su chal.

Sumbalo, sentado en la pértiga de una carreta, presidía callado la ejecución con gravedad majestuosa, que le hubiera envidiado el Gran Inquisidor.

Una docena de monicacos saltaban en torno de aquel festejo peculiar, dando singulares brincos, cual corresponde a pequeños retoños de la Ruta.

Suco el herrero sujetaba tan fuertemente los tobillos del paciente, que éste parecía complacerse en el tormento.

Suco tenía manos de bronce insensibles al fuego... pues los pies de Olajai, ablandados en el servicio de los rumies, suministraban a la llama todo el sebo deseado.

SEGUNDA PARTE

«EL PULPO»

CAPITULO PRIMERO

OLAJAI DE NUEVO SE CONDUELE DE HABER HABLADO DEMASIADO Y SE
VENGA HABLANDO AÚN MÁS

LAS cúspides de los pinos emergían ya de la noche como estirados y pálidos fantasmas, y el horizonte se teñía por Oriente de una franja verdosa y siniestra, cuando el pastorcillo enviado por Rouletabille a espiar a los gitanos volvía presuroso al mesón» Había presenciado de lejos, colgado como una ardilla de la rama de un árbol, el suplicio del bohemio, espectáculo que le interesó sobremanera. Era un espíritu infantil, probo y sencillo, hecho a la vida de la naturaleza; bueno con los animales, que amaba como si fuesen miembros de su familia; pero curioso, como se suele ser a esa edad.

De esta «diversión» excepcional se despegó cuando el movimiento general de la banda, la precipitación con que empezaron a enganchar a los pencos le advirtió que los cíngaros se disponíanla levantar el campo de New-Wachter y de sus aledaños. Temió que se le escapase la recompensa prometida, y de una tirada llegó corriendo a la venta.

Eran las tres y media de la madrugada. Las noches son cortas en esta época del año... La puerta del mesón estaba a medio entornar y pudo ver a Rouletabille en el patio, contratando con el hostelero Otto el alquiler de dos valientes jacas, que para todo servicio utilizaba hacía quince años. Otto argüía que necesitaba las bestias aquel día y por nada del mundo podía cederlas. Rouletabille ofreció una cantidad que tuvo la virtud de poner a todos de acuerdo, y, sin más dilaciones, saltó a la silla.

Mandó llamar a Hubert, que en su cuarto estaba entregado al aseo de su persona. Cuando se presentó y echó una ojeada a la acémila que se le asignaba, hizo una rara mueca.

—No cabe elección —le espetó Rouletabille—. ¡En marcha! Los gitanos están ya levantando el campo.

El repórter exigió caballos, porque aún no confiaba en su agilidad para arriesgarse a pie a semejante aventura y no quería de ningún modo que Hubert advirtiera claramente su estado de inferioridad.

El pastorcillo les precedía al trote. Ya en la linde de la selva, el niño indicó con un gesto el camino que conducía en línea recta al campamento de los cingaros, reclamó su deuda y partió veloz como la liebre.

Minutos después, los dos jinetes se detuvieron al oír lamentos y apagados gemidos.

Se apearon, ataron las acémilas y con gran precaución se internaron en el bosque... Así llegaron al lugar donde habían acampado los gitanos; ya no estaban allí los carros, pero aún caldeaban las cenizas de las hogueras. No se veía allí a alma viviente; pero las quejas, un momento acalladas, resonaron de nuevo más lastimeras...

Rouletabille ojeó por la maleza, separó unas ramas y llamó a Hubert. Allí vieron a un desdichado que se desangraba por numerosas heridas e impotente para incorporarse...

Rouletabille lanzó un grito:

—¡Olajai!

Aquél fue un grito de horror provocado por el espanto que le produjo el espectáculo de aquellos pies calcinados.

Olajai abrió los ojos, y al reconocer a su amo le sonrió tristemente y entreabrió los labios como pidiendo de beber... Rouletabille le puso entre los dientes la cantimplora y así le hizo beber, mientras Hubert le sostenía la cabeza.

Cerca de allí serpenteaba un riachuelo. Rouletabille encargó a Hubert que empapase una toalla y dijo entretanto al bohemio, sosteniéndole a su vez:

—¿Por culpa mía te han herido?

El gitano asintió con la cabeza.

Hubert volvía raudo.

No se fíe usted —subrayó el cingaro—. Cualquiera día hacen con usted lo mismo. ¡Vuélvase allá, a París!

—¿Y la señorita de Lavardens? —preguntó con ansiedad el repórter.

El gitano meneó la cabeza.

—¡Ah! Es la anhelada reina. No la devolverán jamás.

Hubert, que se había arrodillado para lavar al doliente las heridas, al oír las últimas palabras del cingaro se estremeció sobresaltado. No pasó a Rouletabille inadvertida la emoción de Hubert.

—Escucha, Olajai —dijo—. No hay que desesperar. Aún quizás podamos salvarte... Vamos a encargarnos que vengan inmediatamente en tu socorro; pero es preciso que mi amigo y yo demos al punto con las carretas. Han marchado por este camino, ¿no es así?

Olajai se levantó con sobrehumano esfuerzo. Brillaba la venganza en el fuego de sus últimas miradas:

—¡Se la han llevado por otro lado!

—¿Quiénes? ¿Andrés? ¿Calixta?

—... Y Zina... Pero le puedo decir... le puedo decir... dónde... han de reunirse todos.

Un momento cerró los ojos, como si fuese a expirar.

—¡Olajai! ¡Olajai! —gritó Rouletabille—. ¿Dónde... dónde han de reunirse?

El herido dejó escapar un nombre con un soplo, que parecía ya estertor de agonía:

—En Temesvar-Pest.

—¡Vayámonos! —gritó Rouletabille a Hubert—. Temesvar está muy cerca de Sever-Turn. Y si Odette entra en Sever-Turn ya no saldrá de allí jamás.

Con gran estupefacción del repórter, Hubert le respondió:

—Vaya usted sin más tardanza, que ya me reuniré con usted; no puedo dejar aquí abandonado a este infeliz.

—¡Adiós, Olajai! —dijo Rouletabille, espetando a Hubert una mirada pictórica de recelo y amenazas.

Y desapareció en el bosque.

Daba por muerto al gitano, y, a mayor abundamiento, no había venido de tan lejos para salvar a Olajai, por más que siempre le sirviese con fidelidad probada. Lo primordial e importante era no perder la pista de Odette. El desgraciado Olajai había sido ya la primera víctima. Habría otras... ¿No estaba él en persona también al margen de serlo? El cariz de esta empresa se manifestaba terrible y feroz. Era menester revestirse el corazón de bronce.

Ya solo al lado del bohemio, y sin temor de ser desplazado por Rouletabille, Hubert continuó preguntando con aspereza. En la cantimplora de Rouletabille había agua...; pero en la de Hubert, fuego: un alcohol que reanimó de modo singular al ajusticiado... Este tenía aún la obsesión de su amo:

—¡Fue tan bueno conmigo! En cierta ocasión, hace años, me salvó la vida; yo le doy en pago la mía... Pero que vaya con cuidado... Ya se lo avisé

en Camargue... y se lo avisé a *El Pulpo*, cuando vino...

—¿Quién es *El Pulpo*? —preguntó Hubert.

—¡Ah! ¿Usted no lo sabe? Pues una amiga de mi amo y de Calixta... Vino a Santas-Marías... Quería ver a Calixta... La acompañé doquiera habían visto a Calixta... *El Pulpo* me había prometido, en cambio, que se llevaría a Róuletabelle lejos... lejos de Odette. ¡Ah, si yo hubiera sabido cuando vino a casa allá... allá abajo... en París!...

—¿Quién?

—¡Odette!... Todos andan locos tras de esta Odette. ¡Ah! ¡Esto les traerá la desgracia!

—¿Odette fue a París?

—¡Sí!

—¿A casa de Rouletabile?

—¡Sí!

—¿Hace mucho?

—¡No! ¿Usted es amigo de él?... Pues procure que la olvide. Ello es preciso... ¡Es la reina anunciada por las Escrituras!

—Pero Odette no tiene la señal en la espalda —murmuró Hubert, devorando al gitano con la mirada.

—Sí —contestó el cingaro—. Tiene la señal en la espalda... la corona...

Y se incorporó para mirar a su vez a Hubert:

—¡Por su culpa muero! He hablado con exceso.

—Pero la señorita Odette no es cingara —agregó Hubert anhelante y en son de protesta.

—Es cingara de pura casta; ya conocí a su *raya*, a su madre, a su verdadera madre; el señor de Lavardens vivió en Sever-Turn... Allí se casó a usanza nuestra... La *raya* murió al dar a luz a una niña que amamantó Zina... Zina se lo contará todo... Zina lo sabe todo... El padre huyó con la niña, como estaba escrito... Esta niña era Odette...

Hubert se irguió de un salto y echó a correr camino del mesón, dejando solo a Olajai, agonizante... Afortunadamente para él, pasó una carreta...

CAPITULO II

«¡SOCORRO, QUERIDO ZO!»

Los bohemios, desde la hora en que Calixta y Andrés se les llevaron a Odette, no vivían tranquilos, y no porque les inspirasen asomo siquiera de recelo los dos cíngaros, y mucho menos Zina, que les acompañaba, sino porque temían cualquier funesto trance que les separase de su adorada reina para siempre. Hasta ese momento habían todos ellos formado una escolta segura, reforzada continuamente a medida que se iban acercando a Oriente; para ellos era un honor formar parte de esa escolta, y era al mismo tiempo seguridad plena para la raza. Hubieran acabado con mil rumies en caso preciso antes que entregar a su reina. Ahora seguía su ruta casi sin defensa, y ellos sabían que iban a vérselas con su peor enemigo, con Rouletabille, hombre de inagotables recursos, el más pernicioso de los *gachis* (esto es, de los extraños a la raza), causa para ellos de no pocos contratiempos y embarazos.

A pesar de cuanto les pudo relatar Sumbalo, no debieron nunca abandonar a aquella moza sagrada.

¿Qué dirían al gran *Coesre* (al supremo jefe, que lleva el látigo en forma de aspa para azotar al mundo) y al Patriarca, si alguna desgracia ocurría a la *queyra*? Se les consideraría responsables de la catástrofe y castigados cual merecían por el hierro y por el fuego.

El suplicio de Olajai ya no les divertía.

Se adueñó de ellos la fiebre de partir.

Rodearon a Sumbalo, y éste hubo de ceder a su presión; por lo demás, el mismo jefe de la tribu compartía la inquietud y la zozobra.

Partieron, pues, aceleradamente, chocando entre sí, atropellándose, enganchándose las carretas y dejando a sus espaldas aquel pingajo humano

arrojado entre la maleza, sin preocuparse de su suerte.

Corrían a reunirse con su adorada reina... y huían de Rouletabille...

Pero Rouletabille ya no seguía sus pasos... Aleccionado por las pocas palabras que pudo arrancar a Olajai, iba siguiendo las huellas desviadas de una carreta que daba un gran rodeo para separarse lo más posible de la carretera. Dos horas hacía que llevaba a su caballo por las veredas más escabrosas, preguntándose cómo por tales atolladeros pudo pasar un ruin carromato sin volcar cien veces, cuando de pronto columbró, a unos cien metros, la techumbre del carro hecha de tupida hojarasca. Estaba allí parado.

Sin duda, Andrés y Calixta creyeron aquel lugar seguro, al menos por unas horas, y adecuado para el descanso de las acémilas, harto rendidas.

Rouletabille se apeó, ató el caballo a un corpulento árbol, empuñó el revólver y se deslizó con cauta rapidez bajo el ramaje.

Seguía doliéndole el pie y de nuevo le ardía la espalda, pero no por ello dejaba de correr con la agilidad flexible y solapada de la serpiente.

Había llegado el momento de obrar, y no dudaba del éxito.

Creía que la suerte a la postre venía a favorecerle de modo singular. Iba a sorprender a gentes indefensas: a un hombre y dos mujeres. E iba dispuesto a tumbar a Andrés como a un perro, y a no andar con contemplaciones ni con Calixta ni con Zina si le oponían serias dificultades. Atravesó un bosque tupido y espeso, que le desolló con sus espinas y le envolvió entre cien lianas. Con paciencia de apache en hora de operaciones, se desembarazó de cada uno de aquellos lazos que le sujetaban y querían retenerle, y al parecer le prohibían seguir adelante.

Vio allí debajo una claridad pálida, vapor transpirado de la tierra a I05 primeros rayos del sol.

Nada le desvió de su ruta, orientada por la observación de las aftas cimas que coronaban el bosque con capiteles centenarios.

No hacía el menor ruido.

Seguro estaba de no haber aventurado un alerta. Debía de andar ya cerca de la carreta... Paróse a escuchar voces... mas sólo percibió chillidos de pájaros que en raudo vuelo huían, y eso fue todo...

Tras el último y callado esfuerzo... vio la carreta; allí estaba.

Todos dormían sin duda, acémilas y personas, menos Odette... quizás...

Rouletabille pisa ya las lindes del claro del bosque en que parada quedó aquella cabaña montada sobre ruedas.

Ya ve ante sí la puerta de dos hojas encristalada en su mitad inferior y protegida con sórdidos cortinajes, a la que se llega por una escalerilla de muy

pocos peldaños.

Esta es la cárcel de Odette... éste el palacio de la reina de los gitanos...

¡Y en torno... nadie!

Las acémilas fueron desenganchadas y descansan sin duda en paraje contiguo a orillas de algún riachuelo... Rouletabille, que anda a gatas, se yergue revolver en mano; el corazón le late con fuerza... gana a puntillas la escalera, y de pronto cae sobre la puerta, que abre de formidable rodillazo.

—Arriba las manos.

¡Nadie!

La choza está inhabitada..., abandonada la carreta. Una frase escrita a punta de cuchillo en la pared de la choza, preña de lágrimas sus ojos: «Socorro, querido Zo.» «¡Querido Zo!» Luego sabía que él estaba allí, pensó. O bien, sin saber que él estuviese, recelaba que rondase en tomo, acechando el momento propicio para libertarla. ¡Al cabo, *ella siempre confió en él, y a él llamaba y acudía!*

Ante esta idea, su corazón impetuoso cesó un instante de latir; frío sudor corrió por sus sienas...

Aquello sólo fue el vértigo de un segundo; luego él apareció más fuerte^que su imaginación, presa del delirio... En aquel momento vacilante, apeló, como siempre, al recurso de apoyarse *en la contera del buen sentido!*

¿Y qué le hacía ver el buen sentido? Le hacía ver una pareja de enamorados, un encantador nido de amor, y a Odette en brazos de Juan y recibiendo, como esposa, sus sonrisas... Y él caminaba sobre sus pasos, vigilando aquella dicha como amigo fiel y *como hermano.*

¡Ah! ¡Ella seguramente le había conmovido con toda su extraña gracia, que tantas cosas le traía a la memoria! ¡Ivana! ¡Ivana! Tú también, hija del Oriente, tenías esos ojos y esa sonrisa pictórica de inquietante misterio. Y ¡cómo te amó Rouletabille! ¡Vaya, Odette, vaya! Rouletabille sólo amaba a una imagen, la de Ivana rediviva, pero en cuanto a la Odette de carne y hueso, era sólo para el amor de Rouletabille una hermana, una adorable y frágil hermanita, que tenía el deber de guardar para su amigo Juan.

Pero era menester para guardársela recuperarla antes, puesto que se la habían robado.

¡Adelante, pues!

Salió de aquella caja funesta... Ya no vacilaba; su desasosiego había pasado. ¡Dios mío! Le había llamado «querido Zo», como Ivana cuando le llamó desde el abismo de su infortunio para que le arrancase a la tiranía feroz del terrible Gaulow^[2]... Vamos, Rouletabille, pide perdón a la sombra de

Ivana, pide perdón a Juan y salva a tu hermanita. Los miserables la raptaron como lobos... Y ¿a qué guarida se la llevaron de momento? He ahí lo que hay que averiguar.

Rouletabille ha hallado la pista de los lobos... pista que sigue a pesar de sus numerosos rodeos y que pierde y que encuentra de nuevo y le fatiga durante horas...

Ahora su pecho es una fragua... toda su persona y todo en torno suyo arde, y hasta el bosque parece que se incendia...

Ha llegado al corazón de aquella selva de abetos.

Bajo el ardiente sol, los árboles descubren el bálsamo de la savia por las heridas de su corteza. Rouletabille apenas puede respirar; denso y urente vaho le cela el contorno peculiar de los objetos...

Va sin voluntad y extenuado por el suelo, que brinda a sus pies una alfombra de mil áureas agujas.

Y de pronto, y en el preciso momento en que va a cerrar los ojos, un hombre en la plenitud de su fuerza y de su orgullo se planta ante él... Llevaba sobre la espalda una ruin chaqueta, en forma tal, que daba a esta sórdida prenda cierto aspecto de manto de corte...

Roja faja, en que había empotrado extrañas armas, daba muchas vueltas a su cintura. Por encima de las polainas vestía unos calzones con galones, cortados quizás de viejo tapiz. ¡Estaba magnífico!

Rouletabille reconoció a Andrés; se irguió de un salto, revólver en mano.

Andrés sonrió con desdén.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le dijo con su voz metálica—. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Por qué nos persigues?

—Porque sois ladrones de niños.

—¡Los ladrones de niños serán los que nos robaron a nuestra reina! ¡No la volverás a ver! ¡Ya está en lugar seguro, donde se la llevó mientras *yo te atraía* aquí!... Porque tenía aún que decirte la última palabra y darte el último consejo, que atenderás si tienes realmente apego a la vida... ¡Vuelve a Occidente!

—¡Oh! —dijo Rouletabille, nada impresionado por el énfasis teatral del cingaro—. ¡Ya me habéis matado y no me he muerto!

Andrés no contestó; volvió lentamente sobre sus pasos y se internó en el bosque levantando los hombros...

En el fondo tiene razón —se dijo el repórter sin moverse del sitio—. Ya he seguido bastante a esa gentuza... ¡Ahora voy a precederla!

CAPITULO III

EN EL CUAL VEMOS APARECER DE NUEVO EL «LIBRO DE LOS ANTEPASADOS»

HUBERT, que de un brinco montó a caballo, llegó como una flecha al mesón. En dos zancadas subió a su cuarto, abrió su maleta y de ella sacó el enorme libraco que ya conocemos y lo tendió sobre la mesa. Se sentó y empezó a hojear la obra con tal fiebre, que le temblaban las manos.

En fin, halló lo que buscaba: el texto de la profecía, cuyos términos recordaba poco más o menos... Volvió la página: vio que faltaba la siguiente... Se golpeó por haber ultrajado aquél libro, por haberlo deteriorado y saqueado como un bárbaro. No sólo le había desprovisto de las joyas que de él hacían el más valioso monumento de la bibliografía ortodoxa resguardada en lo más recóndito de los santuarios, sino que le había arrancado las páginas más sorprendentes, obra del arte paciente de iluminadores y miniaturistas, compradas sin titubear a precio de oro por los bibliófilos extasiados.

¡Ah! ¡Qué página, qué página! ¡Cuánto daría ahora por poseerla!

Súbitamente decidido, pone de nuevo el libro en la maleta, baja sin atender a lo que le decía el mesonero, monta a caballo y a galope, de una tirada, llega a New-Wachter. Allí entra en Telégrafos y redacta la siguiente misiva: «Stevens, anticuario, calle La Boetie, París. ¿Conserva usted la preciosa página, iluminada con caracteres romanchos y ornada de miniaturas, que le vendí?» Firmó y agregó su dirección...

Pasó el resto del día aguardando la respuesta. De vuelta en el mesón, se echó sobre la cama. Lo que pudiera haber sido de Rouletabille, lo que pudiera haberles acontecido a los bohemios, le era en absoluto indiferente... Acabó por cerrar los ojos, pero no pudo dormir.

En fin, al anoecer le llevaron un telegrama, que leyó con avidez y guardó cuidadosamente en el bolsillo. En seguida bajó al vestíbulo.

Allí estaba un viajero recién llegado, que le volvió la espalda, inclinado sobre una maleta, de la que sacaba ropa blanca. Hubert se sentó y golpeó la mesa. El viajero se volvió. ¡Era Juan de Santierne!

Ambos se reconocieron a la vez y encarados se miraron con hostilidad. Juan fue el primero que habló.

—Nos volvemos a ver —dijo en tono del mayor desprecio.

—Sí —replicó con voz apagada—. *¡Nos encontraremos siempre!*

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Rouletabille.

—¡Ah! Juan... por fin llegaste...

—Me parece que no he perdido el tiempo —dijo Juan estrechándole la mano—. ¿Cómo va tu herida?

—Curada...; no hago caso de ella. Es la mejor manera de curarla.

Luego, volviéndose hacia Hubert, dijo:

—Pues bien: en las circunstancias por que atravesamos, es de esperar que esté usted encantado de la llegada del señor de Santierne... Yo en persona le induje a que viniera... Ayer sólo éramos dos. Hoy ya somos tres. Ya pueden andar con ojo los gitanos. Vaya, señores: se trata de salvar a Odette... Les juro a ustedes que no somos demasiados para la tarea. A estrecharse, pues, las manos y que no haya, *por ahora*, otro problema que la salvación de la señorita de Lavardens.

—Sea —dijo Lauriac.

—¿Cómo andamos —preguntó Juan a Rouletabille— en el asunto de Odette?

—Bien. Sólo es preciso ahora que permanezcamos unidos. Nuestra unión es tanto más necesaria cuanto que va a ser forzoso que nos separemos...

—No, yo no te dejo... —dijo Juan.

—Entonces nos será preciso por ahora despedirnos del señor de Lauriac, que sin duda aceptará la misión de pasar la frontera a la zaga de los gitanos sin cesar de vigilarlos. De todas suertes, nos encontraremos en Temesvar.

—¿Puedo saber —preguntó Hubert, inquieto y receloso—, puedo saber qué motivo importante viene precisamente a separarnos cuando parece que usted logró por fin su objeto de reunimos?

—Es preciso que yo dé un pequeño rodeo hasta Innsbruck —insinuó Rouletabille mirando de reojo a Hubert.

Este se estremeció.

—Hasta Innsbruck.

—Sí; espero allí encontrar al corresponsal de nuestro diario, que estuvo destacado precisamente en Temesvar durante la última guerra y podrá darnos

útiles informes e inapreciables avisos...

—¡Qué coincidencia! —exclamó Hubert—; es preciso que yo también dé un pequeño rodeo hasta Innsbruck, y por la razón más baladí: para hacerme con dinero. Debo cobrar allí un cheque...

—Si necesita usted dinero, señor... —empezó a decir Juan.

Pero Hubert le atajó con brusquedad, clavando en él una mirada ardiente de odio inextinguible.

—Guárdese usted su dinero, señor. No quiero deberle nada.

—Vaya, vaya —dijo Rouletabille—. En vista de esto, tomaremos los tres mañana el tren para Innsbruck y no se hable más. Decididamente, reina la confianza entre nosotros —agregó con un buen humor hartamente comprensivo.

—Señor Otto, sírvanos la sopa.

Durante la cena Hubert no despegó los labios, mientras Rouletabille contaba a Juan cuanto le había ocurrido después de haberse separado y le detalló los últimos acontecimientos y su persecución en el bosque. Juan, al oírle, manifestaba febril impaciencia. Atropelló el fin de la cena y los dos jóvenes salieron.

—Vamos a dar una vuelta antes de acostarnos.

Hubert no respondió palabra.

—¡Qué oso! —exclamó Rouletabille.

—Lo que no me explico —murmuró Juan en cuanto se alejaron de Hubert— es que, estando ahora tan cerca de Odette, la sueltes para ir a Innsbruck...

—¡Ah!, quieres que empecemos de nuevo... En primer lugar, no suelto a Odette, porque aún no está en mi mano; pero estoy seguro de que lo esté en Temesvar, y esto debía consolarte. Ahora voy a decirte por qué voy a Innsbruck. Ha dos horas que llegué a New-Wachter..., y al punto averigüé cuanto hizo Hubert durante mi ausencia; pagué a un oficial de Correos para que me copiase el telegrama recibido por nuestro buen amigo; helo aquí...

Juan leyó:

«He vendido página romancha a Nathan, anticuario Innsbruck.—
STEVENS.»

—¿Comprendes ahora? —repuso Rouletabille...

—A fe mía, ni palabra...

—¿No comprendes que aun cuando no hubiéramos nosotros ido a Innsbruck, se hubiera allí personado Hubert?

—Lo que no comprendo es por qué vamos nosotros. ¿Qué importancia tiene una página romancha?

—Cabalmente —asintió Rouletabille—, pero creo que es hora ya de que te percales... ¡Juan! ¿Amas sinceramente a Odette?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Pues bien: vas a saberlo todo.

Y le informó de todo. Cuando supo Juan que no era hija de la señora de Lavardens, sino de una cingara, solamente exclamó: «¡Pobre niña!» Rouletabille le estrechó la mano. Cuando ya no ignoró detalle de la importancia de la tragedia que se estaba representando en aquel momento y cuyo último acto iba a desarrollarse en Sever-Turn, gimió:

—Yo moriré, pero ellos no la retendrán.

De pronto, comprendió la importancia del Libro de los Antepasados y la urgente necesidad de saber qué interesaba tanto a Hubert en aquella página romanca retenida por el anticuario de Innsbruck...

Al día siguiente, ya en la capital del Tirol, mientras Juan y Hubert escogían cuarto en el hotel, Rouletabille se personó en casa de Nathan, cuya tienda estaba sita en el Alstadt (ciudad vieja).

—He sabido, señor, que usted posee un curioso documento romancho.

—Muy curioso, señor, y seguramente uno de los más antiguos que han pasado por mis manos...

El anticuario no opuso dificultad en enseñárselo.

—¿Cuánto quiere usted por él? —preguntó Rouletabille, mientras enrollaba el precioso documento...

—¡Ay!, señor, está ya vendido... por telegrama lo ha recuperado un aficionado a estas cosas...

A Rouletabille se le escapó sin querer una concisa blasfemia, aunque no era ésa su costumbre..., mas ya nada tenía que hacer. A todas sus ofertas contestaba el anticuario siguiendo en la tarea de colocar el documento en su caja...

—¿Podría saber, al menos, lo que quieren decir estos caracteres? —le preguntó.

—No sé leer el romancho.

El repórter, totalmente vencido, regresó en seguida al hotel, donde Juan le esperaba.

—¡Estamos lo mismo! ¿Dónde anda Hubert?

—Me dejó hace unos minutos.

Y cuando su amigo le contó la visita a la tienda del anticuario, repuso:

—Decididamente no tenemos suerte.

La admiración que sentía hacia Rouletabille se redujo a cero.

Al cabo de poco rato, Hubert fue a reunirse con ellos. Traía cara de satisfacción muy expresiva. En el camino, un cazador puso en sus manos una carta. Parróse a leerla. Decía así:

«Desconfíe usted de Rouletabille, que se trae un juego que nadie entiende... Si quiere usted saber más, acuda esta noche, a las diez, a la entrada del Parque de las Rosas.»

La carta era anónima.

Hubert se metió la misiva en el bolsillo.

—Voy a vigilarte, querido joven —murmuró Rouletabille, que tenía pendiente el desquite con Hubert—; voy a vigilarte...

A la hora prevista para la misteriosa cita, Hubert se hallaba ya en la entrada del Parque de las Rosas. Paróse ante él un coche cerrado que andaba lentamente; se bajó la cortinilla de la portezuela y apareció una joven con la faz ligeramente velada. Le hizo una señal, se abrió la portezuela, subió Hubert, y en seguida la portezuela se cerró, se bajó la cortinilla y el coche siguió su camino.

CAPITULO IV

EL ROBO...

¡Ah! ¡Quién contará jamás los cadáveres infaustos que yacen Insepultos en el abismo de sus negros ojos!

ALBERT SAMAIH.

ME pregunta usted quién soy? Todo el mundo le dirá que soy una antigua amiga de Rouletabille. Se ha portado conmigo de modo infame. Me llamo señora de Meyrens.

Calló.

Este nombre produjo gran efecto. ¿Quién no había oído hablar de la señora de Meyrens? Sus casamientos, que fueron otras tantas aventuras trágicas; sus eclipses súbitos, sus reapariciones resonantes y el misterio de su vida ahora, según rumores, puesta al servicio de la alta policía, todo ello había suficientemente intrigado a Europa y llenado numerosas columnas de la prensa para que hasta Hubert, por alejado que viviera del drama mundano, se percatase de la trascendencia de la alianza que se le brindaba. ¡Ah! Sin duda era preferible tener a tal mujer como amiga y no como enemiga.

El coche en que iban aceleró su marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Hubert.

—Donde estaremos tranquilos para charlar.

La señora de Meyrens levantó las cortinillas cuando entraron en una de las calles más transitadas de la ciudad.

El coche paró ante el vestíbulo de un gran establecimiento nocturno, un *dancing-restaurant, music-hall*, que a aquella hora estaba muy concurrido.

Hubert quedó pasmado.

—Entre tanta gente pasa uno inadvertido. Arriba hay cuartos particulares, donde nadie nos estorbará y donde podemos cenar, querido, pues tengo un hambre canina... No he comido desde mi llegada a Innsbruck.

—¿Cuándo llegó usted?

—A la misma hora que usted...; venía en el mismo tren.

La señora de Meyrens impelió a Hubert a precederla, le empujó a través de una compacta muchedumbre que salía de la sala durante el entreacto, después subieron por la escalera y llegaron al pasillo, desde el cual un *maître d'hôtel* les guió hasta un amplio salón, que era al mismo tiempo palco del teatro, desde el cual, sin ser vistos, podían ver cuanto ocurría en la escena y en la sala.

La extraña viajera púsose a sus anchas, se desprendió del manto, se quitó el sombrero, sacudióse los cabellos, se empolvó ante el espejo y encomió en grao manera el primer plato que se le sirvió.

—Perdone usted, querido.

Pidió *champagne*, y mientras lo traían, apuró de un trago una copita de aguardiente de estilo ruso.

Hubert había encendido un cigarrillo y no probaba bocado. Inspirábale enorme interés aquella mujer singular, cuyo raro encanto había ya causado tantas catástrofes. Cuando terminó de pellizcar en todos los platos, ella también encendió su cigarrillo, apoyó los codos sobre la mesa y púsose a mirar con aquellos sus ojos profundos e inquietantes, cuyos párpados estaban recargados de *khôl*. Su fisonomía en reposo tenía cierto aire fatal e implacable que recordaba a Hubert que la señora de Meyrens se paseaba por la vida inseparablemente ligada a dos compañías: al Amor y a la Muerte.

Afortunadamente, él no temía a ninguna de las dos. La señora de Meyrens carecía de motivos para matarle, y además él amaba...

—No es usted hablador —le dijo echándole a las narices una bocanada de humo de tabaco oriental...

—He venido para oírla —replicóle—, y cuanto más miro a usted, más me pregunto por qué vino usted esta mañana precisamente en el mismo tren que nosotros...

—Porque iba en busca de Rouletabille... Supe que el señor de Santierne acudía a reunirse con él... Seguí a Santierne hasta New-Wachter y seguí a todos ustedes desde New-Wachter hasta aquí.

La señora de Meyrens decía todo ello con cierta negligencia, arrastrando las palabras al modo eslavo, en seductora melopea...

Luego empezó a hurgar en el plato rebosante de caza negruzca en dulce...

—¡Pero coma usted!

—Gracias, no me apetece. He comido ya muy bien en el hotel con Santierne y Rouletabiîle. Pero usted, ¿cómo no probó bocado desde nuestra llegada?

—Porque no hice otra cosa que vigilarles a ustedes, que rastrearles. No les quité ojo... Sobre todo a Rouletabille... Usted sabe que en cuanto se apeó voló a casa del anticuario, en donde usted a continuación se personó... Grande debió de ser su interés de llegar antes que usted... No columbro de qué pueda tratarse... pero conozco a mi Rouletabille...

Y con malicia púsose a reír, mostrando sus agudos dientecillos...

—Sé a qué fue —dijo Hubert—... Afortunadamente, comprometí a todo trance por telégrafo la compra del documento...

—Sí, sí; usted, sin darse cuenta, lleva de cabeza a Rouletabille, como él lleva de cabeza a todo el mundo. ¡Oh!, no ha traicionado su nombre; buenas vueltas me hace dar a mí, a mí...

—¿Pues qué le ha hecho?

—Cosas muy fuertes —dijo con voz apagada—... pero... me las pagará... y para pagármelas... será menester...

—¿Qué será menester?

—Si se lo digo, usted mismo me suplicará que me apiade de él...

—Es usted feroz...

—No es eso un secreto para nadie...

De un trago apuró la copa rebosante de champán.

—Ya ve usted; el tunante se ha burlado de mí... Ha jugado con el amor... Yo no gasto nunca bromas con el amor... Lo es todo o nada... Dure lo que dure, no engaño a nadie... Todos saben a qué se exponen conmigo. Sí... se ha portado conmigo como un trapacero. No me amaba... No he de ocultarle a usted nada...; tengo estrechas relaciones con la más encopetada policía...; esto puede servir... puede ser provechoso a todos... le sirvió a él... para robarme mis secretos... secretos horribles..., que es menester que se lleve a la tumba... lo más pronto posible ciertamente... Me ha descubierto... perdido, ante mis jefes superiores... Era yo una potencia... Había de contarse conmigo en toda Europa... hasta los más poderosos... Ese chiquillo me ha puesto en ridículo... Horrible, horrible... Y creí, tonta, que me quería... No, nunca me ha querido... Ama sólo a Odette...

—¡Ah!, no lo he dudado nunca —exclamó Hubert...

—Eso prueba, querido, que no es usted imbécil... ¡Es realmente sensible ver a los tres tan estrechamente unidos para salvar a una señorita que cada uno por su parte codicia! ¡Y cuando uno piensa en la ciega confianza que ha puesto Juan en ese miserable chiquillo!... Cree que Rouletabille trabaja a favor suyo, a favor de Juan; pero Rouletabille, con su traza de buen muchacho, siempre trabajó en provecho propio... Ha jurado que Odette será su mujer... pero yo... he jurado también vengarme... Querido, ¿quiere usted ayudarme? Le tendrá a usted cuenta, se lo aseguro... Odette no llegará a ser quizás la mujer de Juan... pero no lo será tampoco de Rouletabille... ¿Usted la desea, señor de Lauriac? Pues yo se la entrego.

—Señora —dijo Lauriac tendiéndole la mano—, acepto... Acepto, más bien que a Odette, la alianza que usted me propone en estos difíciles momentos... Puede serme valiosa, pues, en efecto, Rouletabille es un formidable adversario... Pero tranquilícese: en cuanto a la señorita de Lavardens... *no puede escapárseme...*

—Quiero creerle a usted —repuso la señora de Meyrens completamente escéptica—... pero ¿no se forja usted alguna ilusión?

—Ninguna...

—¿Y qué le da a usted tanta confianza en sí misma?

—¡Ah, eso es! Usted indaga todos mis secretos y yo aún no le he preguntado nada... No es usted confiado, señor de Lauriac... Veamos, ¿qué desea usted saber?

—Lo siguiente: ¿Tiene usted pruebas de la doblez de Rouletabille respecto a su amigo Juan? ¿Y respecto de la señorita de Lavardens?

—Más... Tengo más... Tengo las pruebas de la inteligencia completa de la señorita de Lavardens con Rouletabille...

—No es posible —exclamó Hubert levantándose—... ¿Pruebas irrefutables?

—Pruebas terribles.

CAPITULO V

DOS CÓMPLICES

EN aquel momento entró el *maitre d'hotel* y anunció en alemán que iban a empezar las danzas. «La nueva Loie Fuller nacional»; pero nuestros dos compadres se rieron un poco de lo que pasaba en escena. La señora de Meyrens pidió licores y, en cuanto se los trajeron, corrió el cerrojo. Luego sacó del seno una especie de bolsa en forma de cartera, en que guardaba, al parecer, inapreciables documentos, y fue a sentarse al lado de Lauriac...

—¿Ve usted estas dos cartas? —dijo sacándolas de la bolsita—. Son concisas... pero en cuanto usted las lea, no dudará ya más.

—¿De quién son?

—De Odette...

—¿Puedo preguntar cómo se ha hecho usted con ellas?

—Indudablemente; me he hecho con ellas del modo más sencillo. Las he robado. Sí..., en la propia casa de Rouletabille... un día en que acababan de saquearle... entonces me dije que si advertía la desaparición, seguramente la achacaría al saqueo; pero no pensó en estas cartas que tenía revueltas, con otras de carácter íntimo, en un cajón reservado que yo conocía y los saqueadores no descubrieron... Cree aún seguramente que están allí...

Y le endilgó las cartas...

Al cogerlas temblaba la mano de Hubert. Eran dos hojitas muy finas de papel con las iniciales de Odette grabadas juntamente con un facsímil del Viei Castou-Nou.

Nunca Hubert recibió cartas como aquéllas... Y he aquí que leyó... en primer lugar la de fecha más antigua:

«Mi querido Zo: He contado una historia a papá... y mañana emprendo el viaje y pasado estaré en París. No podía aguantar más... Me era preciso ver a

mi querido Zo. Nadie lo sabrá... Ante todo, no acuda a la estación a recibirme... ¡Misterio y discreción! Haga el vacío en torno suyo, *¡y que Juan nunca lo sepa!*... Su Odette, que sólo en usted tiene confianza... ¡Ah!, *a ese Juan le odio...*»

—¡Ah, ah! —exclamó Hubert enjugándose el sudor de la frente—... Esto ya me parece definitivo y concuerda en todo con la confidencia que me hizo últimamente un moribundo...

—¿Un moribundo? —preguntó la señora de Meyrens—

—Sí, el propio criado de Rouletabille...

—¡Olajai! ¡Desconfíe usted de Olajai! Por Rouletabille es capaz de dejarse quemar...

—*Ya le quemaron*, señora —repuso Hubert con maligna sonrisa—. Sí, el desgraciado mozo tuvo sus contratiempos... Se fue de Francia con la cuadrilla de gitanos que se llevaba a Odette, y éstos, persuadidos de que era cómplice de su amo, precisamente del que los perseguía, le quemaron un poco la planta de los pies. En ese estado le hallé yo. Como había también recibido unas cuantas puñaladas, tuve la fortuna de llegar a él antes que expirara. Y hubiera sentido su muerte, pues me dijo cosas muy interesantes: entre otras, que la señorita de Lavardens había ido recientemente a París, a casa de su amo. Por lo demás, este viaje concuerda con la fuga de Odette días antes del drama y la despedida de la vieja aya que la había acompañado y nada sabía rehusar a su dueña.

—Ya ve usted que todo se encadena —expuso la señora de Meyrens ofreciendo un cigarrillo a Lauriac, que en su emoción había dejado apagar el suyo.

—¡Sí; todo se encadena! Pero, igualmente, estaba muy lejos de creer que tuviera tal significación la visita de Odette a Rouletabille... Pensé que Santierne nunca ignoró esta visita, y que tan singular viaje se fraguó de acuerdo con él y quizás por él.

—Cómo se cae en el engaño...

—Vista esta carta, tiene usted razón; ya no puedo dudar.

—Lea la otra.

La segunda carta, igualmente concisa, tenía, por lo menos, tanto valor como la primera:

«Mi querido Zo: Llegué bien. Papá puso en duda algunas cosas... Acabó por obligar a “mamá” a que hablase. Hubo una escena terrible y la ha despedido... He llorado mucho, pero *nada me pesa*. Sólo mi querido Zo puede consolarme. Y espero que pronto... *Las horas felices volverán...*»

—Basta, basta —susurró Hubert, desabrochándose el cuello postizo.

Estaba congestionado. De un trago apuró un gran vaso de agua. Ahora detestaba a Rouletabille más que a Juan.

—Pues bien —dijo devolviendo las cartas a la señora de Meyrens, que se las reclamó y que con todo cuidado guardó en el seno—. Pues bien; una cosa le digo, y es que ni el uno ni el otro la poseerán... y voy a demostrárselo...

—¡Ah! La confianza renace entre nosotros.

—Nos enzarzamos en la partida. Nos guía el mismo interés. Una mujer como usted y un hombre como yo deben fatalmente triunfar... Y tanto más cuanto que la partida está ya medio ganada —declaró Hubert, sacando de un bolsillo interior del traje un pergamino cuidadosamente doblado.

—Quizás no ignore usted, señora, que el interés de los gitanos por la señorita de Lavardens obedece a que quieren convertirla en su reina.

—Sí; la historia empieza a divulgarse por todo el mundo; pero ¿por qué a la señorita de Lavardens?

—Porque ha nacido con las circunstancias previstas por el «Libro de los Antepasados»: de una princesa de Sever-Turn y de un noble extranjero, que no es otro sino el señor de Lavardens.

—¡Muy interesante! —dijo la señora de Meyrens, que no perdía palabra de cuanto le decía Hubert—; pero no veo qué encierra ello para usted.

—Pues bien, va usted a saberlo. En el Libro de los Antepasados falta una página, la página que sigue a la profecía, y esa página estaba en poder del anticuario, en cuya casa me vio usted entrar hace poco...

—Y en la que vi entrar antes a Rouletabille...

—Exacto... Esa página está ahora en mi poder.

—Es magnífica; lástima que la haya usted doblado —observó la señora de Meyrens, que era una artista y sabía apreciar todo lo bello.

—¡Ay!, no me es posible llevarla con un marco; sería molesto y poco discreto; pero así como va hará su papel; y además, para mayor seguridad, esta noche me la coseré en el traje.

—¿Qué dice esa página? ¿Conoce usted el romanche?

—Sí; y voy a traducírsela.

La señora de Meyrens fue a echar el cerrojo, mientras Hubert cerraba las dos hojas de la ventana recayente al palco.

La sala estaba en aquel momento sumida en obscuridad, y la nueva discípula de la Loie Fuller, envuelta en luz, pergeñaba flores, que eran llamaradas, entre las cuales corrían los dos tallos de sus piernas desnudas, arreboladas por voluptuoso torbellino.

Hubert volvió al lado de la señora de Meyrens en el preciso instante en que se iluminaba de nuevo la sala y una tempestad de aplausos conmovía hasta los cimientos del teatro. Y en medio de aquel estrépito que sacudía las vidrieras, Hubert tradujo al oído de la señora de Meyrens el texto romancho arrancado al Libro de los Antepasados.

Hubert podía permanecer tranquilo; sólo la señora de Meyrens podía oírle. Y podía estar también satisfecho del efecto producido.

—Ahora sí que comprendo —exclamó radiante de gozo—. Sí, comprendo... Gracias, gracias, querido...

Hubert aún le dijo unas palabras al oído. La señora de Meyrens movió la cabeza en señal de asentimiento y él se guardó el documento.

Un cuarto de hora después abandonaron aquel lugar de esparcimiento, en donde tan bien les fue a uno y a otro en sus respectivos negocios. Súbitamente, la señora de Meyrens preguntó recelosa:

—Pero ¿cómo supo Rouletabille que usted había ido a Innsbruck a casa del anticuario?

—A fe mía que no lo sé.

—Pero él siempre lo sabe todo.

—Si; parece increíble.

—Le repito a usted que no se fíe. El sabe que usted lleva consigo ese documento. Sin conocer el sentido, pues pidió al anticuario que se lo tradujese, sabe que esa hoja tiene para usted enorme importancia. Hará todo lo imaginable para quitársela a usted.

—Me la incrustaré en la piel.

El coche que los había traído aguardaba a la señora de Meyrens frente al vestíbulo del *music-hall*. La señora se despidió de Hubert diciéndole en voz alta:

—*Allá abajo nos encontraremos.*

Se estrecharon la mano y el coche se alejó.

Hubert se fue a pie al hotel, pensando en lo que acababa de ocurrir y seguro de no haber perdido la velada. No advirtió que una sombra le seguía.

La sombra era Juan.

* * *

Tomemos los sucesos de más arriba, o mejor, narrémoslos como se desarrollaron horas antes, valiéndonos para ello del cuaderno de Rouletabille.

Rouletabille y Juan no cesaron de espiar a Hubert. Inquietos se preguntaban qué sería aquella carta que le enviaron al hotel, al cual sólo se decidieron a ir a última hora.

—Quizás fuese una carta del anticuario —insinuó Santierne.

—Eso es lo que hay que comprobar —respondió Rouletabille—. Mientras, voy a preguntar al botones.

Este le dijo que la carta recibida por el señor de Lauriac la trajo un recadero que no conocía.

Mientras el repórter quedó en el hotel espiando a Hubert, Juan se dirigió a casa del anticuario, le interrogó hábilmente y se percató de que no era él quien había escrito la carta. Volvió al hotel. Rouletabille le dijo:

—Hubert no ha salido del cuarto. Parece que está muy febril y desasosegado. Ha leído muchas veces la carta misteriosa.

En esto Hubert salió del cuarto y les propuso dar un paseo. Fuéronse, pues, juntos a visitar la antigua ciudad, a admirar los vetustos y abigarrados edificios de color amarillo, verde, rosa y azul con ventanas saledizas; a extasiarse ante el célebre mausoleo de Maximiliano I en la iglesia de los Franciscanos, y luego emprendieron el regreso al hotel.

De vez en cuando, Rouletabille entraba en algunas tiendas para realizar algunas compras, pues desde el accidente del tren carecía de todo, por haber descuidado Andrés y Calixta de arrojar al repórter su maleta por la ventanilla.

Comieron juntos muy copiosamente, olvidados en apariencia de todas sus preocupaciones.

Después de comer, Hubert escribió una larga carta que fue a echar en Correos. Rouletabille y Juan le acompañaron.

El repórter dijo a Juan:

—Daría cualquier cosa por saber qué dice esta carta. Toma demasiadas precauciones. Debe de ser la respuesta a la que recibió ha poco.

A las nueve Hubert expuso que estaba molido, que tenía «sueño retrasado» y que iba a ver «si lo cogía». Se encerró en su cuarto. Un cuarto de hora después se le oyó roncar.

Juan sólo estaba separado de Hubert por un tabique. El cuarto de Rouletabille estaba sito frontero al de Juan en la otra parte del pasillo. Desde él podía el repórter espiar las dos puertas. En esto, al oír roncar a Hubert, creyó poder decir a Juan que la jornada había terminado.

No era éste el parecer de Juan.

—Puede muy bien ocurrir que simule el sueño.

—Pues bien, cuando ya no ronque, vienes a avisarme.

Y entró en su cuarto.

Juan se descalzó con estrépito, se arrojó sobre la cama, haciendo crujir el colchón de muelles, y luego calzóse muy quedamente y esperó los acontecimientos.

Instantes después cesaron los ronquidos y se entreabrió una puerta.

—Decididamente Rouletabille es el que baja —se dijo Juan, y, ufano de adivinar el trance, no se molestó en comprobar que era Hubert el que salía de su cuarto con el menor ruido posible, y era el que bajaba la escalera.

Juan salió a su vez, abrió bruscamente la puerta del cuarto de Rouletabille, que estaba en camisa, y le espetó estas palabras:

—Hubert se escabulle; voy a asegurarle.

Luego, sin esperar contestación, se lanzó tras los pasos de Lauriac, el cual aún no había tenido tiempo de salir del hotel. Así le siguió sin ser advertido hasta el Parque de las Rosas. Y así vio llegar, un cuarto de hora después, el coche en el cual subió Hubert.

Juan columbró una silueta de mujer, y se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo en husmear una cita amorosa que para nada le interesaba. Pero reflexivamente pensó que el talante de Hubert en aquellas circunstancias no era a propósito para «correrla», como vulgarmente se dice, y apresuró el paso tras el coche, que lentamente se alejaba.

Otro coche vacío tras él venía; lo paró y recomendó al cochero (al cual prometió copiosa propina) que no quitase ojo del simón que les precedía... Así llegó cerca del *music-hall* y logró ver cómo entraron en él Hubert y la misteriosa desconocida.

Esta había bajado su velo, pero Juan, desde que reparó en la silueta, ya no se engañó.

—*El Pulpo* —se dijo—, es *El Pulpo*.

Se confundió entre la muchedumbre tras ellos.

Les vio subir a los cuartos reservados, y decidió esperarles «para cerciorarse».

Los vio otra vez a la salida. Sí; ¡era ella!

Presenció sus despedidas y se dispuso a seguir a Hubert, cuando el coche se alejó a uña de caballo.

—Los miserables... —se dijo Juan—, ¿qué es lo que maquinan juntos? ¡*El Pupo* aquí y con Hubert! He aquí porque Lauriac quiso venir a Innsbruck. Estaba citado con *El Pulpo*. ¡Y Rouletabille que no sospecha nada!

Hubert andaba lentamente, fumándose un gran cigarro.

—Quizás no vaya al hotel —se dijo Juan—, y el sitio adonde se dirija puede quizás darnos mucha y preciosa luz en ello.

Pero después de dar algunas vueltas por oscuras callejas, como si se hubiera extraviado, Hubert entró en el hotel. Cuando se encerró en su cuarto, Juan de un brinco se plantó en el de Rouletabille.

Le halló mirándose embelesado con el pijama que acababa de comprar y haciendo ante la luna del armario gimnasia respiratoria.

—¡Ah!, ¡tú aquí! —le dijo el repórter al ver a Juan—. ¡Dios mío!, traes el semblante descompuesto... ¿Qué ocurre?

—¿No sabes quién está aquí?

—No, a fe mía.

—*El Pulpo*.

—¡Hem!

—*El Pulpo*. Te digo que *El Pulpo* está aquí...

—Pero... no es posible... o es pura casualidad. A la postre, no tenemos por qué emocionarnos... ¿qué quieres que nos haga?

—Pregúntaselo a Hubert, con el cual ha tenido una cita esta noche en el Parque de las Rosas, y con el cual ha permanecido cerca de dos horas.

—Esto es más grave —dijo Rouletabille, que había interrumpido el ejercicio gimnástico—; sí, esto es más grave... pues no conocía esa señora a Lauriac, y claro está, no se citaron para charlar de frivolidades...

Pensativo, púsose a rellenar la pipa, como era en él costumbre hacer cuando alguna idea le obsesionaba. Henchíala, henchíala... indefinidamente... hasta que viese claro en el trance...; entonces la encendía y, como él solía decir, tenía *el humo jovial*..., pero aquella noche no encendió su pipa.

—Sí, no ando muy bien con *El Pulpo* —acabó diciendo—. Ya sabes que no fue de amigos la despedida...

—Te digo que esa mujer te perderá, como ha perdido a muchos. Ya te lo he avisado bastante...

—Entretanto no perdamos el tiempo en frívolas charlas —interrumpió Rouletabille—. Cosa mejor hemos de hacer esta noche...

—¿Qué?

—Dormir...

—¡He ahí todos tus descubrimientos! Cuando pienso en que estabas probándote el pijama mientras Hubert y esta mujer están urdiendo contra nosotros algún terrible contratiempo...

—Querido, no me hagas más tonto de lo que soy. Esto acaba ya siendo molesto... He de decirte que, cuando me anunciaste que Hubert había salido del cuarto, quedé encantado. Tú fuiste tras él; por esta parte estaba tranquilo, y a fe mía no hubiera hecho cosa mejor que tú. Durante nuestra ausencia, antes de hacer gimnasia respiratoria envuelto en mi pijama, visité el cuarto de Hubert.

—¿Tenías, pues, la llave?

—No; pero un rata, amigo mío, me enseñó a abrir las puertas sin llave. Visité, pues, el cuarto de Hubert, husméé en su equipaje, en su maletín, por todas partes, busqué el documento romancho, sin dar con él, naturalmente, pues no debe de abandonarlo un solo momento... Pero volví a repasar el *Libro de los Antepasados*, lo cual es siempre muy instructivo, aunque no se comprende una sola palabra de las allí escritas.

—Ese *Libro de los Antepasados*, de que no cesas de hablarme, si es inapreciable para Hubert, debe de serlo igualmente para nosotros. Hubo un tiempo, no olvidado por mí, en que no hubieras titubeado, dado el personaje que tenemos enfrente, en...

—Di la palabra; en robarlo.

—O mejor dicho... en sacárselo como prestado, en quitárselo, para devolvérselo cuando ya no te hiciera falta...

—Tus fórmulas rebosan delicadeza... Tranquilízate: el Rouletabille de hoy vale tanto como el de ayer... Pero este libro ha venido a sernos tan útil como lo es para Hubert, que no lo ignora, y además resulta peligroso...; tanto que prefiero esté en su maleta que no en la nuestra...

—¡Explícate!

—Es forzoso que me explique, pues aún no lo has entendido. Sígueme, apoyándote como yo en la contera de la razón. Cuando Hubert salió para Sever-Turn con el precioso libraco, esperaba alcanzar la recompensa ofrecida al que lo presentase. En su espíritu acariciaba la idea de lograr la intervención del Patriarca en favor de la liberación de Odette..., pero en el camino se enteró de que se festejaba a Odette como princesita cingara, e iba a ser proclamada reina... ¡Ya no esperó nada del libro! ¡Se le daría cuanto pidiese, menos a Odette! Así, pues, a marchas forzadas, se dirige hacia Odette para intentar con sus propios medios libertarla.

—¡Y con el auxilio de *El Pulpo*...!— exclamó Juan—. Vas a ver cómo los dos se entienden para quitárnosla en nuestras propias narices, ante nuestras propias barbas.

—Olvidas que somos imberbes, y que yo tengo una nariz de perro de caza. Y ahora, dime: ¿no has oído siquiera una palabra de cuanto se han dicho?

—Sí; al despedirse, dijo a Hubert: *Allá bajo nos encontraremos.*

—Allá bajo, claro está, en Sever-Turn. Entretanto, tomaremos el tren mañana por la mañana para Temesvar-Pesth, y veremos si *El Pulpo* nos sigue hasta allí.

—Pero Odette no habrá aún llegado.

—Naturalmente, pero la esperaremos. Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, Rouletabille... Mala jornada...

—¡Uf! ¡uf! —murmuró Rouletabille.

CAPITULO VI

Dices que necesito mandrágoras
Para acortar las horas, cuyo hastío me devora.

SHAKESPEARE.

Los bohemios acababan de levantar el campo de los alrededores de Temesvar-Pesth. Atardecía; negros nubarrones se corrían por las cimas de las montañas y el bosque sombrío oscilaba desde sus raíces. Nunca Odette estuvo tan triste, tan desesperada. Con la frente pegada al cristal de aquella pequeña choza rodante, ¿qué ensueños dormían en sus ojos? ¿Quién provocaba aquellos murmullos del bosque de abetos? ¿A qué el resonante gemido de la Naturaleza, si no era un lamento por su desgracia?

¡Tantos y tantos días arrastrada hacia un misterioso destino! ¡Tantos y tantos días retenida como prisionera!

¿Escapará un día a aquella horda que la rodea y de día en día acrecida conforme caminan hacia Oriente?

¿Escapará alguna vez de los brazos de la vieja Zina, cuyos besos le horrorizan ahora? ¡Ah! ¡Pronto, un caballo! ¡Si pudiese robar un caballo! ¡Como alado grifo se lanzaría fuera del bosque, se libraría de aquella pesadilla, volvería a ver las fronteras y las áureas llanuras de su Provenza!

Bastante ha oído ya la voz lúgubre del viento en el ramaje y hartos visto aquellos rostros maldecidos al resplandor de las hogueras de la noche... Era para taparse ojos y oídos... Por lo pronto, preferiría la muerte... Rouletabille no ha acudido... El mismo Juan la ha abandonado...

La puerta del carromato se abre... ¿Quién es? ¿Qué más quiere la vieja Zina, la puerca viejecita y amable bruja? ¡Trae en un puchero descascarillado humeante sopa! ¡Que se la guarde! ¡Que guarde aquella abominable bazofia!

—Vete, Zina; vete, o te pego. No quiero comer.

—¡Ay! —dice llorosa Zina—. ¡Dos días ya que no pruebas bocado!

—Tuya es la culpa, desplumado mochuelo. ¡Me traes comida de carreteros! Lleva esa tu obra maestra a los que van detrás de los chirriones por los caminos... ¡Aguarda! Suco se dará con ella un banquete.

—¡Reina mía, mi *queyra!* Te haré lo que quieras. ¿Qué quieres comer? ¿Quieres un tazón de leche fresca?

—Tu leche es una porquería; tu leche es negra como tus garras... ¿Lo oyes, maldecida? No comeré sino de los platos que tú sabes hacer, porque sabes aderezar muy buena comida... cuando quieres...

—Habla, regalo de Dios...

—Pues bien: prepárame las auténticas viandas del sábado, la comida de esas hierbas que tú sabes encontrar, puerca y amable bruja... de esas hierbas que hacen olvidar, que adormecen para siempre.

—Lograrás que muera...

—Revienta de una vez.

Y prorrumpió en sollozos de rabia, echándose sobre el camastro guarnecido de encajes. Zina, enloquecida, quiso acercarse y salió mal librada, pues recibió una fuerte coz que hizo rodar fuera del carromato a la vieja, al puchero y la bazofia...

A la misma hora, poco o más menos, un joven que vestía terno a cuadros y tocaba la cabeza con un casquete, se detenía ante una casa de Temesvar-Pesth, sobre cuya puerta con cancela estaba izada una bandera; guardaba aquella puerta un guardia de Seguridad, que quiso impedir la entrada al joven.

A la discusión entablada en un principio, siguió el atropello; el joven pasó, gritó el guardia y ambos llegaron al mismo tiempo a una salita maloliente, en la cual, detrás de una mesa, estaba sentador un empleado:

—¿Qué significa esto, señor?

—Señor, soy José Rouletabille...

—Aunque fuera usted el Papa, no le dejaría entrar en mi casa con ese desahogo.

—¡Oh!, bien sé que al Papa no se lo permitiría, señor. Pero yo no soy el Papa. Ya le he dicho que soy José Rouletabille y entro como puedo.

—¿Rouletabille? No le conozco.

—Es usted el único que no me conoce, señor.

—En fin, ¿qué quiere usted?

—Necesito la intervención de usted para libertar a una joven. Y como urge el asunto, perdóneme usted si...

—Queda usted perdonado... ¿De qué se trata?

—De un asunto de gitanos.

—¡Ah, ah! —dijo el empleado sentándose de nuevo—. ¡De gitanos! Esto es grave.

—Es grave para la joven a quien han raptado, señor, pero no para usted, a quien basta decir una palabra, tomar una actitud... ¿Ha oído usted hablar del rapto de la señorita de Lavardens por una cuadrilla de gitanos? Todos los diarios han relatado el suceso.

—Sí, señor; estoy enterado. Parece ser que los cingaros recuperaron en la persona de la señorita de Lavardens a la princesita que *se les robó* siendo muy niña...

—Hem —exclamé Rouletabille un poco sofocado—. ¿Dice usted que *se les robó*?

—Por Dios, ése parece el cariz del suceso... Recientemente he mantenido a este propósito conversaciones con el cónsul de Transbalcania, pues ha sido, en efecto, muy sonado el acontecimiento en estas comarcas por nuestra vecindad con el patriarcado, y el cónsul me ha dicho que esa señorita era cingara y princesa y precisamente va a ser proclamada uno de estos días reina de los romanchos... No me engaño...

—Señor —dijo ya enfadado Rouletabille, que a duras penas podía contener su indignación—; señor, ¿le ha dicho el cónsul de Transbalcania que esa princesita *fue raptada por su padre*?

—Sí, señor.

—¿Y a eso llama usted robo?

—Le diré, señor; eso a mí me tiene sin cuidado. Es el cónsul de Transbalcania el que lo llama «robo», y al parecer no sin fundamento...

—¡Ah!, explíquese...

—Me ha enseñado textos que determinan que una princesa cingara es siempre cingara, ocurra lo que ocurra, y si nace en el patriarcado no puede salir sin autorización del patriarca...

—De lo cual resulta...

—De lo cual resulta que el señor de Lavardens pagó mal la hospitalidad que le otorgaron en Sever-Turn...

—¡Al robar una princesa cingara! —exclamó colérico Rouletabille—. ¡El señor de Lavardens es el ladrón!

—Esa palabra es muy fuerte, señor...

—Y los bohemios, al robar a su vez la señorita de Lavardens, ¿recuperaron lo suyo? Dígalo...

—Dígolo, señor, ya que usted me lo ruega y porque así lo pienso.

—¿Y, por tanto, usted se niega a intervenir?

—Señor, se lo ruego, no me haga responsable de nada... Tengo órdenes terminantes... Hemos de evitar todo choque con el patriarcado de Transbalcania...

—Pero, señor, eso es abominable...

—No, señor; es política.

Y el empleado se levantó en señal de dar por terminada la entrevista.

Entonces Rouletabille prorrumpió en carcajadas. Le era forzoso estallar de algún modo para no perecer asfixiado.

—Pues bien, señor, no me anonada usted. No es la primera vez que solicito la intervención de la autoridad. Sepa usted que estos cingaros que llevan secuestrada a la señorita de Lavardens han asesinado a mi criado. He de decirle a usted que mi criado era cingaro de pura raza. Quise que las autoridades de aquel municipio practicasen diligencias y ordenasen detener e interrogasen a las bandas que atraviesan el país. ¿Sabe usted lo que me respondieron? «¿Cómo? ¿Detener las bandas que atraviesan el país? ¡Si les daríamos una prima para que se fuesen más pronto! En cuanto a su criado tan maltrecho... ¡bah!, riña de gitanos. No nos concierne.» Y usted, a su vez, me responde: «¿La señorita de Lavardens? Asunto de gitanos; no nos concierne.» ¡Ah!, mal harán los gitanos en enfadarse, señor... Son los verdaderos reyes de la tierra... Bueno, pues, señor, prescindiré de usted... Prescindiré de todo el mundo. ¡Obraré solo!

CAPITULO VII

NO TE APURES

(Sabiduría de las Naciones.)

LEGADOS días antes que los bohemios, según el nuevo plan de Rouletabille, que consistía no en seguirlos, sino en precederlos, nuestros tres mozos dedicaron el tiempo de espera en inspeccionar el país. En las comarcas en que suelen detenerse antes de la etapa final las caravanas que van a Sever-Turn o vuelven, las autoridades locales habían designado desde remota fecha los parajes, alejados de los centros urbanos, en los que los nómadas podían acampar, parar las carretas y levantar las tiendas.

Así, pues, les fue fácil a Rouletabille, a Juan y a Hubert estudiar las más leves sinuosidades del terreno y de antemano idear el partido que podrían sacar.

La sociedad se mantenía incólume, pero conforme el momento crítico se acercaba, crecía la desconfianza mutua en la pequeña comunidad. Juan hasta columbraba en la conducta de Rouletabille puntos oscuros, que sin cesar le desasosegaban. ¿A qué se obstinó, por ejemplo, desde un principio en querer obrar aisladamente, sin el apoyo que podrían prestarles las autoridades locales? ¿Por qué compartía respecto de esto el parecer de Hubert, partidario, por razones que ambos conocían, de mezclar el menor número posible de personas en aquella aventura, de la cual, al cabo, esperaba aprovecharse solo, por la astucia o por la fuerza?

Rouletabille había expuesto a Juan algunas razones basadas en la indiferencia de las autoridades o en su resistencia a intervenir en asuntos peculiares de los nómadas..., pero Juan no las estimó concluyentes.

Así decía con insistencia:

—Tú representas a uno de los primeros diarios del mundo; tú eres Rouletabille, una fuerza hartamente conocida, con la que todos han de contar... ¡En un asunto tan resonante, se te ha de escuchar! En todo caso es inadmisibles que, disponiendo del arma omnipotente de la prensa, no intentes nada por este lado. Si fracasamos por obrar aislados, cargarás con una gran responsabilidad.

—Está bien —acabó respondiendo Rouletabille—; ya que te empeñas, iré a ver a las autoridades. Pero entonces será inútil celar nuestra personalidad; se sabrá que estoy aquí. Repara en que los cíngaros, sobre todo en estos momentos, tienen espías en el lugar; yo soy el blanco, y sabes por qué. Inmediatamente recibirían el soplo...

—No hablemos más... Ya comprendo... Tiene razón de ser tu prudencia...

—Ea... —advirtió Rouletabille ya enfadado—. ¿Crees que soy prudente por mi persona? ¿Crees que tengo miedo?

—Cálmate, Rouletabille; no he dicho eso.

—Pero quizás lo hayas pensado... ¡Qué diablo! Es tu modo de proceder.

Así, en estas condiciones, fue como Rouletabille se presentó al jefe de Policía de Temesvar, vestido con su traje habitual, especie de uniforme peculiarmente suyo, para demostrar que no tenía miedo...

Realmente no esperó cosa buena de aquel paso y ya sabemos cómo no salió frustrada su sospecha. No quiso darle sino después de la llegada y acampamento de los bohemios, y después de cerciorarse de la presencia de Odette con su Zina, Andrés y Calixta, y de toda la banda, que constituía una especie de real cortejo. Ahora era preciso no dejar a nadie espacio para prevenirles. Al día siguiente, por la mañana, sería quizás demasiado tarde; los gitanos se enterarían de lo ocurrido en el despacho del jefe de Policía y seguramente tomarían sus precauciones.

Al salir de Temesvar-Pesth (que no hay que confundir con la plaza fuerte de Temesvar, en la orilla derecha de la Bega; Temesvar-Pest es una antigua y pequeña ciudad sita en la meseta que domina al Danubio, frente a Puertas de Hierro; cerca de allí está el desfiladero que a través de los Alpes de Transilvania, entre Servia y Rumanía, se enlaza con las primeras estribaciones de los Balcanes, detrás de los cuales se explaya Sever-Turn y el Patriarcado de Transbalcania); al salir, pues, de Temesvar-Pest, lanzó su caballo a galope a través de la puerta, camino del mesón en que los tres mozos establecieron su cuartel general. Era aquél el mismo mesón en que se detuvo Hubert

recientemente con el cingaro que venía de Sever-Turn, y el cual le habló por primera vez de la *queyra*.

En este momento daba Juan la última ojeada a los dos caballos que estaban atados a la puerta de la sala común... Los tres socios habían comprado tres hermosos potros, llenos de nervio, capaces de aguantar largo esfuerzo y veloces como el viento. Prefirieron esto a comprar un auto en un país en que las pocas carreteras construidas están mal conservadas, y a mayor abundamiento, porque quizás habrían de moverse en los contiguos Balcanes, y en ellos, ante el primer obstáculo, no hubieran podido seguir adelante. En fin, con esta combinación podían a cada minuto, según las exigencias del momento, «trabajar» conjuntamente, o bien separarse para reunirse en seguida, según lo pidiera el interés de todos.

Después de comprobar que se había echado el pienso a los potros, Juan entró en la sala común, vacía a la sazón. Casi al mismo tiempo se abrió una puerta recayente a la escalera y entró un hombre que Juan, de pronto, no reconoció, y tomó por cingaro...

Iba realmente vestido, poco más o menos, como Andrés, con armas al cinto y ancho pantalón enfundado en polainas; negro mostacho de enormes guías ornaba su atezado rostro. Era Hubert, y se echó a reír.

—Ea, señor de Santierne, ¿cómo me encuentra usted?

—Muy bien disfrazado. ¿Qué se propone?

Hubert se sentó, encendió un cigarrillo, cruzó las piernas y dijo:

—Soy de ustedes el único que habla romanche, el único que puede acercarse a Odette. Me creerán de la raza... Tenga confianza.

Juan se puso rojo como la grana al oír «soy el único de ustedes que puede acercarse a Odette». Miró ferozmente a aquel hombre que parecía escarnecerle y dijo:

—Lo malo es que no tengo confianza alguna en usted, señor de Lauriac.

—Hace usted mal —subrayó Hubert sin alterarse—. Realmente trabajo en provecho mío al querer salvar a Odette; pero no tema usted... no me casaré con ella por la fuerza... Además son ustedes dos para impedírmelo, si es preciso... Obre usted, pues, o más bien déjeme obrar, como si tuviera usted confianza en mi señor de Santierne...

—No tengo confianza en usted —repuso Juan—, y voy a decirle por qué..., pues es ya precisa una explicación entre nosotros...

—¡Ah!, ¿lo cree usted? A mí no me urge..., podríamos aplazarla para luego.

—Señor de Lauriac..., usted quiere traicionarnos..., pero no lo logrará usted... Le seguí a usted la otra noche en Innsbruck.

Hubert no pudo disimular un gesto. Se repuso, sin embargo, al punto, y empezó a sonreír...

Juan siguió diciendo:

—Le he visto a usted con la señora de Meyrens.

Y luego repuso Hubert con presteza, volviéndose hacia Juan, y clavando en sus ojos la mirada:

—La señora de Meyrens es la peor enemiga mía y la peor de Rouletabille...

—¡Ah!, sí que es raro... Yo creí que era sólo enemiga de Rouletabille...

—Debió bastar esto, señor, para no acudir, en las circunstancias que arrostramos, a la cita que le propuso.

—Escuche, señor de Santierne —replicó Hubert cada vez más tranquilo—. Yo no conocía a esta señora, y le juro por la cabeza de la señorita de Lavardens, tan cara para mí, al menos, como para usted, que yo no sabía que esa señora estuviese en Innsbruck. Les siguió a ustedes desde su salida de Francia, segura de dar con Rouletabille, al cual, en efecto, detesta, según me dijo, y me propuso una cita en Innsbruck para leerme una carta que realmente me ha sorprendido...

—¿Y qué? —preguntó Juan conmovido por el acento de sinceridad de su interlocutor.

—Pues, naturalmente, me picó la curiosidad de saber lo que había de comunicarme la desconocida.

—La conversación debió de ser interesante —dijo Juan con sorna.

—Muy interesante —recalcó Hubert con feroz sonrisa—. La señora de Meyrens sólo quería comunicarme que en este asunto el amigo de usted, Rouletabille, no trabajaba ni por usted ni por mí, naturalmente..., sino en provecho propio... ¡Ama a Odette!

Juan palideció.

—Eso es una infame mentira —profirió con voz enronquecida.

—Eso, poco más o menos, le repliqué yo también...

—Lo dudo, señor —expuso Juan, que mal contenía la cólera que ya corría por su sangre—... Lo dudo, porque si no recuerdo mal, en el proceso que estuvo a punto de serle fatal, si no hubiera demostrado su inocencia la persona que ahora usted acusa, declaró usted cosas que a poco infiltran en mi espíritu la duda de la buena fe y de la sincera amistad de Rouletabille...

¡Afortunadamente, ha tiempo que conozco su alma y le creo incapaz de semejante traición!...

—La situación excepcional en que me hallaba —replicó Hubert, cuya sangre fría contrastaba con el desasosiego creciente de su interlocutor— pudo inducirme a declarar cosas cuyo alcance no medí bien: era víctima de todos ustedes... y la injusticia que pesaba sobre mí, particularmente la proveniente de ustedes, señor, dio pie a declaraciones mías que seguramente no iban a serles agradables... De esto a acusar a Rouletabille media un abismo..., pero la señora de Meyrens sí que le acusa... Usted ha querido saber lo que me dijo. Y ya le he repetido fielmente sus palabras...

—Y ciertamente usted protestó...

—Pedí pruebas.

—¿Y se las dio?

—Cabales.

—Usted ha dicho mucho o no ha dicho lo bastante. Tengo ahora derecho a saberlo todo... ¿Qué pruebas son ésas?

—¿Sabe usted, señor, que la señorita de Lavardens, días antes del drama del *Viei Caston Nou*, estuvo en París?

—¡En París! Vamos, hombre, lo hubiera yo sabido antes que nadie; supe, sí, que hizo un viaje...

—Pues bien; estuvo en casa de Rouletabille.

—¡En casa de Rouletabille! Si la señora de Meyrens le ha dicho *realmente* tal cosa, miente. ¡Ah, mujer abominable! —exclamó Juan, que sudaba copiosamente y que se sentó, pues empezaba a marearle aquel horrible relato.

—Me abstuve, naturalmente, de creer a la señora de Meyrens por su palabra —replicó Hubert con la más cruel sonrisa—; pero me enseñó dos cartas de la señorita de Lavardens: una en la que anunciaba a Rouletabille su llegada, rogándole que nada dijese, y otra en la que le comunicaba la cólera de su padre en cuanto la vio al regreso. Termina esta última carta la señorita de Lavardens acariciando la esperanza de que pronto *vuelvan, las horas felices que pasaron, juntos*.

Juan conocía bien a Odette; conocía su entereza, su buena fe infantil. Era tan extraordinario, tan imposible lo que oía, que con toda su alma se resistió a creer en semejante ignominia. La acusación era tan excesiva que su misma proporción libró por el momento al joven de un ataque de locura. ¡Era aquello demasiado fuerte! La señora de Meyrens fue demasiado lejos. ¡Que cayese en el cepo el señor de Lauriac, que no conocía como él a Odette, pase!; ¡pero él! Entre la señora de Meyrens y Odette no cabía titubeo.

Súbitamente recuperó su serenidad.

—*Esas cartas son apócrifas.* Esta es, señor, mi única respuesta. Y ahora diviso a Rouletabille. No se hablé más de este cuento alucinante. No le inferiré a mi amigo la injuria de mentarle... Y puesto que dice usted que ama también a Odette, olvide esas infamias... Es preciso por ella, por su honor, por el nuestro, por el de usted, señor, si aún le queda alguno...

—¡Caballero!

—¡Caballero!

Y se irguieron y encararon, midiéndose con las miradas, como si fueran a agarrarse... Pero Rouletabille llegó a tiempo para separarlos. Se apeó del caballo y, veloz, se interpuso entre ambos. Había inmediatamente reconocido a Hubert, a pesar del disfraz.

—Señores, ¿qué ocurre?

—Nada —replicó Juan, que intentó con sobrehumano esfuerzo recuperar un poco de calma.

Y bien la necesitaba ante Rouletabille; *sobre todo ante Rouletabille*, porque, a pesar de su caballeresco y noble gesto, Hubert le acababa de abrir en el corazón una herida muy difícil de cerrar.

—Creo que he llegado a tiempo —refunfuñó el repórter—. Saben ustedes que los duelos están prohibidos cuando se tiene enfrente al enemigo.

—El señor de Santierne reprueba —expuso Hubert fríamente— que me haya disfrazado de gitano para lograr el acceso al campamento a fin de hablar con la señorita de Lavardens y facilitar así su fuga... Yo hablo de corrido romancho y estoy seguro del éxito.

—Sí; pero yo no lo estoy de usted —le espetó de nuevo Santierne.

—Esta es, señor mío, la segunda vez que usted me lo dice.

—Juan, te lo ruego, cállate... Va en ello la salvación de Odette. Ustedes me han reconocido como jefe. Sólo yo, pues, miando y decido. Las autoridades de Temesvar-Pest nada quieren saber... Hemos, pues, de reducirnos a contar con nuestros propios recursos. En tales condiciones, me parece excelente el plan del señor de Lauriac. Si no se hubiera disfrazado de gitano, le hubiera rogado que así lo hiciese. Ea, señor, en marcha, y buena y rápida suerte. Nosotros le seguimos... No le perderemos de vista... No porque dude de usted, sino porque conviene, en esta coyuntura que pide nuestro triple esfuerzo para salvar a una persona cara a los tres, estemos prontos a prestarnos inmediata ayuda. Bastará una llamada suya para lanzarnos y estar acordes... Ahora, señores, a las sillas.

Y montaron los tres a caballo. Había ya enteramente anochecido; por el cielo cabalgaban, impelidas por el viento frío de la sierra, bajas las nubes, cada vez más densas, que a largos intervalos celaban una brillante luna.

—No podríamos desear tiempo más propicio, señores. Podremos, alternativamente, ocultarnos y observar.

Juan, impaciente, picaba ya los ijares de su caballería.

Rouletabille se ladeó y le cogió las bridas.

—Espera, te lo ruego. Señor de Lauriac, buena suerte.

Hubert se adelantó y se sumió en la noche.

—¡Ah! —refunfuñó Juan, ya en el límite de su paciencia, y que rugía al verse detenido por Rouletabille—. ¿Pero aquí estás por él o por mí?

—¡Por Odette! Piensa menos en él y menos también en ti.

—Pero nos la va a quitar.

—¡Ojalá! Conviene primero que nos la quite para que podamos quitársela a él.

—Entonces, pues, sigámosle.

—No —exclamó Rouletabille—. Vente conmigo.

Y habiendo llegado en esto a una encrucijada, arreó el caballo en dirección a Oriente, desviándose así del camino que tomara Hubert.

—Te diriges hacia Sever-Turn —exclamó Juan—. Tomas el camino que va al hogar de los gitanos... pero Hubert huirá de los gitanos en cuanto les quite a Odette y no le veremos ya más; no veremos ni a él ni a su presa.

—Haz lo que te digo si quieres volver a ver a Odette.

—Rouletabille, estás loco; o más bien, no, no lo estás. Eres muy grande... demasiado grande para mí... Prefiero no decirte más. Quieres que nos separemos. ¿No es eso lo que pretendes? Pues bien, separémonos.

—Juan, te lo suplico, escúchame... —le espetó por última vez Rouletabille.

—Rouletabille, nunca tuve confianza en Hubert... y *ya no la tengo en ti*.

Y dando furiosas patadas en los ijares de su caballería, desapareció en la dirección tomada por Hubert.

—Pues bien, sólo faltaba esto —exclamó Rouletabille estupefacto—. ¿Qué mosca le ha picado? Y heme aquí ahora solo para dar el gran golpe. ¡Ah!, buenos amigos de otros tiempos, fieles compañeros de aventuras, señor Candeur, Vladimiro, ¿dónde estáis? En fin, querido Rouletabille, hay que triunfara toda costa... a pesar de todo; «no te apures».

Y se alejó, llevando al paso a la caballería y llenando de tabaco melancólicamente la pipa.

CAPITULO VIII

VINO EL QUE NO ESPERABA

HUBERT llegó al campamento de los gitanos a galope y sin rebozo. Rodeóle al punto toda la horda, hombres y mujeres, que le hicieron a la vez mil preguntas.

Dijo que quería hablar con el jefe; entonces el herrero Suco le llevó a la presencia de Sumbalo, al cual el jinete saludó a usanza gitana. Apeóse Hubert y, sujetando al caballo de la brida, explicó que venía de Sever-Turn, en nombre del patriarca, para hablar con la *queyra*.

Todos los que le rodeaban prorrumpieron en gritos de alegría y pidieron detalles de cuanto ocurría en la Santa Ciudad.

Describió el júbilo que en ella reinaba y la espera impaciente del pueblo. El Templo festejaba la vuelta; las casas lucían todos sus tapices; las campanas no cesaban de repicar; el gran Coesre (el que lleva el látigo en forma de aspa para flagelar al mundo) ordenó que le cosieran magnífico atavío; el patriarca había mandado correos a todas las capitales aledañas, y él traía del patriarca el encargo de saludar a la *queyra*... y luego debía reanudar su marcha hacia Occidente para comunicar la buena nueva al *pueblo de la ruta*.

El propio Sumbalo le llevó a presencia de Odette... Odette, desde la hora en que echó de su lado a Zina, yacía postrada en el lecho de la carreta. Había oído el murmullo que suscitó en el campamento la llegada del emisario de Sever-Turn; pero, habituada desde algunos días a aquellos gritos insólitos, ya apenas hacía caso. Eran siempre nuevas oleadas de cingaros que acorrían a su encuentro para formar parte del cortejo, y en cuanto llegaban pedían verla.

Así, en cuanto sintió que la puerta se abría a sus espaldas, preparóse a recibir a los recién llegados con la misma gracia con que momentos antes recibiera a la vieja Zina.

Volvióse con gesto de rabia y quedó estupefacta al ver a aquel hombre, que, ciertamente, no le era desconocido. La lamparilla iluminó plenamente el rostro del nuevo visitante.

—¿No me reconoce usted, señorita? Soy Hubert de Lauriac.

De un brinco se incorporó:

—¡Usted... usted aquí!

Lauriac había dicho a Sumbalo, invocando la autoridad del patriarca, que le era preciso hablar a solas con la reina, y el jefe de tribu no vio inconveniente en dejarle solo con ella un instante.

—Sí, yo —contestó—. ¿No tiene usted confianza en mí?

Odette no contestó nada de pronto. Pero bien presente tuvo que Hubert la adoraba, y sólo pudo haber venido con el intento de substraerla a los gitanos. ¡Luego, ya se vería!... Muy emocionada y anhelosa pidió noticias de su padre...

—Vengo por encargo suyo —repuso Hubert, sacando inmediatamente partido de la ignorancia de Odette.

—¿Y Juan? ¿Y Rouletabille? Ya sé que Rouletabille vino a New-Wachter...

—Juan quedó en Francia —expuso Hubert—... Y Rouletabille fue gravemente herido en New-Wachter, al querer librar a su criado Olajai de la venganza de la horda que le rodea a usted.

Esta exposición concordaba tan exactamente con los hechos de Odette conocidos, que no puso en duda lo que Hubert decía... Pero ¡cómo se conmovió su pobre corazón al saber que Juan permanecía en Francia y nada había intentado para salvarla! ¡En fin, sólo podía contar con Hubert, que, a pesar de todos los obstáculos y con peligro de la vida, había llegado hasta ella! ¡Sólo en él podía esperar, y esto le causaba mucha pena!... Permaneció callada.

Hubert le dijo:

—La evasión será difícil... Habrá que prodigar valor.

Odette estaba resuelta; con voz que vanamente trató de mantener segura, expuso:

—Señor, no me faltarán alientos...

—Gracias, Odette —susurró Hubert muy emocionado—; seré digno de su confianza. Sabe usted que mi vida le pertenece... Le juro ahora que venceré.

Estas palabras hirieron el oído de Odette, pues al punto les dio un sentido inequívoco para ella.

—Señor —le repuso—, nada de ambigüedades... mi vida, mi vida no le pertenece a usted.

Hubert palideció, e inclinándose dijo:

—Señorita, no pido nada, nada que no sea el honor de devolverla a su padre.

Odette le tendió la mano. Hubert se la besó con tanto respeto, que logró tranquilizarla.

—Apenas me haya marchado, he aquí lo que le toca a usted hacer — empezó diciendo Hubert, después de mirar tras sí la puerta, por si se les estaba escuchando.

Pero no estaban allí, para espiarlos, ni Calixta ni Andrés...

En efecto, no se hallaban allí cuando Hubert llegó al campamento... Acababan de irse... No es que Calixta invitase a Andrés a seguirla, sino, por el contrario, se fue huyendo de la vigilancia insoportable del gitano, y paseando se internó en el bosque, aprovechando el momento en que Andrés, monopolizado por Zina, oía de sus labios las desdichas que le ocurrían con Odette...

Absorbía la vida entera de Calixta el acre goce de la venganza. Mientras fue «parisién», nunca creyó que podría tan fácilmente revivir su antigua vida andariega entre las promiscuidades de la horda. Se había plegado de nuevo sin empacho ni repugnancia a las costumbres cingaras, como si nunca hubiera probado los delicados goces de la vida civilizada. A ratos ella misma se asombraba, si bien atribuía tan excesiva docilidad a la prodigiosa satisfacción que le producía el saberse vengada. De todo le compensaba el espectáculo de la desdicha de Odette... Nunca se hartaba de verla llorar, y el corazón le saltaba de gozo al pensar en la desesperación de Juan... ¡Ah! ¡Cómo la había engañado! ¡Cómo burlándose de ella! ¡Y en cuán poco la tuvo! Nunca la había amado en el fondo... Ella siempre fue para él juguete de placer, que se abraza y luego se deja como el suceso más natural del mundo, al cual ella debía someterse... Para Juan siempre fue la vagabunda de los caminos, a la cual se hace el favor de sonreír un momento, para dejarla de nuevo caída en el polvo de la carretera... ¡Ah! Sí, pero arrastró consigo a Odette... Que venga ahora a recuperarla... Contra él se levantarían los cingaros de todo el mundo... El hado singular que convertía a toda la horda en cómplice de su venganza, la seducía cual si fuese sonrisa de los dioses... ¡Estaba escrito!

Ya internada en el bosque, un viento frío, que soplaba de la lejana sierra, acarició su frente...

Caminaba hollando con sus sandalias de mimbre finos y secos tallos de soberbias plantas salpicadas de flores silvestres. Era la hora en que la tierra echaba su vaho y cada planta su perfume. En las alturas, por la parte de Oriente, se expandían anchas fajas de color oro y rosa, que parecían dibujadas torpemente por un pincel gigantesco. Por la parte de Occidente se iluminó de pronto la lóbrega oscuridad del cielo con el resplandor del incendio de los juncos secos que crecen al borde de ríos y lagunas. Luego se cerró de nuevo la noche.

El viento rugía con fuerza, y las ramas, por encima de su cabeza, doblábanse con gestos de amenaza. Calixta pensó que era hora de volver al campamento; también ella, como muchas, sólo temía esas cosas misteriosas y sin nombre que ocurren en el seno de las tinieblas, siempre en trance de aprisionarnos en la red de la desdicha.

Volvióse y se encaró con una sombra inmóvil.

Pronto vio que era la silueta de un hombre y se repuso al instante de su emoción.

—¡Ah! ¿Eres tú, Andrés? —dijo en tono colérico—. ¿Qué más quieres? ¿No me dejarás en paz un segundo?

—Oye, Calixta —dijo Andrés, con voz dulce y temblorosa—: sabes lo convenido entre nosotros y sabes que te quiero... He hecho cuanto has querido... Es preciso que te apiades de mí... Vuelvo a decirte que te quiero...

—Pues yo... no te quiero.

Siguió un paréntesis de silencio; Calixta le oía resoplar en la sombra... con ronco bufido de bestia pronta a saltar sobre la presa. Se echó a un lado y quiso huir en dirección al campamento, cuyas hogueras, que columbraba allá abajo, teñían de luz los troncos hasta el nivel de sus raíces corpulentas.

Pero Andrés le echó su terrible garra y la trajo hacia sí de modo brutal.

—Basta de cuentos... Si no me quieres, me querrás... Ya te has burlado bastante de Andrés.

Calixta pretendió alejarle...

—En Sever-Turn —le espetó—. Ya sabes lo que te dije: ¡en Sever-Turn!...

—Tú no verás ya nunca más Sever-Turn, si no eres mía esta noche...

Parecía una bestia salvaje... Calixta se resistía ferozmente... De pronto, vio brillar en su mano la hoja de un cuchillo...

Aquello no era broma. Se hizo cargo. Amaba la vida y cesó de forcejear.

Entonces, cuando Andrés la vio sumisa entre sus brazos, la invitó a sentarse apaciblemente a su lado.

Empezó a acariciarla, a abrazarla, a jugar con sus cabellos. Le dijo palabras ardientes y dulces, a usanza gitana...

Calixta cerró los ojos para no verle. Su docilidad era sólo aparente... Andrés entonces estampó un beso en la nieve de sus labios.

De pronto, surgieron del campamento recios clamores y se percibieron carreras desenfrenadas por la selva.

Se irguió al oír aquellos gritos desesperados. Alguien, al pasar, gritó envuelto en la noche:

—Nos robaron la *queyra*.

CAPITULO IX

EN SEVER-TURN

En estos tiempos de desconcierto siempre hay motivo para temer oscuras traiciones de malvados.

OTWAY.

EL hecho se realizó tal como Hubert lo preparara. Ya dijimos que los tres jóvenes emplearon el tiempo de espera en amojonar el terreno antes de la llegada de los gitanos. Solapadamente, Hubert trabajó por su cuenta y maquinó raptar a Odette en determinada forma. La joven asintió a todas sus sugerencias. Por lo demás, el plan era bien sencillo.

Al salir de la carreta mantuvo corta conversación con Sumbalo, el cual le invitó a quedarse a cenar y a pasar la noche en el campamento; pero Hubert se escudó en las órdenes recibidas y declinó todas las ofertas. Debía marchar en seguida... Subió, pues, a caballo y se fue a prudente marcha camino de Occidente, con la confianza de hallar en aquel derrotero a Juan y a Rouletabille.

Un silbido le retuvo y quedó asombrado al ver a Juan completamente solo.

Este le dijo que Rouletabille quiso otear el campo por otra parte, y pidió ansiosamente noticias de Odette.

—Todo va bien —respondió Hubert—; los gitanos nada recelan y voy a volver a campo traviesa hacia el campamento para esperar en cierto paraje la llegada de Odette, que allí acudirá acompañada, sin duda, de la vieja Zina. Me la llevo e iré a buscarles...

—Le acompaño a usted —repuso Juan.

—Esto es comprometerlo todo... El campamento está muy vigilado... puedo ser descubierto. Por lo que a mí toca, nada arriesgo. Contaría que he vuelto para decir algo que se me había olvidado a la reina, y pasaría la noche en el campamento esperando una coyuntura propicia...

—Vaya usted, pues —dijo Juan—, y que Dios nos auxilie.

Una vez que Hubert se marchó, Juan, a su vez, se acercó al campamento, dispuesto a seguir y espiar de lejos a su rival. Pero pronto perdió la pista. Se detuvo en un altozano, desde el cual podía divisar toda la purta, hasta las lindes del bosque, cuando la luna asomaba entre dos nubes.

Media hora después de la partida de Hubert, Odette abrió la puerta del carromato. Resguardados, detrás de sus chozas trashumantes, del viento que soplaba con fuerza, los gitanos cenaban tranquilamente. Zina la vio y corrió hacia ella.

—¿Quieres por fin comer, resplandor de mi existencia?

La vieja se alborozó al oír que Odette se avenía a mojar un poco de pan moreno en un cazo de leche.

La joven expresó luego el deseo de pasear un poco por los alrededores del campamento antes de irse a acostar. Zina la echó una pañoleta a los hombros y se dispuso a acompañarla. Los gitanos no las molestaron. Sabían bien que no podrían salvar el cordón de centinelas, todas las noches apostados para vigilar a su reina.

Odette fue internándose cada vez más en el bosque con paso indolente y entreteniéndose en arrancar en torno altos helechos.

—Quiero dormir esta noche en lecho de hierbas; estoy harta ya de tu puerco camastro de vieja y adorable bruja.

Zina, esclava de sus caprichos, se apresuró a amontonar a su vez helechos...

Y de pronto, al levantar la cabeza, ya no vio a Odette.

Frente a sí percibió el remolino del ramaje. Gritó. Llamó. Le respondieron con otros gritos, que se trocaron luego en abominables juramentos. Le gritaron.

—¡Han robado la *queyra*!

Siguió un tumulto y desorden indescriptible. Los gitanos brincaron sobre las armas. Por todas partes carreras desenfrenadas... y la llegada enloquecida de Calixta, seguida de Andrés. ¡Ah! ¡Cómo se irguió Calixta! Con qué grito de rabia arrojó de sí al gitano:

—¡Me juraste que no la perderías ojo! Ya nada te debo.

Realmente, la que pasó el peor cuarto de hora después de la terrible algarada, fue la pobre Zina... ¡Ah, la *udsheia!* (la perra). Fue apaleada, hecha trizas y maltrecha con ardor incomparable. Mientras la contigua llanura resonaba con estruendo al galope de los gitanos, el campamento se henchía de clamores de la vieja. Algunos no titubeaban en hacerla cómplice de la evasión de Odette, y se cobraban la traición con harta crueldad. Las mujeres, rabiosas, se prendían de su moño. Seguramente la vieja hubiera perecido si no interviene a tiempo Sumbalo, que consiguió soltasen la presa aquellas harpías.

Juan, al oír los gritos y los tiros, dedujo que Hubert salió triunfante de la empresa. Se dispuso a reunirse con él, tanto para ayudarlo como para evitar que se fuese solo con el precioso botín.

Quedó un momento erguido sobre el pezón del altozano que le servía de observatorio y trató de husmear a través de las densas tinieblas que amurallaban la perspectiva. Entre dos nubes apareció la faz de la luna, y a su luz vio la carrera desenfrenada de los cíngaros, que instintivamente tomaron la dirección del Este; pero si él los vio, ellos también le vieron.

Grandes clamores acogieron su aparición. Indudablemente, le tomaron por el raptor, y apenas tuvo tiempo de volver el caballo y escapar con la mayor ligereza.

Pero los gitanos corrieron tras él, alentándose con feroces gritos. No disparaban sus armas contra aquella sombra ecuestre fugitiva por temor de dar a la que era objeto de todas sus ansias.

Juan pudo llegar a la carretera; pero vio que iban a alcanzarle, y de pronto, desesperadamente, se escondió en el saucedal contiguo a una laguna.

Allí, sin titubear, abandonó el caballo y se echó al agua, ganando a nado la otra orilla después de mil esfuerzos para no hundirse en el fango.

Entonces, extenuado, se acostó en el cañaveral y esperó los acontecimientos, imposibilitado por el momento de nuevas resistencias.

No lejos de aquel paraje percibió los pasos de los que le perseguían con alocado tumulto y el oleaje revuelto de los hierbajos. Por acá y acullá danzaban antorchas... Cerró los ojos...

Hemos de decir que Hubert apenas dio señales de vida. Permanecía con Odette en un árbol. Su caballo, atado al pie de una barranca, se entretenía en devorar el pienso de avena que llenaba la bolsa que su dueño le ató del cuello antes de abandonarlo, y no daba tampoco señales de existencia.

Cuando empezó a amortiguarse el tumulto por la parte del campamento y los jinetes se abismaron en la noche, como locos que cabalgasen en las tinieblas, bajó de su refugio y se llevó a Odette en brazos.

Pronto dio con el caballo; montó en él a Odette y de la brida guió al animal. Mil rodeos dio en el bosque. No titubeaba. Sabía bien adónde iba.

De vez en cuando, reconoció un hito y aceleraba un poco el paso.

Era aún de noche cuando salió de la purta en dirección del Norte, por donde nadie seguramente le buscaría.

Entonces, de un salto, montó a caballo. Con un brazo retenía a Odette, que iba delante, y su corazón saltaba al sentir junto a su pecho a aquella joven vida.

—Como antaño —le susurró al aromado cuello; e hincó las espuelas en los ijares de la bestia. Esta, en su carrera, despedía al espacio las piedras del camino con sus ardientes cascos.

Sí, como antaño, cuando Odette, niña aún, iba a la grupa con él en alas del viento de Camargue. Como antaño, cuando no podía prescindir de él, cuando le consideraba el más hermoso de «los mayores». Como antaño, cuando le amaba con su corazoncito sencillo y salvaje...

¿Cómo no amarle aún? ¿Había acaso él cambiado? ¿No era él tan fuerte como antes? ¿Qué temía en el mundo? ¿A Juan, que durante su ausencia se había subrepticamente introducido un momento en el corazón de aquella niña? ¿A Rouletabille, que a su vez le había también reemplazado... breves instantes? La verdad —se decía— es que Odette continuaba siendo muy niña y pronto se borrarían los sentimientos pasajeros que habían conmovido un momento su corazón ingenuo: en cuanto no le viese más que a él, a Hubert.

Al amanecer llegaron a una honda calzada que a poco trecho terminaba en una torre antigua, medio derruida, y al acercarse a ella echó a volar una bandada enorme de palomas.

—Aquí es —dijo Hubert.

Odette no había aún desplegado los labios.

Se deslizó del caballo y Hubert la llevó a una sala del piso bajo con muchos y sonrientes cumplimientos.

—Este es su palacio, mi reina.

Pero Odette no se sonrió.

Las gracias de Hubert la atemorizaban sobremanera.

Le miró un segundo y volvió la cabeza, avergonzada: ¡así Hubert la devoraba, al parecer, con la llama de sus ojos!

En los primeros momentos Odette había visto en Hubert a su libertador; pero al verse sola con él en el recinto de aquella vieja torre perdida en un desierto, donde no podía esperar socorro alguno, pensó con angustia si no

hubiera sido preferible seguir secuestrada por los gitanos, que la prodigaban tantas muestras de adoración y de respeto.

En el fondo, ninguna confianza le inspiraba Hubert, pues harto conocía su brutalidad, célebre en la Camargue; y si se avino tan fácilmente a seguirle, fue porque él se aprovechó del aturdimiento, o más bien de la depresión moral que le produjo el saber que Juan permanecía en Francia sin haber intentado nada para salvarla.

¿Por qué le había creído? ¡Quizás mintiera! ¡Seguramente había mentido! Harto conocía a su Juan. ¡Era incapaz de semejante traición! El traidor, el malvado, era Hubert... Y allí estaba, a solas con él... La pobre niña tembló de miedo.

No se atrevía a mirarle. Para tranquilizarla, Hubert se había alejado un poco, y ahora, al parecer, sólo atendía «a los cuidados de la casa». De antemano había preparado aquel reducto para poder pasar en él unas horas de reposo y de respiro. Aquella parte del recinto estaba relativamente aseada, pues recientemente se la había limpiado de toda clase de residuos y ruinas, que por doquier la obstruían. Cascotes desprendidos del techo fueron agrupados en forma de hogar donde encender unos tizones con que se calentara Odette si le hiciera falta. Una cama de helechos, cubierta con una manta, estaba dispuesta para ella... En fin, había ya encendido una lamparilla de alcohol para hervir agua con que hacer té.

En esto le preguntó si quería unos sorbos de alcohol para entonarse, y le presentó el vaso de su cantimplora; pero Odette no lo aceptó. Entonces sacó de un agujero de la muralla algo guardado allí de intento, y la dijo:

—¿Una tortilla? ¿Comerá usted una tortilla?

Eran huevos de paloma. Odette sonrió. Hubert ya no la miraba y la niña recuperó la confianza.

—Sí, una tortilla; usted ha pensado en todo... No sé cómo agradecersele.

—Yo debo darle las gracias —contestó Hubert— por haberse avenido a seguirme.

Hablaba sin levantar la cabeza y de rodillas, en disposición de batir los huevos en un plato de estaño.

—¡Vaya comidita que vamos a hacer!

—¿Cree usted que estamos fuera de peligro? —preguntó por decir algo, pues advirtió que el silencio mutuo la pesaba más que la conversación.

—¡Ya lo creo! —afirmó Hubert—. Hemos despistado a esos diablos de cíngaros... Para mayor seguridad viajaremos sólo de noche. Mañana daremos con una ciudad, tomaremos el tren y en dos días nos plantamos en Francia.

—¡En Francia!

Odette pensaba en Juan; pero no se atrevía a pronunciar su nombre. Mencionó a su padre.

—Sufre mucho —le dijo Hubert—. Su rapto le ha anonadado... Y luego, ¡qué escena terrible se desarrolló la víspera entre nosotros! Si cometí el error de escribir a usted aquella carta, usted cometió el de enseñársela... En fin, cuando me enteré de su increíble rapto, me apresuré a pedirle perdón y me puse a su disposición. Se hallaba a la sazón con el señor de Santierne. Hubo entre los tres mutuas explicaciones. Ya en el punto a que habían llegado las cosas, su padre no nos ocultó el origen de usted...

—Los gitanos la han apresado —nos dijo— porque es una princesita cingara. ¡Su madre fue una romanca de Sever-Turn!

—¡Dios mío, pues era cierto! —exclamó Odette con voz apagada—. ¡Soy hija de una gitana!

—¿Por qué le avergüenza su origen? —subrayó tranquilamente Hubert—. Su madre, al parecer, fue de noble linaje, y ello motiva su desgracia... ¡Pero yo he jurado de hacer a usted feliz!... ¡Yo...!

A estas palabras siguió un silencio horriblemente abrumador. Odette percibía los latidos sordos y acelerados de su corazón en el pecho.

Hubert repuso:

—El señor de Santierne ya no esperó el final de la conversación. Nos dejó, luego de manifestar que un Santierne no se casaría jamás con una gitana, con una niña de la carretera...

Odette, apoyada en el muro, ocultaba el rostro con las manos... y se hubiera desplomado si Hubert no la sostiene.

—Era indigno de usted —agregó éste—. ¿No le ha juzgado usted aún? Odette, sólo yo quiero a usted... Siempre la amé, Odette.

La niña sollozaba. Ni siquiera advirtió que estaba en sus brazos; él entonces, desasiendo bruscamente el abrazo, con un gesto maquinal cogió aquella cabecita adorada, bañada de lágrimas, y besó locamente sus labios, entreabiertos por la desesperación.

El fuego de aquel beso devolvió a Odette de repente todas las fuerzas. Con ademán irresistible tiró a Hubert con tal ímpetu, que si no se apoya en el muro cae el mozo ridículamente en tierra.

—¡Para esto me ha salvado usted! —le escupió ferozmente a la cara—. ¿Sabe usted? Prefiero a los gitanos.

Parecía una leona. No la reconocía.

Odette, de un brinco, se plantó en la puerta; pero Hubert se le adelantó, y, cogiéndola con sus horribles manazas, la arrojó con brutalidad sin nombre al fondo de aquel cubil por él elegido, y le dijo con sorna henchida de amenaza:
—*¿Prefieres a los gitanos? Que tu destino se realice, Odette.*

CAPITULO X

TODA LA CULPA DE ROULETABILLE...

JUAN, vencido por el sueño, acabó por dormirse. Se despertó al amanecer. Los recuerdos de los acontecimientos del día anterior irrumpieron en tropel a su cerebro. Se arrastró con cautela breve momento entre las cañas... Ningún ruido en torno... Ya tranquilo, se levantó... Ya no corría peligro... Pero ¿qué había sido de Odette? ¿La habían alcanzado los bohemios? Y si Hubert logró salvarla, ¿qué era de Hubert?

Más que nada le atosigaba este último pensamiento.

Dio unos pasos y contempló una llanura envuelta en el vaho de los primeros resplandores del día... Toda la superficie de la tierra parecía un océano de dorado verdor con esmaltes de otros mil colores... Entre los tallos delicados y secos de altas plantas crecía un piélago de campanillas silvestres azules, encarnadas y de color violeta. La escordia erguía su pirámide de flores amarillas. Las amapolas dejaban caer bajo su huella manchas sangrientas... El espacio se llenaba de mil cantos de pajarillos... Se percibía a lo lejos el agudo clamor de una bandada de patos silvestres, que como espesa nube volaba sobre algún lago perdido en la inmensidad.

—Esto es el paraíso —dijese Juan—, y me muero de hambre.

Iba desprovisto de todo... Su caballo fue sin duda apresado por los gitanos... A lo lejos, hacia el Oeste, se divisaba la humareda de un villorrio..., pero no se dirigió hacia él. Le absorbía enteramente la obsesión de Hubert y de Odette... ¿Dónde se refugiaron para escapar de los cingaros? Paseó la mirada por la llanura y atisbó a algunos centenares de metros hacia la derecha un bosquecillo que con el saucedal contiguo a la laguna, salvada por él a nado, constituía el único paraje adecuado para esconderse.

A toda costa quiso, antes de abandonar aquellos parajes, revisar aquel bosque, y a poco se internaba en él.

Iban buscando sus ojos por la vereda huellas reveladoras, como había visto que solía hacer Rouletabille..., pero nada de particular atrajo su atención... ¡Ah! ¡Ese Rouletabille! Toda la culpa era suya... ¿Por qué los dejó? En primer lugar, y por muchas razones, no debieron nunca separarse los tres...

El recuerdo de la conversación que mantuvo con Hubert surgía despiadado en su espíritu.

Cada vez le parecía más sospechosa, más incomprensible la actitud del repórter... Juan ya no creía en nada, y ciertamente no tenía confianza en Rouletabille...; por lo demás, el repórter no le había enviado recado alguno...

Juan, en medio de la soledad del bosque, se sentó en el tronco derribado de un árbol, con el que tropezó su inseguro paso, y púsose a reflexionar... ¿En qué?... En el fondo sólo sabía una cosa... una cosa con entera certeza... ¡que era el más desgraciado de los hombres!

De pronto levantó la cabeza: había oído un ruido; se abrió el ramaje y apareció un hombre; era Andrés...

—Al fin te encuentro —le dijo el gitano...

Así se presentó también a Rouletabille en el bosque de New-Wachter, pero allí fue para espantarlo... Ahora no parecía ansioso de separarse de Juan.

—¿Me reconoces? —le dijo.

—No —le respondió el mancebo—... ¡Tengo en tan poco a la gente de tu raza... pero recelo que no eres un amigo...!

—Soy el que amaba a Calixta y a quien tú se la has robado —replicó Andrés con aspereza...

—Pues bien, estamos en paz... Yo no quise a Calixta, sino que quiero a una joven que tú me has arrebatado. Andrés, pues así te llamas, ¿quieres ganar una fortuna? Por lo que toca a Calixta, vive ya tranquilo: no la cogeré de nuevo; pero ayúdame a recuperar a Odette y te haré rico...

Andrés contestó a la oferta con sonora carcajada, a la cual se agregaron otras no menos expresivas...

Juan volvió la cabeza y comprobó que estaba rodeado de una docena de gitanos armados que le observaban con caras de empedernidos criminales.

Dio unos pasos para franquear el círculo que le envolvía, pero chocó con pechos sólidos como murallas, y con acres gestos de rechazo.

—Eres prisionero nuestro —declaró Andrés.

—No vamos a volver de la cacería con las manos vacías —expuso el estañador Monoko con el más puro acento de Pezenas.

Juan se volvió hacia él:

—Eres paisano y quizás llegemos a entendernos si eres algo menos salvaje que éstos; por lo que acabas de decir, deduzco que no habéis hallado a la joven de Camargue. Infórmame y no te arrepentirás.

El otro levantó los hombros y le volvió la espalda.

—Ea, síguenos —dijo Andrés...

Y hubo de seguirles. En una palabra, él fue el que se arrojó en sus manos. Al no hallarle entre las cañas le buscaron en el bosque y allí se apostaron en espera de la aurora. Desde allí pudieron otear el llano y divisaron a Juan. Evidentemente, al parecer, Odette logró escapárseles.

La idea de haber sido salvada por Hubert no le alborozaba ciertamente.

Estaba cansado... Cada vez más abrumado por la insoportable obsesión de aquel Hubert libre de disponer de Odette... Para colmo de desdicha, había de renunciar por lo pronto a unírseles...

¿Qué pretendían hacer de él aquellos bandoleros? Acababan de desarmarle y caminaba cautivo, rodeado por la partida.

Cosa rara: este último lance le dejó casi indiferente respecto de la suerte que le esperaba. Realmente no pensaba sino en Hubert para odiarle y también de vez en cuando en Rouletabille para maldecirle...

Los gitanos le llevaron por caminos impracticables para esquivar la carretera y toda vereda y sendero. Al anoecer llegaron al campamento.

Profunda consternación reinaba allí. Cuando los que en él se quedaron vieron que no les devolvían a la *queyra*, prorrumpieron en rabiosos gritos y horribles amenazas contra Juan, seguidas de mil lamentos.

Las mujeres cubrieron de ceniza sus cabezas... Zina parecía presa del demonio. Invocaba a todas las divinidades cingaras en loca algarabía.

Por no saber qué hacer, volvieron otra vez todos □ contra Juan con feroz algarabía. Calixta apareció de pronto y no fue la menos enfurecida, y hubo de intervenir Sumbalo en el momento en que excitaba a los demás a una venganza inmediata... Juan no reconocía a aquella furia.

¿Cómo? ¿Era aquélla la queridita caprichosa y descuidada que él ataviara durante dos años cual a una muñeca y de la que creyó hacer una parisién? Toda la fuerza salvaje y primitiva de la raza ascendía a sus ojos en llamaradas coruscantes y a la garganta en forma de amenazas e injurias, en las cuales se mezclaba el pronóstico de los peores suplicios a las aserciones más ofensivas a la virtud de la madre que había engendrado semejante monstruo.

—El patriarca sentenciará —expuso Sumbalo—. Sólo él puede fallar tan horroroso crimen.

Y terminó pronunciando un discurso para apaciguar a la turba.

La propia Calixta se alejó, dejando a Juan tranquilo un instante.

Sumbalo se acercó y le dijo:

—Sólo hay un medio de zafarte, rumí, y es decirnos dónde está nuestra reina... Tú debes saberlo.

Juan no le contestó. Entonces también Sumbalo se marchó muy enojado. ¡Aquél era el trance más funesto de su vida! ¡Haber dejado escapar a la *queyra*! Afortunadamente, llevaba a *Sever-Turn* a un *gachí*. ¡Sobre él caería la cólera de todo el pueblo!

Procuró que llegase vivo. Así, mandó que le diesen algún alimento.

En las horas siguientes, otros gitanos que se entretuvieron largo rato buscando la pista de Odette volvieron intensamente deprimidos. No podía consolarles la nueva de la captura de un rumí. Le enseñaron los puños y luego fuéronse a acostar.

Las hogueras languidecían.

Juan se envolvió en una manta de caballo que le echaron. Sabía que estaba rodeado de centinelas y era imposible toda tentativa de fuga, al menos en las primeras horas.

Cerró los ojos y trató de dormir.

Una mano le tocó la espalda. Volvió la cabeza. Vio a Calixta tumbada a su lado, la cual empezó a hablarle con la boca casi pegada a su oído.

Le expuso que su rabia contra él fue pura comedia para engañar a los cingaros.

—Si quisiese... si quisiese...; una palabra que dijera y todo estaba salvado.

—Perdiendo a Odette —susurró Juan, que sabía cuánto iba a hacerle sufrir —..., lo he perdido todo.

Calixta le hundió las uñas en la mano hasta hacerle gritar...

—¡Estás loco! —le espetó en voz baja—. ¿A qué me excitas? Tú sólo en mí puedes cifrar tu esperanza.

Juan sonrió con solapada befa. Rara satisfacción era para él, en medio de su desgracia, ver a aquella mujer tan desesperada como él y sometida, como siempre, a su capricho.

—Una palabra —le repitió acercándosele—, y huiremos juntos.

De nuevo sonrió burlonamente. Calixta, tapándole la boca con la mano, agregó:

—Tú no sabes lo que van a hacer contigo. Tú no sabes lo que te aguarda allí abajo, en Sever-Tum. Si lo supieras, reflexionarías, o más bien me dirías: «Vámonos, vámonos en seguida.» No te pido que me quieras; sólo te pido una cosa: déjame salvarte, dime que sí.

—¿Y huirás conmigo?

—Deberé hacerlo, créelo. ¿Qué te lo impide? ¿No hemos sido felices juntos? Recuerda con qué orgullo me enseñabas a tus amigos. ¿No decías que yo no era una mujer como las demás? Acuérdate, Juan, acuérdate. No; yo no soy una mujer como las demás... y sabré, sabré lograr que olvides a tu Odette.

Juan no la atendía. Se había vuelto para indicarle que estaba cansado de oírlo; pero Calixta le estrechaba aún más, excediéndose al verle de mármol bajo el calor de su aliento, con el cual le acariciaba los oídos. De pronto se sintió cogida brutalmente y arrojada como un trapo lejos de Juan.

—¡Ah, *ushela!* Perra buena con los rumies.

Y llovió sobre ella un chaparrón de injurias cíngaras, acompañadas de puntapiés que la incorporaron casi, hirviendo de rabia. Una espantosa bofetada la echó por el suelo, sollozante, vencida.

Habíase aprovechado del sueño de Andrés para aproximarse a Juan; pero el cuchicheo de sus súplicas acabó por despertar al gitano, que en seguida intervino a su manera. Nada había que reprochar. Era la orden. Calixta pagó su merecido. Por tanto, juzgó inútil la protesta.

Por la mañana se levantó el campo. Juan fue encerrado en la carreta que sirvió de cárcel a Odette, y toda la banda se encaminó hacia Sever-Turn.

CAPITULO XI

HISTORIA DE UN ESPANTAJO Y DE UNA MOSCA

Lo primero que vio Juan en la carreta fue la inscripción grabada a cuchillo indudablemente por Odette: «Socorro, querido Zo.»

Fue aquel momento el más atroz de los sufridos desde que empezó la horrenda aventura.

Así Odette, en su infortunio, sólo *en Rouletabille había pensado* y sólo a él llamó.

El nombre de Juan no parecía por ninguna parte. ¡Querido Zo! ¡Querido Zo! Esa era la locución familiar que con aparente inocencia usara en Lavardens, porque le hizo gracia ese diminutivo infantil de José, que era el nombre de Rouletabille. Y el candor de él, de Juan, había considerado todo eso natural y corriente. ¡Cómo se habían burlado de él!

¡Y él, Juan, sin preocuparse más que de Hubert! ¡Pero si Hubert era un ángel al lado del cazurrón de Rouletabille!

Así son los sentimientos de los poetas, en todo exagerados, que van del entusiasmo a la execración, a merced del influjo de cualquier miserable suceso. Aquellas pocas letras inscritas en la madera le convencieron más de su desgracia que todos los relatos que Hubert le trajo a raíz de su entrevista con la señora de Meyrens. En todo caso, la inscripción, de modo singular, los confirmaba.

¡Ah! ¡Que se hiciera ahora con él cuanto quisiesen en Sever-Turn! El mundo entero, toda la creación, le producía, a consecuencia de su desastre, invencible tedio. Sólo pedía que le librasen de la vida, de este gran error de Dios.

¡Cuánto más se hubiera convencido (si aún le hiciera falta) de la mentira de la amistad, si hubiere sabido que Rouletabille, precisamente en el momento

en que Juan maldecía su traición, le vio pasar prisionero de los gitanos, pegado el afligido rostro al cristal de la carreta; y le vio sin emocionarse, al parecer, sin contraer una sola arruga de su rostro! Ni siquiera hizo ademán de seguirles... En efecto, subrayemos los siguientes renglones referentes a esta fecha:

Cuaderno de Rouletabille—Juan acaba de pasar cercado de cingaros. ¡El idiota se dejó atrapar! ¿No le hubiera sido mejor seguirme, como le rogué, como le supliqué? Pero el señorito quiso hacer su antojo, harto del mío. Buen final: heme reducido a la mínima expresión. Sin tropas, me las he de ver quizás con un mundo de enemigos.

Todo depende de lo que pase dentro de un instante.

Ha *treinta y seis horas que espero a Hubert*. No puede ya tardar. He venido hasta aquí apoyándome, como siempre, en mi cara «contera del buen sentido», que me ha enseñado el camino de Sever-Turn. Diga lo que quiera ese pobre Juan, *allí* acudirá *con ella*. Por aquí pasará; estoy seguro.

No podría decir a Juan las razones de mi certidumbre. Lo he pensado bien y, conociéndole como le conozco, aquello sería radicalmente imposible. Debí crearme por mi palabra; pero para crearme es preciso amarme. Y Juan no me quiere.

Me consuela que me adorará dentro de quince días. Entretanto, esto carece de *confort* moderno. Me he refugiado en una vieja choza hecha de adobe. La llanura se extiende ante mí. Detrás se yergue la montaña, y tras la montaña el patriarcado... Estoy en el dintel que no conviene que Odette franquee. Para ella es el dintel de la tumba, como diría el poeta.

Afortunadamente, Hubert no me espera por aquí y no puede sospechar, que le aguardo. Tengo la ventaja de la sorpresa. Es menester que yo triunfe antes de que se dé cuenta del ataque. Sin esto, ¡cáspita!, seré para él cosa baladí. Mata las golondrinas al vuelo, de un capirotazo obliga a los toros a morder el polvo, y gobierna el caballo como el mismísimo Centauro.

Sí; pero yo soy más astuto que él... y esto le matará, como decía el padre Hugo.

Desde el punto en que estoy veo ante mí más de una legua de carretera. Veré venir al apuesto jinete... con Odette delante, más o menos sujeta.

Seguramente no tiene que molestarse. Ahora no corre otro riesgo que el de topar con gitanos, con cingaros de Sever-Turn, que en caso preciso le auxiliarán eficazmente.

Sí, pero... He aquí que he urdido una gallardía.

Si no temiera matar o herir a Odette, dispararía mi revólver a bulto (su crimen es patente esta vez), y no creo que el recuerdo de su muerte turbe mis noches. Ahora bien; por consideración a Odette he de asegurar el golpe, esto es, *no he de errar el tiro*. Y he aquí la dificultad. La carretera empieza a encajonarse, pasada la frontera del patriarcado. Hasta aquí va ampliamente descubierta por derecha e izquierda; mi choza se halla al pie de la primera estribación de la montaña, muy lejos para que pueda allí permanecer oculto. Y he aquí el problema. *Es menester que esté al borde del camino y aquí no puedo esconder me, y, sin embargo, es de todo punto preciso que no me vean*. ¿Qué hacer?

Lindante con la carretera hay un campo de trigo. ¡Oh!; pero el trigo, sin sazón aún, tiene escasa altura. Ahora bien; dominando el trigal, y muy cerca del camino, *hay un espantajo*.

¡Sí! Un espantajo para los gorriones.

¡Magnífico! El espantajo viste una extraña casaca, o más bien una levita despedazada que le da cierto tono de elegancia. Tiene los brazos extendidos en cruz, como si fuera a bendecir la mies naciente. En fin, lleva un sombrero de alas caídas que da a toda su persona cierta gallardía...

¡Comprendido!

Me enfundo en el espantajo, me encasqueto el sombrero hasta los ojos para que me cele la cara, abro los brazos en cruz, y por fin oculto en la manga, felizmente muy larga, del espantajo mi seguro revólver, dispuesto a disparar. El señor pasa por mi lado indiferente, rozándome, sin saber lo que soy, y... ¡zas!, a quema ropa le deshago la cara... ¡y todo concluído! R. I. P. Este querido Hubert muerde el polvo... Salvo a Odette... Ya se verá luego si Hubert quedó muerto...

—¡Atención! Columbro a lo lejos polvareda en el camino... Pronto, ¡al espantajo!

* * *

Las notas del cuaderno se reanudan con fecha del día siguiente... Pero hemos de destacar estas líneas con que termina la extraordinaria historia del espantajo.

Rouletabille pinta en ellas los hechos como si ocurrieran en aquel momento:

«Hace ya un cuarto de hora que estoy con los brazos en cruz, y sin moverme, como si realmente fuese de madera. Empiezo ya a sentir calambres.

¡Ese animal que iba a llegar en seguida! Me refiero al caballo que Hubert lleva al paso, para que descanse de la larga carrera... Aquí se siente seguro... Deja al animal que respire a sus anchas... Entretanto, estoy en una postura fatigosa... De todos modos, debiera apresurarse un poco...

»Estos calambres... estos calambres...

»¡Ah! Y cómo anda el caballo... Ahora el animal (esta vez, me refiero a Hubert) hace trotara la bestia... Bueno... Siento un hormiguelo en los pies. ¡Chist! Hubert lleva al paso al caballo...

»¡La paciencia que ha de tener un espantajo!

»Ahora trota ligero... Por fin ya está aquí... Empuño el revólver con la diestra... Pasan unos segundos; percibo ya el jadear del caballo...

»¡Mil diablos! No me bastaba el hormiguelo de los pies, cuando he aquí que, en este preciso momento, *una mosca*, mosquito o pulgón, cualquier cosa, viene a posarse en la punta de mi nariz, y con una palmada inconsciente de mi mano izquierda me propino un resonante sopapo. ¡Un tiro! La bala hace saltar mi sombrero...»

CAPITULO XII

Será nuestro combate el de dos torrentes, o el choque de dos vientos que vengan de puntos diferentes... Seremos dos hogueras cuyas llamas enemigas se lancen a devorarse con furia Inaudita.

(Obras completas de Rouletabille.)

ROULETABILLE llevó tan a mal este ridículo incidente, que pudo costarle la vida, que sus notas sobre el combate que siguió son muy concisas, y sería muy difícil sólo con ellas reconstituir los episodios.

Afortunadamente, Rouletabille era a ratos expansivo y hablador, y he aquí cómo contó el suceso antes de tener el capricho de ponerlo en verso, cierto día de melancólica tristeza...

«Sentí el soplo de la bala, pero la conciencia de mi propia estupidez me dejó tan atontado, que me quedé con la cabeza descubierta, expuesto a los bríos de Hubert, que, naturalmente, me reconoció en seguida Pudo, pero no creyó conveniente asesinarme. Y lo pudo hacer sin exponerse, pues la manga del espantajo envolvió completamente mi mano derecha, que así la browning y no podía desenredarla. Hubert estaba a caballo y yo a pie; sin duda, pensó que había yo perdido o dejado en alguna parte la cabalgadura y podía desentenderse de mí picando espuelas, lo que hizo sin más tardanza.

»Odette, que iba delante en la silla, no lanzó un grito. Creí que iba amordazada o quizás desvanecida...

»Desembarazado, a costa de mil esfuerzos, de aquel funesto espantajo tenido por mí un momento como el más ingenioso hallazgo de mi vida, puse los pies en polvorosa. Hubert, viéndome correr detrás de su caballo, veloz como el viento, echóse a reír... con insultante sonrisa, que me espetaba a guisa de postrar adiós.

»Así llegó el bandido a la montaña. Allí pudo respirar después de la correría... Media hora después, poco más o menos, reanudó la marcha a todo correr. Repito que podía respirar tranquilo, pues la frontera estaba cerca, y además todos los habitantes de aquellos parajes le habrían socorrido a la primera llamada. De pronto sintió como un crujido de desplomamiento a su izquierda. Volvió la cabeza y me vio llegar hacia él con el ímpetu de un torrente.

»Esta vez iba yo también montado.

»Había escondido mi caballo entre dos repliegues del terreno, detrás de los primeros contrafuertes, en un paraje admirablemente estratégico, me atrevo a decir, pues un escabroso atajo me llevó a él en línea recta, y otra vereda venía un poco más lejos a cortar la carretera que, en gran rodeo, flanquea el monte... Así, que nos encontramos cara a cara y chocamos en cuanto de nuevo empuñó las riendas...

»El ridículo desenlace de la anterior aventura me había vuelto loco de rabia. Iba dispuesto a acabar con tan insoportable sujeto.

»El choque fue brutal: nuestros caballos se encabritaron relinchando y babeantes como si fuesen a comerse, y esto, por lo pronto, me salvó.

»Yo esperaba derribarle, pues no me atrevía a disparar por consideración a Odette... Pero Hubert me tiró a quema ropa, y allí me dejara deshecho si mi caballo, empinado sobre las patas traseras, no me hubiera servido de escudo. El potro recibió en el pecho tres balazos y los demás sólo me rozaron, mientras con mi caballo fui rodando, hasta dar en el lecho polvoriento de la carretera. Tuve la fortuna de no caer debajo del caballo, y en un segundo me puse de pie: en seguida salté a las narices del caballo de Hubert... Le llevaba esta vez ventaja, pues agotada por mi adversario la cartuchería, se hallaba desarmado ante mí. Le grité que se rindiera, disparando a mi vez el arma a la cabeza de su cabalgadura; pero, ¡ay!, un furioso puntapié que me dio en el pecho, me desvió el arma y me arrojó brutalmente contra la roca, aturdido y ensangrentado...

»Escupí sangre y enloquecí de rabia. Para nada me sirvió la picardía, pues acababa de ser vencido en estúpido combate. ¡Hay días de mala suerte! Por lo demás, nada me salía bien desde mi *percance* en el ferrocarril, desde que la bruja Zina vino a *curarme*... ¡Seguramente me aojó!

»En esto Hubert desapareció con Odette, que parecía muerta, entre sus brazos.

»Luego les vi aparecer en otra cima... Una bandada de cíngaros corrió hacia él...; les habló indicándoles con el brazo extendido mi dirección; gritos

de furor llegaron a mis oídos, y, reuniendo todas mis fuerzas, me deslicé como un reptil por un hoyo abierto en la roca, cisterna o antro, cuya entrada celé apresuradamente con zarzas.

»Llevé conmigo hasta allí mi bagaje, mi *necesar de viaje*, como le llamaba, envuelto en la manta. Estaba decidido a perecer en aquella madriguera, si fuese acaso descubierto, vendiendo, claro está, mi vida lo más cara posible. Pero me dejaron tranquilo. Pasaron junto a mi cueva sin recelar siquiera mi estada; pero yo no estaba contento de mí mismo. No rayé a mi altura *por una mosca*.

»Y todavía dice un señor en una de sus obras que siempre se necesita de algo más pequeño que uno.»

CAPITULO XIII

Nuestros abuelos fueron los que le construyeron este oscuro calabozo.

ANÓNIMO.

SEVER-TURN! Tus viejas casas, húmedas y decrepitas; tus murallas vacilantes; tus calles profundas; tus fachadas leprosas; tu palacio ruinoso; tu antigua basílica; los torreones melancólicos, que defienden el santuario, en el cual, desde siglos atrás, a despecho de las revoluciones, invasiones y azotes devastadores del mundo, se conservan la tradición y el rito. ¡Cómo cambiasteis de aspecto al primer anuncio de la buena nueva!

¡Eras un sudario y en un momento te has convertido en colgadura de fiesta!

¡Eras una queja y te has trocado en himno!

¡Trasladémonos a las primeras horas de hechizo! ¡Qué de tapices, de banderas, de estandartes! ¡Las campanas al vuelo, el pueblo alborozado! ¡De lejanas campiñas llegan presurosos los aldeanos, acelerando el paso de los borricos cargados de niños, cuyas manecitas blanden ramas floridas!

Los cíngaros disparan sus armas en las murallas, mientras que en las plazas públicas aglomeran las jóvenes aromadas cestas.

¡Ante el arco de la puerta occidental, una muchedumbre conmovida espera incansable a *La* que ha de venir!

¡Todo, hasta el nuevo «barrio europeo» (así le llama este pueblo, como si continuase siendo una horda asiática), rebosa de viajeros, esto es, de turistas excepcionales, que desviáronse de su ruta y vinieron a Sever-Turn para asistir a tan extraordinario y grato suceso!

El hotel de los Balcanes, contiguo al parador de las Caravanas, ha revocado de verde los ventanales, de rosa las paredes y limpiado el pavimento

del gran comedor de gala; parece un palacio con su vestíbulo enlosado de pizarra bruñida como el mármol y su gran bandera, recién estrenada, del cónsul de Valaquia, gran personaje que mora en el más lujoso cuarto del primer piso, como corresponde al que reconcentra en su persona toda la representación del cuerpo diplomático.

Aquí se vive en plena civilización, y poco más allá de esta calle, en plena Edad Media.

No dejan de apreciar este *sabroso contraste* los que recorren nuestro anchuroso mundo con un librito rojo en la mano...

Entremos en el templo. Salvemos los torreones de esta fortaleza, en la que sacerdotes y fieles se aglomeran en masa multicolor en torno del tabernáculo. Los ricos lucen sus más bellas camisas rojas y sus túnicas amarillas y taraceados cinturones..., pero no carecen tampoco de color los andrajos en aquella gama deslumbrante de esplendor.

Bajo un sol tórrido pasan los popes vestidos de negro, y arrastrando largos velos como mujeres enlutadas, llevan iconos áureos... Los hombres se apoyan pensativos en largos báculos y las madres descubren el seno flácido para amamantar al hijo... Un gran alborozo baña todas las caras... Ya llegaron por fin... ¡Van a ver a la adorada reina! Musitan versículos proféticos del Libro de tos Antepasados que se les robó... Aguardan a la *queyra*.

En fin, se les abren las puertas férreas del gran santuario. Penetran en tropel.

Allá bajo, al fondo, el patriarca Feodar, enaltecido con la tiara fabricada antaño en el país de Assur (según reza la tradición), se adelanta seguido de un coro de ancianos. Todos se sientan en sillones de mármol. Los rezos van a empezar tan pronto como se anuncia la llegada de la *queyra* y de su cortejo, al frente de cual va el gran *Coesre* (el que blande el látigo en forma de aspa para flagelar el mundo, especie de ministro de la Guerra). De pronto irrumpe bajo las bóvedas sagradas inmenso clamor al mismo tiempo que llega jadeante y cubierto de polvo el mensajero de la desgracia.

Se arroja a los pies del patriarca.

—La *queyra* nos fue robada por los rumies.

Y aun pudo agregar:

—Pero te traemos a uno de los raptos.

Entonces reinó en el templo espantoso silencio, silencio más terrible que cuanto pueda imaginarse y que formó hórrido contraste con los alaridos de desesperación que empezaban a surgir en los cuatro puntos cardinales de la ciudad maldita.

El patriarca no se dignó siquiera mirar al mensajero que ante sus pies desfallecía de dolor. Se había levantado y esperaba de pie, inmóvil como una estatua y rodeado del coro de viejos, estatuas a su vez, que llegase hasta él con el rumí prisionero el gran Coesre que acababa de entrar en el templo.

—Pues bien: que señale sus huesos —musitó desde detrás de un pilar el señor Nicolás Tournesol al ver pasar al cautivo seguido de una turba con aires asesinos.

El señor Nicolás Tournesol era «representante comercial», el único comisionista ambulante quizás que viajó el patriarcado, donde realizaba gran negocio con su marca de champán y sus latas de conservas.

Representaba en Sever-Turn y sin competencia a todo el comercio de Europa, como el cónsul de Valaquia, por otra parte, representaba a la diplomacia de ambos mundos. Vendía de todo y había comprado terrenos en el barrio europeo, que al parecer iba desarrollándose con rapidez desde que una compañía inglesa construyó una carretera que daba fácil acceso a la comarca del petróleo. Era copropietario del «hotel de los Balcanes», palacio sucedáneo del antiguo parador de las Caravanas, cuyo condueño seguía religiosamente sus consejos para atraer y alternar clientela.

Pero volvamos al rumí prisionero, o sea a Juan de Santierne, allí presente y en lamentable estado.

Al entrar en la ciudad estuvo a punto de morir apuñalado y hubo necesidad de llevarle, dando un rodeo, por la muralla, y penetrar con él en el recinto del templo por un acueducto en seco que daba a un patio del santuario, y aun allí hubiera sido lapidado sin la protección del gran Coesre, ministro de la Guerra temido y venerado del pueblo; no porque hubiese ganado muchas batallas, sino porque su manera de blandir el látigo (el látigo que flagelaba al mundo) imponía inmediatamente respeto.

El gran Coesre era, sobre todo, célebre por haber sofocado en días aciagos la rebelión de los *Lingurari*, fabricantes de cucharas y vasos de madera; la de los Liessei, la hez de las tribus nómadas, verdaderos vagabundos que, so pretexto de devoción y ejercicios de piedad, acudían a Sever-Turn para ser alimentados de «gorra», como decía el señor Nicolás Tournesol, por los sacerdotes y guardianes del templo.

En fin, conoceremos toda la historia del gran Coesre recordando que se distinguió notablemente en el asunto de los Balogards, clan omnipotente en Sever-Turn, oligarquía conservadora que intentó sobreponerse a los poderes del patriarca. La palabra Balogards quiere decir «ladrones», pero no debe darse a esta palabra ningún sentido peyorativo. Estos Balogards eran

elevados personajes, antiguos timadores, que después de haber amasado pacientemente una fortuna recorriendo todos los mercados del mundo, vuelven a su país para gozar tranquilamente del fruto de sus ahorros y de la consideración general.

Tenían mayoría en los consejos de la nación, alardeaban de costumbres austeras y les parecía que el *patriarca era demasiado querido del pueblo*. Pero un día, en plena sesión municipal, el gran Coesre desplegó el látigo que siempre llevaba cruzado, y blandió la correa de modo tan singular, que los Balogards «supieron a qué atenerse».

Desde entonces dejaron en paz al patriarca, y el patriarca adoraba al gran Coesre, con el cual provocaba la lluvia y el buen tiempo en Severn; aunque bien es verdad que en la lluvia, las más de las veces, influía la vecindad de la montaña.

Juan estaba ensangrentado. Con la ayuda del gran Coesre subió acosado por la rechifla de la muchedumbre los peldaños hasta llegar al estrado en que se mantenía erguido el gran sacerdote rodeado del coro de ancianos sentados ya en sus sillas curules.

Detrás iban Sumbalo, Andrés, Suco el calderero y otros que contribuyeron a la captura del rumí. No se vio allí a Zina, que parecía cadáver desde la desaparición de Odette...

Calixta quedó a la zaga y lo presenciaba todo sin mezclarse en nada. Sufría horriblemente, pues en el fondo de su espíritu luchaba con su odio hacia Juan el remordimiento de haberle llevado con sus propias manos al borde del abismo, en donde iba a arrojarle. Aquel odio tiene mucho de amor. ¿Qué había logrado hasta entonces? ¿Estar segura de la condena de Juan? Sin duda..., pero no gozará de la alegría soñada en el feroz e implacable momento de su primer rencor. Todos saben cuán lleno de contradicciones está siempre el corazón de las mujeres...

—He aquí el culpable —dijo el gran Coesre empujando a Juan ante la presencia del patriarca...

Al punto rompieron el formidable silencio del templo mil voces de muerte, secundadas por el griterío de fuera. Aquel estruendo de trueno, tras el pavoroso silencio con que poco antes se acogiera la nueva del rapto de la reina, erizaba de espanto los cabellos de los más bravíos.

El propio Nicolás Tournesol, hecho a ver otras muertes, susurró entristecido:

—¡Pobre joven!

Calixta desfallecía por momentos.

—¡A muerte, a muerte...!

¿De veras se iba a matar a su Juan? Súbitamente le inundó de horror su obra. Ella soñaba con la muerte de Odette, y era su Juan el que iba a morir.

Impelida por inconsciente impulso, se fue hacia Feodor y se arrojó a los pies del patriarca, gritando, a pesar de ser el único verdugo de Juan:

—¡Piedad para este hombre!

Mil formidables voces de protesta se alzaron mientras que Andrés le tapaba la boca con los puños. El cingaro la arrojó brutalmente por la escalera hasta hacerle morder el pavimento.

Entonces el patriarca, dirigiéndose a Juan, le preguntó:

—¿Niegas haber sido cómplice del rapto de la *queyra*?

Juan no contestó porque no entendió palabra, pues el patriarca le formuló la pregunta en la lengua sagrada de los cingaros de Transbalcania. Pero Andrés tradujo la frase, y entonces Juan contestó que hizo cuanto pudo, en efecto, para salvar a su novia de las garras de los ladrones, y agregó que, de estar libre, reanudaría su obra. Eso era superfluo, pues no se le preguntaba tanto.

Se acogieron esas palabras con ensordecedor griterío. El tumulto fue tan serio que los guardias apenas pudieron contenerlo.

El patriarca levantó la mano y se le oyó decir:

—Considera que tú y los tuyos habéis cometido contra este pueblo el mayor crimen que pueda imaginarse, y si no nos ayudas a repararlo sobre ti caerá toda su pesadumbre.

—No tengo apego a la vida —replicó Juan—; pero para su gobierno, señor patriarca, le advierto que soy ciudadano francés, y vosotros habéis de responder de mi muerte.

—Responderemos que tu muerte fue un acto de justicia... Vamos, reflexiona; escucha las amenazas de este pueblo, que ya se impacienta. Hemos de dar con nuestra reina, se haya ido o la hayan ocultado. Su destino está escrito, pero el tuyo se está escribiendo... ¿Quieres ayudarnos?

Juan alzó los hombros. Este gesto era un insulto a la majestad del sacerdote y del lugar.

La injuria del rumí desencadenó de nuevo la tempestad. A los gritos de muerte se agregaron ahora otros gritos:

—¡El suplicio, el suplicio!

Unos pedían que se le quemase a fuego lento; otros, que se le cortasen primero los miembros y luego la cabeza; otros exigían que se le crucificase...

Los guarías luchaban con la multitud para impedir que asaltase la tribuna sagrada, y estuvieron a pique de ser atropellados.

El patriarca, impelido por los viejos atemorizados, se apresuró a dictar la sentencia:

—*Te condenamos a morir de hambre.*

Consideraron casi todos blanda la sentencia y muchos protestaron; pero otros la juzgaron muy cuerda y decían que, además de ser muy dolorosa, daba a Juan margen para reflexionar y quizás se decidiera a revelar dónde estaba la *queyra*.

En seguida arrastraron al rumí hacia los subterráneos del templo, y por pasillos oscuros y sofocantes abiertos en la roca le llevaron a la mazmorra del palacio y franquearon una puerta enrejada y entreabierta, largos años en desuso indudablemente, pues un tropel de ratones, que solía aglomerar en este seguro escondite el fruto de sus rapiñas, huyó a la desbandada.

Era horrible este reducto. El gran Coesre lanzó allí a Juan. Allí había de morir el desgraciado joven.

CAPITULO XIV

EN EL CUAL NICOLÁS TOURNESOL CORTEJA A LAS DAMAS

AL entusiasmo que había levantado en vilo a la ciudad, sucedió lúgubre consternación. En segundos cambió la decoración de nuevo. Como por encanto, desaparecieron las brillantes colgaduras con que se atavió la ciudad un momento, y pesó nuevamente su ceño triste, marchito y agrietado sobre el pueblo dolorido. Patearon con rabia las flores del trayecto. Ya no más cánticos ni más banderas. Desde las torres del templo, brazos enhiestos imploraron la misericordia de Dios; pero el cielo, despiadado, de pronto se cubrió con una capa de ceniza, en la cual, al parecer, enterraba complacido todas las esperanzas de la tierra.

El señor Nicolás Tournesol entró en el hotel con paso lento y semblante muy melancólico. Había contado con el júbilo de la coronación para dar a su negocio un vuelo capaz de asegurarle definitivamente la fortuna. Solía cobrar grandes comisiones, sobre todo en la venta de champán, y esperó con fundamento un desenfrenado consumo de este artículo. ¡Ay! El negocio se frustró y todos sus cálculos se derrumbaron.

Con estos tristes pensamientos entró en el gran vestíbulo del hotel, a la sazón casi desierto, pues todos los turistas habían salido para presenciar los acontecimientos; pero Nicolás Tournesol odiaba la tristeza. Decidió, pues, combatirla con unos fuertes *cocktails* de ginebra, como los enseñó a aderezar a Ladislao Kamenos, condueño del hotel y al mismo tiempo jefe del bar.

Se puso sobre un alto taburete detrás del mostrador de caoba que llenaba el fondo de la sala, y blandiendo una larga cuchara de metal, se disponía a tocar una sonata en los vasos de cristal, cuando apareció en la entrada una señora de porte atractivo, sencillo, pero elegante.

Los dos se miraron.

La mujer continuó su camino y él bajó del taburete:

—Me parece recordar que he visto esa cara en alguna parte...

La extranjera fue a sentarse frente a una mesita provista de escribanía, y cuando iba ya a escribir sus cartas, vio ante sí, erguido, a un muchachote de faz regocijada que la saludó muy rendidamente:

—Perdóneme, señora; pero en Sever-Turn, como en todos los Balcanes, no hay quien me presente; me presento, pues, a mí mismo: soy el señor Tournesol; Nicolás Tournesol...

—¡Dios mío! —dijo sonriente la señora—, no veo en ello inconveniente.

—¿Usted no me recuerda? Tournesol, el corredor de champán, el amigo de príncipes y grandes duques y... sobre todo de los grandes bares... Pasamos una tarde juntos, en compañía de sus amigos, en un suntuoso palacio...

—Cierto, señor; pero yo no frecuento esos establecimientos.

—Al menos esa vez, sí que fue usted. Recuerde, hace cinco años... Usted es la señora de Meyrens.

—¡Ah!, sí, sí; tiene usted razón. Perfectamente me acuerdo. ¡Qué gracioso era usted! Se declaraba a todas las señoras...

—¿Y a usted, señora, me declaré acaso?

—No; a mí, no.

—Pues aún es tiempo —expuso tranquilamente Nicolás Tournesol sentándose sin más remilgos junto a la señora de Meyrens—. Ladislao, dos *cocktails*... Perdón, señora. ¿Sabe usted que es usted muy encantadora?

—¿No tiene usted miedo, señor Tournesol?

—No tengo miedo de nada, con tal de divertirme. Perdón, señora, no quiero ofenderla. Sé a qué atenerme y no seré yo quien le falte al respeto, si le gustan estas bromas.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Y usted?

—Se lo diré en seguida.

—Pues yo también se lo diré al punto: Desde la guerra, que me arruinó, me dedico a todo y vendo de todo. Soy el elemento arterial, por decirlo así, del fabricante, del almacenista y del comerciante al por mayor. Soy el proveedor querido de cajeros y embaladores, de ordinarios y empresas de transportes; el mesías de los fondistas, el déspota de las mesas redondas, el privilegiado del fumadero y el querido de las señoras.

—No espete más —dijo la señora de Meyrens—. Se prohíbe fumar la pipa...

—¡Oh! Bien se ve que es usted mujer de mundo.

—¿Ha mucho que llegó?

—Hace un momento; he venido por ver a la reina; pero parece que no hay reina.

—*Se encontró* —les espetó Ladislao, que venía corriendo de la calle.

Y ordenó con urgencia que se pusiesen de nuevo colgaduras en los balcones, banderas en las ventanas y flores por todas partes.

Tournesol, encendido, brincó sobre el consocio:

—¿Es cierto o no?

—Te digo que se halló a la reina. Un jinete nos la trae, sentada en la silla. La robó a los rumies. La ciudad está de nuevo cambiada de arriba abajo. Aguarde, oiga las campanas...

En efecto; empezaban a repicar a vuelo. Era un repique inaudito, un canto broncíneo de extraordinaria alegría, por encima de inmenso rumor de fiestas.

—Voy a verlo —dijo la señora de Meyrens dirigiéndose presurosa hacia la puerta.

—Espere; iremos juntos... ya no nos separamos —expuso Nicolás Tournesol enlazando su brazo con el de la señora de Meyrens, que no se defendió demasiado.

Minutos después se le escapó entre la multitud; pero él se juró encontrarla.

Ladislao salió veloz hacia el templo. Tras él, toda la dependencia abandonó el hotel.

CAPITULO XV

LA PÁGINA ARRANCADA DEL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

NO trataremos de dar una idea de la llegada triunfal de Hubert a Sever-Turn... Entró rodeado de un tropel de bohemios, que vociferaban la noticia antes de franquear los muros. Habían dado a beber a Odette un cordial de los suyos, capaz de resucitar a un muerto. La joven, sin señales de reacción, continuaba en los brazos de Hubert, que desde lo alto de la silla iba enseñándola a todos, como un paladión recién hallado. Algunas palabras cíngaras, oportunamente aducidas al exhibir a la virgen anunciada por las Escrituras, avivaban el delirio de las muchedumbres.

Todos creyeron a Hubert auténtico gitano de pura raza, un hermano.

—¡Se halló a la *queyra*! ¡Se halló a la *queyra*!

La primera persona que se arrojó a los pies del ídolo al entrar en el templo, fue Zina. Odette fue, más bien que conducida, llevada ante la presencia del sumo sacerdote Feodor, que la recibió en sus brazos temblorosos de emoción y de respeto; devotamente la fue sosteniendo hasta sentarla en el trono de marfil que le habían deparado, y, ya sentada, el sacerdote se arrodilló ante ella tres veces, murmurando fórmulas tradicionales.

Tres veces a su ejemplo se arrodilló también el pueblo, y tres veces se levantó, entonando el hosanna de victoria con que termina el himno a Debía, el dios de la luz.

Entonces Hubert se acercó al patriarca, y, al pedir que le concediese la palabra, Andrés a su vez se adelantó y dijo:

—Este es un impostor y un sacrílego. No es un gitano. Es un noble rumí de Santas Marías del Mar, y Sumbalo y Suco, el calderero, reconocerán en él al auténtico raptor de la reina.

Dicho esto, dejó caer su mano brutal sobre el rostro pintarrajeado de Hubert, y le arrancó la barba, de lo que provino gran alboroto y confusión.

Pero Hubert, impasible ante el ultraje, cruzó los brazos y dijo:

—¡Yo conocía la conjura urdida contra la *queyra*! Entré en ella para frustrarla y traeros personalmente a *La* que esperabais.

—Y ¿cuál era tu propósito al obrar así? —preguntó el patriarca, que desde el principio del incidente tenía clavada su mirada severa en el extranjero.

—¿Y tú me lo preguntas? —exclamó Hubert—. ¿Has olvidado el texto sagrado *es menester que las profecías se cumplan?*

El patriarca entonces extendió los brazos y levantó su hermosa cabeza encanecida, su frente iluminada por súbita inspiración.

—Este hombre no miente... Este hombre es el enviado de Santa Sara —exclamó.

—Miradme, ancianos —repuso Hubert—. ¿Ninguno de vosotros me reconoce? Ha dos años, uno de vosotros, víctima de la peste, me confió *El Libro...*, si vive, que se adelante... y si ha muerto, que salga de la tumba.

—¿Eres tú, eres tú, pues, aquel de quien me habló, antes de expirar, mi viejo amigo el pope Antísquines? ¿Eres tú a quien confió el libro?

—¿Dónde está el libro? —preguntó el patriarca.

—Me lo robaron —respondió Hubert— los rumies fugitivos del país... En vano lo busqué, pero logré hacerme con la página más apreciada, que le arrancaron.

Apenas pronunciadas estas palabras, presentó la página sagrada al patriarca y al consejo de ancianos que en torno suyo se apretujaba.

Entonces el patriarca leyó con voz resonante, oída hasta en los confines del atrio sagrado:

La Hija de la Raza, señalada con el signo de la corona, será raptada por los rumies...

Pero un rumí la devolverá a la ciudad para que sea proclamada queyra y él rey. Y así, por esta unión, se regenerará la raza.

Estentóreos clamores acogieron la lectura del texto sagrado... Diez mil voces gritaron:

—¡Estaba escrito! ¡Estaba escrito!

El patriarca, cogiendo de la mano a Hubert, le llevó al lado de Odette, que presenciaba la escena formidable de la que era protagonista como un icono, tan insensible, al parecer, como el marfil de su trono.

—¡Es el Rey del mundo el que le proclama rey de la Tierra! —exclamó el sacerdote—. ¡Este será tu esposo!

Ahora bien; en este momento estallaron gritos, protestas, lloros de niños, lamentos de mujeres atropelladas, que se levantaron amenazadoras contra el vendaval que las había tumbado.

El vendaval no se detuvo hasta que llegó ante el patriarca.

El vendaval era Rouletabille.

—Perdón, señor patriarca —dijo—; necesito decir algo antes de que se celebre la ceremonia.

CAPITULO XVI

LA SEÑAL DE LA CORONA

EL tumulto que surgió fue inmenso. La asamblea prorrumpió en anatemas, y los guardias hubieran caído sobre Rouletabille si un gesto augusto del patriarca no le ampara.

Andrés, Calixta, Zina y toda la banda de Sumbalo, hablaban o, mejor dicho, vociferaban a la vez enseñando los puños a Rouletabille.

Odette, despertando del sueño en que parecía anonadada, se levantó, tendiendo los brazos hacia aquel rayo de salvación, ¡Rouletabille!, pero cayó de nuevo al punto en el sopor, como si hubiera sólo rozado la realidad, como si aquella imagen, surgida del fondo de la pesadilla, fuese también vano humo.

El gran Coesre, con el ceño de los días aciagos, corrió a ponerse junto al joven audaz que se había atrevido a violar el recinto sagrado.

En fin, cuando se apaciguó un poco el tumulto, se llegó a oír, pero no a entender. Rouletabille se expresaba en la lengua de los *gachis* (viles extranjeros), desconocida por casi todos. El patriarca apeló a las luces de un docto anciano, con antiparras, que se pasó la vida en las bibliotecas y era casi poliglota. Por este intérprete oficial pudo todo el pueblo aprehender la significación de la conversación entablada.

Rouletabille, cual fatídica Casandra o como otra Zina, predijo al pueblo cingaro las peores calamidades, si el patriarca y el consejo de ancianos daban remate a la obra criminal por otros empezada... Y declaró con acento de profunda convicción que el Dios de los romanches, que era el mismo de los rumies cristianos y sobre todo de los rumies de Francia (que fueron los primeros en erigir un templo a Santa Sara, la más gloriosa sierva de Dios y protectora de la raza), infundió demasiada cordura al sumo sacerdote y

demasiada inocencia al corazón de su consejo para que se hiciesen cómplices de un sacrilegio.

—Este joven habla como un diplomático —dijo confidencialmente el gran sacerdote al consejo de ancianos—. Hemos de desconfiar.

Y en alta voz repuso:

—Hablas de sacrilegio... y hasta ahora sólo veo el que tú has cometido penetrando en el recinto vedado...

—Santa Sara me lo perdonará, pues sabe que he venido aquí para traeros la verdad.

—Me parece muy bien avenido con Santa Sara —replicó Feodor, mordaz—, y eres para mi un solemne parlanchín. En Sever-Turn se aprecia la concisión. ¿A quién acusas de sacrílego?

Rouletabille, volviéndose hacia Calixta, Andrés y Zina, dijo:

—A estos tres.

Inmediatamente los tres protestaron como energúmenos.

—Hay sacrilegio —repuso Rouletabille, inmovible— cuando tres granujas, invocando un texto sagrado, abusan de la credulidad de un pueblo dándole gato por liebre...

—¿Gato por liebre? ¿Qué quiere decir esto? —preguntó gravemente el patriarca...

El docto viejo, ratón de biblioteca, hubo de confesar que escapaba a su saber el cabal sentido de tan rara expresión. Nunca la leyó en libro alguno. Además, nunca la había oído en los medios diplomáticos que frecuentaba (esto es, en casa del cónsul de Valaquia).

—Esto quiere decir —acabó Rouletabille por espetarles— que os han hecho tomar a la señorita de Lavardens por la *queyra* anunciada por las Escrituras. Ahora bien: la señorita de Lavardens es víctima de los celos de esa Calixta, que está enamorada del novio de la señorita de Lavardens...

—¡Mentira! ¡Mentira! —exclamó Calixta.

—Si vienes a decir tales *sobradas*... (al pie de la letra, semejantes patrañas) —empezó a decir un noble anciano.

—¡Que la *zarapia* se te lleve! (la peste).

—No soy muy docto —repuso con amargura y en tono de fingida humildad el ratón de biblioteca, que tenía una voz de barítono capaz de llegar hasta lo más recóndito del templo—. No soy muy docto... (aún le estaba dando vueltas en el magín a la frase *gato por liebre*), pero creo que esto se llama en francés *potins* (chismes).

—Es preciso de todos modos que sepáis porqué se os ha engajado, y no puedo decíroslo por parábolas —subrayó Rouletabille muy enojado y molesto en el fondo por el desprecio con que se acogían sus acusaciones—. Sin aquella añagaza, la señorita de Lavardens seguiría hoy viviendo en Francia, su patria, que le reclama, y a la que no tenéis el derecho de hurtarla.

—La señorita de Lavardens es cingara, según la ley cingara.

—Es francesa, según la ley francesa.

—Su madre era cingara —proclamaron cincuenta voces.

Los ancianos testificaron a su vez:

—Yo conocí a su madre.

Y uno dijo:

—Tuve en mis brazos a su madre, siendo niña.

La más encolerizada era Zina, que señalaba su flácido seno, que amamantó a la *queyra*.

—Cuando su *raya* murió, yo fui su *raya* (su madre). Pero el extranjero nos la robó, y yo seguí al extranjero...

—*Tú seguiste al extranjero* —aulló Rouletabille—, *y en tantos años no dijiste palabra, sabiendo que los cingaros, tus hermanos, buscaban por todas partes a su princesita... Si hubieras sabido que era realmente la queyra, ¿permanecieras muda tanto tiempo?*

A este argumento fulminante sucedió asombroso silencio. Todos los ojos se clavaron en Zina, que permanecía callada y anhelante. La vieja sabía que aquel silencio la condenaba. Ocultó la frente con sus manos enloquecidas, y advirtió cómo hasta su cabeza ascendía amenazador murmullo...

—Empiezo a asirme a buen cabo —se dijo Rouletabille—. Aprovechémonos... Peguemos fuerte con la contera de la razón.

»Vuelvo a decir —dijo con voz lo más atronadora que pudo— por qué has permanecido callada tantos años. Callaste porque sabías que esa joven no era la princesa esperada, pues no llevaba en la espalda la señal predicha, la señal pronosticada por las Escrituras... *La señorita de Lavardens no tenía el signo de la corona.*

Un inmenso lamento ascendió, lúgubre, hasta las bóvedas.

El pueblo empezó a gemir desesperado.

—No tiene la señal; no tiene la señal —murmuró dolorosamente.

—¿Que no tiene la señal? —exclamó Calixta, interponiéndose entre Rouletabille y Zina, cuya debilidad temía—. ¿Has dicho que no tiene la señal?

En este momento se percibió una dulce vocecita, áureo acento, que parecía salir de boca marfileña. Otra vez se anunció el icono y Odette se irguió. Con paso seguro, con paso de sonámbula, se dirigió la vieja, y la vocecita exclamó:

—¿Una señal? No tengo ninguna señal.

Entonces Calixta, como una furia, se abalanzó sobre la joven y, con gesto feroz, le arrancó el tul que flotaba sobre su espalda...

—Ved —exclamó—; ved si no tiene la señal de la corona.

El único que no parecía muy conmovido por este incidente, contra lo que era de esperar, fue el propio patriarca, pues antes de sentar a Odette en el solio real, tuvo la precaución de comprobar rápidamente por sí mismo si tenía la señal sagrada... Creyó deber suyo no mostrarla al pueblo sino en el momento solemne de la coronación; pero los acontecimientos se le adelantaron y ahora comprendía que era preciso someter inmediatamente la impostura al fallo del pueblo.

—Tiene la señal —proclamó—; regocíjate, pueblo: tiene la señal.

Todos se abalanzaron. Todos querían ver con sus ojos la sagrada marca. Todos querían tocar aquel sello de la alianza con la divinidad y comprobar también que el signo no era un embuste más..., que no era tatuado ni hábil fabricación, sino el signo más natural del mundo, uno con la carne y nacido con la carne...

Entonces, comprobada la impostura, todos se volvieron hacia el impostor; pero el impostor había desaparecido.

CAPITULO XVII

Cual una flor cortada, que al sufrir sólo sabe
exhalar aromas y morir.

SAMAIN.

ODETTE fue llevada al gineceo. Rendida al peso de la formidable aventura; espantada del misterio horriblemente milagroso que hacía a la Naturaleza cómplice de su realeza abominable..., dejóse perfumar por las mujeres, como insensible muñeca con que se divierten las niñas.

Ahora estaba muellemente tendida sobre almohadones, cobijada en la penumbra del antiguo palacio, de nuevo silencioso.

Sólo se oía el murmullo argentino del surtidor, cuya crencha brotaba como un lirio del profundo cazo columbrado en la claridad del patio de mármol entre dos columnitas bizantinas.

Odette sólo pensaba en este chorro de agua, cuya voz fresca le atraía. El agua parecía decirle: «¡Ven! Yo calmo todos los dolores. Yo apago toda clase de sed... Cuando estés conmigo..., *si no me tienes miedo, ya no desearás nada más... Ya no pedirás más saber... Y sobre todo, tu corazón olvidará el nombre de Juan... de Juan, que te ha traicionado, que te ha abandonado, como se deja sobre el polvo de la carretera a una gitanilla como tú.*»

Se levantó y se fue hacia el surtidor, cuya melodía quejumbrosa la hechizaba. Sus pies desnudos, cuyos dedos las esclavas acababan de ensortijar, se deslizaron por el bruñido pavimento, y maquinalmente la llevaron a la fuente encantada.

El pilón era espacioso, con peldaños de mármol negro, y el agua era también negra como las losas que iban en seguida a encerrarla, inmóvil y fría, mientras que el tallo liriáceo del agua continuaría cantando sobre su cabeza la argéntea melodía: «Murió Odette, murió la joven ardiente de las Camargues,

que el sortilegio de una buena vieja hechicera trocó en lánguida muñeca de Orienté... Murió porque no la amaba aquel a quien dio su corazón.»

Esto también estaba escrito y Odette posó el pie en el primer escalón que conducía al fondo del hermoso tazón negro, rebosante de agua sagrada del olvido. ¡Ah! ¡Qué fresca estaba el agua!... ¡Qué fría! ¡Y qué olor de muerte! ¡Parecía de lejos tan hermosa! Evidentemente, se necesitaba valor.

¡Y valor siempre tuvo!

Dio un paso más, balbuceando con dulce gemido el nombre de Juan. Su corazón latía con tal fuerza, que parecía escapársele a saltos del pecho, como el pajarillo que, en el estertor de la agonía, se agita por última vez en el fondo del nido. Ella también, ella iba a morir, pues Juan no la quería... De pronto, una mano la tiró hacia atrás, y la joven percibió un sollozo...

Era la buena vieja hechicera, que le dijo:

—Ven, no quiero que mueras. Voy a llevarte a la presencia de tu amado.

Odette abrió desmesuradamente los ojos, como si en ellos abrigase todo el asombro del mundo.

—¿Vas a hacerme ver a Juan?

—En seguida vas a verle.

—¡Ah! —dijo Odette en seguida—. No me fío de ti puerca vieja hechicera... Sé que puedes mucho, porque llevas en ti al Beka (al diablo) y tienes la costumbre de decir la buena ventura. Me harás ver a Juan en el bagazo del café o en el fondo de un vaso de agua. Vete... ¡Aguarda! ¡Juan! Helo ahí... en el fondo de este tazón. Ahí veo su imagen de otros días... de cuando me amaba... Voy a reunirme con él.

—¡Ah, palomita!... Nunca dejó de amarte... Júrame que no te matas si te lo enseño.

—Te prometo vivir, si me lo enseñas con vida y si me quiere, Zina —dijo Odette anhelante y juntando las manecitas con un gesto de ruego y esperanza.

—¿Cómo no ha de amarte? —repuso Zina precipitadamente y atrayéndose a Odette y mareándola con un aluvión de palabras—. ¡Si supieses cuánto he hecho!... ¡cuánto he hecho por ti!...

—Pero ¿dónde está, dónde está?

—Aquí.

—Llévame a él en seguida... ¡Oh, Dios mío! Creo ahora que voy a morir de alegría... ¿He de creerte? ¿He de creerte?

—¡Chist! ¡Modera tu alegría, palomita del Espíritu Santo! ¡Ay! ¡Está aquí, en un calabozo!...

—¡En un calabozo! ¡Ay, desgraciado! ¿Pero cómo está en un calabozo?

—Porque voló a libertarte como un loco, como el más valiente de los rumies, y lo apresaron... Veas cómo te quiere...

—¡Oh, Juan mío! (y prorrumpió en sollozos; esta vez en sollozos de felicidad)... ¿Le salvarás, di? (ya no dudaba de nada); si no se le salva, quiero yo también ser encarcelada... Además, soy la reina, soy la *queyra*... Es preciso que se me obedezca... Deja, querida, de besarme los pies, querida y buena bruja..., y llévame a Juan... Quiero que salga del calabozo... Dime, ¿es cierto que se le metió en un calabozo, en un verdadero calabozo? ¿No te burlas de mí?

No cesaba de hablar... Había recuperado la vida; de nuevo circulaba por sus venas, de modo extraño congeladas días y días... Esta Zina era algo extraordinario. Se llamaba esclava de Odette y hacía de la niña cuanto quería... Con una mirada, con una frase, la cambiaba totalmente... Zina tenía el poder de trocirla en estatua o en piedra al conjuro de su fría mirada de bruja..., o bien se sentía atraída hacia ella con todo su corazón inocente, como si fuera su verdadera *raya*. Las rebeliones de la joven eran juegos de niño, baladíes frente al poder oculto que la dominaba, incluso cuando estaba la vieja ausente, o bien se interponían muros entre ambas.

Zina la cogió de la mano y Odette se dejó guiar dócilmente por los oscuros y tortuosos pasillos, que muy pocos conocían aun entre los iniciados en los misterios de aquel palacio. Hubo de encorvarse, bajar y subir peldaños y volver a bajar hasta las entrañas de la tierra, bordeando las monstruosas hiladas del templo, piedras apiladas por los antiguos Pelasgos, sobre las cuales, civilizaciones desaparecidas desde millares de años atrás erigieron sus primeros altares. Por fin, Zina y Odette llegaron a los calabozos de los condenados a muerte, enjaulados allí entre barrotes.

Ante una de las jaulas Andrés vigilaba.

CAPITULO XVIII

EL BESO EN LA TUMBA

HASTA este momento Odette fue intrépida, si bien su valor en el fondo era más bien alegría: ¡iba a volver a ver a su Juan! Por sí sola esta ilusión la hubiera llevado a través del infierno con la sonrisa en los labios. Quizás alguna vez se había imaginado el infierno como estas mazmorras, en que se veía a rastras espectros humanos o fantasmas que se incorporaban para ver cómo pasaban los vivientes envueltos en luz azufrada que parecía surgir del seno vertiginoso de la tierra por grietas cuya profundidad nadie sondó nunca tal vez.

Aquella tierra volcánica apestaba como la solfatara. La luz del cielo viene de arriba; la del infierno, de abajo.

Lo malo para los que arrastraban sus vagas sombras detrás de aquellas rejas, era que no morían asfixiados por la diabólica y pestilente humareda... No: ¡allí se moría de hambre!

Algunas sombras esqueléticas aparecían agarradas a los barrotes como si hubieran terminado su suplicio en un postrer espasmo que las dejaba boquiabiertas... Zina desplegó un velo sobre la cabeza de Odette y la arrastraba con creciente celeridad, pero la reina no toleró que le celasen los ojos precisamente en el momento anhelado en que iba a ver a Juan...

Se quitó el velo, y al mirar lanzó un grito de horror... Vio allí a Andrés... Parecía el guarda omnipotente de aquel infierno... El espanto de Odette provocó aquel grito... Zina la apretó contra su pecho y la envolvió entre sus brazos, mientras que Andrés, adelantándose con paso amenazador, preguntó a la vieja con terrible acento:

—¿Qué vienes a hacer aquí con la *queyra*?

—Vengo a pedirte que la franquees la entrada del calabozo en que está encerrado el rumí —le respondió impávida la cingara.

—¡Estás loca, Zina! —repuso Andrés con siniestra befa, si bien algo sobrecogido—... Y ¿qué pretendes al solicitarlo?

—Quisiera que le abrazase antes de que muera. Es obra de caridad con los dos y Santa Sara quedará satisfecha...

Esta vez Andrés prorrumpió en carcajadas... Pero Zina, pegando su boca al oído de Andrés, le murmuró unas palabras...

Ya no vio más Andrés, pero se sonrió y su sonrisa era aún más horrenda... El gitano sacó del cinto un manojito de llaves, indicó una a Zina, se la puso en la mano y se alejó precipitadamente...

Cuando ya no oyó sus pasos, la vieja dijo a Odette:

—No tengas miedo. Ya se fue...

Y la arrastró, más bien que la llevó, hacia el calabozo de Juan.

Ahora es Zina la que vigila, hundida en las tinieblas del fatal pasillo que conduce a tantas agonías... Vigila mientras Juan y Odette mezclan sus lágrimas de dicha y desesperanza.

—Y yo que creía que ya no me amabas —suspiró la joven infeliz, desfallecida—... Esto es un crimen, Juan; ¡ay!, el más horrendo de los crímenes.

—No ha sido ella sola —pensó Juan lleno de remordimientos— la que ha cometido crimen semejante. Y quizás por ello lo esté yo purgando.

Pero ahora, al calor de aquel fresco aliento, ante la pureza de aquella frente, todas las horribles sospechas nacidas de la perversidad de Hubert y de los rasgos singulares de Rouletabille se esfumaban, se disipaban para siempre... Juan no tenía otro temor sino que Odette llegase nunca a sospechar que él abrigó alguna vez semejante pensamiento...

—Figúrate —le dijo Odette, estrechándole entre sus brazos—, figúrate que ese abominable Hubert me dijo que tú ya nada querías conmigo desde que supiste que era una gitanilla.

—Y ¿tú lo creíste? —le reprochó Juan con dolor...

—¡No!, ¡no!, ¡no le creí..., pero Hubert acudió con presteza!, y acudió Rouletabille..., y de ti sólo oía hablar a ese miserable que me decía ¡que ya te era yo indiferente! Mi dolor fue inmenso desde entonces... No sabía ya lo que pensaba... Me volvía loca... Sólo quería morir...

—¡Querida, querida mía!

—No podía ya soportar a ese Hubert; me apartaba de él con horror...; me devolvió a los bohemios... Y preferí esto a continuar con él. Pero lo terrible

es que me ha devuelto para que los gitanos me obliguen a casarme a su modo y según esté escrito. Con todo, no tengo miedo, pues soy la *queyra*, y la *queyra* hace lo que quiere... Zina me lo ha explicado... Así, pues, es preciso, pues yo lo quiero, que estas gentes nos casen... Y Hubert será encerrado como se merece en este calabozo... Después de unas semanas de reflexión, le dejaremos que se vaya, y creo que ya no oiremos hablar más de él para siempre.

Juan oía aquella charla de pájaro con tan divino embeleso que lo olvidaba todo... Pero las últimas palabras le trajeron al horror de la situación presente y sonrió con tristeza:

—Amor mío —le dijo—, ¿ignoras acaso que cuando se entra en uno de estos calabozos ya no se sale?

—Pero como te hago rey... —exclamó Odette...

—Amor mío, embeleso mío, ¿nada te ha dicho Zina?

—¿Pero qué? ¿Qué pasa? Nada me ha dicho... Pero tú dímelo todo... Es menester que lo sepa todo... Soy la reina... Tengo derecho a saberlo todo...

—Pues bien: me han enterrado para siempre.

—No digas eso, no digas eso... Es absurdo... Aquí sólo mando yo...; ¿a qué te han condenado...?

—A morir...

Odette lanzó un grito:

—Cállate... Cállate... Eres mi Juan... Eres mi amor... Pudieron condenarte no estando yo aquí... Pero ahora que estoy... todo va a cambiar... Basta que diga una palabra... Si supieses cómo me adora este pueblo... Se prosterna a mis pies... Besa mi ropa... Grita cuando paso: «¡Hosannah!»... Sólo con levantar el dedo... ¡Ah! Tuvo Hubert la excelente idea de traerme aquí... Como ves, así plugo a la Providencia... Dios está con nosotros... Estaba escrito como dicen los viejos ahí arriba en la catedral... Estaba escrito que te salvaría, Juan adorado... ¡Vamos! ¡Te han condenado a morir...! ¡Pues bien? ¡Cómo los voy a coger! ¡Ya estoy viendo aquí la cabeza de Hubert! ¡Pero abrázame y no pongas esa cara tan triste! ¿Acaso estoy yo triste? ¡Ah! Dime..., por curiosidad, ¿a qué género de muerte te han condenado esos señores?

Le preguntó esto sonriendo muy valerosa.

—Me han condenado a morir de hambre.

—¡Horror!, ¡querido mío! ¡Y yo aquí charlando y bromeando!... ¡A morir de hambre! Y no has comido aún... ni almorzado... ¡Dios mío! ¿Desde

cuándo estás aquí? ¡Esto es horrible! Y ¿cómo no me lo has dicho en seguida?
¡Zina, Zina!...

Se precipitó a los barrotes llamando a la vieja y empezó a patear el suelo...

—Deja ya a Zina —le dijo Juan—... ¡Estamos tan bien solos!, y además son preciosos los minutos. Te digo que no tengo hambre...

—¡Zina!...

La vieja acudió como alocada, indicándole con gestos que callase.

—Vete corriendo..., busca pan, leche..., trae lo que encuentres... dulces... ¿Qué quieres comer, querido?

—Nada, amor mío... Estás tú aquí... No tengo hambre de más...

—Te prometo —dijo la vieja, espantada, a Odette— que iré a buscar cualquier cosa cuando te marches. Ahora es preciso, ante todo, que te lleve a tus habitaciones... Ven, ven sin tardanza... Aun es tiempo... Quizás te hayan oído gritar...

—Pero yo no puedo irme en seguida... Y además no puedo irme sin mi Juan... Vete y busca al patriarca y al gran Consejo...

—¡Silencio! —ordenó la vieja pegando el oído al sótano—. Alguien se acerca... Oigo pasos...; bajan la escalera... ¡Cuidado!

Le hizo aún una señal y se sumergió en la sombra para el acecho.

Odette se echó de nuevo en los brazos de Juan...

—¡Morir de hambre!... —le dijo vertiéndole el llanto por el hombro—... ¡Ah!, querido mío... Te juro que no he de comer mientras tú no comas... Si mueres, muero yo también... Que mi padre me perdone...

Juan se estremeció:

—Tu padre, querida Odette..., tu padre... ¿Es posible que aún no sepas nada?

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido a mi padre? Háblame de mi padre...

Y como Juan callase, agregó:

—Tu silencio es para mí el peor agüero... Si no fuese así, no callarías... Habla, Juan —dijo con voz entrecortada—... Creía que ya no podía herirme ninguna desgracia más...

Entonces Juan le enteró del espantoso suceso. Por fin Odette conoció el drama de Lavardens.

—Ya no nos queda en el mundo —dijo derramando nuevas lágrimas— más que nuestro amor.

... Andrés había ido a entrevistarse con Calixta. La gitana no podía esperarle a aquellas horas. Sabía que a petición propia vigilaba a Juan y había

cargado voluntariamente con la responsabilidad de la guardia del rumí condenado a muerte...

Tendida sobre la alfombra, se embriagaba con los perfumes que ardían en los pebeteros. Pensaba en el sentenciado a muerte y no en su guardián, al cual cada día temía más y cuyo amor violento la sobresaltaba, o más bien la llenaba de singular inquietud que la estremecía en cuanto le veía ante su presencia. No cesó un momento ciertamente de detestarlo, pero no le despreciaba..., no. Aun le estaba viendo en el bosque de Temesvar, blandiendo el cuchillo y dispuesto a matarla si se le resistía... El azar la salvó entonces..., pero aquel día, en aquel minuto, fue su dueño...

—¡Ah! Eres tú... —le dijo con bronco acento al reconocerle en la sombra por la que avanzaba—. ¿Qué me quieres?

—Mal recibes a tu prometido —dijo Andrés fríamente sentándose al lado de la gitana, cruzando las piernas y cogiendo y llenando la larga pipa turca.

—Aún no llegó el día de la boda —replicó secamente Calixta.

—Apostemos lo que quieras —repuso Andrés— a que mejor me hubieras recibido de saber que venía a decirte: «El rumí no quiere morir sin verte de nuevo.»

Calixta, como galvanizada, se irguió:

—¿Ha dicho eso?

—Que no me vea nunca la faz de Debía Temeata (la madre de Dios) si miento —dijo el cingaro—. El rumí me lo ha suplicado tres veces. Sin duda cifró en ti, Calixta, todas sus esperanzas... o bien te quiere sinceramente —agregó con risa burlona— y desea pedirte perdón antes de morir por la pena con que logró emponzoñarte el corazón. ¡Sólo por ti suspira el maldecido!

—No más discursos, Andrés. ¿Y qué le respondiste cuando pidió esto?

—¿Qué había de responderle, si llamó a mi buen corazón? Un camello, si apelase a mis sentimientos, me haría llorar. Le contesté que te transmitiría su ruego y se haría lo que te pluguiese. Bien sabía que ello iba a complacerte. Estás triste como para enterrar al diablo. Ya me lo pagarás con una sonrisa... Y por una sonrisa tuya, Calixta, inmolaría a mi *raya*.

—Bien, bien... Ya veremos eso después. ¿Entonces me consientes que le vea?

—¿Te he negado nunca nada?

—¿Verdad que me llevarás hasta él?

—Sí, pues va a morir —contestó Andrés secamente, levantándose y tomando la delantera.

Calixta le siguió febril. ¡Ah, si fuese cierto que Juan la amaba! Vense estas cosas a veces en los momentos supremos, allá en los últimos repliegues de la conciencia... ¡Quizás entre los dos no hubo nunca sino lamentable incomprensión, choque de dos orgullos en mortal combate! Bastaba que hiciese sólo un gesto para que ella, Calixta, hallase el medio de sacarle de aquella tumba.

De pronto se paró... Era hábito en ella que el pensamiento y el acto fuesen por polos opuestos, con espontaneidad contradictoria que tejía la desesperación y el desorden de su vida. Andrés se volvió y la contempló inmóvil y anhelante.

—¿Qué más? —preguntó bruscamente.

—¿Y si me llama para insultarme por última vez? —expuso con timidez, bañadas las sienes de sudor.

—Es posible —contestó Andrés imperturbable—. No me ha comunicado sus proyectos. ¿Qué decides, pues?

—Si me llama para esto, no te lo perdonaré jamás —le espetó mirándole con fiereza.

—Esta es la justicia de las mujeres —fue la consecuencia de Andrés—. Pues bien, quédate.

Pero bien sabía que no se quedaría. Y hasta simuló que se iba, como si aquel asunto no le concerniese.

—Andrés, ¿qué opinas tú que le has visto, tú que le oíste?

—Palabra de *balogard* (esta clase de bohemios, que sacamos anteriormente a colación, es harto conocida, en efecto, por sus principios austeros, su respeto a los tratados y hasta a la palabra empeñada una vez para siempre). ¡Palabra de *balogard*! Creo (y le dijo lo que creía inclinándose sobre ella y quemándola con la mirada, en que ardía el negro tizón del deseo), creo que cuándo se tiene la dicha de abrazarte es cosa que difícilmente se olvida.

Acababa de decir lo que hacía falta.

—Pues bien; vamos, Andrés —dijo con imperativa impaciencia.

Pero Andrés cada vez se inclinaba más hacia ella:

—Y ¿cuál es el pago de mi trabajo?

—¿Qué quieres?

—¡Abrazarte!

No esperó el permiso. Calixta se defendió vacilante; pero le mordió al sentir pegada a sus labios, de modo salvaje, la boca de Andrés. Este la devolvió el mordisco. Ni el uno ni el otro gritaron; pero si llega a tener

Calixta un puñal a mano, de seguro le atraviesa el corazón. Andrés, secándose el labio ensangrentado, se limitó a decir:

—Tomé mi parte; ahora te toca tomar la tuya. ¡Ven! El rumí tendrá mis sobras.

Y bajaron a los sótanos.

Sus pasos fueron los que Zina oyó en la escalera; pero creyó que Andrés volvía solo. La vieja, diabólicamente, le inspiró la idea de dejar solos a Odette y Juan un momento en el calabozo como excelente venganza contra Calixta, que no había dejado de amar a Juan, y como jugarreta cruel con la que se divertiría más tarde, contándole a la gitana este episodio, capaz por sí solo de curarle para siempre de la afición a los rumies. Pero Zina no sospechó un solo segundo que Andrés tuviera la audacia de ir a buscar a Calixta para que viniese a presenciar la escena... En este intervalo, Andrés corteja a Calixta, riéndose de la pasada que le está jugando.

La vieja quedó anonadada al columbrar a Calixta; pero no tuvo tiempo de avisar, y Andrés la echó a rodar después de hacerse con las llaves y... pasaron.

Misterioso resplandor, filtrado por invisible ventanal, se deslizaba por los muros variolosos y encajaba un rayo entre dos barrotes. Detrás de la reja, dos cabecitas en plena juventud se besaban con pasión... Aquello era un aguafuerte sobre fondo negro, algo extremadamente violento e infinitivamente delicado: un beso impreso por Reynolds; algo, en fin, que sobre todo causará hondo disgusto a Calixta...

CAPITULO XIX

LOS DOS RECURSOS DEL PATRIARCA

HUBO de desmayarse la gitana, pues es posible desmayarse de rabia como de dicha; pero, pasado el primer momento de sorpresa, recuperó todos sus bríos, y, animada por el sentimiento que le impelía, se abalanzó contra los barrotes y empezó a sacudirlos alocada.

Ante ella aparecía el cuadro de los amantes, sorprendidos y atemorizados, y detrás el de la risa de Andrés y los gritos de Zina, y, finalmente, la carrera de los guardias, que acudieron veloces al oír el tumulto.

Andrés se apresuró a abrir la reja del calabozo. Creyó, sin duda, que el furor de Calixta caería entero sobre Juan. ¡Error de rudimentaria psicología, pues la rabia de la mujer se dirige siempre contra la mujer en la primera arremetida! Calixta se abalanzó contra Odette; pero tropezó con los brazos de Juan, que se interpuso... Odette no huyó, no; al contrario: sus uñas se clavaron, abriendo rojos surcos, en el rostro de Calixta, momentáneamente reducida a la impotencia por los puños de Juan, que la gitana mordía con saña. Los guardias dieron remate a la gresca haciendo salir a Odette, llevándosela a pesar de sus gritos, de sus arañazos y patadas.

Juan quedó de nuevo encerrado en el calabozo... Calixta volvióse airada y rugiente de venganza contra Andrés, que señalaba a Zina como única culpable de aquella despiadada intriga... Pronto se oyeron los grito de Zina, tan desesperados como si la cortasen a trozos (y a pique estuvo de perecer desollada). En esto encerraron a Odette en sus habitaciones, y fue avisado el patriarca. Una hora después se presentó ante la reina, creyéndola ya calmada. Fue a verla con Hubert.

Viéronla acurrucada en un ángulo del diván, como bestezuela enfurruñada y rabiosa. Cerca se veía sobre la alfombra, en revuelta mezclanza, vajilla y

cristales rotos. Fueron rodando por doquiera las bandejas en que le trajeron rosadas confituras y el *borj a la smitán*.

El patriarca contempló los estragos de la cólera real con mirada complaciente, y con inmenso respeto preguntó a su soberana, por mediación de Hubert, si tenía hambre.

—¡Sí!, ¡tengo hambre! —respondió Odette—, pero no comeré... ¡Que me dejen en paz! ¡Quiero morir de hambre, como Juan!...

E irguiendo la frente contumaz para destacar su adorable mueca, espetó a Hubert estas frases para que de una vez para siempre conociese a fondo el estado de espíritu de su amada:

—Y sepa usted que moriré dichosa, pues he visto ya a Juan y sé que no ha dejado nunca de amarme... Y ahora márchese usted... ¡Váyase, le digo!... ¡Le mando que se vaya!... No tengo más que decirte a ti y a tus patriarcas... Ea... fuera... Quiero que se me obedezca... ¡Soy la *queyra*!

Hubert, bastante maltrecho, iba traduciendo. El patriarca lo había comprendido todo. Adivinaba el sentido por el tono y por el gesto. Levantó la cabeza y dijo con gran calma:

—Tú vivirás, pues es preciso que las Escrituras se cumplan.

Dicho esto, salió de la estancia lleno de admiración por la reina.

—Es una auténtica gitana —dijo a Hubert cuando estuvieron solos—. ¡Ah, es de la raza! Da gusto verla y oírla.

—A usted, que no a mí —replicó Hubert con amargura—; y permítame que me asombre de su embeleso, pues no veo a la postre en todo ello cómo podrán las Escrituras...

—Veo con satisfacción —interrumpió gravemente el sumo sacerdote— que le preocupan a usted las Escrituras... Pues bien, hay dos medios para evitar que las Escrituras no se cumplan... El primero depende de usted...

—Dígalo usted —expuso Hubert con celeridad bien comprensible.

El patriarca no contestó, pero depositó en la mano de Hubert la llave con la que acababa de cerrar el cuarto de Odette.

Hubert inclinó la cabeza sonrojado, pues era aún novicio. Sin embargo, dio unos pasos hacia el cuarto de la *queyra*, se detuvo un segundo y, volviéndose hacia el patriarca, subrayó:

—No me ha dicho usted el segundo recurso.

—Ya se lo expondré —contestó el patriarca—, si falla el primero...

Hubert entró en el cuarto de la *queyra*, pero no con alegre ilusión. Fácilmente se percató de que la llave que acababa de entregarle Feodor no era aún la de la dicha tan esperada. Aun sin la reciente conversación con Odette,

conocía demasiado a la joven para no abrigar esperanza alguna de que se le entregase, dijérase lo que le dijere.

¿Emplearía la violencia? Era el último recurso, y le repugnaba, a pesar de su índole poco escrupulosa.

¿Daríale algo un momento de debilidad u ofuscación causadas por el espanto, por el miedo? Pero bien sabía que Odette sólo en apariencia era débil y frágil. Entonces...

Pero no había venido de tan lejos ni hecho tanto para retroceder ante el primer obstáculo. Entró, pues, pero no hay que decir que no fue a banquete de boda...

Odette permanecía tumbada en el diván en que se echó, rabiosa y sollozante, en cuanto salió el sumo sacerdote.

No pensaba en Hubert, a quien de una vez para siempre le dijo su resolución, y bien podía comprender que nunca sería su mujer, sino en Juan, a quien a toda costa quería salvar. Al abrirse la puerta, Odette creyó que era Zina, su aliada en las últimas horas, y quedó aterrada al ver que era Hubert... Este, ya dentro, cazurrón y callado, cerró cuidadosamente con llave la puerta, y luego, lentamente, se volvió hacia Odette... Y lentamente Odette se incorporó y retrocedió hasta el ángulo del muro.

Hubert dio unos pasos con la frente baja y el ceño duro. La joven le gritó con voz enronquecida:

—No sigas..., no des un paso más.

Entonces Hubert levantó la cabeza y la vio como negro fantasma envuelto en el velo negro que Zina le echó por la espalda al penetrar en los sótanos del palacio.

Aquella fúnebre envoltura sólo dejaba ver una cabecita de cera con ojos inmensos, agrandados por la zozobra de lo que iba a ocurrir. Hubert dijo:

—No me tema usted.

—No le temo —le replicó Odette. De espanto le castañeteaban los dientes —. No, no le temo.

—Odette, si usted quiere, no tendrá esclavo más sumiso que yo.

—No quiero esclavos. Márchese usted. ¿Por qué ha vuelto? ¿No le despedí? No quiero volverle a ver nunca. Váyase, o grito.

Hubert sonrió con malicia.

—Sonríe usted, cobarde... ¡Ah!, ¡no dé un solo paso!; no... no pase de esa alfombra... o le juro...

Una larga aguja con cabeza de rubíes sujetaba su velo. La desprendió y, abriendo la ropa que cubría su seno espléndido de juventud, apuntó al corazón

el tallo sutil de acero. ¡Ya no temblaba!... Ya nada temía... Sobre todo, bien claro se veía que no temía a la muerte... Sus ojos quedaron extáticos, como si realmente entrasen en la agonía. Hubert se paró y se sentó, ahogando un sordo gemido.

—¡Cómo me odia usted! —dijo—. ¿Por qué? ¿Qué he echo? Antaño, sin embargo, me amó usted...

—Es usted el más miserable de los hombres —le espetó Odette, sin cesar de oprimir el arma improvisada—. ¿Qué ha urdido usted para engañarme? ¡Inventó una conversación con mi padre...! Y mi padre murió. ¿Y lo que me dijo usted de Juan? Abominable, abominable. Es usted un criminal...

—Cierto —confesó moviendo la cabeza—, pero es usted la que me hizo obrar así... No era yo tal en otros tiempos, cuando usted me amaba.

—¡Está usted loco! Yo no le he querido jamás.

—No diga usted eso; no diga eso, Odette. Recuerde usted mi partida. ¡Recuerde cuán triste quedó usted! Recuerde cuán felices éramos cuando corríamos solos por los campos y lanzábamos nuestros caballos a carreras desenfrenadas; cuando la Camargue era enteramente de nosotros dos... Usted entonces sólo se complacía conmigo... Luego todo cambió... ¿Cómo quiere usted que no cobije malas ideas? Escúcheme, Odette; ruégole perdone mis mentiras y mis intrigas... Bien las he pagado... No podía albergar en mi cabeza la idea de perderla a usted. Y aun ahora se lo digo: no la albergaré jamás... Se prevalieron de mi ausencia. Si yo hubiera estado allí, no hubiese ocurrido todo esto... Pues bien: haré por ganar el tiempo perdido... ¿Qué pido? Volver a ser su buen camarada de otros tiempos, el amigo en quien tenía usted puesta toda su confianza, el que la protegía a usted y hubiera dado por usted la vida... Mi vida es enteramente suya. Por la fatalidad de su nacimiento, arrostra usted una terrible aventura de la cual se me quería hacer responsable y en la cual me he enzarzado tan sólo para salvarla.

—¿Se atreve usted a decir eso? ¿Usted? —exclamó Odette indignada.

Hubert inclinó la cabeza abrumada y dijo con apagado acento:

—Hubiera huido con usted al fin del mundo si usted lo hubiese querido. Pero usted me rechazó... Entonces la traje aquí, convencido de que la hubieran hallado a usted de todos modos, y usted nada puede hacer para esquivar *lo que está escrito*...

—Igualmente no olvidaría usted en ese caso que está escrito que se dé en casamiento mi persona a quien me devolviese a los gitanos.

—¡Odette, Odette, así es! Escrito está que nos casemos; pero yo no necesitaba leer el Libro para saberlo... Grabado en mi corazón llevaba el

hecho desde el día en que sus manecitas aplaudieron mi éxito en la herrada de Santas Marías... ¡Sí! —repitió sin levantar la cabeza—, hemos de casarnos... Nada puede usted contra este sino.

—Jamás, jamás; se lo juro.

Hubert, yendo de rodillas y tapándose los ojos con las manos, exclamó:

—Y yo, Odette, le juro que, una vez casados, la respetaré como el más humilde de sus criados... Le juro que sólo me presentaré ante usted para hablarle como esclavo sumiso; se lo juro yo, Hubert de Lauriac, rey de los mayoresales de la Camargue... Un gesto de usted me eclipsará completamente.

—¿Desaparecerá usted en seguida? —le espetó Odette harta de aquella declaración, capaz de conmoverla, pero en la que sólo quiso ver, con crueldad infantil, hipócrita palabrería, sin más objeto que desarmarla.

Entonces Hubert se levantó con duro ceño:

—¿Esas son sus últimas palabras?

—Sí —repuso Odette—; las últimas antes de mi gesto final.

Y púsose a blandir la larga aguja.

Hubert lanzó a la joven feroz mirada; ronco estertor brotó de su garganta; se cerraron sus puños y, de pronto, una oleada de sangre tiñó su faz de encendida púrpura.

Odette temió que se abalanzase sobre ella, pero de pronto Hubert se volvió bruscamente y salió. Andaba como borracho. Pidió que le llevasen a ver al patriarca, y ante éste se presentó en tan lamentable estado.

—Bien veo —repuso Feodor mirándole con piedad— que ha fallado el primer recurso. Déme la llave, joven amigo —agregó con indefinible sonrisa.

Hubert le echó la llave, con un gesto nada respetuoso.

—Cálmese usted —insistió con dulzura Feodor—, pues si en este estado le pone el primer recurso a que hemos apelado, ¿qué será de usted cuando se entere del segundo?

—He venido a preguntarle a usted cuál es ese segundo medio... —murmuró Hubert— y si de mí depende...

—Desgraciadamente para usted, de usted no depende, querido...

El sumo sacerdote, pronunciadas estas palabras enigmáticas, se levantó, haciendo una señal.

Entró un guardia y se llevó a Hubert, por momentos más deshecho y singularmente desasosegado por las últimas palabras de su patrón.

Cuando entró en el cuarto de palacio en que se le tenía alojado, vio allí a Calixta.

La gitana llevaba alzado el velo para que al punto se la reconociera.

—Señor de Lauriac —le dijo en voz baja y después de percatarse de que nadie les oía—, ya sabe usted quién soy. Usted quiere a Odette, y yo la odio... Yo haré en favor de usted, por odio, lo que usted desea por amor... Quiero que usted se case con Odette... Es preciso, pues, que usted no me oculte nada de lo ocurrido entre usted y el patriarca... ¿Qué le ha dicho a usted?

Hubert remiró un segundo a Calixta. De nuevo otra asociada... Lo que *El Pulpo* le prometiera hacer por Rouletabille, Calixta se ofrecía, a su vez, realizarlo por causa de Juan. Pero ni una ni otra, al cabo, le servían para nada. Ya no supo más de la señora de Meyrens; y al fin, ¿qué podía hacer en favor suyo Calixta?

Levantó los hombros, y tuvo aún valor para chancearse.

—Todos quieren casarme con Odette —dijo—, pero lo malo es que Odette no quiere casarse conmigo... y contra esto nada podemos ni usted, ni yo, ni las Escrituras...

—Y ¿el patriarca?, ¿qué le ha dicho el patriarca? —repitió con impaciencia.

—¿El patriarca? Al parecer dispone de dos medios para lograr que se cumpla la profecía de las Escrituras...

—¿Y qué?

—Pues puso a mi alcance el primero, pero... sin éxito —declaró con siniestra mofa.

—¿Y el segundo? ¿Le ha dicho algo del segundo?

—Me dijo que ése no me concierne...

—Pues bien..., he venido a hablar con usted..., pero antes necesito saber...

—Sepa usted que Odette está dispuesta a suicidarse antes de entregármese... Este es mi trance... Escucho a usted.

—Ha de saber usted que, antes de franqueársele a usted el cuarto de Odette, los ancianos celebraron consejo y convinieron en dar a la *queyra* el esposo anunciado por el *Libro de los Antepasados*... Si el señor Hubert de Lauriac no puede ser su esposo, lo será otro... Esto hay...

Hubert se irguió, y con gesto brutal asió la mano de Calixta.

—¿Otro?, ¿qué otro?

—El que ama Odette.

—¡Juan!

—¡Sí, Juan!, pues no quiere a otro.

—Pero eso es imposible —murmuró Hubert—. ¡Ah!, ¿vino usted aquí a burlarse de mí? ¡Cuidado!

—Nada lo impide, si Juan consiente en vivir aquí en calidad de «príncipe consorte»... Ya se arreglará todo para que Odette se escape y Juan se lleve a Odette... Tan sencilla es una cosa como la otra... Usted comprenderá que no titubearé entre Odette y la muerte...

Hubert estrujó la mano de la gitana.

—¡Calixta! ¡Calixta! Usted no ha venido a decirme estas cosas sin un plan..., sin un propósito...

—¿Mi plan? Es tan sencillo como el suyo —susurró fríamente—. Es preciso que Juan muera mañana al amanecer.

CAPITULO XX

Haremos cuanto mal se nos ordene, y aún mis quizás...

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia*.

CUADERNO de Rouletabille: «¡Qué dédalo este de Sever-Turn Suerte tendremos, y no poca, si salimos de él algún día. Bien sé que tengo la joya cingara, que es como un “ábrete, Sésamo” de este laberinto diabólico, pero la he gastado ya mucho, y, además, nadie ignora que es mucho más fácil entrar en un laberinto que salir de él.

»Lo malo es que hay en esta horrible historia otro *signo* que nos es tan fatal como propicio, el que saco de mi bolsillo, y es el *signo* de la corona. Realmente existe y hermoso, ¡dígame lo que se quiera!, y que no es menudo: mayor aún que un garbanzo. Es una corona real, perfectamente dibujada, no menor que la yema del dedo meñique; una corona que nuestra infeliz Odette tiene debajo del omoplato izquierdo.

»Se comprende que no se la haya visto nunca, pues en Lavardens no se gastan los juegos de espejos que en París suelen verse en las salitas de aseo de algunas coquetas...; pero que nadie le llamase la atención sobre ello, que su camarera no le dijese palabra, que Estefanía me mintiera... he aquí lo que se presta a prolija reflexión...

»Reflexionemos, pues, ya que dispongo de tiempo. Apenas tuve el preciso para desaparecer después de la famosa escena del templo... Seguramente, si a los gitanos no le absorbe la obsesión de su *queyra*, me trituran; pero, como se dice en estrategia, tomé la precaución de asegurar mi retaguardia, y así me fijé en una escalerilla que bordea el tercer pilar de la izquierda, por la cual me fue fácil llevar a cabo con rapidez una hábil retirada.

»Sabía que por ella podía llegar a un terradillo, del cual me descolgaría a un patizuelo en comunicación directa con el exterior...

»Sólo tenía que subir unos veinte peldaños. Quiso mi buena o mala estrella que en cuanto me lancé a subir oyese lentos pasos por encima de mi cabeza, y en vez de subir, bajé... bajé tanto, que pronto me vi en los cimientos del edificio, y, como seguía oyendo cada vez más cerca los pasos, eché a correr por el primer pasillo que vi... De pasillo en pasillo y de sótano en sótano, al cabo de unos minutos me vi en el palacio de los patriarcas. Este enorme edificio debe de ser tan viejo como el mundo... En todo caso comprueba cuánto se ha escrito sobre la arquitectura subterránea de las fortalezas de la Edad Media y sobre las precauciones tomadas por los dueños para poder vivir en los sótanos en momentos aciagos, o bien disponer de fácil huida a la campiña de los alrededores.

»Corre parejas con la lobreguez infausta de la mazmorra un hedor particular de azufre, que sólo he percibido aquí. Los subterráneos de Sever-Turn son la madriguera del diablo. No iba a ceder a la impresión de este laberinto, por lóbrega que fuese, después de haber pasado *con dignidad* por los calabozos del señor Gaulow. De trecho en trecho, una lamparilla arde en una linterna adosada a la pared... De pronto, una puerta, o más bien una reja, tras la cual veo una escalera, de lo que colijo que es frecuente el tránsito por aquí. Con tal esperanza aguardo los sucesos escondido en un vano, al que me he acogido.

»Hace una hora ya que espero... Si; espero que alguien me abra esta cancela *que me separa de Odette*... Espero apoyándome con firmeza «en la buena contera de la razón», que hace un momento por poco se me escapa, y a la cual ahora me agarro con más decisión que nunca.

»También sujeto con no menor fuerza la browning... porque al fin... Oigo de nuevo pasos...

»¡Hola, hola! He ahí un noble anciano que no me es desconocido... ¡Vamos!, es nuestro querido bibliotecario, el ilustre políglota, el mayor sabio de Sever-Turn. Sin duda va a su cuarto después de la ceremonia, pues aún ostenta su uniforme de gala... su dalmática de anchas mangas y un birrete con ínfulas, traje con el que parecen estos ancianos del gran Consejo diablos bizantinos... Estos suntuosos oropeles no deslucirían una colección del barrio de Poissonnière y podrían serme útiles para alimentar más adelante un grato recuerdo... ¿Llegaremos a entendernos? Por él, lo espero...

»Es notable que estos encopetados dignatarios, a pesar de la solemnidad de sus funciones, conserven en su cara y en sus modales cierto aire astuto y

chancero peculiar de la Raza... Ya observé esto en el mismo Feodor... Por patriarca que sea, no hay que olvidar que es el patrono de los *Balogards*, que en el género humano no tienen iguales y semejantes en el arte de la superchería. Este que se acerca no parece temible, a juzgar por su cara. Más bien parece truhan que malvado: delata más astucia que ferocidad. Sus ojos negros y vivos, su mirada cínica, la sonrisa sardónica, perenne en sus labios, le dan cierto tono *sutil*, que me tranquiliza... Quizás fue chalán antes de ser bibliotecario. En todo caso dio, sin duda, mucho que hablar en ferias y mercados. Ea, trabemos conversación.

»¡Bien! Este querido bibliotecario nos ha entendido en seguida a mí... y a mi browning... Sólo m[...]l*]dido que le ate de modo adecuado... de suerte que nadie pueda acusarle de complicidad en mi empresa, y me ha suministrado con su traje un poco complicado y sus ínfulas los lazos precisos para ello... Me ha obligado a prometerle también, cuando le hube dejado en el vano que fue hasta ahora mi refugio, que vuelva a buscarle allí lo más pronto posible, que le devolviese la dalmática, que tiene en gran estima, al parecer, y que a nadie contara el lance, si la trama de los sucesos permitía no divulgarlo...

»Cuando todo se lo concedí, me recompensó dándome, además de la llave de la cancela, algunas útiles instrucciones para que no me perdiera en aquel dédalo... ¡Hasta la vista y gracias!...»

Aquí hay un blanco en el cuaderno, y luego siguen las notas:

«No tropecé con ningún obstáculo... Gran agitación en el palacio; la instalación de la *queyra* lo puso todo en vilo... Me aprovecho del desorden para escurrirme por los cuartos... Sorprendo a Calixta en el momento en que desuella a Zina... La dejo allí medio muerta al pie del gineceo... ¡Con tal de que no la haya rematado! No...; respira aún... Estas viejas gozan de una vida resistente a toda prueba... La levanto... la acaricio... Abre los ojos y procuro que me reconozca...

»—Ahora me toca curarla a usted. Acuérdesse de New-Wachter...

»Mientras restaño sucintamente sus heridas, trabo con la vieja una conversación muy interesante... Me entero de lo que acaba de ocurrir en el calabozo de los condenados a muerte... ¡Pobre Juan! Pero, como siempre, primero Odette. Y la vieja, apoyándose en mí y a rastras, me lleva al cuarto de la *queyra* por los pasillos de la servidumbre... ¡He visto a Odette!»

(Hay aquí unas líneas cuidadosamente tachadas, como frecuentemente hacía el repórter cuando confiaba al cuaderno, al correr de la pluma, impresiones sobre la señorita de Lavardens.)

«Dejo a Odette con Zina... a pesar de sus ruegos, pues la vieja de nuevo la infundió pavor. Realmente, aquella vieja desgredada, ensangrentada, con su mirar de loca, que hipnotiza a Odette, causa espanto. Quise quedarme, pero me arrojó: “Vete, vete; necesito quedarme sola con ella.” Y huí para no oír más *ti suspiro angustioso, el extraño jadear de la pobre niña, tan incapaz de oponer resistencia a la mirada de Zina, como la paloma al ojo circular y fijo del gavián...*»

(Otro blanco, y más abajo estas líneas:)

«¡Esa Calixta! La columbré en la puerta al salir de un conciliábulo con Hubert, que parece aquí ya hospedado. Se le acercó una vieja parecida a Zina, que besó los pies y manos de Calixta y le masculló al oído unas palabras con voz enronquecida, que salía de su boca desdentada como el canto de un sapo... “Esté usted tranquilo —dijo Calixta a Hubert—. Esta colma nuestros deseos... *¡Si pudiese matar al rumí dos veces!*”

»Decididamente es preciso que me ocupe de Juan al punto... Sí; es menester, cueste lo que cueste, ganar unas horas...»

(Otro blanco, y luego:)

«No he perdido la noche... Me lo he jugado todo para decir dos palabras a Juan a través de la reja de los condenados a muerte... dos palabras muy provechosas...

»Por la mañana he visto que el botones del hotel de los Balcanes llevaba un pliego para Hubert... ¡Ojo! ¡Ojo a *El Pulpo!*»

CAPITULO XXI

UNO DE LOS MODOS USADOS EN SEVER-TURN DE SUMINISTRAR PAN A LOS ENCARCELADOS

EN la mañana siguiente al día en que vimos la realización de tan magnos sucesos en Sever-Turn, el señor Nicolás Tournesol estaba afeitándose en su habitación del hotel de los Balcanes, cuando de pronto se abrió bruscamente la puerta y apareció Rouletabille...

—Señor Nicolás Tournesol, ¿me permite?

—Señor Rouletabille...

—¡Ah, señor! ¿Me conoce usted?

—Señor, conociendo, como conozco, a todo el mundo, sería sorprendente que no conociera al más célebre repórter de Europa... Siéntese usted, pues, mientras termino mi aseo... no me molesta usted... Ya le vi a usted... Le vi ayer en la basílica de Sever-Turn, y a fe mía que celebro verle hoy aquí, pues creí que no le vería ya más... Ha de saber usted, señor, que estas gentes le llevan a usted entre cejas; debo aconsejarle a usted que tome las de Villadiego.

—¿Villadiego?

—Sí... Un país hipotético... ¿No me entiende usted?

—¡Oh, sí, sí; encantador! Dispéñeme usted.

—No hay de qué... Esa es una expresión como los chistes provincianos que hacían los Gaudissart... Señor, yo soy el último viajante de comercio... Y vendo de todo... Soy el elemento arterial, me atrevo a decir, del fabricante, del consignatario, del comerciante al por mayor, el *vade semper de todo, de los desechos* y de los saldos... Permítame, señor, que le convide a algo... ¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita?

—¡Se trata de un grave asunto, señor! Vengo a buscarle a usted como francés. Usted es aquí el representante de Francia, señor Tournesol...

—Dios mío —exclamó Tournesol, modesto por primera vez en su vida—, yo represento más bien una buena marca de champán...

—He aquí, señor, de qué se trata, y usted me comprenderá en seguida... Ya que usted presenció los sucesos de ayer, huelga subrayarle que un francés, el señor Juan de Santierne, ha sido condenado por el Consejo Supremo a ser encerrado en un calabozo, para morir allí de hambre...

—Señor, esto no ha ocurrido en mi presencia; pero en fin, lo creo por su palabra... No... no asistí a la condenación de ese desgraciado joven, pues llegué al templo en el momento de la proclamación de la reina, contra cuyo acto le vi a usted protestar con energía...

—Señor Tournesol... Se está perpetrando un doble y abominable crimen.

—Es posible —repuso el señor Tournesol anudándose la corbata y haciendo visajes en el espejo—. Todo es posible *en política*.

—Señor, vengo ahora de casa del cónsul de Valaquia, que me ha contestado exactamente lo mismo que usted; esto es, que todo es posible en política; respuesta que, ciertamente, no me ha sorprendido.

—¡Cuánta razón tiene usted, señor! Si nosotros interviniésemos en la política interior de los pueblos, no habría posibilidad alguna de relaciones internacionales... El comercio se paralizaría...

—Se suspendería la venta de champán...

—¡Ay, señor! ¡A quién se lo dice usted! A poco la política me arruina... ¡Si no se llega a encontrar a la reina!

Rouletabille se levantó para marcharse. Tournesol le detuvo.

—Pero no se vaya usted así... Le aseguro que si en algo puedo servirle...

—No; no puede usted servirme. Al salir de la casa del cónsul de Valaquia, pregunté en el hotel si había aquí un francés. «Sí —me dijeron—, hay uno: el señor Tournesol.» Pues bien, señor, me engañaron; aquí no hay un francés, sino un viajante internacional de comercio. Como no he de comprarle nada, me marcho... Adiós, señor Nicolás Tournesol.

—Señor Rouletabille —exclamó el comisionista, desconcertado ya por los remordimientos, porque en el fondo, bajo sus apariencias un poco cínicas, el señor Tournesol tenía el mejor corazón del mundo—, por Dios, no me deje usted así... Sí; lo que se está urdiendo es abominable... y yo quiero ser su amigo... y quiero ayudarle, por funestas que sean las consecuencias para mí. ¿Qué he de hacer?

Rouletabille se volvió y le estrechó la mano.

—Es usted un valiente —le dijo— y ya no dudo en confiar en usted. ¡Comprendo su situación! El caso es que, sin culpa por parte de usted, sus

intereses son opuestos a los nuestros.

—No me hable usted de mis intereses, señor. Me avergüenzo de haber reparado un momento en ellos tratándose de dos desgraciados jóvenes... de dos franceses. A fe de Nicolás Tournesol... soy el hombre que usted busca.

—Señor, me entrego enteramente a su buena fe... ¿Es cierto que está aquí una señora de Meyrens?

—Sí; una mujer encantadora, exquisita, con la que ando muy bien por cierto y con la que espero... En fin, señor, sin ser indiscreto... al cabo un parisién me disculpará... no he de ocultarle que si me ve tan atareado en mi aseo... (y al decir esto el señor Nicolás Tournesol, un poco sonrojado, echó unas gotas de esencia en el pañuelo).

—Pues bien, señor Nicolás Tournesol, la señora de Meyrens es mi peor enemiga.

—¡Diablo! Sí que es un contratiempo.

—Si usted conociera mejor a esa señora —siguió diciendo Rouletabille—, ya se habría preguntado qué ha venido a hacer en Sever-Turn.

—Por Dios, señor Rouletabille, no soy tan curioso; y tratándose de una mujer encantadora, me basta con que acepte...

—Comprendido, comprendido... Pero como sé que ha venido aquí para perderme y perder a mis amigos, usted, a su vez, comprenderá que yo he de ver las cosas en otro aspecto... No se encele usted, pues, señor Tournesol, si le ruego que me indique el cuarto de esa sugestiva señora y si entro en él para obtener una explicación quizás definitiva.

—Señor —replicó el comisionista con gracejo un poco triste, pues Rouletabille, a la postre, acababa de trastornar muchas cosas—, si usted para entrar aquí no tuvo más que empujar un poco la puerta, ello fue así porque estaba sólo entornada, y estaba entornada porque, mientras me afeitaba, no quitaba ojo de la puerta del cuarto de la señora de Meyrens... ¿Estamos? En ese segundo del pasillo, ahí enfrente.

—Gracias, señor —dijo Rouletabille—. Oiga lo que oiga, le ruego que no intervenga.

—¡Oh!, señor, nada diré, pues voy a bajar en seguida... Me desesperaría estorbarle. Sólo le ruego que no diga a esa señora, para mi sugestiva, se lo repito, que yo le he indicado su cuarto. En realidad, no creo, señor, que sólo por obtener de mí este informe, que le hubiera podido facilitar cualquier camarero, haya venido usted a buscarme.

—No, señor Tournesol; vine para confiar a usted este precioso depósito.

Y Rouletabille le entregó un paquete, bastante voluminoso y cuidadosamente cerrado, en cuyo sobre se leía:

«Para remitir a París y entregar directamente al ministro de Estado.»

—Sepa usted, señor Tournesol —empezó a explicar con calma el repórter—, que desde que llegué al patriarcado me ha sido imposible comunicarme con otro país, y en el combate decisivo que vamos a entablar con la vieja barbarie, tenemos mis amigos y yo, de ciento, noventa y nueve probabilidades de perecer. Merced a usted, señor, mi país se enterará del crimen cometido contra tres compatriotas, y el mundo sabrá cómo murieron el señor Juan de Santierne, la señorita Odette de Lavardens y su servidor, José Rouletabille.

Conmovido por tal confianza, iba a decir el señor Tournesol algunas memorables frases, cuando Rouletabille llamaba ya a la puerta del cuarto de la señora de Meyrens.

El comisionista le vio entrar.

—¡Caramba! Va a ocurrir alguna villanía que no me concierne. En espíritu estoy con este joven; pero el corazón me arrastra a la señora... ¡Y qué cosas más desagradables me ocurren esta mañana!

Y huyendo de mezclarse en este negocio, al cual le ataba demasiado, según él, su buen corazón, bajó al bar, después de dejar bajo llave el precioso depósito de Rouletabille.

Había ya apurado varios *cocktails*, rumiando sus pensamientos, cuando por la ventana recayente a la acera del parador columbró, bajo la bóveda de una sedería y ante un escaparate de muestras, a la señora de Meyrens, que estaba comprando telas a un judío sirio.

—¡Tate! —se dijo Tournesol—. Ya caigo...

Y cuando se disponía a ir al encuentro de la citada señora, vio cómo ésta se despedía del judío sirio y fue a dar una palmadita en la espalda de un joven extranjero que a duras penas se abría paso entre la muchedumbre... El joven parecía encaminarse hacia el hotel. El hombre y la mujer entraron juntos. La señora de Meyrens, con el velo desprendido, andaba con rapidez.

Iban tan preocupados que pasaron junto al comisionista sin reparar en él. En fin, vio claramente el señor Tournesol que la señora de Meyrens llevaba al extranjero a su cuarto.

—A mí solo no se franquea esa habitación —se dijo el infortunado Tournesol.

Y de pronto, golpeándose la frente, agregó:

—Pero si yo conozco a ese fantoche... Si es el que ha devuelto a la *queyra*... ¿Qué ventilará la señora de Meyrens con este aventurero?

Lo primero que dijo a Hubert la señora de Meyrens cuando estuvo a solas con él en el cuarto, cuya puerta cerró cuidadosamente, no fueron gratas cortesías:

—Le he llamado porque sé lo que ocurre en palacio, donde no hace usted más que tonterías... Usted no poseerá jamás a Odette a la fuerza, querido...

—¡Oh! —exclamó Hubert con amargura—, ni a la fuerza ni de ningún modo... Bien lo sé; pero nos vengaremos.

—¿Qué vale la venganza que no le da la victoria? —subrayó *El Pulpo*—. Voy a indicarle el medio de lograr a Odette... Bastará que usted le diga: «Juan va a sufrir la muerte más atroz. No le perdonarán ninguna tortura; pero se salvará si te avienes a ser mi mujer... Lograré que se le ponga inmediatamente en libertad.»

Hubert dio un brinco al oír estas palabras:

—Si no es demasiado tarde...

—¿Qué quiere usted decir?

—Calixta ha debido suministrarle esta mañana un pan envenenado.

CAPITULO XXII

¡Ah!, si llega a ser un día mi prisionero,
no querré que perezca: le querré vivo;
querré que una dulce venganza calme
la exaltación que me agita.

La Jerusalén Libertada: Canto III.

HUBERT se abalanzó a la puerta para salir de aquel cuarto en el que acababa de oír a *El Pulpo* un consejo que le henchía de esperanzas, pero que, ¡ay!, llegaba quizás un poco tarde. La señora de Meyrens le cerró el paso.

—Cálmese, señor de Lauriac —le dijo con su sangre fría imperturbable, salpicada de ironía, que contrastaba con la agitación turbulenta del antiguo «mayoral» de la Camargue—; si es Calixta la que ha de acabar con Juan, éste aún no ha perecido. A pesar de ser su verdugo, ya verá usted cómo la gitana idea el medio de salvarle... ¡Suministrar a Juan un pan envenenado! A la postre, ella sí que se envenenará. Ya lo verá usted...

—[...]o^[*] le conoce usted: transpira venganza por todos sus poros. Si le dijese a usted que el hecho ya ha ocurrido esta mañana...

—¿Qué hecho?

—Calixta logró hacer llegar a manos de Juan un pan envenenado.

—¿Y qué? —preguntó *El Pulpo* sin emoción aparente.

—Juan se negó a probar el pan.

—Pues bien, estése usted tranquilo... ¿A qué ese desasosiego? Ya ve usted que nada hay perdido.

—Pero, desgraciadamente... usted no sabe lo que urdió Calixta. Viendo frustrada la primera tentativa, apeló a otro intento, haciendo llegar a manos de Juan el pan con la contraseña de Odette, la cual, naturalmente, exige a todas horas que lleven alimentos a su querido prisionero.

—¿Calixta conoce la contraseña? —preguntó con un cambio en el tono de voz la señora de Meyrens.

—¡Oh!, debe de conocerla...

—Ea, pues, corra usted... —exclamó *El Pulpo* temblorosa.

El señor Nicolás Tournesol, que continuaba muy melancólico en el bar apurando el cuarto *cocktail*, vio con honda satisfacción cómo pasó ligero ante sus ojos aquel singular aventurero que acababa de permanecer encerrado con la señora de Meyrens, hacia la cual Tournesol se sentía cada vez más atraído, a despecho de cuanto se decía de la dama y de lo que le había informado Rouletabille. El extranjero atravesó veloz la sala, abriéndose violentamente paso entre la muchedumbre que llenaba el parador, atropellando a no pocos y recogiendo las maldiciones de una turba de cíngaros atentos al espectáculo de dos músicos que ajustaban tonos y cuentas a punta de cuchillo.

Subió a caballo de un salto, y escapó, derribando cuanto se le ponía por delante. En aquel momento, el señor Tournesol reparó que tenía a su lado a Rouletabille.

—¡Qué prisa lleva! —dijo al repórter, señalando a Hubert, perseguido por el vocerío del populacho—. Y usted, ¡qué pálido está! ¿Qué le ocurre?

—Me ocurre que acabo de oír la conversación de la señora de Meyrens y de este miserable —le respondió el periodista con el más lúgubre de los tonos—. Es preciso que usted sepa cómo se llama ese hombre, para que usted pueda dar fe más tarde si las cosas *acaban mal, y yo con ellas...* Se llama Hubert de Lauriac, muy conocido en las Camargues. Obra suya es, en parte, el crimen que le he denunciado a usted, y el mundo, al parecer, contempla impotente. Ya que usted ha presenciado la llegada de la *queyra* al templo, huelga que le entere de más... Sepa, además, si usted no lo ha adivinado aún, que auxiliar suyo en la abominable empresa es esa señora de Meyrens, que a usted le parece tan encantadora... ¡Ah!, señor Nicolás Tournésol, no se fíe usted de las mujeres. No se ocupe más de la señora de Meyrens...; éste es el último consejo que le doy.

—A fe mía, que tiene usted razón. Sentía la comezón de ir a verla... pero la veo más propicia a atender a sus cosas que a oír mis frivolidades. Y, además..., me va por la cabeza que se burla de mi... Tiene un modo de mirarme con el rabillo del ojo, como si le pareciese un poco... sí... un poco ridículo. Esto molesta siempre a un enamorado. Afortunadamente... no estoy del todo enamorado. Hasta la vista, y gracias... pero ¿adónde va usted? Seguramente, si llegan a reconocerle, señor Rouletabille, va a pasar usted un mal rato. ¿No teme usted que le encarcelen?

—Sí —contestó Rouletabille—; eso espero.

Y salió del hotel, encaminándose a palacio. Su paso era lento, y su palidez extremada. Como dice en su cuaderno de notas, en aquel momento estaba en manos de los dioses.

Cuaderno de Rouletabille: «En esta hora no tengo más remedio que dejar obrar al destino. Todo cuanto concierne a Odette, como lo que se refiere a Juan, ha de cumplirse. Perecen o se salvan. No está en mano decidirlo... O el éxito corona mis medidas de ayer, o mi obra queda reducida a la nada... ¿A qué apresurarme? ¡Ay!, me temo la catástrofe... No se me ocurrió que pudieran abrigar la infernal idea de pedir a Odette esa maldecida carta... ¿Ha rechazado Juan todo alimento a pesar de la misiva? En esto estriba todo. Quiero creer que sí. Al descubrir el execrable conato de Calixta y de Hubert, esta noche, tuve la suerte de poder acercarme a Juan unos segundos, y decirle a través de la reja: “No pruebes nada de lo que te traigan a escondidas. Quieren envenenarte.” Pero ¿qué hará si le llevan con el pan unas letras de Odette? ¿Habrá ya terminado todo? Ahora bien: la muerte de Juan es la muerte de Odette. Ya no me llamará en su socorro... Ya no me gritará: “Ven, querido Zo.” Me siento fatalista. También yo navego, al parecer, entre la vida y la muerte con espantosa indiferencia. Todo me es igual, habiendo hecho ya cuanto podía hacer. ¡Sorprendente destino! Ahora la vida de Juan y de Odette está en manos de Hubert... ¡Con tal que llegue a tiempo!»

En aquel momento Hubert llegó como una tromba a palacio, y cayó sobre Calixta, que se negaba a recibirle, abriendo violentamente la puerta a pesar del vocerío de la servidumbre, soliviantada. Tropezó allí con una mujer, a la que no reconoció. Brillaban en su cara de mármol ojos de loca, y su cuerpo, inmóvil y rígido, yacía tendido en tierra, como una estatua derribada. La mujer clavó en él una mirada ardiente, de indecible odio. Hubert comprendió que todo había acabado, que se había consumado el crimen y que nunca se le perdonaría la muerte de Juan.

—¿Ya no hay remedio? —exclamó jadeante.

La mujer no le respondió; permanecía inmóvil. Se la creería muerta, sin las ascuas de sus ojos terribles. Y quién sabe si se había también envenenado, esperando su fin simultáneo con otra muerte.

—Por nuestra culpa lo perdimos todo —le dijo a gritos a Hubert—. Hemos sido unos estúpidos. Debí haber prometido a Odette la vida y la libertad de Juan a condición de que se me entregase... ¿Llegué tarde?

La mujer se irguió, o más bien brotó como un tallo del lecho florido de tapices y almohadones en el que prolongaba, al parecer, su agonía; llamó y

dio órdenes a las mujeres, que en seguida se dispersaron alocadas, y a poco vióse que se acercaba un criado con el gorro encasquetado hasta las orejas, los párpados cargados, colgante el belfo y con muecas de esclavo. Por él se enteraron que Juan, leída la carta de Odette, tomó el pan... Lo ocultó entre la paja del calabozo, porque en aquel momento llegó otro guardián, y a poco Andrés.

Calixta lanzó el mismo grito que la señora de Meyrens.

—Corre —le dijo con voz enronquecida—. Avisa al guardián que se le recoja el pan... Si lo toca, pereces...

Ahora bien; Juan, en ese momento, aprovechándose de la salida del guardián al fúnebre pasillo, púsose a releer la carta de Odette:

«Querido: No desesperemos. Siempre hay almas buenas, hasta en este horrible país... Ya podré suministrarte algún alimento, amor mío. Me dicen que no quieres comer... Te ordeno que comas... Es menester que vivas por mí, como yo consiento en vivir por ti... Dios no nos abandonará. Apelaré al pueblo si el patriarca no me escucha. Soy la *queyra*. Tú también has de obedecerme... Juan mío, esto es un horrible sueño. No olvidemos que alguien está cerca de nosotros... Tengo confianza... Te adoro.»

Juan besó la carta, la escondió en el seno y fue a buscar el pan entre la paja... Y empezó a comer...

CAPITULO XXIII

¡Oh hermano del Amor, Himeneo, Himeneo!
Dios coronado de flores, joven de rubios cabellos

MELÆNIS: Canto V.

CALIXTA y Andrés, merced a cuyas mañas la *queyra* fue raptada a los Crumíes y devuelta a Sever-Turn, fueron colmados de honores. Principalmente Calixta, directora de toda la trama, vióse tratada como princesa y alojada en palacio y atendida por un ejército de camareras.

Su influjo llegó a ser enorme y su favor disputado. Nada se temía tanto como desagradarla. Así fueron acatados sus deseos de salvar a Juan tan rápidamente como fácil le fue disponer de cómplices para la fechoría que urdiera, y de tanto horror la colmara una vez, a su parecer, llevada a cabo.

Temblando de angustia y en terrible silencio aguardó que el vil e infame sicario le trajera noticias del calabozo. En cuanto vio a aquel hombre comprendió que Juan se había salvado, pues nunca de otra suerte se hubiera aquél presentado ante ella, por más que obrase con fidelidad de esclavo.

Sí; llegóse a tiempo de arrebatarse a Juan el pan, que apenas tocó y que había de matarle, y pidió con ansia detalles para cerciorarse plenamente de la indubitable y cara salud del prisionero.

Luego despidió a todos, menos a Hubert, hacia el cual se volvió centelleante. Si hasta hace un momento le detestaba por haberla impelido al exterminio de Juan, ahora le agradecía profundamente la maquinación urdida para arreglarlo todo: si Odette se avenía a casarse con Hubert, de rechazo Juan caía en brazos de la gitana. Le daría la libertad a Juan, y, una vez libre, conocería por ella la traición de Odette.

Si bien Andrés acechaba en la sombra, le dejaba al margen por ahora. Harto tenía que pensar la gitana en otras cosas... En fin, si el cingaro se ponía

pesado, ¿no quedaba a mano algún pan a propósito? Se haría una torta a estilo romancho, la torta de los esponsales, pasta pesada y muy indigesta...

Ahora era menester a toda costa que Odette se aviniese de grado a la realización de este plan maquiavélico.

—Hay que decidirla —le dijo a Hubert—. Cuento para ello contigo, si bien al parecer no te quiere... Pero voy a darte unos consejos que te ayuden en este difícil trance...

Y con los consejos le entregó una cajita que el noble anciano encargado del economato de palacio le dio la víspera para que se distrajera. Provisto de ella, Hubert, seguido de Calixta, se dirigió al cuarto de la *queyra*. En esta ocasión iba a abordar a Odette con mayor desparpajo que la vez primera, y, a su parecer, con mayores probabilidades de éxito.

Calixta mandó que le franquearan la puerta, se escurrió tras él y se ocultó para asistir a la interesante conferencia.

Odette, al ver a Hubert, llamó a una azafata y la ordenó que le echase; pero Hubert explicó en lenguaje desconocido por los gitanos que iba a tratar de salvar a Juan de los más atroces suplicios, y que era menester de todo punto le oyese breves momentos.

Como Odette titubeaba, Hubert le enseñó la carta que la joven escribió a Juan y se halló en poder de éste.

Entonces se avino a que Hubert se acercase, pero dio orden a las camareras que estuviesen listas a acudir en cuanto las llamase.

—Usted se porta mal conmigo, Odette, y no tiene razón. Una vez más voy a probarle que soy su verdadero amigo. A mi intervención se debe que Juan no haya muerto envenenado a estas horas... Y lo peor, Odette, es que a poco muere por culpa de usted.

—¡Por culpa mía! —exclamó Odette.

—Sí; Juan se negaba a tomar la comida que Calixta y yo le suministrábamos a escondidas: Calixta, porque no ha olvidado cuánto debe a la bondad de Juan, y yo, porque bien sé que usted no me perdonaría nunca la muerte de Juan..., y en fin, porque no soy un monstruo.

—¡Y se negó a comer!

—Sí; y ha hecho bien, pues Andrés, dispuesto a desembarazarse cuanto antes de Juan, a quien profesa odio feroz, hizo llegar a sus manos un pan envenenado, que Juan se negó a probar igualmente... Entonces se acudió a usted y se le sugirió esta carta... esta carta, que decidió a Juan a comer del pan envenenado...

Odette lanzó terrible grito, y al oírlo todas las mujeres acudieron; pero Hubert la tranquilizó en seguida... Llegó a tiempo de salvar a Juan, que apenas probó un bocado... Le cogió el pan y la carta.

Ahora bien; leída la carta en el Consejo de ancianos, el patriarca se la entregó a Hubert, *porque la correspondencia de la mujer pertenece al marido.*

—Usted sabe bien que nunca será mi esposo —le echó en cara Odette, atenta a aquel discurso, con honda pena en el alma, pues se preguntaba qué fin movía a Hubert en todo ello.

—Que salgan de aquí estas mujeres —repuso Hubert sin conmovirse ante las protestas enérgicas de la joven—. Nos estorban... Sepa usted, Odette, que el Consejo de ancianos, con la carta de usted, me regalaron para usted esta cajita que voy a enseñarle...

Odette hizo una señal y de nuevo quedaron solos. Entonces Hubert sacó la cajita del bolsillo.

—Colóquese usted a contraluz y mire en esta caja. No he visto en mi vida cosa más curiosa.

Diciendo esto, puso la caja al alcance de los ojos de Odette, que miró al fin por la lente y apartó en seguida la cajita con hondo gemido.

—Esto es espantoso —dijo—. ¿A qué me lo enseña usted?

—Aún no ha visto nada —siguió diciendo Hubert—; es preciso que vea usted más. Quiere el Consejo que le comunique a usted una orden, de la que no podrá usted formarse idea sin seguir mirando por esta lente.

—Váyase usted —dijo Odette en voz baja—. ¿No ve usted que su presencia me horroriza y que es completamente inútil hacerme ver todo esto?

—Al contrario, muy útil; le repito que va en ello la vida de Juan... Esta caja va henchida de preciosas enseñanzas que pueden decidir su suerte...

—No le comprendo; explíquese...

—La explicación la tiene usted aquí, en cada letrero... Tome usted... Mire usted una vez tan sólo, una vez siquiera... y lo sabrá usted todo...

Y de nuevo le presentó la caja... y Odette tuvo el valor de mirar de nuevo...

Esta vez ya no pudo gritar... retrocedió con los labios temblorosos, la vista extraviada... y las manos en alto, como si quisiera ahuyentar terroríficas visiones...

Y aquello era atroz, en efecto: la caja era una especie de estereoscopio con un aparato que hacía girar diferentes fotografías, sendas fases de los más espantosos suplicios... Trajo estas láminas de China un cingaro,

impresionadas por él personalmente en el momento en que el verdugo, con insuperable ciencia, desollaba a la víctima, arrancaba jirones de carne, mondaba los huesos y dejaba, al fin, el tronco mutilado y palpitante... La foto reproducía aquella labor sin perder detalle de las muecas dolorosas, hasta el momento en que el suplicio terminaba con el último soplo del sentenciado...

—Usted conoce el fanatismo de los gitanos —explicó Hubert—. No he de contar a una joven de la Camargue, que ha vivido a la sombra de Santa Sara, qué son capaces de hacer cuando entra en juego «su religión». Ahora bien: es preciso que las Escrituras se cumplan... Acaba usted de ver el suplicio a que condenan los ancianos a Juan si usted no consiente en casarse conmigo... Por otra parte, si me caso con usted, ha logrado que se restituya a Juan a la vida, a la libertad... Ahora, escoja usted, Odette...

CAPITULO XXIV

LA ALEGRÍA DE «EL PULPO»

EL *Pulpo* estaba alegre como unas castañuelas. Por lo demás, toda la ciudad aparecía alborozada.

Una proclama del Gran Consejo anunció al pueblo que al día siguiente se verificaría la ceremonia de la coronación e inmediatamente la del casamiento. Por fin, la *queyra* se sometía a la Ley y a las Escrituras, y se avenía a casarse con el rumí que la devolvió a Sever-Turn...

Todos acogieron nueva tan feliz con entusiasmo, celebrándose, como era debido, lo mismo en la antigua ciudad gitana como en el barrio europeo. Los mercaderes cerraron las tiendas y desaparecieron del parador las canastas, si bien lo alborotaron las danzas gitanas tanto o más que el bullicio del mercado.

En el hotel de los Balcanes se bailaba con frenesí el tango y el foxtrot y corría el champán a mares. El bueno de Nicolás Tournesol estaba en sus glorias: de vez en cuando se preguntaba qué habría sido de Rouletabille, al cual no había visto en tres días; pero es forzoso declarar que la alegre presencia de la señora de Meyrens bastaba en aquel momento para borrar de su espíritu toda inquietud por la desaparición del repórter.

No se separaba un momento el uno del otro: bailaban, comían, bebían siempre juntos. «Esto sí que es una mujer. Nunca enferma; nunca mustia» —le decía el señor Tournesol, admirado de su alegría contagiosa y de su resistencia.

Cortejábala de firme; pero la señora de Meyrens no cesaba de reír a sus anchas.

«Se cisca en el amor» —pensaba el comisionista—: en ello estriba, sin duda, la fuerza de esta mujercita... Me explico que enloquezca... No se parece a las demás mujeres y siento que me está volviendo *mochales*.

Entre dos *cocktails* y echándole a la cara el humo del cigarrillo, le espetó aquella noche a quema ropa:

—¿Qué le contó Rouletabille el otro día?

Nicolás Tournesol enrojeció como la amapola.

—¿A mí? —preguntó, tratando de simular el asombro—, pues... nada...

La señora de Meyrens se echó a reír.

—Es usted un bandido y un bobalicón, señor Tournesol; no sabe usted mentir...

—No sé qué quiere usted decir —balbuceó el comisionista.

—¿Me va a negar que estuvo con usted más de un cuarto de hora en la habitación de usted?

—¡Ah!, se refiere usted al joven que...

—Sí; a él me refiero... ¿No sabía usted que ese joven es Rouletabille? A otro con ésas, querido.

—A fe mía que olvidó decirme su nombre... O quizás me lo dijo... ¡pero como yo sólo pienso en usted!... Y, créame, cuando pienso en usted, ya puede tronar el cañón a mi lado, que no oigo nada.

—En fin: ese joven, fuese o no fuese Rouletabille, le visitó a usted con un fin.

—Pude, sí, colegir vagamente de sus palabras que iba a marcharse del patriarcado y sentía no encontrar un compañero de viaje... Pero como yo no pienso salir de Sever-Turn mientras que usted esté aquí, hermosa joven, le comuniqué que no contara conmigo... Sin duda echó mano de otro, o bien se fue solo, pues no le he vuelto a ver...

—Ea, voy a decirle a usted, gran embustero, lo que fue a hacer en su cuarto... su Rouletabille... Fue a entregarle un paquete sellado de documentos, que ha de remitir usted al ministro de Estado francés, si ocurre cualquier desgracia que nos prive para siempre del primer repórter de Europa.

Nicolás Tournesol, abrumado y enrojecido como nunca, bajó la cabeza: «¡Chitón!; eso es un secreto, un secreto de ambos...» y siguió balbuciente:

—Yo no conocía a ese señor; pero vino a solicitar de mí un favor que no puedo negar a un compatriota... ¿Y cómo se ha enterado usted?

—Del modo más sencillo, bobalicón... Antes de dirigirse a usted estuvo en casa del cónsul de Valaquia, que se negó a admitir el paquete y me contó el incidente durante la cena, como me enteró Ladislao Kamenos, el simpático condueño del hotel de los Balcanes, de que un extranjero fue a verle a usted aquella mañana, a raíz de la visita del cónsul; no me fue difícil imaginar que

Rouletabille, reiteró a usted la solicitud que tan poco éxito obtuvo en el Consulado... Ya ve usted que no es brujería el descubrimiento.

—No es posible, indudablemente, ocultarle nada —dijo Tournesol al vaciar el vaso y ver qué partido sacaba del incidente—. Lo que no me explico es que un diplomático negase al buen hombre un favor tan sencillo y que de lleno entra en el círculo de sus funciones...

—Precisamente lo negó por ser diplomático; y si usted fuese diplomático, se lo hubiera negado también. El cónsul pidió a Rouletabille licencia para abrir el paquete y conocer su contenido, a lo cual se opuso Rouletabille... Y el cónsul, naturalmente, le contestó que no podía comprometerse a enviar a un ministro extranjero documentos cuya naturaleza desconocía... ¿hay cosa más natural?

—Pues bien... como no soy diplomático, no doy tantos rodeos... Se me pide un favor... lo hago... Estoy enamorado, lo digo...

—¡Jactancioso!

—¡Señora de Meyrens, te idolatro!

Y pasándole el brazo por la cintura, la obligó a bailar con él un *shimmy* tan gracioso, que la señora lloró de tanto reír.

Feliz por este éxito, el señor Tournesol se manifestó cada vez más osado; a las dos de la madrugada, pesaroso, y no poco, de separarse de la señora de Meyrens, la llevó hasta la puerta de su habitación. Pero la joven le indicó la suya al final del pasillo y, desprendiéndose, le dijo que era ya hora de descansar y que no era señal de buena amistad no despedirse...

El señor Tournesol suspiraba tan fuertemente, que su queja hendía los muros.

—Me siento débil —exclamó—, increíblemente débil... Si usted no acepta la modesta cena que he mancado servir en mi cuarto, y que estando solo me sería imposible probar, veo que ciertamente voy a sucumbir...

—Lo malo es que no tengo hambre —le contestó la señora de Meyrens—. Sin embargo...

—¿Qué me dice usted?

—Sin embargo, si usted ha de decirme algo más..., me avengo a que me lo diga usted en mi cuarto...

—¡Ah!, es usted angelical...

—Pero con una condición.

—Las acepto todas.

—Con la condición de que me traiga el paquete que le entregó Rouletabille.

—¡Ah!, es usted el mismo demonio...

La señora de Meyrens, sin contestar, entró en el cuarto, dejando plantado y muy perplejo al señor Tournesol en el pasillo.

El comisionista se fue con lento paso a su habitación, empujó la puerta, suspiró al contemplar la cena depositada en una mesita entre dos cubiertos, volvió a suspirar, sacó las llaves y abrió la caja empotrada en el muro, como lo estaban todas en cada cuarto por consejo que le diera el propio Tournesol a Ladislao Kamenos, dueño de hotel tan moderno, precaución excelente en un país en el que los *balogards* sienten hondas simpatías por la hacienda ajena.

El paquete estaba allí, en la caja.

Tournesol alargó la mano, pero al ir a coger el precioso depósito, cerró bruscamente la caja, jurando como un condenado. Sin probar bocado de la cena, se acostó furioso.

CAPITULO XXV

¡Adiós, radiante luz de nuestros cortos veranos!

BAUDELAIRE.

LEGÓ, por fin, el día de la consagración. Un sol esplendoroso se alzaba sobre Sever-Turn. Aureas flechas de luz celeste caían sobre las salas de palacio, por las que discurrían veloces y atareados innumerables sirvientes. En el gineceo, todas las mujeres se afanaban en ataviar a la reina, para lo cual habían sacado de las arcas las vestiduras más ricas y las joyas más arcaicas, de remotísimas fechas. Era éste el tesoro de los antiguos cingaros; tesoro custodiado a través de los siglos cómo arca santa, el becerro de oro, en fin, que fue siempre, y sin interrupción, el dios de los nómadas desparramados, a despecho de las sucesivas religiones adoptadas, que, a partir de las primeras caravanas del mundo, fueron formando una rara amalgama de todas las creencias y de todas las supersticiones.

Odette se dejaba perfumar y vestir el pesado traje tradicional de la *queyra*, compuesto de una especie de peto rígido como una armadura, suerte de corpiño un poco descotado y muy ceñido al talle, guarnecido de rubíes y piedras preciosas, que salpicaban también la saya de seda, y compuesta de sendas partes de colores diferentes, entreabierta para descubrir un pantalón oriental que caía hasta los tobillos, hasta las sandalias, que parecían talladas para albergar finísimos pies.

Luego se echó sobre sus hombros el manto regio, recamado con hilos de oro y de plata el escudo de armas de Sever-Turn.

Odette dejaba en libertad a las mujeres, dócil a sus manos expertas, sin protestar contra sus exigencias, extraña completamente a cuanto ocurría en suyo. No hubieran ataviado de otra suerte a una muerta para las exequias fúnebres: ¡tan inerte y exánime parecía la joven princesa! Y, ciertamente,

aquellos preparativos eran de funeral, exequias de los tiernos amores de la desdichada Odette, de la dicha un momento entrevista.

Y realmente, la pobre, ¿no iba a morir? Una vez Juan salvado y libre, nótenla la joven otro recurso que desaparecer de este mundo abominable, que alegró primero su vida con sonrisas y la atenazó luego en el potro monstruoso del más feroz fanatismo. Sí; primero conoció la primavera de la Provenza, los paseos, del brazo de Juan, en las mañanas claras y encantadoras de la Camargue, y los acentos de la voz amiga, que le decía, en el habla dulce de aquellas tierras:

—Arboles floridos, lindas veredas, bellos melocotoneros, blancos ciruelos... para honrar a la moza angelical, verted sobre su cabeza, cuanto antes, copos de flores, vuestra nieve precoz... Reíd, flores de los arroyos, flores de los prados, y esparcid vuestros aromas por donde va a pasar.

Sí; había pasado por ello, y ahora ¿adónde había llegado? Al negro abismo de Sever-Turn, en el cual revoloteaban demonios atareados en prepararle maldecidas nupcias... ¡Qué chasco van a llevar! Cuando la crean llena de vida, ella echará a volar como un pajarillo.

«Ya que en la tierra no hay amor sin miedo / busquemos un refugio entre los astros; / allí la luz te vestirá de encaje, / allí las nubes celarán tu dicha...»

Allí, joven de Camargues, hallarás tu verdadera cámara nupcial, allí donde se duerme feliz en deliquio eterno.

¡De pie! ¡Sonó la hora! Ya el bronce de las campanas esparce sus fatídicos acentos, que estremecen a todo el antiguo monumento. Fuera el pueblo te llama, el pueblo que se asfixia en el templo. Ya acuden los cortejos y humea el incienso en los turibulos. ¡Arriba, Odette!

Su traje es tan pesado, que hay que levantarla; su tierno cuerpo tan débil, que hay que sostenerla. Pero de pronto una fuerza singular la yergue y la deja espantosamente rígida. Al parecer se ha trocado en estatua al conjuro de una mirada... de la mirada de Zina.

Zina es sólo una sombra, un trasto viejo, que un soplo podría hacer añicos..., pero sus ojos arden con tal vigor, que animan, al parecer, a otros... Y da toda esa vida de sus ojos a Odette..., se la vierte en una comunicación de energía sobrehumana... Sus ojos rigen al cuerpo inmóvil y sumiso de Odette... Y ahora la estatua va a andar. ¡Gloria a la *queyra!* ¡Va a casarse! ¡El esposo la aguarda!

Cuando apareció en el sagrado pavimento del templo, el pueblo, delirante, prorrumpió en estentóreos hosannas.

CAPITULO XXVI

PERO UNO LOGRÓ PERTURBAR LA FIESTA...

JUAN, entretanto, aguardaba en el fondo del calabozo el desenlace de los acontecimientos. No desesperaba. Los sucesos ocurridos en los tres últimos días le infundían valor para arrostrar su espantoso cautiverio; la repentina aparición de Rouletabille, disfrazado con el uniforme del viejo consejero, y unas palabras que le dijo, eran clara muestra de que no estaba todo perdido, y de que su amigo el repórter se preocupaba de su salvación. Por lo demás, los breves momentos pasados con Odette, le inundaron el corazón de infinita alegría, y su recuerdo, a pesar de lo duras que fueron las horas siguientes, le confortó y sostuvo en su lenta agonía... El amor lleva implícita tal fuerza, que infunde a los más desdichados incansable optimismo.

Realmente no tuvo motivos para desesperarse. Se le quiso envenenar, pero Rouletabille acudió a tiempo. Y ahora, oportunamente, solía visitarle Zina, llevándole comida con el beneplácito de la guardia, conquistada por Calixta.

Zina probaba los alimentos que llevaba al prisionero, demostrándole así que eran inofensivos; y los probaba después de pronunciar unas palabras misteriosas, de las que Juan colegía el pronto término de sus desdichas y su próxima reunión con Odette.

La vieja le dijo categóricamente:

—Esto... mañana.

¿Mañana... qué? ¿El rescate? Evidentemente. Juan no había vuelto a ver a Rouletabille, pero ahora ya no dudaba de que el repórter maniobraba en la sombra para salvarle. Tan absorto estaba en estos pensamientos, que se sobresaltó al oír unos pasos en la galería del calabozo.

Y de pronto se incorporó. Una sombra se movía ante la reja y metía una llave en la cerradura. Con asombro vio que aquella persona no era Zina.

¿Quién, pues? El bulto entró.

¡Era Calixta!

A Juan se le escapó una exclamación dolorosa.

La gitana le dijo:

—Ven.

Juan no se movió, y Calixta repitió:

—Ven: ¡eres libre!

Juan la miró, agobiado de siniestra angustia. No comprendía aquello ni era aquélla la persona que esperaba. De la gitana provenía todo el mal... No se fiaba... Aquella mujer sólo podía traer consigo alguna nueva perfidia.

Acabó Juan por preguntarle:

—¿A qué has venido?

—A salvarte.

—No te creo.

—Sígueme, y verás.

—¿Adónde me llevas?

—Adonde quieras: a la liberación. Ven. No temas. He logrado tu perdón del Consejo Supremo. Mis palabras enternecieron a los ancianos. Les conté cuán bueno fuiste siempre conmigo y agregué que habías sufrido ya bastante... He prometido que saldrías inmediatamente de Sever-Turn para no volver más... y aquí tengo la orden de tu libertad.

Y le tendió el pasaporte. Juan lo leyó a la luz de un papel encendido, colgado enfrente de la reja... Pues sí que era Cierto. Estaba ya libre... Y dijo:

—Pero no saldré de Sever-Turn sin Odette.

—No confíes en eso... y créeme: no pienses más en Odette... ya que no piensa en ti.

—No te creo. Eres la misma. Ya sospechaba que no podías venir sino para atormentarme. Además... nada consigues con eso. No sé por qué te escucho... Soy libre... Ea, adiós.

—Adiós, Juan.

Juan dio unos pasos; pero Calixta continuaba en el calabozo. Juan se volvió para agregarle:

—Si te debo el ver de nuevo la luz del día, pagas algo de lo que debes y yo te perdono, Calixta.

—Perdóname, porque todo lo hecho lo hice por tu amor. Hagas lo que hagas y *sepas lo que sepas*, ten siempre presente que soy para ti la esclava más sumisa.

—Y la más embustera... ¿Por qué me dices que Odette ya no piensa en mi? ¿Estás loca?

—No desvarío, no... Vete: al paso hallarás quien te informe tan bien como yo.

—Explícate. Algo me ocultas.

—Nada te oculto; pero no me avengo a darte detalles de lo que, sin duda, te hará sufrir. Te revolverías contra mí, sin duda... Ya conozco de sobra la cólera de tu palabra.

Juan salió. Nadie había en el pasillo. No sabía por dónde echar a andar. Volvióse hacia Calixta, que a la sazón salía de la mazmorra, empujando la reja.

—Deja que te guíe —exclamó—. Conviene que salgas sin ser visto de la guardia de palacio, y así nos ahorraremos explicaciones. Conozco un atajo subterráneo por el cual saldremos al templo. Nadie en él reparará en ti, por ser gran día de fiesta, y podrás escabullirte hacia el barrio europeo.

—¿Hay mucha gente en el templo?

—Una muchedumbre enorme. Figúrate... hoy se casa la *queyra*...

—¿Qué *queyra*? —exclamó Juan con voz enronquecida.

—No conozco más que una, querido. Hoy se casa Odette.

Estas tres palabras, «se casa Odette», abrumaron a Juan de tal modo, que no pudo proferir protesta ni gemido alguno.

Le pareció que su corazón cesaba de latir y su vida y la vida toda en torno suyo se paralizaba completamente. Sólo en el mundo bullía una cosa horrible: Odette va a casarse, va a pertenecer a otro...

No ponía en duda la palabra de Calixta. Ahora comprendía por qué le libertaba. De no tener que comunicarle tal noticia, ni hubiese venido ni le hubiera abierto la puerta del calabozo.

En fin, ¿no tomaba la precaución de llevarle de la mano a la ceremonia? ¡Con qué alegría y presteza no vino! Nunca Juan la detestó y despreció con tal encono. Y, repuesto un poco del golpe con que le hirió, Juan se vengó ignominiosamente, como pedía el caso...

Le espetó la palabra más injuriosa de la lengua cingara: llamóla *uscheia* (perra) y le escupió, como había visto que hacían los bohemios irritados.

No lo tomó Calixta muy en cuenta. Levantó los hombros, mirándole con compasión, y reanudó la marcha por el pasillo que antes recorriera Rouletabille; en la cancela se detuvo para abrir. Entonces Juan le dijo:

—Conozco a Odette, y sé que me quiere. Ni tú puedes dudarle. Viste nuestro beso en el fondo de la mazmorra, y cuando se besa así, el amor es

para toda la vida.

—Odette vive y se casa —replicó la gitana con aspereza.

Y Juan la contestó sin titubear:

—La han forzado a ello; han debido de amenazarle con no sé qué horrores, y sobre ello podrías tú decirme algo... No le guardo rencor a Odette: es una niña, muy tierna para los sufrimientos.

—Tú lo has dicho: es una niña —subrayó Calixta—, una niña ingenua; así la juzgo. Pero es una niña también que no sabe lo que quiere. Empezó amando a Hubert, te quiso a ti luego, después inclinóse a Rouletabille, se volvió hacia ti de nuevo y, por último, se aviene a casarse con Hubert, su primer amor.

—No lograrás que dude de Odette —susurró el joven, a quien las últimas palabras de Calixta le inundaron de dolor—. Si se casa con Hubert, yo moriré quizás; pero se lo perdonaré, porque se casa a la fuerza con un hombre al cual odia.

—¡Bah!, querido; no lo parece —repuso Calixta con horrible ironía—. No diré que se case entusiasmada, pero sí que va al altar sin repugnancia, del brazo del más apuesto mayoral de cuantos hicieron las delicias de su infancia.

—¡Miserable!

—Insúltame, Juan; me gusta cuanto viene de ti: no soy como Odette. No he querido más que a un hombre en mi vida, y ese solo me tocó... Y ya pueden amenazarme con los más atroces suplicios, que yo los sufriré alegremente antes de casarme con otro hombre, como no sea él. Y ahora, cálmate... No he de decirte más... Abre los ojos y verás...

Habían ya llegado a la angosta escalerilla de caracol, por la cual días antes bajó Rouletabille a los sótanos de palacio, y Juan trepó por ella presa de mil nuevos sufrimientos.

Llegó al templo en el preciso momento en que la *queyra*, al aparecer, era saludada con frenéticas aclamaciones.

Se levantó todo el Consejo de ancianos, y el patriarca, cogiéndola de la mano, la llevó al trono de marfil, protegido por un dosel de telas fabulosamente ricas. Andaba la reina con paso de autómata, dejándose guiar con sumisión absoluta. Quedóse allí como en el centro de gloriosa nube. Todos, alborozados, gritaban:

—¡Es la *queyra*, es la *queyra*!

A sus pies se sentaron jóvenes vestidas con albos trajes. Cantóse un himno coreado por todos. Luego siguió una pausa de profundo silencio, y de pronto

abrióse una puerta bajo el ábside y apareció Hubert envuelto en una túnica muy sencilla, pero ostentando el regio collar de valor inestimable.

Venía descubierta y toda su fisonomía revelaba cierta rudeza casi feroz. Vivía el momento más trágico de su vida. Unos minutos más, y será dueño de Odette y de una corona. Pero en este supremo instante no podía olvidar su extraño sino, que le arrojaba siempre de un polo a otro, que le hundía siempre que creía ya tocar el término de sus deseos, y así, bajo la máscara de su gravedad temible, de su ceño de luchador dispuesto siempre a encararse con el adversario, ocultaba profunda angustia.

Tal como era, gustó a los cíngaros, que le aclamaban también, aceptándole como soberano.

El gran Coesre llevó a Hubert a su sitio, como el patriarca llevara antes a la *queyra* hasta el trono. Hubert, contiguo a Odette, ocupó un silloncito de mármol como los reservados a los ancianos del Consejo Supremo.

Odette no miró a Hubert, ni Hubert miró a Odette. En aquel momento pensó: «¿Dónde estará Rouletabille? ¿Qué estará haciendo?»

Durante tres días mandó buscarle... Nadie le dio noticia alguna. Nadie halló su rastro. ¡Ah!, si hubiera logrado meter en el calabozo a Rouletabille en substitución de Juan, como había prometido a la señora de Meyrens. ¡Qué tranquilo gozaría de toda la alegría del triunfo!

Habían ya empezado los oficios, los extraños oficios, mezcla de ritos de todas las religiones y de todas las edades... Frecuentemente los interrumpía la danza, como en los tiempos bíblicos... Y así, de pronto, vióse a Calixta, contoneándose envuelta en ligeras gasas...

Nunca estuvo más hermosa. Todos los asistentes creyeron que danzaba en honor de la *queyra*; pero en verdad, era a Juan a quien dedicaba su delirio coreográfico. Caía a los pies de Odette como presa de un delirio, prosternándose subyugada de místico éxtasis; pero en realidad, era a Juan a quien invitaba al anonadamiento amoroso, del cual resucitaba súbitamente para seguir danzando en forma tal, que su cuerpo juvenil parecía perseguir el deleite y huir de él en caprichosos giros.

Sabría que siempre le había gustado por la audacia pagana de su arte, que en ella parecía innato, pues su imaginación se desbordaba creando figuras inesperadas, en que se expresaba su alma ardiente, sensual, sumisa al amor con humildad de esclava, y vengativa con derroches de humildad.

¿Es posible que Juan presenciase aquel espectáculo sorprendente sin acordarse del final de los otros, de la alegría con que la acogía medio muerta en sus brazos impacientes, temblorosos, de aprisionar a la Belleza?

¡Ay! Juan ni siquiera la miraba. Tenía clavados los ojos en Odette y en Hubert, sentados en solios contiguos, como si ya estuviese consagrado su enlace, y el dolor de Juan era infinito.

Como dijo a Calixta, no creía a Odette culpable de aquella defección amorosa. Bastaba verla para comprender que la desesperación que la clavaba en el trono entre los abrumadores oropeles regios, era al menos tan grande como la que agarrotaba a Juan junto a aquella columna, sin que nadie se fijase en su lenta agonía. Ya no tenía fuerzas ni siquiera para desear la muerte de Hubert. Así eran las cosas. Ni unos ni otros podían ya hacer nada. Como decían los cingaros, ¡estaba escrito! Estaba escrito que Juan no se casaría con Odette, y que Odette sería la mujer de Hubert. Sobre todos pesaba la fuerza de lo inevitable. Vanas fueron todas sus proezas. Solamente Juan lamentaba que no se le hubiese dejado morir en el calabozo.

El resto de la ceremonia discurrió para él como si fuese un sueño, una pesadilla cada vez más horrible, que al cabo le arrancó un gemido al ver que el patriarca enlazaba las manos de Hubert y de Odette, para casarlos.

El patriarca, dirigiéndose a Hubert, pronunció unas palabras que Juan no comprendió, pero cuyo sentido adivinó, y que podríamos traducir de este modo: «No olvides nunca que eres rey por la voluntad de nuestra reina; jura que la servirás como el más fiel y el último de sus súbditos, y no tendrás otra voluntad que la suya... Jura que acatarás siempre las decisiones del Consejo de ancianos, y que en adelante pertenecerás al patriarcado en cuerpo y alma.»

Luego, volviéndose hacia la *queyra*, el patriarca le dijo, mientras se acercaban las jóvenes con la diadema regia:

—Y tú, hija mía, tú que perteneces a la raza y estás consagrada por las Escrituras, ¡recibe esta corona de manos de tu pueblo!...

En este momento ocurrió el suceso tan temido por Hubert, pues se vio a Rouletabille salir como por ensalmo y ponerse en medio del coro, perturbando toda la ceremonia.

Al mismo tiempo exclamó:

—Pueblo, te han engañado. Esta joven no es cingara. No es la *queyra* que te han vaticinado.

Dijo estas frases con voz atronadora, y lo más gracioso fue que las dijo en lengua romanca. Supimos después que se las había enseñado Zina para que todos pudieran comprenderle.

El tumulto que se produjo fue mucho mayor que el provocado por su intervención anterior. Esta vez ya no podía escapar de la nota de sacrílego, pues oficialmente constaba que Odette «tenía el signo».

Así, fue extraordinario el furor unánime contra aquel loco que repetía con increíble audacia y en aquel momento su desenfadado embuste.

Los guardias cayeron sobre él. Andrés, ebrio de sacra cólera, blandía un arma sobre la cabeza del repórter; pero éste pudo escapar de los puños que le destrozaban, mientras todo el pueblo decía a gritos:

—A muerte. La reina tiene la señal... ¡Tiene la señal!

El repórter, de un salto, se colocó al lado de Odette, puesta de pie, como alocada, y ante la cual se puso Hubert. Pero Rouletabille tumbó a éste y, arrancando, el manto regio de los hombros de la *queyra*, dejó al descubierto su espalda, gritando:

—Mirad, mirad todos. *No tiene la señal.*

Y era cierto que había desaparecido la señal de la corona... Sobre la nivea espalda no se veía signo alguno. No daban crédito a sus ojos los que la habían tocado días antes.

Los ancianos pasaron sus manos temblorosas por la carne inmaculada, para cerciorarse de que no eran víctimas de algún subterfugio y que no se había celado la señal sagrada con polvos y afeites.

El tumulto crecía y el pueblo reclamaba la presencia de Zina, de la testigo recusada por Rouletabille. La muchedumbre recordaba bien el argumento aducido por el repórter:

—Si desde sus primeros años la princesita llevaba la señal de la corona, ¿por qué no dijo palabra la nodriza; por qué, habiéndola seguido en todas sus andanzas, tardó tanto en anunciar a los cíngaros el nacimiento de la *queyra* vaticinada por las Escrituras?

Y con mayor energía cada vez la turba reclamaba la presencia de la vieja:

—¡Zina! ¡Zina!

Y apareció Zina. Apenas podía sostenerse. Rouletabille la llevó hasta la presencia de Odette, a cuyos pies se arrojó. Y empezó su confesión, retorciéndose las manos:

—Es verdad que ésta no es la *queyra* esperada. *Mentí, mentí.* Nunca tuvo señal alguna. Mis maleficios se la pusieron. Mis maleficios se la han quitado... *Mentí, mentí...*

—¡Profanación! —exclamó el patriarca.

Todo el furor de los fieles descargó sobre Zina. El populacho invadió el presbiterio y la desgraciada vieja desaparecía entre el oleaje espantoso de la muchedumbre, mientras pasaban, por orden del patriarca, apresuradamente a la sala del Consejo Supremo los principales actores de este drama a la vez

político y religioso, incluso Juan, que, desde los primeros momentos, se fue corriendo al lado de Rouletabille...

Los labios de Zina, después de la confesión, pudieron aún murmurar:

—Y ahora, puedo morir.

Y, en efecto, murió lanzando su postrer mirada a la que había siempre amado como a una *raya*, a la cual trocó en reina para poder salvarla.

CAPITULO XXVII

Quarens quem devoret.
(Buscando a quién devorar.)

Epístolas.

CUADERNO *de Rouletabille*: «¡Uf!, ¡ya está! Creo que hemos salido del Catolladero...; no sin daño, pues la aventura era un poco arriesgada... Ahora puedo confesarlo claramente. Cuando surgí, como por ensalmo, en el lugar de la coronación, arriesgué no poco, pues no sabía con certeza que la señal hubiese completamente desaparecido.

»Zina me había afirmado rotundamente que se iba borrando poco a poco hacía tres días, y cuando se llevase a cabo la coronación ya no quedaría huella alguna. Pero yo no estaba tranquilo. En todo caso podía salir del apuro con la declaración de Zina... pero ¿tendría coyuntura de averiguar si quedaban restos de la señal? Lo dudo. No hay que jugar con el fanatismo. Hay que tener completa razón a los ojos de los más avisados. Hay que ser tan fuerte como el diablo para encararse con él.

»Realmente, es diabólico este suceso. Al menos así se hubiera creído en la Edad Media. Esta señal que aparece y desaparece, a capricho de una persona, ¿cómo se ha de explicar sin la intervención de Beka (del diablo), como dicen aún en Sever-Turn? Y estoy seguro de que para los cingaros hartos ensañados con la pobre Zina, esta vieja tenía tratos con el infierno; creencia corriente entre los romanchos. No hay otra raza más susceptible de sugestión.

»Ha siglos que estas gentes no hacen otra cosa que sugestionarse. Todo el mundo sabe que se aojan y que el hipnotismo es su usual entretenimiento diario. La ciencia moderna nos ha enseñado que nada hay en ello sobrenatural; mas para espíritus simples, tales fenómenos no se producen sin mediación de un poder oculto. Charcot, que dormía a una persona y le sugería

que le ponía una cantárida, y, en efecto, aparecían todos los efectos que produce este emplasto, en la Edad Media, aun en Francia, hubiese sido considerado como secuaz de Satanás. Sin embargo, sólo empleaba para ello su poder humano, la idea del espíritu vencedor y de la transformación de la materia... la idea de que esculpía las llagas de la pasión en la carne de las vírgenes, que se sugestionaban a sí mismas en la penumbra de los conventos.

»Era menester dar con la explicación de la señal aparecida en la espalda de Odette. Cuando me enteré bien de que nunca tuvo esta señal, y conocí a fondo las relaciones de Odette y de Zina, y supe por fin que Odette llevaba en sus venas sangre cingara, y, por tanto, era más apta que otra cualquiera persona para recibir el influjo hipnótico de Zina, «la contera de la razón» me indujo a pensar que Zina fue la que produjo la regia señal en la espalda de Odette, precisamente para librar a la joven de los proyectos criminales de Andrés y de Calixta... Y si pudo producir esa señal, podría, sin duda, borrarla. Perdido todo en Sever-Turn, sólo ese recurso podía salvarnos. Tuve la suerte de arrancar la declaración explícita de Zina, cuando la vieja, recién acometida por Calixta, era, sobre todo, una víctima que pedía venganza. En fin, no me costó mucho trabajo hacer ver a la vieja, la víspera de estos sucesos, que Odette, de ser reina en los brazos de Hubert, al cual detestaba, moriría seguramente, y ello era tan cierto como hubiera perecido si Zina no media cuando Calixta amenazó a Odette con su cuchillo.

»Y empezó la sugestión contraria.

»Ya no hay más *queyra*.

»Y si de ello profundamente nos alegramos, hay quien no está contento, y es el pueblo de Sever-Turn...

»No nos haremos aquí viejos. Nos vamos esta misma noche, a tenor del consejo del patriarca que se ha mostrado justo y conciliador, y que a la postre no vacila en recabar para sí el derecho a ser obedecido.

»Mientras aguardamos la hora de la marcha, comemos espléndidamente en el hotel de los Balcanes.

»Salgo un momento a la ventana, so pretexto de respirar un poco, y en realidad porque me gusta siempre saber lo que pasa en los alrededores. ¿Qué veo, allá abajo, culebreando bajo la bóveda del parador, con su facha de viejo lobo salvaje, que va en busca de algo, o más bien husmeando la presa para devorarla? ¡Ah!, sí; es nuestro querido Hubert de Lauriac...»

Dejemos ya al margen el cuaderno de Rouletabille, que da muy pocos detalles de aquel banquete, con que celebraron Juan y Odette el término de tan atroces aventuras. El repórter es seco y conciso al referirse a esta escena

radiante de dicha, que ponía a los dos enamorados en trance de olvidar las horas más funestas. Los enamorados son egoístas... ¿Le parecía a Rouletabille que los amantes se preocupaban de sí mismos demasiado y de él muy poco? Quizás. Aun los mejores tienen sus debilidades. Sin embargo, Juan ponía toda su alma al expresar la infinita y desbordante gratitud que sentía hacia su generoso amigo.

—¿Agradecerme? —interrumpió al punto y con brusquedad Rouletabille —; pero ¿qué, amigo mío? Nada...; eso no vale la pena, te lo aseguro. No hablemos más de ello...

Entonces, Juan enmudeció, arrasados los ojos de lágrimas.

Y Odette abrazó a su querido Zo con tan inocente y a la vez con tan ardiente ternura, que el repórter palideció.

Era, sin embargo, cierto que los amantes sólo se preocupaban de sí mismos. Se estrechaban las manos y no se hartaban de mirarse. Y Rouletabille se asomó a la ventana para respirar, susurrando:

—Tiene gracia el banquete: nadie prueba bocado, ni siquiera ese infeliz, que ha vivido ocho días a pan y agua.

El infeliz era Juan, que acababa de conocer todo el alcance del sacrificio de Odette, y que reventaba de alegría al rumiar que Odette no se avino a tan horrible casamiento sino para salvarle del potro del verdugo.

—¡Y has hecho eso por mí, por mí!

Rouletabille, en la ventana, alzaba los hombros y se decía:

—¡No lo había adivinado! ¡Será idiota! Resueltamente son unos brutos los enamorados... ¡Juremos que no hemos de enamorarnos jamás!

Entonces fue cuando la aparición de Hubert vino a distraerle de este linaje de pensamientos, omitidos, como es natural, en el cuaderno del repórter.

Hubert era de nuevo la lucha, y quién sabe si el peligro... Y era tal el estado de espíritu del repórter, que anhelaba esa lucha..., tener a mano a alguien a quien combatir..., hacer algo, mientras los amantes se abrazaban allí, tras de su espalda... Oyó bien el murmullo de las palabras de Odette:

—Querido, querido mío, ¡cómo has debido de sufrir!...

—Pues bien, si ella cree que yo estaba de fiesta mientras se urdía su maldecida boda...

Y Rouletabille, de pronto, se escabulló, espetándoles:

—¡Mil diablos!, qué calor hace aquí. Voy a dar una vuelta.

Ya en la calle dióse a buscar a Hubert, pues el merodeo de éste por los alrededores del hotel de los Balcanes nada bueno auguraba. De toda esta aventura salía el antiguo *mayoral* más maltrecho que nadie, y Rouletabille le

conocía ya bastante a fondo para sospechar de qué bálsamo echaría mano para tratar de curar sus heridas.

Sin duda estaba ya urdiendo alguna venganza, con la que se resarciría de su desastre.

Por la rabia que le rebosaba, sin duda, del pecho, no le desagradaría una espantosa catástrofe que se los tragase a todos, a él como a los demás.

Ese hombre, unas horas antes, era omnipotente; ahora... nada. Y era lógico que ansiase arrastrar en su aniquilamiento a los fautores de su ruina. Por lo demás, su siniestra facha, en que reparó Rouletabille, nada bueno presagiaba.

Y entretanto los enamorados continuaban abrazándose arriba.

Rouletabille no quiso decirles nada para no interrumpir el encanto de su deliquio, pero el ardor con que había trabajado tanto para su dicha le imponía el deber de vigilar la obra. Se reprobaba ciertos sentimientos íntimos demasiado para no correr, dada la rectitud de su conciencia, a precaver el peligro que amenazaba a sus amigos.

¿Dónde estaba Hubert? Rouletabille recorrió el parador, sin hallarle.

Entró en el hotel y topó con el señor Tournesol, que le detuvo al pasar:

—Me alegro de verle, para felicitarle —le dijo el comisionista—. Ruégole acepte un *cocktail* de mi invención... Salió usted del atolladero; lo presencié todo... ¡Vaya un trabajo! Pero me huelo que no va usted a envejecer aquí. ¿Quiere usted que le devuelva el paquete?

—No, de ninguna manera —le contestó inmediatamente Rouletabille, atento a todas las puertas y a todas las salas—. Hasta que me encuentre ya en Francia guarde usted el paquete, pues no sabemos lo que aún puede pasar...

—Tiene usted razón; no se fíe... Conozco a un sujeto que no debe mirarle a usted con buenos ojos.

—¿Le ha visto usted por aquí? —preguntó el repórter.

—Me ha parecido ver su mala catadura junto a la tienda de tejidos del mercader sirio; pero en seguida desapareció.

Rouletabille se fue; pero el comisionista le llamó.

—Permítame que yo le pregunte también una cosa: ¿Sabe usted dónde está la señora de Meyrens?

—¡Ah!, no lo sé... ¿Continúa usted picando en la damisela?

—Por mi parte, creo que no le soy del todo indiferente; sólo que tiene exigencias incompatibles con las ideas, ya un poco viejas, que mi difunto padre inculcó al señor Tournesol hijo...

—¿Y podría saber cuáles son esas ideas? —preguntó el repórter, apostado detrás de la cortina de la ventana, punto desde el cual podía, sin ser visto, otear todas las arcadas del parador.

—Son ideas sobre el honor, señor Rouletabille.

—¿Y podría yo conocer esas exigencias?

—Pues quiere esa señora, sencillamente, que le entregue el paquete que usted confió a mi custodia...

—¡Ah! ¡Terrible mujer! Dispéñeme usted, señor Tournesol... pero es preciso que vaya arriba a ver si por casualidad nuestro hombre ha caído en el cuarto de la señora de Meyrens...

Un cuarto de hora después (poco más o menos) de este corto diálogo, Rouletabille entró como un torbellino en la sala en que Juan y Odette seguían diciéndose ternezas sin probar casi bocado del magnífico banquete.

—Hijos míos —exclamó—, hay que levantar el campo sin tardanza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan malhumorado por la irrupción de Rouletabille.

—Ocurre que acabo de sorprender a Hubert con la señora de Meyrens..., aquí, mano a mano...

—¿Aquí?

—Sí, a dos pasos de aquí..., y he logrado pescar su conversación. Hubert nos está urdiendo una mala pasada... Se lo ha contado a *El Pulpo*, que quería saber más, y le incitaba a explicarse... Pero se limitó a replicarle textualmente:

—Quedará usted satisfecha y yo también, se lo prometo. *Quedaremos vengados* antes de una hora.

—Pronto, pues, pronto; hijos míos, marchémonos.

—Marchémonos —repitió Juan.

—¡Oh, sí, sí! Huyamos de este abominable país —suspiró Odette—. ¡Y yo, Dios mío, que creía acabadas todas nuestras desdichas!...

—¿Pero cómo avisar a los arrieros? Y además, necesitamos caballos —expuso Juan.

—Vayámonos a pie...; volvámonos como podamos —replicó Rouletabille volviendo a la ventana—. ¿Oís ese tumulto?

El tumulto era un huracán desencadenado con inaudita violencia.

El parador, silencioso y desierto diez minutos antes, se llenó de delirante y vociferadora muchedumbre, armada con fusiles, capitaneada por Andrés y Calixta, mientras que desde una de las ventanas del hotel, recayente al cuarto en el que Juan dejó un momento su ligero equipaje, un anciano del Consejo

Supremo, en el cual Rouletabille reconoció al famoso bibliotecario con el que anduvo siempre platicando, blandía un gran volumen harto conocido del repórter: el *Libro de los Antepasados*.

No era arduo adivinar lo que el viejo gritaba a la muchedumbre, mostrándoles el libro, por fin recuperado.

¡Los rumies lo habían robado!

¿Y dónde acababan de hallar el sacro libro? En el equipaje de Juan.

Detrás del viejo se veía el rostro pálido y fatídico de Hubert.

Rouletabille no necesitaba verle ni oírle para comprenderlo todo.

—Pues bien, estamos aviados —exclamó.

CAPITULO XXVIII

EN EL CUAL ROULETABILLE DECLARA QUE NO PUEDE IRSE SIN SU MALETÍN,
Y SE RELATA LO QUE LE SUCEDIÓ

EL parador en aquel momento parecía inmensa cuba hirviente de furor popular... Habían pasado recientemente los cingaros por tales alternativas de entusiasmo y desesperanza, que cualquier incidente, y mucho más de la naturaleza del robo del *Libro de los Antepasados* por los rumies, les empujaba a los peores arrebatos.

De la aventura prodigiosa de la *queyra* sacaron la triste convicción, generadora de todas sus iras, de que habían sido burlados.

¿Y por quién sino por los rumies?

Zina, a la postre, fue en este asunto instrumento de los extranjeros, que quisieron imponerles una reina apócrifa.

Los *lingurari* (fabricantes de cucharas y de vasos de madera), los *liaessi*, la clase más desastrada y a la vez más turbulenta, pues nada tienen que perder, sin ahorros de sus largas correrías, se unieron para reclamar la expulsión inmediata de todos los *gachis* (esto es, de los hombres de otra raza), despojándoles previamente de sus bienes, y hallaron al patriarca dispuesto a firmar un decreto de esta naturaleza, deseoso de evitar mayores desgracias.

Como viera Hubert que al fin Juan y Odette se le escapaban, urdió la estratagema del robo del libro, colocando al efecto subrepticamente el fatal volumen en el equipaje de Juan. Calixta, arrastrando a Andrés, se puso al frente de la sublevación, que amenazaba destruirlo todo. La milicia se cruzó de brazos, y los *balogard* se encerraron en sus casas al lado de sus tesoros.

El Consejo de Ancianos se reunió en palacio en sesión permanente. El bibliotecario había comprobado el crimen. Para el patriarca el asunto revestía espantosa gravedad, pues se preguntaba cómo podría resolver el caso sin

ordenar los suplicios rituales que, naturalmente, le traerían complicaciones enojosas con las potencias extranjeras.

Deseaba ardientemente que Rouletabille y sus amigos hubiesen ya levantado el vuelo, atentos al consejo que les diera.

—¡Estamos aviados! —dijo el repórter.

Pero como admirablemente conocía, según su costumbre, el dédalo del edificio que los cobijaba, rápidamente se llevó a Juan y a Odette por una escalerilla recayente, por la parte opuesta del parador, a la trasera del hotel. Ya en aquel momento llenaba las salas del piso bajo una muchedumbre vociferadora, que a culatazos y con gran estrépito forzaba las puertas que cerraban su paso.

Nicolás Tournesol, horriblemente desesperado, pudo alcanzar a los tres amigos y decirles lleno de angustia:

—Van a incendiar el hotel; salvémonos pronto.

—¿Y la pobre señora de Meyrens? —le preguntó chancero Rouletabille.

—Que se vaya al cuerno esa señora de Meyrens. Ella y ese fatal Hubert tienen la culpa de todo.

—¡Diablo! —exclamó Rouletabille—, ya olvidé mi maletín...

—¿Qué maletín? —preguntó Juan sorprendido al ver que su amigo se paraba y se disponía a volver pies atrás.

—Pues mi maletín de aseo —contestó el repórter dirigiéndose a la escalera, que acababan de bajar.

Juan le detuvo.

—¡Ah!, estás loco... Cuando la pérdida de un minuto nos expone a frustrar la huida, nos sales con tu maletín...

—¡Ah!, querido, dos veces he tenido que comprarme otro. No soy ciertamente millonario... Y sobre todo aguárdame allí; no deis sin mi un solo paso.

Y rechazando a Juan brutalmente, desapareció y entró en el hotel.

—Ha perdido la cabeza —exclamó Juan, desesperado—. Salvémonos, Odette.

—Ha dicho que le esperemos. Esperémosle, pues —replicó la joven.

—Pero si estamos perdidos... Óyelos... Ya llegan... Ya están aquí.

—Con mayor motivo —repuso Odette decidida a todo, al parecer, y sentándose en un banco de piedra en actitud de fatal dejadez—. Con mayor motivo, Juan... No querrás que huyamos y Rouletabille caiga en poder de esos cíngaros.

—Y todo por un maletín de aseo —exclamó Juan, que por momentos enloquecía.

En tanto Nicolás Tournesol, cargado con su maleta rebosante de objetos preciosos, y que guardaba, además, el paquete confiado por Rouletabille a la custodia del comisionista, echó a correr a través de un erial hasta llegar al cementerio, donde esperó, protegido por los muertos, el momento propicio de seguir su correría por la campiña.

¡Ay!, quiso su mala suerte que se topase con el entierro de un *balogard*, y al ver los acompañantes a un rumí, todos cayeron sobre él dispuestos a enterrar juntos, minutos después, al vivo con el muerto.

Tienen los pueblos en su vida momentos críticos, en que el fanatismo no sabe qué inventar para tortura de las buenas gentes.

Afortunadamente, Nicolás Tournesol no tenía deudores entre aquellos de cuya voluntad su suerte dependía, y sin esta coincidencia le hubiera costado caro y saldado de golpe las cuentas. Prometiéndoles que abriría de par en par las puertas de sus almacenes del parador, pudo parar el golpe del destino y volver a la ciudad sin grandes quebrantos.

En el trayecto vio a Rouletabille, Santierne y a la infeliz Odette, conducidos como prisioneros por el populacho enardecido. La plebe les seguía con horrible alborozo, y empezaba ya a lapidarlos; ahora, en toda la ciudad, resonaba este grito: «A muerte la *queyra*». Si Nicolás Tournesol hubiera estado seguro de su propia suerte, aquel suceso le hubiera ofrecido materia de sobra para filosofar ampliamente. Esa misma turba, aquella mañana, había aclamado delirante a una joven que no conocía, sólo por tener una señal en la espalda; por la tarde, desaparecida la señal, trataba de tirar a la infeliz por la roca Tarpeya..., y ello en el siglo XX, a dos pasos del bar en el que Nicolás Tournesol enseñó la víspera a Ladislao Kamenos el arte de aderezar un *cocktail* con marrasquino, y de un salón de baile en que horas antes los invitados del cónsul de Valaquia ensayaban el último *shimmy*. Progreso humano, ¿qué es de ti? ¡En todo tiempo visitas a Moloch o Bambula!

—¿Conoces a esta gente? —preguntaron a Nicolás Tournesol, señalándole a los tres mártires, sin duda llevados al último suplicio.

—¿Si los conozco? No los he visto nunca —afirmó Tournesol con mucha sangre fría.

—Estos son los que robaron el *Libro de los Antepasados*. No escaparán al castigo.

—Muy merecidamente —exclamó aún Tournesol.

—¡Mal rayo para sus cómplices!

—Me lo explico... ¡Sí que ha sido atrevimiento! ¡Robar el *Libro de los Antepasados!* Hay quien no respeta nada. Algunos turistas creen que todo les es permitido... Si les dejasen las manos libres, derruirían el templo para acrecer con una chinita sus colecciones. ¡Es realmente vergonzoso! Todo tiene un límite. ¡Tenéis harta razón para hacer un escarmiento!, ¡ea!

—¡Que Rouletabille me perdone! —se dijo el comisionista, buscando excusas a su asqueroso comportamiento, y hallando una a la postre—. ¡Que Rouletabille me perdone!, pero no tengo más remedio que jugar esta carta, si quiere que no desperdicie la coyuntura de mandar a su destino el paquete que confió a mi diligencia. Al cabo, pobre Tournesol, pudiste haberte zafado de tal encarguito. ¡Pero siempre serás víctima de tu buen corazón!

En esto, una cohorte enviada por el patriarca llegó para librar a los tres detenidos del furor popular y conducirlos o arrojarlos más bien al salón del palacio, en donde quedarían custodiados hasta que se les juzgase.

Los tres estaban profundamente consternados. Rouletabille, sobre todo, daba lástima. Parecía el más abatido, y sólo abría los labios para lamentarse de la suerte aciaga, que le separó de su maletín, pues a la postre no dio con él... o, más bien, no le dieron tiempo a cogerlo.

—¿Y es eso sólo lo que nos dices en este trance? —exclamó Juan—. ¡Cuando por culpa tuya nos hallamos aquí!

CAPITULO XXIX

EN EL CUAL ROULETABILLE HACE SU JUEGO

TODOS esos reproches apenas hacían mella en el ánimo de Rouletabille.

A pesar de que Juan le gritaba que su famosa sutileza no tenía otra igual en el mundo en determinados momentos, si no era su terquedad estúpida (no se atrevió a decir su majadería), el repórter no pareció muy pesaroso de aquellos incidentes. Lo que acababa de ocurrir «¡no tenía nombre en ninguna lengua del mundo! —afirmaba Juan—. ¡Arriesgar su vida y la de sus amigos por recuperar un maletín!»

Odette, cansada ya, trató de calmar a Juan, pero la cosa era difícil, pues a poco se oyó la voz del repórter, que murmuraba como si soñase:

—Debí echar por el otro pasillo y ganar la escalerilla de servicio *después de haberme apoderado del maletín.*

—¡Ah!, no mientes más tu maletín... Te juro que si Odette se aviene a seguirme, no te hubiera esperado por mi parte...

—Pues bien, querido, era menester detenerse. ¿Qué quieres? No puedo avenirme a pasar un día sin un cepillo de dientes.

En este tono la conversación entablada entre Juan y Rouletabille hubiera abocado a actos de locura. Afortunada o desgraciadamente, puso término al coloquio la entrada de Andrés y de su cuadrilla armada, que vinieron a sacar a los prisioneros para llevarlos ante el patriarca.

Este les aguardaba ya en una salita contigua a la del Consejo Supremo, separadas ambas por pesado cortinaje de púrpura.

Acompañaban al patriarca dos ancianos y el doctor bibliotecario. Todos parecían entristecidos por el estado en que se hallaba el libro sagrado, al fin recogido de las manos de los rumies.

Desolados, vieron que se le habían arrancado los herrajes y las piedras preciosas. Y propusieron alternativamente las más horrendas sentencias contra los bárbaros que se atrevieron a mutilar de ese modo tal obra maestra.

Hasta allí llegaba el rumor de la cólera del pueblo, que decrecía por ráfagas, cuando la puerta se abrió:

—¡A muerte los profanadores!

El patriarca se dirigió a Juan, y con acento sereno le preguntó, por mediación del doctor bibliotecario:

—¿Qué hiciste de las gemas que ornaban este libro; de las preciosas miniaturas que lo embellecían; de los herrajes artísticos que lo defendían de la voracidad de los siglos?

Juan protestó contra estas palabras: dijo que no conocía aquel libro; que lo veía entonces por vez primera; que nunca lo tuvo en su poder y que era víctima de abominable intriga.

Todos le escucharon sin creerle, y entonces Rouletabille tomó la palabra.

—Es cierto —dijo— que mi amigo nunca tuvo en sus manos ese libro. Yo sí que le he visto más de una vez, y puedo presentarles inmediatamente una de las joyas que le arrancaron.

Expectación general: Rouletabille, con brusco gesto, metió la mano en el bolsillo del revólver.

Andrés, de un brinco, se abalanzó contra él; pero el repórter, sonriente, saca una joya del bolsillo y se la entrega al patriarca.

Es el collar o colgante ornado con el signo fatal de «la cruz y la media luna», que sirvió en otro tiempo para cerrar el libro sagrado.

El patriarca y los ancianos lo reconocieron. Bien lo recordó también Odette... ¿Cómo Rouletabille presenta esta joya, cuya posesión le delata más que otra prueba alguna?

Interrogan al repórter:

—¿Dónde ha encontrado esa joya, si no la ha robado personalmente?

Muy tranquilo, Rouletabille contesta:

—Hallé esta joya en casa de la señorita.

Y señaló a Odette, que se sonrojó y conmovió al sentirse tan inesperadamente atacada por su «querido Zo». Juan, aún más confuso por la actitud del repórter, y viendo la turbación de Odette, acudió con presteza a defenderla a todo trance, protestando contra la afirmación peligrosa del repórter.

Nunca vio tal joya en manos de su prometida.

—Pues yo repito que hallé ese herraje en el cuarto de la señorita de Lavardens.

Odette, en medio de la confusión general, pidió que se la oyera. Con voz temblorosa confesó:

—Es cierto que tuve en mi poder esa joya: pero nunca creí que Rouletabille se atrevería a acusarme. La eché a un cajón en cuanto me la dieron, y si han podido encontrarla allí, juro que fue porque la tenía completamente olvidada: ¡tan poco caso hacía de ella! —agregó, volviéndose hacia Juan profundamente dolorida.

—Pero ¿quién te dio esa joya?

—Perdóname, Juan; fue un regalo de Hubert.

—En fin —exclamó Rouletabille—, no la he obligado a que lo diga...

—Al contrario —subrayó Juan con amargura—... ¿Cómo guardaste, Odette, un regalo de Hubert?

—¡Oh!, ahora eres tú la que le estrechas, querido... Señores, me toca el turno de hablar... Voy a ser conciso... Y van ustedes a comprenderlo todo. Hubert ofreció esa joya, arrancada del *Libro de los Antepasados*, a la señorita Odette... Ahora bien: juro que vi ese *Libro de los Antepasados* en casa de Hubert, el cual se lo trajo en un reciente viaje... Ese libro acaba de ponerlo en el equipaje de su rival, mi amigo Juan de Santierne... El ladrón, pues, es Hubert. ¿Me han comprendido ustedes?

Entonces Andrés intervino:

—Manden que venga Hubert a confundir a estos trapaceros.

Pero acatada esta propuesta, que parecía muy lógica, por el patriarca, Rouletabille suplicó que se aplazase...

—Si por vuestro mandato viene aquí Hubert —expuso—, no nos confundirá, negará. Y yo no le confundiré tampoco a fuerza de afirmaciones... Es menester que la prueba de la infamia que delato no proceda de él ni de mí, para que tenga a los ojos de un Consejo de Sabios como el que veo aquí reunido valor suficiente para engendrar una convicción... Oídme con atención. Hay una mujer, cuya presencia en la ciudad os es desconocida, que sabe mucho de Hubert de Lauriac... Quisiera que oyeráis a esa mujer...

—Otra vez *El Pulpo* —se dijo Juan—. ¿Qué ayuda podemos esperar de ahí?

E intentó desviar a Rouletabille de su propósito, recordándole que esa señora vino con Hubert desde Innsbruck, y sin duda su presencia en Sever-Turn obedecía a la idea de asestar al repórter el último golpe.

Pero Rouletabille no escuchó a su amigo.

—Es menester que vaya en busca de esa mujer —le dijo al patriarca—. Concededme una hora de libertad.

Juan levantó los hombros.

—¿Y crees que te van a dejar salir sin más ni más?

—Dejo aquí a mis amigos como rehenes —propuso el repórter—. Hagan de ellos lo que quieran si dentro de una hora no estoy aquí de regreso.

—¡Bravo! —murmuró Juan, pasmado de tanta simpleza y cinismo—. ¡Bien nos la pega!

—Deja en libertad de acción a nuestro querido Zo —expuso Odette con meliflua voz—. No hay motivo para quererle mal... Nunca se le comprende sino después... Ya verás cómo nos saca del atolladero...

Los ancianos deliberaron. No displacía a Andrés la marcha de Rouletabille; al contrario, quisiera no verle más para acabar cuanto antes con Juan... Los ancianos, por fin, acordaron que unos guardias acompañasen al periodista.

Este aceptó de buen grado los tres guardias destacados por Andrés.

—Antes de una hora os los devuelvo —dijo al patriarca, señalando a los guardias—; pero me habéis de prometer, por vuestra parte, guardarme bien a Hubert.

—¿Dónde está? —preguntó Feodor.

—Ahí —repuso Rouletabille levantando con rápido movimiento el cortinaje de púrpura a espaldas del sillón del patriarca—. ¡Ahí!... Nos está escuchando; sin duda halla interés en nuestra conversación.

Hubert lo había oído todo. Dijo con espantosa sonrisa:

—Vaya usted, señor; vaya en busca de la señora de Meyrens.

Y volvió, muy seguro de su suerte, la espalda a Rouletabille.

El repórter salió presuroso de la sala... Apenas podían seguirle los guardias. Fuera, los gritos de la muchedumbre eran cada vez más ensordecedores.

... *Cuaderno de Rouletabille...* «Y ahora viene la partida decisiva. Sólo ella puede salvarnos. Pero es muy peligroso... para mí..., pues esta partida no me la perdonarán muchos jamás... Ha sido preciso que las cosas lleguen a este extremo, para que me decida a despojarme de mi mejor armadura... ¡Ea!, también para ella sonó la hora de los funerales.

»¡Ay!, para mucho tiempo saldré completamente desnudo de este rastro de Sever-Turn... Pero ¿no es preciso salir de este atolladero? Y ¿sacar a los otros? ¡Ea! ¡Valor! A *El Pulpo*. A *El Pulpo*.»

Estas son las últimas líneas que Rouletabille trazó en el cuaderno. La Prensa conoció sólo a grandes rasgos y refirió muy concisamente los sucesos que siguieron y dieron fin de manera sorprendente a tan extraña y temible aventura...

Hubo, sin duda, razones para que no se divulgaran en seguida los detalles; hoy, desaparecidos esos motivos, que pronto revelaremos, podemos, merced a testimonios que llegaron ha poco a nuestro conocimiento, reconstituir las últimas peripecias del drama, desarrolladas en Sever-Turn primero y en París a continuación.

Los guardias que acompañaban a Rouletabille tenían orden de seguirle a todas partes, pero de obedecerle también a ciegas. Habían de volver a palacio una hora después, con el prisionero. Rouletabille, pues, disponía de una hora para hacerse con *El Pulpo*.

Por caminos desviados, conocidos por Rouletabille aún mejor que por sus guardianes, esquivó al populacho que llenaba el atrio del templo y asediaba, en cierto modo, el palacio. Así pudo llegar, sin gran dificultad, al hotel de los Balcanes, siendo acogido por Ladislao Kamenos con no pocas maldiciones.

A poco le incendian el hotel, y el dueño achacaba al repórter y a sus amigos, si no la responsabilidad del incendio, que no se llevó a cabo, si la del saqueo, con que se contentaron las turbas. Todos los clientes, naturalmente, huyeron sin pagar sus cuentas.

—¿Hasta Tournesol? —preguntó Rouletabille.

—Créalo usted, y que no parece dispuesto a volver. Han saqueado los almacenes del señor Tournesol, como han saqueado mi bodega. Hay que bendecirle a usted.

—¿Y se fue solo, señor? —preguntó Rouletabille, tan dueño de sí, al parecer, como trastornado estaba Ladislao Kamenos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sabe usted a qué me refiero, señor Kamenos. Estos señores y yo hemos venido aquí para que usted nos dé noticias recientes de una joven viajera que hace unos días para aquí, en el hotel, y a la cual cortejaba el señor Tournesol con insistencia...

—¿Se refiere usted a la señora de Meyrens?

—Precisamente... ¿qué es de ella?

—He de responderle que no me toca vigilarla, pero como tiene aún el equipaje en su cuarto, no he de ocultar a usted que espero verla pronto. ¡Otra cuenta en el aire, señor Rouletabille!

—No se preocupe usted, que ya se le pagará, señor Kamenos —dijo el repórter, dirigiéndose apresuradamente hacia el primer piso.

—¿Y quién me la pagará?

—El señor Tournesol.

—Pero ¿dónde va usted?

—Al cuarto de la señora de Meyrens.

—Pero si le digo que no está...

—¿Qué sabe usted? Voy a verlo.

—Le prohíbo que entre en su cuarto; soy yo el responsable.

Y el fondista se abalanzó sobre Rouletabille y los guardias.

—Además, la puerta está cerrada con llave —les dijo.

—La llave la tengo yo —repuso Rouletabille, sacándola del bolsillo.

—¿Y cómo tiene usted la llave de la señora de Meyrens?

—¡Vaya indiscreción! —dijo chanceándose el repórter, mientras metía la llave por la cerradura.

El señor Kamenos tuvo la pretensión de entrar en el cuarto con Rouletabille.

—La señora de Meyrens está en su cuarto o no está —expuso con nitidez el repórter—; si no está, salgo en seguida... y si está, he de comunicarle un encargo del patriarca, encargo que no le atañe a usted conocer, señor Kamenos...

Y para no ser estorbado confió a los guardias la tarea de poner a buen recaudo al bueno de Ladislao durante unos minutos.

Rouletabille debió de hallar a la señora de Meyrens en su cuarto, y debió de comunicarle, sin duda, muy transcendentales cosas, pues transcurrieron diez minutos, veinte, treinta, y no salía.

Ahora no era sólo el señor Kamenos el que se impacientaba por la conducta singular del periodista... Impacientaba también aquella tardanza a los guardias, cuyo jefe responsable llamó más de una vez a la puerta del cuarto de la señora de Meyrens, sin obtener respuesta.

Este, cada vez más confuso, enterado por el dueño del hotel de las diferentes puertas del cuarto y al saber que una de ellas daba a la escalera de servicio y ésta conducía al corral y a las conejeras, no titubeó en forzar la puerta, detrás de la cual no vio ni a Rouletabille ni a la señora de Meyrens, sino a un conejillo que, huyendo del tumulto y del saqueo, vino a refugiarse al cuarto arrastrando consigo una hoja de berza.

¡Una hoja de berza y un conejillo!

«¡No está mal para un periodista!» —diría ahora el señor Nicolás Tournesol, si al señor Nicolás Tournesol le interesase todavía lo que pase en Sever-Turn; pero se fue jurando que no volvería más y no llevándose más que una fotografía de la señora de Meyrens, una instantánea que impresionó un día en el intervalo de dos *cocktails*, y que llevaba siempre pegada a su corazón... porque, dígame lo que se quiera, el recuerdo de la rara viajera perturbaba aún los días y las noches del señor Nicolás Tournesol.

Pero, volviendo a los guardias que dejaron escapar a Rouletabille, hemos de decir que no idearon otra excusa a su torpeza que cargar la responsabilidad sobre el dueño del hotel de los Balcanes.

Así partieron con Rouletabille, pero volvieron a palacio con Ladislao Kamenos, a pesar de las protestas de éste. Los guardias aseguraron que sin la complicidad del fondista el repórter francés no se les hubiese escapado.

Duraba aún la discusión cuando los guardias, muy cariacontecidos, arrastraron a Kamenos ante la presencia del patriarca de los ancianos, y *del... propio Rouletabille*, pues Rouletabille, el auténtico Rouletabille, estaba allí... tan sonriente como los guardias estupefactos.

—Les ordené que no quitasen ojo a este hombre —les dijo severamente el patriarca—, y me traen ustedes a otro.

Los guardias bajaron la cabeza, mientras que el prisionero profería nuevas protestas. En su fuero interno, los guardias juzgaron que, en realidad, la consigna fue a medias infringida. Cuando se responde de algún prisionero, vale más presentar otro cualquiera que no presentar ninguno. Este modo de ver no es exclusivo de la policía de Sever-Turn.

—Afortunadamente —repuso con voz grave el patriarca—, afortunadamente nuestro prisionero es hombre honorable, y espontáneamente se ha presentado.

—Trayendo a la que buscaba —dijo Rouletabille terminando la frase.

—¡A la señora de Meyrens! —exclamó Ladislao Kamenos—. ¿Estaba, pues, en su cuarto?

—Sí, señor, sí.

—Rúes bien; voy a decirle la verdad: creí que se había fugado con Tournesol.

Rouletabille levantó los hombros.

—Tournesol... La señora de Meyrens se ha burlado a todas horas de Tournesol... Si hoy estaba en su cuarto, es que me esperaba, señor...

—Entonces... usted pagará la cuenta...

—No —replicó Rouletabille—; ni yo ni Tournesol pagaremos la cuenta de la señora de Meyrens...; la pagaré otro amigo suyo..., el señor Hubert de Lauriac... Pido, señores, un careo de esta mujer con Hubert.

Como esperaba Rouletabille, Hubert oyó estas últimas palabras y el acuerdo tomado por los ancianos y el patriarca, y con angustia esperaba el momento de su careo con *El Pulpo*. Y no es que la temiese, pues jugaban en el partido juntos, pero Rouletabille debía de haber ideado uno de sus golpes, y era difícil contrarrestarlo sin previo acuerdo.

¡Ah!, ¡si hubiera podido hablar breves minutos con *El Pulpo*! Quizás esta mujer estuviera más al tanto de las cosas. No pudo Hubert disimular cierto alborozo al ver a la señora de Meyrens en el vestíbulo de la sala del Consejo y a punto de entrar... con él. En fin, por un dichoso azar, el vestíbulo quedó un instante desierto. Hubert corrió al lado de *El Pulpo*.

—¿Cómo ha consentido usted en venir?

—Estoy perdida —le replicó al momento—. Rouletabille me trajo engañada, y ahora estoy detenida. La culpa es de usted —siguió diciendo, cada vez más irritada—. Si usted hubiera querido, ha tiempo que Rouletabille... Pero usted no piensa más que en Odette... ¡y en Juan! Usted no debió poner el *Libro de los Antepasados* en el equipaje de Juan, sino en el maletín de Rouletabille...

—No perdamos el tiempo en reproches inútiles... Los perdemos si continuamos unidos... ¿Qué quieren de nosotros?

—Que les diga todo lo que sé de usted, y a esa costa me pondrán en libertad... Rouletabille ha logrado convencer al patriarca de que usted escondió el libro en el equipaje de Juan.

—Pero no lo pueden probar —dijo Hubert en tono apagado de protesta—. ¿Me cree usted imbécil? *Le juro que nadie me ha visto*.

Apenas dicho esto, se descorrió el cortinaje y viéronse sitiados por vociferantes turbas.

Los cíngaros se precipitaron aullando:

—A muerte los dos.

Andrés le echó la zarpa a Hubert, y cuando el resto de la cuadrilla, ante el patriarca y los ancianos impasibles, iba a caer sobre *El Pulpo*, ésta en un santiamén se quitó el sombrero, el velo y la peluca, y apareció ante los ojos estupefactos de la Asamblea con *los rasgos fisonómicos de Rouletabille*.

CAPITULO XXX

Miserere, dice el hombre, y en el tonante cielo
dice el viento: ¡*Miserere!* ¡*Miserere!*, dice el mar.
¡*Miserere!* ¡*Miserere!*

La leyenda de los siglos.

ESTOS trágicos sucesos tuvieron su lógico desenlace en la siguiente comedia. Los trapaceros serían muy temibles si no encontrasen con frecuencia en alguna encrucijada, no la espada de dos filos, arma pesada en consonancia con su armadura, sino un alfiler que les pincha el vientre y los deshinchas como si fuesen vejigas llenas de aire. Cualquiera farsa los derriba, y hay que inclinarse para ver lo que queda del formidable monumento de tela pintada, obra de su fábrica de embustes.

Feodor y el docto bibliotecario accedieron, ávidos de curiosidad, a la representación de la cruenta farsa. Rouletabille, que se trajo del hotel el disfraz guiñolesco preciso para llevar a cabo la única estratagema que podía salvarles, no titubeó en comunicársela al patriarca y al docto anciano, y al obrar así, tuvo la intuición de acertar el camino; pues a Feodor, como verdadero jefe de Estado, le pareció preferible entregar a la fiera del pueblo, que exigía su presa, una víctima menos ilustre que Rouletabille y menos comprometedora en el mundo diplomático que Santierne (pues a este respecto había ya recibido la visita del cónsul de Valaquia), sin contar que la muerte de estos jóvenes acarrearía la de la doncella convertida en reina a su pesar, crimen achacable en todas partes a los autores de la aventura... Ahora bien: ¿no tenía en ello parte de responsabilidad el patriarcado?

Sobraban razones para que triunfase la verdad, y la verdad lució esplendorosa, aunque de modo tan inesperado para algunos, que Hubert, a favor del desorden provocado en la Asamblea por las transformaciones de

Rouletabille, desprendiéndose de las garras de Andrés, de un brinco ganó la ventana y saltó al jardín... y tras él corrió alocada compacta muchedumbre, a la cual, con el gesto y a voces, espoleaba el propio patriarca.

¿Y qué hacía Odette en tanto? Se moría de risa viendo a Rouletabille con basquina aún, a medias hombre y mujer, y en la facha más graciosa que puede imaginarse.

—Ya decía yo que había que dejar en libertad de acción a nuestro querido Zo.

—¡Eso es —exclamó Juan— lo que tenías en tu pequeño equipaje! ¡Por eso no tenías otra manía que la de tu maletín de aseo! ¡Habías ya urdido tu enredo! ¡Listo tenías el disfraz! ¿No podías habérselo dicho? —¡Quia! —murmuró Rouletabille—. Siempre lo mismo... Si te hubiera dicho: «Espérame, que voy a buscar el sombrero y el velo de la señora de Meyrens», no me hubierais aguardado, de no estar Odette.

—Sí; pero estaba Odette —dijo ésta—, y Odette no quiso marcharse sin su querido Zo.

—Odette es un ángel exclamó Rouletabille.

—¿Y yo? —preguntó Juan.

—Tú, un burro, como todos los enamorados.

—Gracias... Pues bien, este burro te va a dar un buen consejo... Pues este asno cree que cuando la señora de Meyrens sepa la mala pasada que le has hecho...

—Déjala correr —repuso Rouletabille—... Nada temas: no vamos a envejecer en este país.

Y ya correcto y sin afeites, Rouletabille se presentó ante el patriarca y le espetó este discurso:

—Se atraparé al culpable o no se atraparé. En uno y otro caso, nada tenemos que hacer aquí, pues si se le atrapa, no hemos de presenciar su suplicio; y si no se le atrapa, será un disgusto para nosotros, reconocidos ya inocentes, asistir al nuestro.

Feodor juzgó este discurso como dechado de sabiduría, y lo dispuso todo de manera que Rouletabille y sus amigos pudiesen abandonar sin más tardanza la capital. Por lo demás, protegió esta marcha precipitada con un decreto de expulsión que se apresuró a promulgar.

Entretanto, no cesó un minuto la persecución a Hubert, al cual, en estos momentos épicos, se le ofreció coyuntura de desplegar todos los recursos, toda la fuerza y todo el coraje de los héroes más renombrados de la Antigüedad y de la Edad Media. Todo vuelve a través de los tiempos, lo que

casi equivale a decir que nada cambia, y hasta el tiempo no es más que una ilusión. Ya hemos visto a ese caballero fantástico rodeado de una nube de enemigos, a los que bate a puñetazos a la hora de un crepúsculo sangriento, como se dieran al sol hecho ascua... en los campos de Ilión y en los Circos de la Muerte, en la «Canción de Rolando» y en las áureas llanuras de la Camargue, antes de perecer tragado por el abismo traidor del lago en los confines del país de la peste...

Hubert murió como un héroe regenerado por la muerte, pues fue alevoso por amor... ¡Ah! ¡Hermosa fue la batalla! ¡Qué salto dio para verse caballero sobre un caballo semental! Pero el bruto lo despidió como si fuese un bólido contra los pechos de sus perseguidores, que cayeron a tierra, y contra la turba, que retrocede...

Y ya están las puertas franqueadas... libre el espacio... La noche... la huida... la libertad quizás...

Pero no. Además de los hombres, las bestias. Una manada de búfalos bravos le rematan, le destrozan. El infierno le ha arrojado las cuatro pezuñas de un caballo, y ya no devuelve las coces.

Y baja también, caballero de la muerte, a las sombrías mansiones...

Un gesto precipita el fin. Hubert muere por haber amado a Odette y no haber sido correspondido... Muere por una sonrisita que le negó la joven... Haya hecho lo que haya hecho: ¡*Miserere!*... ¡*Miserere!* ¡*Miserere!* ¡Pobres hombres!

CAPITULO XXXI

ENTREVISTA EN PARÍS PARA CONVENIENTES MANIFESTACIONES

SE anuncia el próximo enlace de Juan de Santierne con la señorita de Lavardens. Se celebrará la boda en la mayor intimidad, por reciente duelo de la novia. La ceremonia se celebrará en la iglesia de Lavardens (Bocas del Ródano).»

Rouletabille, ya entre sus lares del barrio Poissonnière, leyó y releyó estas concisas líneas, que publicaba la Prensa de aquella mañana. Las releyó fumando su pipa, sin más exteriorización de los sentimientos que le embargaban que su modo de aspirar el humo y devolverlo con brusca fuerza por la nariz. Evidentemente no revelaba gran satisfacción... Pero ¿por qué y en qué aspecto no estaba satisfecho? ¿Lo sabía acaso? ¿Qué más podía esperar? ¿No había completado su obra? Aquellas líneas que danzaban ante sus ojos, ¿no eran el coronamiento de todos sus esfuerzos? Había sembrado la dicha en torno suyo... ¿Qué más le faltaba hacer? Esta cuestión se planteó, y acabó por contestarse en alta voz y muy nervioso:

—¡Nada!

En esto se abrió la puerta de su despacho, y apareció Juan.

—Ea, Rouletabille..., puedes estar satisfecho —empezó diciendo Santierne ebrio de felicidad—; ¡no se habla más que de ti en toda la Prensa!...

—¡Oh!, también de ti se habla un poco, querido —le replicó Rouletabille, disimulando a duras penas la rápida emoción a que se entregó momentos antes de la llegada de su amigo..., y le señaló los renglones que anunciaban su próxima boda.

—Sí, se habla de Odette y de mí, ¡claro está!, pero el héroe eres tú; tú, el *deus ex machina*... Tú eres el hombre vencedor del destino y de los bohemios, el que se metió a Sever-Turn en el bolsillo... He venido a decirte, querido

Rouletabille, que nuestro agradecimiento, el de Odette y el mío, serán eternos. Una vez más, gracias...

—Ya te he dicho que no hay de qué... Ea, querido Juan, abrázame y vuelve pronto al lado de Odette.

—¿Me echas?

—No; pero me imagino que Odette te espera.

—Sí que es verdad.

—¿Está enferma?

—No; vaya una pregunta...

—Te lo digo porque me extraña que no te haya acompañado.

—Sí que quiso..., pero hallé un pretexto...

—¿Para venir solo?

—Claro. ¡Oh!, no se aburre; está recorriendo almacenes con su antigua *aya*, la sirvienta, ¿sabes?, la que puso de patitas en la calle el señor de Lavardens a raíz del regreso de Odette... cuando volvió de casa de su tía — acabó diciendo Juan sonrojado.

Rouletabille miró a Juan gravemente y se sentó impasible.

—Sí —repuso Santierne, un poco confuso, al parecer—, he querido venir solo para hablarte de... de... de la señora de Meyrens.

—¿Quieres hablarme de la señora de Meyrens?

—Sí... de *El Pulpo*, y de otra cosa a propósito de *El Pulpo*... de una cosa que debí habértela dicho hace tiempo y nunca... te dije nada, por delicadeza... porque para mi tú estás muy por encima de ciertas contingencias y de ciertas gentes... Tú, en primer lugar, estás por encima de todo... ¿Comprendes?

—No... no te comprendo, y te ruego que me expliques... que te expliques con toda claridad —replicó Rouletabille, cada vez más glacial.

—Pues bien, querido, eso quiero también. Quizás sea yo «un adoquín», pero he aquí lo que pensé: me dije: no es posible que Rouletabille diese con el truco tan de buenas a primeras en Sever-Turn.

—¿Qué truco?

—¿Cuál ha de ser? El de tu transformación en la señora de Meyrens..., transformación, sin duda, realizada más de una vez... ¿Estás?

—Continúa... que me interesas —respondió el repórter, cada vez más frío.

—Hubert cayó tan fácilmente en el engaño en Sever-Turn, porque vio ante sí a la misma señora de Meyrens que vio en tantas ocasiones... *a la*

misma que vio en Innsbruck... y la que vio en Innsbruck, ¿no era igualmente *Rouletabille*? Ea, ¿lo he adivinado?

—Hiciste mal en calificarte de adoquín...; eres muy inteligente —murmuró *Rouletabille*.

—Ea, ríete conmigo, querido, ríete... Me alborozo el haber adivinado... Pero ríete...

—Espero para reírme a que ya nada tengas que adivinar...

—Pero ¿no te has burlado aún bastante de nosotros? Y yo que creía que la señora de Meyrens pasó la frontera a nuestra zaga... y que se fue con Hubert y que le sonsacaría tus secretos... ¡Ah! ¡eres muy grande! Y yo que os acechaba..., y me arrecí en la calle, esperándoos..., y entré en el hotel, y en tu cuarto te sorprendí vestido de pijama..., ¡bandido!; acababas de quitarte la basquiña y el velo de la señora de Meyrens..., y me viniste con cuentos sobre lo que habías hecho, y me referiste la visita al cuarto de ese endiablado Hubert... Al fin, merced a tus ardidés, lograste averiguar lo que decía aquella página romanca.

—¡Admirable deducción! —exclamó *Rouletabille*.

—Más adelante supiste que Hubert (te lo había dicho el propio interesado) se empeñó en hacerse con Odette para entregarla de nuevo a los cíngaros, y he aquí por qué te apostaste, para sorprenderle, en la carretera de Sever-Turn.

—Lo grato para ti —declaró el repórter con impresionante gravedad—, es que no hay necesidad de explicarte nada.

—Pues bien, sí... queda una cosa, querido *Rouletabille*..., y te ruego me la expliques.

—Ese abominable Hubert me dijo que la señora de Meyrens...

—¡Ah!, ya caímos...

—Que la señora de Meyrens (esto es, tú) le enseñó dos cartas de Odette en las que decía que te visitó en tu casa de París... Puedes imaginarte cómo oí esa confidencia. No quise oír más... Luego he comprendido que debiste de enseñarle esos documentos, cuya importancia subrayarías, para que a su vez te descubriera los suyos y no dudase de la enemiga que la pretendida señora de Meyrens profesaba tanto a *Rouletabille* como a mí mismo... Ahora bien: puedo asegurarte que desde el primer momento creí apócrifos esos documentos, esto es, forjados por las necesidades de la trama.

—¿Has hablado de esas cartas a Odette? —preguntó sencillamente *Rouletabille*...

—No. Hubiera constituido una injuria. Por eso tampoco te he dicho nada hasta ahora.

Rouletabille se levantó, estrechó la mano de Juan y le dijo:

—¡Eres una alhaja! Sólo que esta vez no diste en el clavo. Las cartas existen y son auténticas... Helas aquí —agregó con cierta emoción, sacándolas de un cajón—. No he podido aún devolvérselas a Odette... Se las entrego a su marido.

No es posible imaginar la agitación de Juan.

—¡Odette! ¡Odette vino aquí! ¡A tu casa!

—Sí, a mi casa...

—Y yo nada supe...

—Nada supiste... Cálmate, Juan; te digo que te tranquilices y... mírame. No hagas el burro. Odette vino aquí loca de celos, dispuesta a saber lo que hubiese de cierto en tus relaciones amorosas con Calixta... vino como una chiquilla, a armar toda clase de escándalos... ¡Parecía una salvaje! La verdad, me espantó, pues no la conocía bien, desconocedor entonces de su sangre cingara... ¡Ah!, te juro que te quiere, pues bien te odió por achaques de esa Calixta... Te detestó una hora, durante la cual su antigua criada y yo no hallamos medio de calmarla. Imagina lo que hubiera pasado si llega a verte paseándote en auto con Calixta... En fin, se echó a llorar... Me fue entonces ya fácil convencerla; le enseñé cartas tuyas, de las cuales se desprendía con claridad más diáfana que la de la aurora en Lavardens, que desde hacía tiempo nada tenías que ver con Calixta... En fin, pude meterla en el tren con su criada, y avergonzada me arrancó la promesa de no decirte jamás nada de su viaje a París... Ahora que lo sabes todo, querido Juan, ¿en qué más puedo servirte?

CAPITULO XXXII

REUNIÓN EN LAVARDENS PARA CELEBRAR UNA CEREMONIA QUE A NADIE SORPRENDERÁ

CUANDO los dos jóvenes no reñían, se abrazaban.

Juan era tan feliz por lo que acababa de saber y tan grato sesgo tomaban sus asuntos personales, que a poco asfixia a Rouletabille a fuerza de abrazarle.

—Eres el más noble de los amigos.

—¿Por qué el más noble? —dijo Rouletabille, desprendiéndose, en tono de protesta—. Soy amigo tuyo, y basta.

—¡Basta!, ¡palabra sublime! —exclamó Santieme en tono doctoral y enjugándose los ojos—. Pues bien, ahora voy a decirte...

—No me lo digas —repuso el periodista abriéndole la puerta—. Nada tienes que decirme... Odette te espera... Vete con ella... Abrázala de mi parte... y adiós...

—¿Cómo adiós? ¿No vendrás a Lavardens? Tú, Rouletabille, ¿no asistirás a la boda?

—Querido... Voy a descansar en algún retiro..., aquí cerca..., en América...

—Si haces eso..., si te vas a América antes de nuestra boda... ea...

—¿Qué?

—Pues... creeré... ¡No!, no creeré —repuso de pronto viendo cómo se irguió ante él Rouletabille con palidez mortal en el semblante—; pero quédate —díjole en tono suplicante.

—Bien —contestó Rouletabille tendiéndole la mano, fría como el hielo—, me quedaré.

Juan se volvió dando a Rouletabille un último abrazo, que éste recibió impasible y sin devolverlo.

—Me quedaré..., pues aún les hago falta.

Y cerró la puerta, se hundió en la butaca y encendió la pipa.

—Él es guapo mozo —dijo en alta voz—. Y ella también..., también es muy gentil...; harán magnífica pareja.

En este momento se abrió la puerta y Juan, como loco, se dirigió a Rouletabille.

—Rouletabille, ¡ella, ella está aquí!

¿Quién? ¿Odette?

—No; Calixta... Calixta ha vuelto.

—¡Ah! Si no es más que eso —repuso el repórter sentándose en el butacón—, ya lo sabía.

—¿Cómo? ¿Lo sabías y no me dijiste una palabra? Calixta sin duda ha vuelto a París con las peores intenciones...

—Probablemente —replicó Rouletabille—; pero tranquilízate, querido Juan...; ya me las he arreglado para que no vuelva sola a París... Podría aburrirse la pobre Calixta...

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? No hay más... No pierdas el tiempo tontamente. Vuelve al punto con Odette a Lavardens y *cásate tranquilamente*.

—No estaré tranquilo si no nos acompañas.

—Pues bien, os acompañaré; ¿ya estás satisfecho?

—Y Odette lo estará..., pero dime: ¿realmente nada temes de Calixta?

Rouletabille levantó los hombros.

—En seguida que supe que Calixta había llegado a París (y yo la esperaba) me las compuse de modo que Andrés viniese a juntarse con ella. El gitano llegó esta mañana... Ya está listo el arpeo, y créeme que no le soltaré.

—¡Ah! ¡Rouletabille, Rouletabille! Siempre estás en todo. ¿Cómo te podré pagar?... Atiende, querido Rouletabille: si un día *El Pulpo* se mete contigo..., pues creo firmemente que tratará de vengarse del desparpajo con que has abusado de su personalidad en Innsbruck y en Sever-Turn...

—¡Qué bien te expresas! ¡Abusar de su personalidad!

—¡No digas tonterías! Ea, entonces, a una señal tuya, ya me verás si soy capaz de...

—No esperaba menos de ti, querido Juan. ¡Cuento contigo! ¡Diablo! Ya puede *El Pulpo* ponerse a buen recaudo...

Días después, en la iglesia de Lavardens, muy pequeña para contener a una muchedumbre de amigos, que no fueron invitados, antiguos amigos de la Camargue, de la Cran y de la comarca de Arlés, se celebró la boda de Juan

con Odette... Todos los mayores de las Marías circundantes y los pescadores de Santas Marías vinieron a expresar sus votos a la señorita del Viei Caston Nou, a la cual vieron de niña, amazona cogida a la crin de briosos potros sin freno por las llanuras... Algunos se acordaban de que no era de la ciudad el que le acompañaba en esas correrías, pero nadie pronunció el nombre de Hubert. Hay pequeñas hadas que no se hicieron para ciertos paladares. Y es expuesto cabalgar tras ellas fuera de su laguna. Se cae de bruces siempre en otro lago, que acogen a la víctima y la guardan para siempre. Y dice un gran trovador poco más en una de sus canciones:

«Amo el aire libre, y estoy encadenado; ando entre las cañas con los pies desnudos; el amor es Dios y el amor pesca; después de la acción es falaz todo entusiasmo.»

Este Juan de Santierne es realmente un excelente partido; ¡no hay poca diferencia entre un mayoral y un joven como éste, tan elegante, tan fino y tan rico, querida! ¡Me explico que se agarre a su brazo! Mirad, hermanas mías, cómo pasa Odette... Hoy, por doquiera, del campo a la iglesia, canta el poeta, no la reconocen los pajarillos de la alameda, envuelta en el blanco velo nupcial... «¿Quién es aquella bruja?», se preguntan, y todos, espantados, recelan, pero, observándola mejor, vuelven de su acuerdo y van a saludarla con alegres gorjeos...

* * *

Juan y Odette se casaron tranquilamente. ¿Tranquilamente? ¿Es posible?... Sí, porque Rouletabille lo previó todo, y encadenó a Andrés con Calixta. Allí, apoyada en un pilar y sin que nadie la invitara, una mujer, mucho más curiosa que los demás, contempla el florido cortejo, que desfila. Tiene esa mujer el perfil fatídico de Calixta, su mirada colérica, sus labios temblorosos, sus dientes de loba... Una cosa refulge en su manecita nerviosa de gitana. No es la primera vez que amenaza a Odette la hoja brillante de ese puñal... Pero una más se apaga ese resplandor. La zarpa terrible de Andrés apresa, como si fuese una argolla, la frágil muñeca, y el hombre de la ruta se lleva a su prisionera ¡para siempre!

¡Para siempre! La gitana lo sabe bien. Ya no resiste... Todo acabó entre ella y el Occidente. El cingaro la echó al pie de la carreta... La gitana recibió sus golpes con feliz estupor... ¿Cómo no fue antes más brutal? Para siempre aceptó resignada los pingajos bohemios, que no debió jamás abandonar... Su

aventura fue más bien producto del orgullo que del amor. Se engañó a sí misma... ¿Cómo podía comprenderla un rumí?

¡Oh cansancio!, ¡oh dulce agotamiento tras la lucha!, ¡encanto de la derrota! Cerca tiene brazos temblorosos que la aguardan..., los brazos que rechazó siempre por empeñarse en ser una señora de ciudad... ¡Ridículo, ridículo! Fue mujer de ciudad y, sin embargo, se encerraba en la alcoba para cantarse con una guitarra de bazar las antiguas canciones de la ruta..., o bien para ver silenciosa los campamentos, ya anochecido, al borde de los bosques, cuando se dormía acariciando el hocico de *Chucho*, el abuelo de todos los perros de la tribu, cuyas blancas barbas peinaba todas las mañanas con cuidadosa ternura. ¡Pues bien!, *Chucho* no murió porque sabía que ella volvería...

Y, además, colgada en la carreta estaba la vieja guzla, cuyos acentos alegraron sus primeros pasos... Andrés descolgó el venerable instrumento, y las cuerdas tañidas por sus dedos vibraron con ritmo milenario.

Se sentó junto a ella... La gitana lloró lágrimas de sumisión y de... aceptación.

Y al descansar su cabeza en aquel pecho anhelante, tantas veces rechazado porque sabía que al cabo sería su dueño..., la gitana no se sintió del todo desgraciada.

CAPITULO XXXIII

EN EL CUAL ROULETABILLE Y LA SEÑORA DE MEYRENS INVITAN A SUS
AMIGOS A UN BANQUETE

ALGUNAS semanas después del fausto suceso de la boda, habló mucho la Prensa parisina de un personaje muy mezclado en el rapto de la señorita de Lavardens, hoy señora de Santierne. Los diarios, que primero designaron a este personaje por sus iniciales, acabaron por revelar el nombre. Referíanse a la señora de Meyrens, cuyas numerosas aventuras sacaron de nuevo a colación, entre ellas la de una mala pasada que jugó (digna de la horca) a encopetadas autoridades (huelga nombrarlas), a consecuencia de la cual hubo de presentar la dimisión el director general de Seguridad. En ese escándalo se vio gravemente comprometido un periodista, célebre hasta entre los gitanos (o sea Rouletabille). Y hasta se contó que la policía registró la casa del repórter, selló legajos y cajones, y confiscó un cuaderno, en el cual a cada paso salía el nombre de la señora de Meyrens (alias *El Pulpo*).

La Époque desmintió vagamente en un suelto, que no convenció a nadie, estos rumores. Hubo apuestas en los saloncillos de periódicos. ¿Le costaría el cargo al director general de Seguridad? Rouletabille estaba bien parapetado en su diario con la *señora de Meyrens*. Una mañana se supo que el director general de Seguridad había sido nombrado gobernador de una de las más importantes colonias del África occidental. El triunfo, pues, de Rouletabille fue rotundo, pero no podía, ciertamente, lamentarlo el director general. En una palabra, todos estaban contentos. Al mismo tiempo, un señor, llamado Croussillat, juez de primera instancia en una pequeña población del Mediodía, fue nombrado, no se sabe por qué especial favor, juez del Sena. El rumor público trajo y llevó un señalado servicio prestado a la señora de Meyrens.

Pero es el caso que no se vio más a la señora de Meyrens, y cuando todo el mundo se preguntaba si por prudencia esa señora no se había alejado de

Francia, algunos literatos y magistrados relevantes y algunos amigos de Rouletabille recibieron una tarjeta, en la cual la *señora de Meyrens* y el señor *José Rouletabille* les invitaban a comer.

El caso produjo gran revuelo. Era indudable que Rouletabille quería ostentar a la señora de Meyrens.

Huelga decir cuán severamente se juzgó semejante alarde. Juan de Santierne, que devuelta de su viaje de novios, apenas quitado el polvo de los zapatos, leyó sorprendido la invitación, fue presa de invencible rabia. Le incitaba a la cólera menos el escándalo de aquella juerga que la osadía de invitarle, no sólo a él, sino de invitar a su Odette.

Tuvo buen cuidado de no decirle una palabra a su mujer, pues ésta a toda costa le hubiera acompañado, y así Juan se presentó solo en Ville d'Avray.

Porque Ville d'Avray era el punto de la cita, en un *chalet* muy conocido, sito a orillas del estanque. Un devaneo de enamorados, al cual Rouletabille invitaba a sus amigos, «quién sabe —se decía Juan— si para anunciarnos su casamiento». Y agregaba suspirando y mirando al cielo:

—¡Ah!, ¡pobre Ivana!

La primera persona con que topó al entrar en el elegante restorán, fue el señor Croussillat.

—¡Cómo!, ¿usted aquí, señor Croussillat? ¿Se le ha invitado a usted también?

—¿Y por qué no? No atisbo por qué no había de invitárseme.

—Usted, usted, honorable magistrado, ¿va usted a comer públicamente con la señora de Meyrens?

—Parece que van a casarse —replicó Croussillat amostazado—, y siendo así, nadie podrá reprocharnos.

—¡Ah!, ¡me lo figuraba! —repuso Juan consternado.

—No sé por qué se conmueve usted. Hay ahí también en la sala contigua al estanque media docena de amigos con una cara... Si se quieren, hay que inclinar la cabeza, ¡qué caramba!

En este momento un mocetón, ordinariamente jovial sin duda, pero ahora melancólico, se dirigió hacia Juan, saludándole por su nombre.

Juan devolvió el saludo y se preguntó dónde había visto aquella cara.

—¿Usted no me reconoce, señor de Santierne? —le preguntó el mocetón—. Permítame que me presente. Soy Nicolás Tournesol..., la arteria principal del fabricante, del consignatario y del comerciante al por mayor; Nicolás Tournesol, presente en Sever-Turn cuando le ocurrieron h usted tantas desdichas... Le vi a usted en el hotel de los Balcanes con José Rouletabille...

—¡Ah!, perfectamente, señor...; me alegro de verle a usted en París... Pero... ¿dónde está Rouletabille?

—Aún no ha llegado, señor... Por eso me quedo... el tiempo preciso para entregarle un paquete cuya custodia me encomendó...

—¿De modo que la señora de Meyrens no le ha invitado a usted?

—Le diré, señor de Santierne... La señora de Meyrens no me ha invitado a un almuerzo que es de esponsales al parecer... pero el señor Rouletabille ha sido tan bueno conmigo que no me echó en olvido...

—Entonces... quédese usted.

—No... señor de Santierne... no me quedo por la razón que voy a exponerle. En Sever-Turn hice un poco el amor a la señora de Meyrens...

—¡Atiza!

—Y yo aprecio mucho la amistad del señor Rouletabille.

—Sí, sí... la posición es embarazosa... y le sobra a usted delicadeza, señor Tournesol... Pero he aquí precisamente a la señora de Meyrens.

—Me pongo a salvo.

Pero no hubo medio. La señora de Meyrens, que acababa de llegar, columbró al señor Tournesol y se apresuró a agradecerle que asistiese, anteponiéndolo a todo, a aquel la fiesta íntima. Y al decir esto, le apretó la mano de modo muy significativo, tanto que el señor Nicolás Tournesol se sonrojó a ojos vistas pensando que comprometía seriamente el honor del pobre Rouletabille... ¡Fuera delicadezas! A la postre no tenía por qué guardárselas a un José... que... En la guerra hay que ser guerrero... Se entiende en la guerra amorosa.

Cuando pasaron los invitados al comedor contiguo al estanque, el señor Tournesol no echó en saco roto que la señora de Meyrens fue a sentarse a su lado, provocando la estupefacción de todos y poniéndose en ángulo con él para chafarle el pie bajo la mesa.

Y la desvergonzada tenía para ello un pie respetable y sin los sabañones que atormentaban al señor Tournesol horriblemente...

—Bien me advirtió Rouletabille que era peligrosa esta mujer...

Lo raro era que Rouletabille no hubiera acudido aún y que la señora de Meyrens, harta de esperarle, ordenase que diese principio el almuerzo. Tal desahogo fue un jarro de agua fría para los comensales... Sin embargo, Juan y los demás nada repusieron, pesarosos ya de haber aceptado la invitación.

Sólo estaba realmente satisfecho allí el señor Crousillat, que conservaba su formidable apetito de siempre, y así se precipitó impávido sobre los

entremeses y muy principalmente sobre una ensalada rusa, de la que dio tan buena cuenta como si fuese un plato provenzal...

Frontero a él y mirándole con emoción, se hallaba colocado un señor llamado La Candeur, compañero de Rouletabille en la redacción de *La Epoca*, que asqueado de su estómago, no comía... y no comía además porque el casamiento de su colega con la señora de Meyrens... le cerró el apetito... No comía porque le hacía falta la presencia de Rouletabille... Otro repórter, compañero de aventuras de Rouletabille, un tal señor Vladimiro, se levantó y dijo:

—Lo que ocurre es incomprensible. Voy a telefonar a ver si logro saber qué ha sido de Rouletabille.

Y salió apresurado del comedor.

—Este simpático joven hace mal en criar mala sangre —dijo la encantadora señora de Meyrens, arrastrando las sílabas y cantando las palabras—. Rouletabille va a venir. Si se ha retrasado un poco, ello se debe a que hemos decidido los dos romper definitivamente nuestras relaciones...

Un ¡oh! de asombro y, hay que decirlo, de satisfacción al mismo tiempo, acogió la inesperada noticia. El señor Tournesol se sonrojaba más por momentos, mientras que sobre su pie sentía cada vez más fuerte la presión del de su vecina de mesa.

La señora de Meyrens continuó diciendo:

—Y hemos convenido los dos que él no se presente mientras que yo no me vaya. Señores... voy a despedirme de ustedes. Ya no me volverán a ver... No protesten... Sé lo que muchos de ustedes piensan de mí... No les guardo rencor. La fatalidad dispuso que no pueda querer a un hombre sin causar su desgracia. Sólo hay un ser, aquí presente, al cual jamás intimidé: es el señor Nicolás Tournesol. Nuestros corazones latén juntos y he de confesarles también que nuestros pies andan tocándose desde que empezamos a almorzar... Esta es una razón más, señores, para que yo desaparezca. Quiero salvar al señor Tournesol de mí misma. ¡Basta ya de catástrofes! ¡Señores, no han venido ustedes a un convite de esponsales, sino a un banquete fúnebre!... ¡Voy a suicidarme!

Todos se levantaron rápidos. Rostros espantados rodearon a la señora de Meyrens... El señor Tournesol se echó a llorar. El señor Crousillat se ahogaba y suplicó a Le Candeur que le golpease la espalda... ¡Aquello no era broma! ¡Suicidarse teniendo delante comida tan espléndida!

Hacía rato que Juan no decía nada, pero observaba con curiosidad creciente a la señora de Meyrens, como si al fin aprehendiese algo que

revoloteaba en su pensamiento y que rechazó un momento como fantasmagoría exagerada.

La señora de Meyrens durante su discurso conservó impresionante sangre fría; al decir en tono de mando «y ahora avisad a la funeraria», hizo un gesto de verdadera grandeza trágica...

Lucrecia, al anunciar a los gentileshombres de Ferrara que estaban todos envenenados y sólo les quedaba una hora de vida, no apareció tan fatídica como la señora de Meyrens con su invocación a la Funeraria... Todos se preguntaron si aquella rara mujer, a la cual se atribuían mil fantásticas peripecias, no iba a suicidarse con otro, cuando la presencia del enterrador disipó, afortunadamente, la macabra sospecha. El enterrador era el propio Vladimiro, tocado de peluca y sombrero como los que gastan los empleados de las pompas fúnebres y que ofrecía a la vista la más regocijante facha. Bajo el brazo traía un pequeño féretro, que colocó sobre la mesa y en el cual, a modo de epitafio, se leía: *Aquí yace la señora de Meyrens, alias El Pulpo*.

Al mismo tiempo vieron todos que la señora de Meyrens se despojaba en un santiamén de su peluca y de los oropeles femeninos y caía la falda al suelo. Rouletabille apareció con su famoso temo a cuadros, coreado por los alaridos y clamores de los comensales.

Sólo Juan, que ya vio otra vez semejante transformación, no se asombró demasiado, y hubiera de pronto caído en ello, si no se diera, por prevención de Rouletabille, la comida en la hora crepuscular, cuya penumbra envolvió discretamente a nuestro repórter. Además, sólo unas bujías alumbraban la sala contigua al estanque.

Rouletabille tranquilamente depositó *los restos de la señora de Meyrens* en el pequeño féretro traído por Vladimiro y empezó así su oración fúnebre:

—La señora de Meyrens fue fusilada años atrás por espía en los fosos de Schlussembourg y allí fue enterrada. En mi último viaje a Petersburg me hice con papeles y legajos suyos, merced a los cuales pude resucitarla. Ello me sirvió no poco en mis tratos con la Administración del Estado, que no tuvo secretos para ella, y, por tanto, no los ha tenido para mí... Era éste un juego peligroso; tan peligroso, que al hablar en mis notas o apuntes de la señora de Meyrens, o sea de *El Pulpo*, empleé siempre la tercera persona. Así me defendí de la citada Administración, cuya injerencia o visita inoportuna en mi despacho temí a todas horas... En este asunto de los gitanos hube de engañar con los rasgos de *El Pulpo*, no sólo a la policía, sino a honorables personas, de las cuales solicito aquí muy humildemente perdón... ¡Que me perdone el señor Croussillat! Que me perdone el pobre señor Bartholasse, al cual no he

invitado por temor a que le diese un ataque aplopético al conocer estas crueles revelaciones. ¡Que me perdone el señor director de la cárcel de Arlés!... Han de comprender estas honorables personas que, merced a mi disfraz, logré saber cosas que sin él hubieran quedado sumidas en eterno misterio... En fin, ¿no le fue fácil a la señora de Meyrens ir y venir sin peligro por Santas Marías del Mar e interrogar a los gitanos, cuando Rouletabille sólo a costa de su vida podía dejarse ver en Camargue? ¿Comprende usted ahora, señor Coussillat cómo Rouletabille sabía tan bien lo ocurrido en la choza de Zina? ¿Y comprendes ahora querido Juan, por qué a pesar de tus reproches seguía tratando a esa horrible mujer que no podías ver ni en pintura?

—Pero no sólo en pintura la vi... —exclamó Juan—. ¡Ah! ¿Qué me estás contando? ¿Pretendes ahora *que desde un principio la señora de Meyrens has sido siempre tú?* Pero yo te he visto a la vez a ti y a la señora de Meyrens... ¡Te he visto hablar con la señora de Meyrens!

—No, querido Juan. No me has podido ver. Viste a Rouletabille disfrazado de señora de Meyrens hablando con... No me toca decírtelo... Pues bien, sí... lo vas a saber... Aquel día... o, mejor, aquella tarde... me burlé bien de ti... Salí de la cárcel de Arlés disfrazado de señora de Meyrens, y tú me divisaste y me seguiste..., lo cual me contrarió bastante, y hasta me pregunté si habrías sospechado la extravagante comedia que estaba yo representando...: *ese secreto de la apócrifa señora de Meyrens era desde antaño demasiado precioso y peligroso en demasía para confiarlo a cualquiera, y menos a un impulsivo como tú,* querido Juan. Lo quería recobrar para mí... para mí tan sólo, y por ello resolví disipar tus sospechas si acaso nació alguna en tu espíritu. Entré en el hotel del Foro... permanente en la plaza atisbando mi ventana. Yo te veía... Mi cuarto estaba aún sumido en la obscuridad. Rápidamente, con una percha, un almohadón, el traje y la gorra de Rouletabille, construí un maniquí sentado en la silla y de espaldas a la plaza, y entonces di yo, la señora de Meyrens, la luz eléctrica al entrar en el cuarto en que Rouletabille me esperaba... y así pudiste ver a la señora de Meyrens hablando con Rouletabille... ¿Estás ahora?

—¡Ah! Te creo... ya he caído... ya hemos caído todos en ello.

—Y yo, ¿cómo quedo? —dijo con acento dulcemente quejumbroso el señor Nicolás Tournesol.

Todos prorrumpieron en carcajadas. ¡Era tan graciosa la facha del pobre Tournesol!

—Cuando recuerdo —agregó— que desde el comienzo del almuerzo me está pisando los callos. ¡Ah! No se me olvidarán mis conquistas en Sever-

Turn.

—Consuélese usted, buen Tournesol —le espetó Rouletabille—; usted ha encontrado en mí a un verdadero amigo, y vale más a veces dar con un buen amigo que con una mujer... Ahora acabemos de una vez con la señora de Meyrens... Antes fue fusilada; hoy vamos a ahogarla... Me parece que después de las dos ejecuciones quedará bien muerta.

Y la ahogaron, en efecto, primero en abundante champaña y luego en el estanque, al cual arrojaron el féretro cargado de piedras *p ara que la señora de Meyrens no subiese más a la superficie.*

Apenas terminada la fúnebre ceremonia, se oyeron llamadas de teléfono. Le Candeur corrió a la cabina y al poco rato volvió:

—Esta vez es seria la cosa... Me acaba de comunicar el falso notición el mismísimo director: «Dígale a Rouletabille que venga corriendo. Hay que poner en claro el notición que se está divulgando y es en extremo misterioso.»

—Naturalmente —exclamó Rouletabille levantándose—, lo contrario me asombraría; pero creo que hubiera podido aguardarse hasta mañana. ¡Qué profesión!

—Cállate —le espetó Le Candeur—; idolatras este oficio, pero esta vez me llevas contigo.

—Y a mi —suplicó Vladimiro.

—¿Y tú? —preguntó volviéndose sonriente hacia Juan—. ¿No quieres venir conmigo?

—No —contestó Juan, estrechándole afectuosamente las manos—. Corro al lado de Odette...

—Abrázala de mi parte y hazla dichosa, querido Juan, o... te mato.

—No me matarás... Merced a ti nada puede turbar nuestra dicha... a no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que la terrible Calixta...

—No tengas miedo. Le dije a Andrés que le pasase una argolla por la nariz.

FIN